



Crímenes célebres

Los Cenci · La marquesa de Brinvilliers · Urbano Grandier · Vaninka

ALEXANDRE DUMAS

Lectulandia

Rastreando en legajos olvidados y haciéndose eco de las historias que la tradición popular había convertido en verdaderas leyendas, Alexandre Dumas fue entregando a la imprenta la reconstrucción fidedigna de todos aquellos crímenes históricos que habían llegado a ser célebres, ya fuera por lo macabro y sangriento de su ejecución, o por el horror de la propia justicia de la época, que aplicaba la tortura más inhumana para conseguir las confesiones de los condenados.

El misterio, el horror, las escenas de pesadilla, la tortura, el desenfreno de las pasiones... son los elementos de los que se nutre la literatura gótica, y que Dumas recogió de la realidad para dar cumplido testimonio a sus lectores del tenebroso corazón de los hombres. De esta diversidad de «dramas judiciales», tan del gusto de un público romántico ávido de horrores, hemos escogido cuatro casos que destacan por su truculencia e intensidad dramática: *Los Cenci*, *La Marquesa de Brinvilliers*, *Urbano Grandier* y *Vaninka*.

Lectulandia

Alexandre Dumas

Crímenes Célebres (2^a ed.)

Valdemar - Gótica 07

ePub r1.0

Titivillus 15.05.16

Alexandre Dumas, 2013

Traducción: M. Busquets, M. Angelon y E. de Inza

Diseño/Retoque de cubierta: Francisco de Goya: *Bandido asesinando a una mujer* (1798-1800)

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

La posición de Alexandre Dumas dentro de la literatura romántica es singular. Existe una opinión general, según la cual, Dumas sería un buen narrador, pero un mal novelista, pues en sus obras siempre aparecen descritas acciones exteriores y no hay cabida para un análisis de la psicología interior de los personajes. Es cierto que su producción se revela como antiintelectual, pero no por ello se puede afirmar que su obra carezca de vitalidad y de una gran imaginación a la hora de construir las situaciones y resolverlas, elementos que muchas veces están ausentes en obras supuestamente superiores por su carácter intelectual, pero vacías de toda intensidad. Los orígenes de Dumas se muestran ya novelescos y poco convencionales; su padre, soldado en el antiguo régimen y general con Napoleón, era un mulato hijo de una esclava negra de Santo Domingo y del marqués de la Pailleterie y célebre por su fuerza hercúlea. Pronto el joven Dumas va en busca de mejor vida a París y entra al servicio del Duque de Orleans, pero enseguida se introduce en los medios literarios parisinos y prueba fortuna en el teatro con la representación de su obra *Enrique III y su corte*, considerada como la primera pieza dramática del romanticismo francés. También hizo incursiones en la novela histórica, que no se caracterizan por contener datos históricos verdaderos, pero llenas de personajes, que se mueven en un escenario magnífico y colorista, y de acciones trepidantes, lo que constituye el atractivo de sus novelas, como en *Los tres mosqueteros*, *El tulipán negro*, etc. La producción de Dumas es ingente; para llevarla a efecto se ayudó en ocasiones de los llamados «negros», quienes desarrollaban, bajo sus indicaciones, los bocetos de novelas. La obra completa, aparecida en el siglo pasado, constaba de casi trescientos volúmenes, en la que se podían contar más de cien obras dramáticas, un centenar de novelas, además de escritos autobiográficos como sus *Memorias*, sus *Causeries*, sus *Souvenirs dramatiques*, etc. La revolución de 1848 arruinó bastantes de sus empresas teatrales y periodísticas; huyendo de sus acreedores se instaló en Bélgica, donde también llegaron refugiados políticos a causa de la revolución. Dumas fue también un hombre prolífico en el amor, cambiaba con mucha facilidad de amantes y tuvo al menos seis hijos naturales de distintas mujeres. Su vitalidad también se refleja en su espíritu viajero, visitó Rusia, África, y en Nápoles trabajó como superintendente de los museos, cargo para el que fue nombrado por el dictador. Murió en Marsella en 1870 cuando París se encontraba asediada por los prusianos.

Dentro de la obra de Dumas no faltan elementos fantásticos y el gusto por las sensaciones fuertes, como en *Los mil y un fantasmas* o *Le meneur de loups*, ésta última basada en el folclore popular francés. Las tres piezas que ahora presentamos, basadas en procesos judiciales y escritas entre 1839 y 1840, aunque no puedan ser consideradas en sentido estricto como pertenecientes a la forma literaria de la novela

gótica, su intención estética, que subyace a la composición, se inscribe dentro de la concepción gótica de la obra de arte, que tiene como objetivo provocar en el lector el sentimiento estético del terror mediante la representación de los aspectos de la barbarie contenidos en el alma humana, como las deformaciones psicológicas provocadas por la pasión. Las descripciones truculentas, la violencia de las pasiones, las persecuciones, supuestos actos sobrenaturales —todo ello ordenado mediante la elocuencia para despertar una sensación estética fuerte— componen la materia de estos relatos. Así, *Urbano Grandier* representa en la ficción la gran farsa de una posesión colectiva, donde los demonios, invasores de frágiles cuerpos de monjas, tienen dificultades para expresarse en latín con corrección, habilidad supuesta en cualquier demonio que se precie. A pesar de eso, la farsa prosigue su curso. En esta obra la psicopatía criminal no se encuentra en el reo, sino en los propios jueces, junto a una colectividad más numerosa; el odio mutuo entre los hombres sufre la mediatización de la justicia, que lejos de imponer una medida y un freno a la pasión, se erige en escenario donde la violencia alcanza nuevas formas de expresión a través del cálculo judicial. En los otros tres relatos también aparecen descritos caracteres deformes que nos van siendo mostrados a través de sus acciones que, en un continuo crescendo, nos acaban por revelar la totalidad de su monstruosidad.

Agustín Izquierdo

LOS CENCI

(1598)

Cualquiera que vaya a Roma y visite la villa Pamfilio, después de haber disfrutado bajo sus viejos pinares y a lo largo de sus canales la sombra y la frescura que tan raras veces se goza en la capital del mundo cristiano, se encaminará, sin duda, hacia el monte Janículo, por una senda deliciosa, a mitad de la cual se encuentra la fuente Paulina. Dejando este monumento, y después de haberse detenido momentáneamente en el atrio de la iglesia de San Pedro en Montorio, que domina a toda Roma, visitará el claustro del Bramante, en cuyo centro, y en una hondonada de algunos pies, verá construido en el mismo sitio donde fue crucificado San Pedro, un pequeño templo de arquitectura grecorromana. Luego entrará otra vez en la iglesia por una puerta lateral, y allí le enseñará el solícito cicerone, en la primera capilla a mano derecha, el Jesús azotado, de Sebastián del Piombo, y en la tercera, a mano izquierda, un Jesucristo en el sepulcro, de Fiamingo. Después de examinadas detenidamente estas dos obras maestras, le conducirá a los extremos del crucero, y le hará ver en uno de ellos un cuadro de Salviati, pintado sobre pizarra, y en el otro, una pintura de Vasari. En seguida, enseñándole con triste ademán una copia del Martirio de San Pedro, de Guido, colocada sobre el altar mayor, le contará que allí fue venerada durante tres siglos la Transfiguración, del divino Rafael, arrebatada por los franceses en 1809 y devuelta por los aliados al Sumo Pontífice en 1814. Sin embargo, como probablemente habrá ya admirado esta obra maestra en el Vaticano, dejará hablar al cicerone, y dirigiendo la vista al pie del mismo altar, verá una baldosa de túmulo, que se distingue por una cruz y la sola palabra: Orate. Debajo de aquella baldosa está enterrada Beatriz Cenci, cuya trágica historia ha dejado profundos recuerdos.

Beatriz era hija de Francisco Cenci. Por poco que nuestros lectores creen que los hombres nacen en armonía con su siglo y que los unos son un compendio de cuanto bueno hay en él, y los otros, de cuanto malo contiene, será quizá curioso para ellos echar una rápida ojeada al periodo que acababa de transcurrir, cuando tuvieron lugar los acontecimientos que vamos a contar. Francisco Cenci se les presentará desde luego como la personificación diabólica de su época.

Alejandro VI había subido a la silla pontificia el 11 de agosto de 1592, después de la larga agonía de Inocencio VIII, durante la cual se perpetraron doscientos veinte asesinatos en las calles de Roma. Hijo de una hermana del papa Calixto III, Roderico Lenzuoli Borgia había tenido, antes de ser cardenal, cinco hijos de Rosa Vanozza, a la que en seguida diera en matrimonio a un opulento romano. Estos eran:

Francisco, después duque de Gandía.

César, que fue obispo y cardenal, y más adelante duque de Valentino.

Lucrecia, que después de haber tenido por amantes, entre otros, a dos de sus hermanos, se casó cuatro veces: la primera con Juan Esforcia, señor de Pezaro, y a quien abandonó impotente: la segunda con Alfonso, duque de Bisiglia, que fue asesinado por César; la tercera con Alfonso de Este, duque de Ferrara, y del cual la separó un segundo divorcio; la cuarta, en fin, con Alfonso de Aragón, que fue cosido a puñaladas en las gradas de la basílica de San Pedro y ahogado tres semanas después, porque sus heridas, a pesar de ser mortales, no acababan con él tan pronto como se deseaba.

Guifry, conde de Squilache, de quien muy poco se sabe.

Y, finalmente, otro de quien no se sabe nada.

El más conocido de estos tres hermanos era César Borgia. Habiéndolo preparado todo para hacerse rey de Italia, después de la muerte de su padre, tomó tan bien sus medidas, que ya no debía de caberle duda alguna sobre el éxito de tan vasto proyecto. Todos los casos estaban previstos, excepto uno solo; pero que para adivinarlo hubiera sido necesario ser el mismo Satanás, como va a juzgarlo el lector.

Deseando el Papa heredar al rico y opulento cardenal Adriano, del mismo modo que había ya heredado a los cardenales de San Angelo de Capua y de Módena, le convidó a cenar en su posesión de Belvedere. Para su propósito, César Borgia envió al copero de su padre dos botellas de vino envenenado; advirtiéndole, tan sólo, y sin descubrirle el secreto, que no sirviese de aquel vino hasta que él se lo previniese. Por desgracia, el copero se alejó un momento durante la cena, y en aquel intervalo un torpe criado sirvió cabalmente del vino envenenado al Papa, a César Borgia y al cardenal de Corneto.

Alejandro VI murió al cabo de pocas horas; César Borgia quedó postrado en la cama, donde cambió enteramente la piel; y al cardenal de Corneto le costó una enfermedad, de la cual creyó morir, después de haber perdido la vista y el uso de los sentidos.

Pío III sucedió a Alejandro VI; reinó veinticinco días, y al vigésimo sexto fue envenenado.

Había dieciocho cardenales españoles que debían a César Borgia su entrada en el sacro colegio. Estos cardenales le eran enteramente adictos y podía disponer de ellos a su arbitrio. Sin embargo, no pudiendo hacer nada por sí mismo, en razón de estar continuamente enfermo, los vendió a Julián de la Rovere, quien fue elegido papa bajo el nombre de Julio II. Entonces a la Roma de Nerón sucedió la Atenas de Pericles.

Bajo el pontificado de León X, que subsiguió al de Julio II, tomó el cristianismo un carácter pagano que, pasando de las artes a las costumbres, dio a aquella época un aspecto particular. Desaparecieron momentáneamente los crímenes para dar paso a los vicios; pero a vicios seductores; a vicios de buen gusto, como lo eran los que cultivaba Alcibíades y cantaba Catulo. León X murió, después de haber reunido durante su reinado —que duró ocho años, ocho meses y diecinueve días— a Miguel

Ángel, Rafael, Leonardo da Vinci, el Correggio, el Tiziano, Andrés del Sarto, fray Bartolomeo, Julio Romano, Ariosto, Guicciardini y Maquiavelo.

Julio de Médicis y Pompeyo Colonna pretendían sucederle, y como eran políticos consumados, cortesanos muy versados en los negocios, y además hombres de un mérito casi igual y verdadero, ninguno de los dos podía obtener la mayoría; y el cónclave se iba prolongando con bastante fastidio de los cardenales. Sucedió un día que un cardenal, más aburrido que todos los demás, propuso que se eligiera, en lugar de Médicis o de Colonna, al hijo de un tejedor, según unos, o según otros de un cervecero de Utrech, en el cual nadie había pensado hasta entonces, y que en aquel momento regentaba la monarquía de España durante la ausencia de Carlos V. Esta chanza tuvo buen éxito. Todos los cardenales aplaudieron la proposición de su colega, y Adriano fue elegido papa por casualidad.

Era este un verdadero flamenco que no entendía ni una sola palabra de italiano. Cuando llegó a Roma y vio las obras maestras de la Grecia, a tanto coste reunidas por León X, quiso destruirlas, exclamando: «*Sunt idola antiquorum!*» Su primer cuidado fue enviar al nuncio Francisco Cheregar a la dieta de Núremberg, que se hallaba reunida entonces a causa de las turbulencias que motivara Lutero, dándole unas instrucciones que pintan exactamente cuáles eran las costumbres de aquella época.

«Confesad ingenuamente —decía— que Dios ha permitido este cisma y esta persecución en castigo de los pecados de los hombres, y particularmente de los que han cometido los sacerdotes y preladados de la Iglesia; pues sabemos que en la Santa Sede han sucedido cosas abominables». Adriano quería que los romanos volviesen a las costumbres severas y patriarcales de la Iglesia primitiva, y a este fin llevó la reforma hasta el último extremo. Así que, de cien palafreneros que tenía León X, sólo conservó doce, para no tener —según decía— sino dos más que los cardenales.

Un papa como Adriano no podía reinar mucho tiempo; así que murió después de un año de pontificado. Al otro día de su muerte, se encontró la puerta del cuarto de su médico adornada de flores con esta inscripción: Al libertador de la patria.

Julio de Médicis y Pompeyo Colonna volvieron otra vez a sus pretensiones. Las intrigas empezaron de nuevo y el cónclave se encontró dividido, de manera que los cardenales llegaron a creer que tampoco les sería fácil salir del apuro, a no hacerlo como en la elección anterior, esto es, eligiendo un tercer competidor. Hasta se trataba ya de nombrar al cardenal Orsini, cuando Julio de Médicis se valió de una estratagema bastante ingeniosa. Le faltaban cinco votos: cinco de sus partidarios propusieron a cinco de los de Colonna si querían apostar diez mil ducados contra cien mil, a que Julio de Médicis no sería elegido. En el primer escrutinio que siguió a la apuesta, Julio de Médicis obtuvo los cinco votos que le faltaban. No había nada que decir, pues los cardenales no se habían vendido, solo habían apostado.

En consecuencia, el 18 de noviembre de 1523, Julio de Médicis fue proclamado papa con el nombre de Clemente VII, y en el mismo día satisfizo generosamente los quinientos mil ducados que sus cinco partidarios habían perdido.

Durante aquel pontificado, y los siete meses en que Roma —conquistada por los soldados luteranos del condestable de Borbón— veía profanar impaciente las cosas más sagradas, nació Francisco Cenci.

Era hijo de monseñor Cenci, tesorero apostólico en el pontificado de Pío V. Como este venerable prelado se había ocupado más de la administración espiritual que de la temporal de su reino, al parecer Nicolás Cenci se aprovechó de este desprendimiento de las cosas mundanas, para recoger una renta limpia de ciento sesenta mil piastras (cerca de ocho millones quinientos mil reales de nuestra moneda): y Francisco Cenci, su único hijo, heredó esta fortuna colosal.

El cisma de Lutero había ocupado tanto a los papas mientras Cenci era joven, que no les había quedado mucho tiempo para pensar en otra cosa. De aquí fue que Francisco Cenci, que había nacido con inclinaciones perversas y que se veía dueño de una fortuna que le permitía comprar la impunidad, se abandonó a cuantos excesos le arrastraba su temperamento fogoso y apasionado. Tres veces se libró de la cárcel, adonde le habían conducido sus amores ilícitos, mediante doscientas mil piastras (cerca de diecinueve millones de reales); sin embargo, debe tenerse en cuenta que en aquella época los papas necesitaban mucho dinero.

En el reinado de Gregorio XIII fue principalmente cuando Francisco Cenci empezó a llamar la atención.

Verdad es que este pontificado se prestaba maravillosamente al vuelo de una nombradla tal como aquella a la que parecía aspirar aquel extraño donjuán. Todo era permitido en Roma en tiempo del boloñés Buoncompagni, a cualquiera que pudiese comprar a la vez asesinos y jueces. Tan comunes eran el robo y el asesinato, que los tribunales apenas se ocupaban de semejantes bagatelas, a menos de aprehender al culpable en el acto; pero Dios recompensó al buen Gregorio XIII por su indulgencia, puesto que tuvo el gusto de ver la jornada de San Bartolomé.

Francisco Cenci era ya, en la época de que hablamos, un hombre de unos cuarenta y cuatro a cuarenta y cinco años; de estatura de cinco pies y cuatro pulgadas, poco más o menos; de buena presencia y muy robusto, aunque parecía algo flaco. Tenía el cabello canoso, ojos grandes y expresivos, no obstante que el párpado superior los ofuscaba; nariz larga, labios delgados y una sonrisa graciosísima; si bien aquella sonrisa cambiaba fácilmente de expresión, siendo muy terrible cuando su vista distinguía un enemigo: por poco conmovido o irritado que entonces estuviese, le acometía cierto temblor convulsivo, que le duraba aun después de pasada la causa que lo produjera. Era diestro en todos los ejercicios gimnásticos, sobre todo en la equitación, de modo que de una sola jornada iba de Roma a Nápoles, a pesar de las cuarenta y una leguas de distancia que se cuentan, atravesando los bosques de San Germano y los pantanos de Pontino, sin hacer caso de los malhechores, aun cuando fuera solo, y muchas veces sin más armas que su espada o el puñal. Si su caballo caía reventado de cansancio, compraba otro; si no se lo querían vender, lo arrebataba a la fuerza; y si le resistían, hería y siempre por la punta, nunca por el pomo de su espada.

Por lo demás, nadie se oponía a su voluntad, pues sabían que era tan generoso como arrebatado; teniendo que ceder al temor los que no cedían al interés. Era impío, sacrílego y ateo; y si alguna vez entraba en una iglesia, era sólo para blasfemar de Dios. Se decía que le gustaban muchísimo las aventuras arriesgadas y que no había crimen que no cometiese sólo para poder presumir de haber disfrutado de una sensación nueva.

A la edad de cuarenta y cinco años casó con una mujer muy rica, cuyo nombre no se encuentra en las crónicas, y de cuyo matrimonio tuvo siete hijos, a saber: cinco niños y dos niñas. Luego casó de segundas nupcias con Lucrecia Petroni que, exceptuando su tez de tremenda blancura, era el tipo perfecto de una hermosa romana. Este segundo matrimonio fue estéril.

Como si todos los sentimientos naturales al hombre estuvieran prohibidos a Francisco Cenci, aborrecía de tal suerte a sus hijos que ni siquiera se tomaba la molestia de ocultar el odio que les profesaba. Dijo un día al arquitecto a quien hacía construir en el parque de su magnífico palacio, situado cerca del Tíber, una iglesia dedicada a Santo Tomás, al mandarle levantar el plano de un sepulcro: «Aquí espero verlos a todos». Más adelante, el arquitecto confesó varias veces que de tal manera le asustó la carcajada con que Cenci acompañara estas palabras que, a no haberle tenido tanta cuenta trabajar para él, se hubiera negado a continuar las obras de un padre tan desnaturalizado.

Apenas vio a sus hijos en disposición de poderse gobernar por sí mismos, envió a los tres mayores (Santiago, Cristóbal y Roque) a la Universidad de Salamanca en España, creyendo sin duda que, con alejarlos de sí, bastaba para verse libre de ellos para siempre: puesto que apenas hubieron marchado cuando ya no pensó más en ellos, ni aun para enviarles con qué subsistir. Así fue que, tras algunos meses de llanto y miseria, aquellos tres desgraciados jóvenes tuvieron que dejar Salamanca y atravesar mendigando, a pie y descalzos, toda la Francia y la Italia para llegar a Roma, donde encontraron a su padre más severo, más feroz y más desnaturalizado que nunca.

Sucedía esto en los primeros años del reinado de Clemente VIII, reinado célebre por su justicia. Los tres jóvenes resolvieron acudir al Papa, para conseguir una pequeña pensión sobre las inmensas riquezas de su padre. Al efecto pasaron a Frascati, donde residía entonces el Padre Santo, mientras se construía la hermosa ciudad de Aldobrandini, y le refirieron el motivo que allí los traía. Reconociendo el Papa el derecho que les asistía, obligó a Francisco a que asignara a cada uno de sus hijos una pensión de dos mil escudos. En vano procuró Francisco eludir la sentencia por cuantos medios estaban a su alcance: recibió órdenes tan terminantes que se vio precisado a obedecer.

En aquella época fue encarcelado por tercera vez a causa de sus ilícitos amores. Entonces sus tres hijos se presentaron nuevamente al Papa, suplicándole que, ya que su padre deshonoraba su nombre, descargase sobre él todo el rigor de la ley. El Papa,

calificando de odioso semejante paso, los despidió ignominiosamente de su presencia. En cuanto a Francisco, se salvó también aquella vez, como lo había hecho las dos anteriores: a peso de oro.

Fácilmente se concibe que la acción de los hijos de Francisco no convertiría en amor el odio que les tenía; pero como ellos estaban fuera de los alcances de su cólera, porque eran independientes desde que obtuvieran la pensión, recayó toda su rabia sobre las desgraciadas niñas, cuya situación muy en breve llegó a ser tan insoportable que la mayor, aunque vigilada continuamente, pudo remitir al Papa un memorial en que, después de contarle los malos tratamientos que experimentaba, le suplicaba que la casase o la hiciese entrar en un convento. Compadeciéndose de ella, Clemente VIII obligó a Francisco Cenci a darle una dote de sesenta mil escudos y la casó con Carlos Gabriel, descendiente de una noble familia de Gubbio. Fue incontenible la cólera de Francisco al ver que le arrebataban una víctima.

Al mismo tiempo la muerte puso en libertad a otros dos: Roque y Cristóbal Cenci fueron asesinados con un año de intervalo, el uno por un tocinero, cuyo nombre se ignora, y el otro por Pablo Corso de Masa. Esto mitigó algún tanto el dolor de Francisco, cuya avaricia persiguió a sus hijos aun después de muertos, previniendo a los sacerdotes que él no daría ni un octavo para los gastos de la iglesia. Así pues, fueron conducidos a la sepultura que les había preparado en vida en el ataúd de los mendigos; y cuando los vio allí tendidos, dijo que se tenía por muy dichoso de verse libre de aquellas dos malditas criaturas; pero que su dicha no sería completa hasta que los cinco hijos que aún le quedaban estuvieran depositados junto a los dos primeros; y que, cuando muriese el último, iluminaría su palacio en señal de alegría, pegándole fuego.

Sin embargo, Francisco tomó desde luego todas las precauciones para que la hija que le quedaba, Beatriz Cenci, no siguiese el ejemplo de su hermana. Contaba esta entonces de doce a trece años, y era hermosa e inocente como un ángel: sus largos cabellos castaños (circunstancia tan rara en Italia que Rafael la apropió a todas sus imágenes, suponiéndola divina) dejaban ver una frente encantadora, separándose y ondeando en graciosos bucles que caían sobre sus hombros.

Sus ojos de un azul celeste tenían la más sublime expresión. Era de estatura mediana, pero bien proporcionada; y en los cortos intervalos en que su carácter natural podía abrirse paso a través de sus lágrimas, aparecía vivo, alegre y sensible, aunque dotado de entereza.

Francisco la había encerrado en un aposento retirado de su palacio para estar más seguro de ella, y del cual sólo él guardaba la llave. Allí iba cada día aquel extraño e inflexible carcelero a visitarla y a llevarle la comida. Fue siempre para ella de una dureza implacable, hasta la edad de trece años, en que por fin rayaba; pero bien pronto, no sin grande admiración de la pobre Beatriz, suavizó el tratamiento, porque la niña iba a ser mujer, y su hermosura se desarrollaba como una flor. Francisco, a quien ningún crimen debía de ser desconocido, había ya dirigido sobre ella una

mirada incestuosa.

No es de extrañar que con la educación que Beatriz había recibido, apartada de toda sociedad y privada hasta de la compañía de su madrastra, estuviese ignorante del bien como del mal. Era, pues, más fácil seducirla que a cualquier otra, y, sin embargo, Francisco se valió para aquella acción tan diabólica de todos los resortes imaginables. Sucedió durante algún tiempo, que todas las noches despertaba a Beatriz una música deliciosa que parecía celestial. Cuando se lo refería a su padre, la dejaba este en su error, añadiendo que, si era sumisa y obediente, por un favor particular de Dios no sólo oiría, sino que vería.

En efecto, cierta noche, en que recostada en su cama escuchaba la joven aquella encantadora armonía, se abrieron súbitamente las puertas de su cuarto, y desde la oscuridad que en él reinaba se fijaron sus miradas en unos aposentos soberbiamente iluminados y de donde se exhalaban aromas cuales los respiramos en los sueños; jóvenes de ambos sexos medio desnudos, como los que había visto en los cuadros de Guido y de Rafael, se paseaban por aquellos aposentos y parecían entregados a la alegría y al placer. Eran estos los favoritos y las cortesanas de Francisco, quien renovaba cada noche las orgías de Alejandro en las bodas de Lucrecio y los excesos de Tiberio en Capri. Una hora después la puerta se cerró y la seductora visión desapareció, dejando a Beatriz llena de turbación y embeleso.

La misma aparición se renovó en la noche siguiente, pero esta vez Francisco Cenci entró en el cuarto de su hija y la convidó a tomar parte en el festín. Francisco estaba desnudo, y Beatriz, sin saber por qué, conoció que haría mal en acceder a los ruegos de su padre; le respondió, pues, que no viendo entre todas aquellas mujeres a Lucrecia Petroni, su madrastra, no se atrevía a abandonar su lecho y presentarse de aquel modo entre gentes extrañas. Francisca le rogó y la amenazó, pero todo fue inútil: Beatriz se envolvió en sus sábanas y rehusó tenazmente obedecerle.

Al otro día se acostó vestida. La puerta se abrió a la hora acostumbrada y volvió a presentarse el mismo espectáculo nocturno, pero esta vez Lucrecia Petroni estaba entre las mujeres que atravesaban por delante de la puerta de Beatriz: la violencia la había obligado a aquel acto de humillación y Beatriz estaba demasiado apartada para poder distinguir su rubor y sus lágrimas. Enseñándole entonces Francisco a su madrastra, a quien en vano había buscado el día anterior, ya nada tenía que replicar: se dejó conducir entre confusa y avergonzada a la orgía.

Allí vio Beatriz cosas infames que ignoraba...

Por mucho tiempo resistió, sin embargo: una voz interior le decía que todo aquello era abominable; pero Francisco, que poseía la tenaz perseverancia de un demonio, juntaba a aquellas escenas que creía propias para despertar los sentidos las más horribles blasfemias con el fin de extraviar su razón. Le decía que los más grandes hombres que la iglesia venera habían nacido del comercio del padre con la hija; y Beatriz cometió un crimen, ignorando todavía lo que era un pecado.

Entonces ya no tuvo límites la brutalidad de Francisco, obligando a Lucrecia y a

Beatriz a que dividieran su lecho con él, amenazando con la muerte a su mujer si con una sola palabra revelaba a su hija lo odioso de semejante comunidad. En este estado permanecieron las cosas por espacio de tres años.

Aconteció que Francisco tuvo que emprender un viaje, viéndose por lo tanto en la necesidad de dejar a las mujeres solas y libres. Lo primero que hizo Lucrecia fue revelar a Beatriz toda la infamia que se encerraba en aquel modo de vivir; y de común acuerdo hicieron un memorial al Papa, exponiéndole los ultrajes que habían recibido; pero Francisco Cenci había tomado muy bien sus medidas antes de partir, comprando a cuantos rodeaban al Pontífice: los que no lo estaban, deseaban venderse. Así pues, la súplica no llegó a manos de Su Santidad, y aquellas dos infelices, acordándose de que Clemente VIII había arrojado de su presencia a sus hermanos Santiago, Cristóbal y Roque, se creyeron comprendidas en la misma proscripción y, por consiguiente, abandonadas.

Entretanto, aprovechándose Santiago de la sustancia de su padre, fue a visitarlas acompañado de un abad amigo suyo, llamado Guerra; era este un joven de unos veinticinco a veintiséis años, hijo de una de las familias más nobles de Roma, de carácter ardiente, emprendedor y animoso, y a quien todas las mujeres citaban por su gallardía. Reunía, en efecto, a sus nobles facciones romanas, unos ojos azules de seductora amabilidad, largos cabellos rubios y una barba y cejas de color castaño. Se añadía a esto una exquisita instrucción, una elocuencia natural llena de atractivos y una voz melodiosa y se tendrá una idea de monseñor el abad Guerra.

Apenas vio éste a Beatriz quedó perdidamente enamorado de ella, y la niña por su parte no tardó en simpatizar con el hermoso prelado. Aún no se había verificado el concilio de Trento, y, por consiguiente, los sacerdotes podían casarse. Convinieron en que, a la vuelta de Francisco, el abad Guerra pediría la mano de Beatriz a su padre; y las mujeres, dichosas con la ausencia de su tirano, pasaban entretanto sus días pensando en un porvenir más risueño.

Volvió finalmente Francisco, después de tres o cuatro meses de ausencia, durante los cuales todo el mundo ignoró lo que había hecho. Desde la primera noche quiso volver a continuar con su hija sus incestuosos caprichos, pero Beatriz no era ya la misma: la niña tímida y sumisa se había convertido en una joven ultrajada; y supo resistirse no menos a los ruegos que a las amenazas y a los golpes, porque su amor la hacía fuerte y poderosa.

Entonces recayó en su mujer toda la cólera de Francisco, acusándola de haberle hecho traición; la apaleó brutalmente; y Lucrecia Petroni, que era una verdadera loba romana, tan ardiente en el amor como en la venganza, lo sufrió todo sin perdonar nada.

Al cabo de algunos días, el abad Guerra se presentó en casa de Francisco Cenci para cumplir con lo convenido. El joven, el rico, el noble y hermoso Guerra, sin embargo de poseer cuantas calidades pueden dar algunas esperanzas, fue brutalmente despedido por Francisco. Pero, lejos de desanimarse con aquella primera repulsa,

volvió a la carga por segunda y por tercera vez, ponderando las conveniencias de semejante unión; hasta que Francisco respondió a aquel amante obstinado que mediaba una razón poderosísima para que Beatriz no fuera de él ni de ningún otro hombre. Cuando Guerra preguntó cuál era aquella razón, respondió Francisco: «Porque es mi querida».

Palideció Guerra al oír semejante respuesta, a pesar de que al principio no lo creyera; pero al observar la sonrisa con que Francisco Cenci acompañaba lo que decía, por muy terrible que fuera semejante declaración, hubo de darle crédito porque le había dicho la verdad.

Tres días estuvo Guerra sin poder acercarse a Beatriz; pero al fin la vio. Le quedaba la esperanza de que Beatriz negaría semejante delito, pero lo confesó todo. Ya no hubo desde entonces ninguna esperanza humana para los dos amantes; un abismo insondable los dividía. Se separaron bañados en lágrimas y prometiendo amarse eternamente. Sin embargo, las dos mujeres no habían tomado ninguna resolución criminal, y quizá todo se hubiera pasado de aquel modo oculto y sin escándalo de no haber entrado Francisco en el cuarto de su hija, forzándola a cometer un nuevo crimen. Desde entonces se decretó su sentencia y Francisco fue condenado.

Hemos dicho ya que Beatriz estaba dotada de una de aquellas almas capaces, así de los más nobles como de los más perversos sentimientos. Podía elevarse a lo sublime y bajarse al lodo. Fue a encontrarse con su madrastra y le refirió el nuevo ultraje de que acababa de ser víctima: aquella comunicación despertó en la otra mujer el recuerdo de los malos tratamientos que había recibido, y excitándose a porfía, decidieron ambas la muerte de Francisco.

Guerra fue también llamado a aquel consejo de muerte. Tenía también el corazón lleno de rabia y sólo deseaba vengarse. Se encargó de avisar a Santiago Cenci, sin el cual las mujeres no podían hacer nada, puesto que como primogénito era el jefe de la familia. Santiago Cenci entró fácilmente en la conspiración. Ya se acordará el lector de cuánto su padre le había hecho sufrir en otro tiempo; después se había casado, y el inflexible anciano había abandonado a la miseria a él, a su mujer y a sus hijos. Se escogió el alojamiento de monseñor Guerra para tratar el asunto. Santiago presentó un asesino, llamado Marzio, y monseñor Guerra otro, llamado Olimpio.

Ambos tenían sus razones para cometer aquel crimen; el uno por su amor y el otro por su odio. Marzio era criado de Santiago y había tenido ocasión de ver muchas veces a Beatriz, se había enamorado de ella; pero con aquel amor silencioso y sin esperanza que devora el alma. Así pues, aceptó sin condiciones el crimen que le proponían, sólo por complacer a Beatriz.

En cuanto a Olimpio, aborrecía a Francisco porque este le había hecho perder su empleo de alcalde de Rocapetrella, fortaleza situada en el reino de Nápoles, perteneciente al príncipe Colonna. Casi todos los años iba Francisco Cenci, con su familia, a pasar algunos meses en Rocapetrella, porque el príncipe Colonna, que era muy noble y poderoso, guardaba todas las atenciones imaginables para con su amigo

Francisco, en cuyo bolsillo hallaba el dinero de que tenía necesidad bastante a menudo. Prevaliéndose de su influjo, Francisco, que creía tener motivos de descontento con Olimpio, se quejó de él al príncipe Colonna y Olimpio fue despedido.

He aquí lo que la junta determinó después de varias deliberaciones en que cada uno de los asistentes dio su parecer.

Al acercarse el tiempo en que Francisco Cenci solía ir a Rocapetrella, se convino en reunir doce bandidos napolitanos, a quienes Olimpio, valiéndose de sus antiguas relaciones en el país, encargó de municionar; los cuales, ocultos en un bosque que se hallaba al paso, y avisados del momento en que Francisco Cenci se pondría en camino, debían arrebatarse junto con su familia, pedir por él un cuantioso rescate y enviar a sus hijos a Roma para procurarse el dinero; y estos, fingiendo no encontrarlo, dejarían transcurrir el tiempo prefijado por los bandidos, los cuales acabarían entonces con Francisco. De esta suerte alejaban toda sospecha de complicidad y los verdaderos asesinos se escapaban de las pesquisas de la justicia.

Pero la empresa no tuvo éxito, a pesar de lo bien combinada que estaba. Cuando Francisco salió de Roma, el espía de los conjurados no supo dar con los ladrones; y estos, que no estaban prevenidos, bajaron demasiado tarde al camino para poder cumplir su promesa. Francisco había ya pasado y en aquel momento entraba sano y salvo en Rocapetrella. Conociendo los bandidos —después de haber recorrido inútilmente el camino— que su presa se les había escapado de las manos, y no queriendo detenerse por más tiempo en un sitio donde habían permanecido por espacio de una semana, determinaron ir a buscar en otra parte alguna expedición menos dudosa.

Entretanto, Francisco había tomado posesión del castillo; y para poder tiranizar con más libertad a Lucrecia y a Beatriz, dispuso que Santiago regresase a Roma con los otros dos hijos que le quedaban. Allí volvió otra vez a sus infames tentativas contra Beatriz, llevándolas a tal extremo, que esta resolvió consumir por sí misma el crimen que al principio confiara a manos extrañas.

Olimpio y Marzio, que nada tenían que temer de la justicia, no habían cesado un momento de divagar por aquellas cercanías. Divisándolos un día Beatriz desde su ventana, les dio a entender por señas que deseaba hablarles. Como Olimpio había sido alcalde de aquel castillo, conocía todas sus entradas y salidas, y fácilmente pudo penetrar en él aquella misma noche con su compañero. Beatriz les estaba esperando en una ventana baja, que daba a un patio retirado, y desde allí les entregó unas cartas para monseñor Guerra y para Santiago. Este debía aprobar como la primera vez el asesinato de su padre, porque Beatriz no quería pasar adelante sin su beneplácito, y monseñor Guerra debía enviarle mil piastras, que era la mitad del precio estipulado con Olimpio; pues en cuanto a Marzio, obraba solamente impulsado del amor que profesaba a Beatriz, a quien adoraba cual si fuera una Virgen. La joven lo notó y le regaló una capa magnífica de grana, bordada y galoneada de oro, diciéndole que la

llevase por su afecto. Las dos mujeres se obligaron a pagar lo restante de la suma estipulada con Olimpio, cuando la muerte del anciano las hubiese hecho dueñas de su inmensa fortuna.

Partieron ambos cómplices mientras las prisioneras quedaban esperando con ansiedad su vuelta, que fue en el mismo día que habían prometido. Traían las mil piastras de monseñor Guerra y el consentimiento de Santiago. No oponiéndose ya nada a la ejecución del terrible proyecto, se señaló para el día 8 de septiembre, día de la Natividad de la Virgen; pero Lucrecia, que al mismo tiempo era muy devota, al advertir esta circunstancia, no quiso cometer un doble pecado y se difirió la ejecución hasta el nueve.

En su consecuencia, el 9 de septiembre de 1598, durante la cena, las dos mujeres le echaron un narcótico en el vaso del anciano con tanto disimulo que este no reparó en ello, a pesar de lo difícil que era engañarle; de cuyas resultas quedó bien pronto sumergido en un profundo sueño.

Marzio y Olimpio habían sido introducidos el día anterior en el castillo, donde estuvieron ocultos noche y día, pues ya se acordará el lector de que, a no ser por los escrúpulos religiosos de Lucrecia Petroni, se hubiera consumado el asesinato aquel día. A medianoche fue Beatriz a sacarlos de su escondite y los llevó al aposento de su padre, cuya puerta les abrió ella misma: entraron los asesinos y las dos mujeres quedaron aguardando el éxito en el aposento inmediato.

Al poco rato conocieron que nada se había hecho y vieron volver a sus cómplices pálidos, desfigurados y meneando la cabeza.

—¿Qué hay?, ¿qué os detiene? —exclamó Beatriz.

—Perdonad —respondieron los asesinos—, es una cobardía matar a un hombre anciano que está durmiendo. Sus canas nos han causado lástima.

Entonces, levantando Beatriz su cabeza con orgullo, con voz destemplada y trémula empezó a apostrofarlos diciendo:

—¡Os preciáis de valientes y no tenéis ánimo para matar a un anciano durmiendo! ¡Qué sería si estuviese despierto! ¡Y nos venís ahora con esto después de habernos robado el dinero! ¡Pues bien, yo mataré a mi padre, ya que vuestra cobardía me obliga a ello!, pero no le sobreviviréis mucho tiempo.

Los asesinos se abochornaron al oír estas palabras, y manifestando con un gesto que cumplirían su promesa, entraron en el cuarto acompañados de las dos mujeres. Un rayo de luna penetraba a la sazón por la ventana que estaba entreabierta e iluminaba el rostro tranquilo del anciano, cuyos blancos cabellos habían hecho retroceder a los asesinos.

Pero esta vez ya no tuvieron compasión. El uno iba armado de dos grandes clavos, como los que sin duda servirían para la pasión de Cristo, y el otro de un martillo. Colocando el primero uno de los clavos verticalmente sobre el ojo del anciano, hirió el otro con el martillo y el clavo se hundió en la cabeza. Del mismo modo le clavaron el otro en la garganta; por manera que aquella pobre alma, cargada

de tantos crímenes durante su vida, salió violentamente, y a pesar suyo, del cuerpo que se revolcaba por el pavimento en donde había caído.

Fiel a su palabra, la joven puso en manos de los asesinos un gran bolsillo que contenía lo restante de la suma convenida y los despidió.

En cuanto se vieron solas las dos mujeres, arrancaron los clavos de las heridas, y tras envolver el cadáver en una sábana lo llevaron arrastrando por los aposentos hasta una azotea, desde la que pensaban arrojarlo a un jardín abandonado. Contaban hacer creer de aquel modo que el anciano había muerto al ir por la noche a un gabinete situado al extremo de la galería. Cuando llegaron al dintel de la puerta del último aposento les fallaron las fuerzas, y mientras Lucrecia se detenía un instante para descansar divisó a los cómplices que todavía no se habían retirado y que estaban repartiéndose el dinero. Les llamó en su ayuda, y entonces transportaron el cuerpo a la azotea y lo arrojaron por el paraje que indicaron Beatriz y Lucrecia, sobre un sauce, entre cuyas ramas se detuvo. Todo sucedió como lo habían previsto Beatriz y su madrastra; y cuando a la mañana siguiente se encontró el cadáver suspendido en las ramas del sauce, todo el mundo creyó que habiéndole faltado tierra a Francisco en la azotea, al ir a poner el pie donde no había parapeto, se había caído y quedado muerto. Nadie reparó en las heridas hechas por los clavos entre los mil rasguños de que estaba cubierto el cuerpo. Por otra parte, al comunicar las mujeres la catástrofe, salieron lanzando agudos gritos y llorando amargamente, por manera que si alguien hubiese podido concebir la menor sospecha, aquel dolor representado con tanta verdad la habría disipado en el acto. Nadie sospechó, pues, excepto la lavandera del castillo, a quien Beatriz dio a lavar la sábana en que envolvieran a su padre, diciéndole que aquellas grandes manchas de sangre eran de una pérdida que había tenido aquella misma noche. La lavandera fingió creerlo, y por entonces no habló ni una palabra de esta circunstancia, de suerte que, después de celebradas las exequias, volvieron las dos mujeres libremente a Roma, donde se proponían disfrutar por fin de una existencia más tranquila.

Con todo, mientras que vivían sin inquietud, aunque tal vez no sin remordimientos, la justicia de Dios empezaba a obrar. Habiendo sabido la corte de Nápoles la muerte repentina e inesperada de Francisco Cenci, concibió algunas sospechas de que aquella muerte no había sido natural. En consecuencia, dispuso que un comisionado especial pasase a Rocapetrella para hacer exhumar el cadáver y buscar en él las huellas del asesinato, caso de haberlo habido. Tan luego como llegó aquel comisionado, todos los habitantes del castillo fueron conducidos presos a Nápoles. Pero no se halló el menor indicio, excepto la declaración de la lavandera, quien dijo que Beatriz le había dado a lavar una sábana manchada de sangre; indicio que no dejaba de ser terrible, puesto que habiéndosele preguntado si realmente y en conciencia creía que aquella sangre proviniese de la causa que Beatriz le había indicado, contestó negativamente, atendiendo a que las manchas eran de un color más vivo que lo natural.

A pesar de haberse enviado esta declaración a la corte de Roma, no se creyó suficiente para proceder al arresto de la familia Cenci. Pasaron todavía algunos meses sin que esta fuese molestada, durante los cuales falleció el más joven de los hermanos. De cinco no quedaban ya más que dos, a saber: Santiago, que era el primogénito, y Bernardo, el penúltimo. Con mucha facilidad hubieran podido salvarse durante este tiempo, huyendo a Venecia o a Florencia; pero ni siquiera se les ocurrió esta idea, y se quedaron en Roma a esperar los acontecimientos.

Mientras tanto, monseñor Guerra supo que se había visto a Marzio y Olimpio divagando por los alrededores del castillo en los días que precedieron a la muerte de Francisco, y que la policía de Nápoles había dado orden de arrestarlos.

Monseñor Guerra, como hombre prudente, llamó a otros dos matones que se encargasen de asesinar a Marzio y a Olimpio. El que se encargó de Olimpio lo encontró en Terni y le dio de puñaladas, cumpliendo honradamente su palabra. El que debía despachar a Marzio llegó, por desgracia, demasiado tarde a Nápoles, pues hacía ya dos días que el asesino estaba en poder de la justicia.

Puesto a cuestión de tormento, Marzio lo confesó todo.

La declaración fue enviada a Roma, adonde debía él seguirla de cerca, para carearlo con los que en aquella acusaba. Santiago, Bernardo, Lucrecia y Beatriz fueron arrestados, teniendo al principio por cárcel el palacio de su padre, con una fuerte guardia de celadores; pero como los indicios iban agravándose más y más cada día, se tuvo por conveniente trasladarlos al castillo de Corte Savella. Allí hubo el careo con Marzio; pero ellos negaron obstinadamente, no sólo su complicidad en el crimen, sino también que conociesen al asesino. Beatriz, particularmente, mostró la mayor serenidad, siendo la primera que pidió ser careada con Marzio; y afirmó con tanta calma y tal dignidad que el acusador mentía, que al verla este más bella que nunca resolvió salvarla muriendo, puesto que no podía vivir para ella. Dijo, pues, que cuanto había declarado hasta entonces era una impostura, y que pedía perdón por ello a Dios y a Beatriz; desde entonces, ni las amenazas ni el tormento pudieron arrancarle otra palabra y murió con la boca cerrada, en medio de los dolores más agudos.

Ya se creían salvados los Cenci; pero Dios lo había dispuesto de otro modo. El asesino que matara a Olimpio fue, mientras esto sucedía, arrestado por otro delito; y como nada le importase ocultar un delito con preferencia a otro, confesó que monseñor Guerra le había encargado le desembarazase de algunas inquietudes que tenía respecto de un asesino llamado Olimpio. Por fortuna, monseñor Guerra supo cuanto pasaba con tiempo y, como hombre de valor, no se dejó intimidar ni abatir, como lo hubiera hecho otro en su lugar.

Cuando recibió esta noticia se hallaba cabalmente en su casa el carbonero que le proveía de carbón. Llamándole a su gabinete, empezó por darle una considerable suma de dinero para comprar su silencio, pagándole además a peso de oro los viejos y sucios harapos de que iba vestido; luego cortó su hermosa cabellera rubia y que tanto estimaba, se tiñó la barba y el rostro, compró dos jumentos, los cargó de carbón y

empezó a recorrer las calles de Roma cojeando y gritando, con la boca llena de pan negro y de cebolla: «Quién compra carbón». Y mientras que todos los celadores se empeñaban en buscarle por dentro y fuera de la ciudad, salió de ella y topando con una cuadrilla de arrieros, se mezcló con ellos y llegó a Nápoles donde se embarcó, de suerte que nunca más se supo de él. Sin embargo, algunos suponen —aunque sin afirmarlo— que se fue a Francia, en donde sentó plaza y sirvió en un regimiento suizo que Enrique IV tenía a sus órdenes.

La confesión del asesino y la desaparición de monseñor Guerra no dejaban duda alguna de la culpabilidad de los Cenci: fueron, pues, trasladados del castillo a la cárcel y puestos a cuestión de tormento: los dos hermanos no tuvieron bastantes fuerzas para resistir y confesaron que eran delincuentes. Lucrecia Petroni, sobre todo a causa de su gordura, no pudo soportar el tormento de la cuerda, y apenas la levantaron del suelo cuando pidió que la bajasen y confesó cuanto sabía.

En cuanto a Beatriz, se sostuvo impasible; ni las promesas, ni las amenazas, ni el tormento, nada pudieron sobre aquella organización robusta y viva; todo lo sobrellevó con un valor admirable, y el juez Ulises Moscati, a pesar de su celebridad, no le pudo arrancar ni una sola palabra que ella no estuviera en ánimo de decir. Este juez se lo refirió todo a Clemente VIII, no atreviéndose a tomar sobre sí responsabilidad alguna en un negocio de tanta importancia. Receloso el Papa de que seducido el juez por la belleza de la delincuente hubiese usado de excesiva blandura en la aplicación de la tortura, quitó la causa de sus manos y la encargó a otro juez muy conocido por su inflexibilidad.

Volviendo este a empezar todo el proceso relativo a Beatriz, examinó todos los interrogatorios y observando que sólo habían aplicado a Beatriz la tortura ordinaria, mandó que fuese puesta a tormento ordinario y extraordinario. Este era, como hemos dicho ya, el tormento de la cuerda, uno de los más terribles que el hombre, tan ingenioso en tormentos, haya podido inventar.

Pero como estas cuatro palabras, tormento de la cuerda, no presentan a nuestros lectores una idea bien clara del género de suplicio que indican, vamos a entrar en algunos pormenores sobre este asunto. Después daremos el proceso verbal copiado de los autos que existen en el Vaticano.

Se empleaban en Roma varias especies de tormentos: los más usados eran el de la caña, el del fuego, el de la vigilia y el de la garrucha.

El de la caña, el más sencillo de todos, se aplicaba solamente a los niños y a los ancianos, y consistía en introducir entre la carne y las uñas del paciente pedacitos de caña.

El del fuego, que frecuentemente empleaban antes de haber inventado el de la vigilia, se aplicaba acercando los pies del delincuente a un gran brasero.

El de la vigilia, cuyo inventor fue Marsilio, consistía en hacer sentar al acusado sobre un caballete de cinco pies de altura y que formaba un ángulo agudo. El paciente

estaba desnudo con los brazos atados a la espalda al caballete; dos hombres sentados a sus lados, y que se relevaban cada cinco horas, impedían que se durmiese cada vez que el sueño le cerraba los ojos. Marsilio dice que no ha visto jamás un hombre que resistiese a semejante tormento, pero aquí hay un poco de jactancia. Farinasi afirma solamente que de cien acusados puestos a esta clase de tormento, no hubo más que cinco que dejaran de confesar. No deja de ser un resultado bastante satisfactorio para el inventor.

En Fin, el de la garrucha —el más usual— era de tres especies, a saber: tormento leve, tormento grave y tormento gravísimo.

El primer grado, o el tormento leve, consistía en el terror que infundían al reo con amenazas, llevándole al lugar de la tortura donde, después de haberle desnudado, le ataban a la cuerda como si fueran a aplicárselo. Prescindiendo del terror que inspiraban estos preparativos, ya se concibe el dolor que les causaría la compresión de las muñecas; de modo que este primer grado de tormento bastaba muchas veces para hacer confesar el delito a las mujeres o a los hombres de poco ánimo.

El segundo grado —o el tormento grave— consistía, desnudado ya el paciente y atado por las muñecas, en pasar la cuerda por una garrucha clavada en el techo, cuyo cabo se sujetaba en un torno, por medio del cual se subía o bajaba al reo, ya paulatinamente, ya de golpe, al arbitrio del juez. Terminada esta operación se le mantenía suspendido, sin tocar a tierra por espacio de un *Pater noster*, de un *Ave María* o de un *Miserere*; si insistía negando, se duplicaba la suspensión. Este segundo grado de tormento y último de la cuestión ordinaria, se aplicaba cuando el delito era probable y no probado.

El tercer grado —o la tortura gravísima— y con el cual empezaba el tormento extraordinario, consistía en tener suspendido al reo por las muñecas durante uno, dos o tres cuartos de hora, y a veces hasta una hora. Luego le bamboleaba el verdugo a manera de badajo de campana, o bien le dejaba caer desde el techo parándole de improviso a poca distancia del suelo. Si el reo se resistía a este tormento, cosa casi inaudita porque sajava las muñecas hasta el hueso y dislocaba los miembros, se le ponían pesas en los pies, que, redoblando la gravedad, aumentaban el tormento. Esta última clase de tortura únicamente se aplicaba cuando el crimen no tan sólo era probado, sino atroz, habiendo sido perpetrado en una persona sagrada como un padre, un cardenal, un príncipe o un sabio.

Hemos visto que Beatriz fue condenada al tormento ordinario y extraordinario. Sabemos ya en qué consistía este tormento, veamos ahora lo que dice el escribano:

«Y como durante el interrogatorio no quisiese ella confesar, dispusimos que dos alguaciles la trasladasen de la cárcel al lugar del tormento, donde esperaba el verdugo; y allí, después de raparle este la cabeza, la hizo sentar, la desnudó, la descalzó, le ató las manos a la espalda, se las sujetó a una cuerda que bajaba de una garrucha clavada en la pared más elevada del aposento, y cuyo extremo opuesto se fijaba a un torno que daba vueltas al impulso de dos hombres.

»Y antes de mandar que tirasen de la cuerda, la interrogamos nuevamente sobre el susodicho parricidio, pero a pesar de las confesiones de su hermano y de su madrastra, que firmadas le fueron presentadas por segunda vez, negó resueltamente diciendo: “Haced de mí lo que gustéis, he dicho la verdad; y aun cuando me desmembraseis no diría yo lo contrario”. Por lo cual la hicimos suspender con las manos atadas a la susodicha cuerda hasta la altura de cerca de dos pies; y habiéndola tenido de ese modo durante el tiempo necesario para rezar un padrenuestro, la interrogamos de nuevo sobre los hechos y circunstancias del susodicho parricidio; pero nada contestó, exclamando únicamente: “¡Me matáis! ¡Me matáis!”.

»Entonces dispusimos que la elevasen hasta la altura de cuatro pies y empezamos a rezar un avemaría, pero fingió desmayarse a la mitad de nuestra oración.

»Nos mandamos echarle un cubo de agua en la cabeza, cuya frialdad la hizo volver en sí exclamando: “¡Dios mío! Yo muero; ¡me matáis! ¡Dios mío!”. Pero sin querer contestar ni decir otra cosa.

»Nos hicimos elevarla más y rezamos un miserere, durante el cual, en vez de orar con nosotros, se estremeció y exclamó: “¡Dios mío! ¡Dios mío!”.

»E interrogada de nuevo sobre el referido parricidio, insistió en su negativa, diciendo: “Soy inocente”. Y al instante se desmayó.

»Nos mandábamos echarle agua por segunda vez; volviendo en sí, abrió los ojos y exclamó: “¡Oh malditos verdugos!, me matáis, me matáis”. Pero sin querer decir nada más.

»Visto lo cual y que ella persistía siempre en la negativa, mandamos al verdugo que pasase adelante.

«Entonces la elevó este hasta la altura de diez pies, donde la conjuramos que nos dijese la verdad; pero bien sea que hubiese perdido el uso de la palabra, o bien que no quisiese hablar, sólo nos indicó con un movimiento de cabeza que no podía o no quería contestar.

»Visto lo cual, hicimos seña al verdugo de soltar la cuerda, que cayó de golpe desde la altura de diez pies a la de dos; y del sacudimiento se le descoyuntaron los brazos. Lanzó un grito agudo y quedó sin sentidos.

«Echándole otra vez agua en el rostro volvió en sí, exclamando: “Infames asesinos, vosotros me matáis, pero aunque me arranquéis los brazos no diré nada más”.

»Por lo cual, nos dispusimos que se le atase a los pies una pesa de cincuenta libras, pero en aquel momento, abriéndose la puerta, se oyeron voces de: “Basta, basta, no la hagáis padecer más...”.

Aquellas voces eran las de los hermanos Santiago y Bernardo Cenci y de Lucrecia Petroni. Viendo la obstinación de Beatriz, habían ordenado los jueces el careo de los acusados, que hacía cinco meses que no se habían visto.

Se adelantaron hacia el lugar del tormento, y viendo a Beatriz suspendida con los brazos descoyuntados y bañada en la sangre que manaba de sus muñecas,

exclamaron:

—Se ha cometido el pecado —le dijo Santiago—, tiempo es ya de hacer penitencia para salvar el alma; vale más sufrir la muerte con resignación que dejarse torturar tan cruelmente.

Entonces meneando ella la cabeza como para respirar:

—Ya que queréis morir —dijo Beatriz—, sea enhorabuena.

Luego, volviéndose a los alguaciles, añadió:

—Desatadme y leedme el interrogatorio, que yo diré la verdad. Habiéndose mandado bajar y desatar a Beatriz, fue curada por un cirujano del modo acostumbrado y se le leyó el interrogatorio; conforme lo había prometido, lo confesó todo.

Concluida la confesión la pusieron en la misma cárcel de sus hermanos, pero al siguiente día Santiago y Bernardo fueron trasladados a los calabozos de Tordinona.

Causó tal horror al Papa la lectura de los pormenores del crimen confesado, que mandó que los delincuentes fuesen arrastrados por las calles de Roma, atados a la cola de indómitos caballos; pero tan terrible sentencia conmovió de tal suerte a todo el mundo, que muchos personajes, entre ellos varios cardenales y príncipes, fueron a postrarse humildemente a los pies del Santo Padre, suplicándole con empeño que se dignase revocar la sentencia o que, a lo menos, permitiese a los condenados presentar sus defensas.

—¿Dieron ellos tiempo a su desgraciado padre —respondió Clemente VIII— para presentar la suya, cuando le asesinaron tan despiadada y cobardemente?

Sin embargo, vencido de tantas súplicas, les concedió tres días. En el acto, los más célebres abogados de Roma tomaron a su cargo aquella ruidosa causa, y recogiendo datos se presentaron el día aplazado para la lectura de la causa y de las defensas que debía hacerse ante Su Santidad.

El primero que habló fue Nicolás de los Ángeles, y tal fue la elocuencia de sus palabras en su exordio que, conmovido el auditorio, dio fácilmente a comprender el interés que tomaba por los delincuentes. Asustado el Papa de semejante efecto, le mandó callar.

—¡Qué! —dijo con indignación—, ¿habrá entre la nobleza personas que puedan matar a su padre y entre los abogados hombres que las defiendan? Nunca lo creyéramos, ¡ni hubiéramos llegado a imaginarlo!

Callaron todos a la terrible amonestación del Papa, excepto Farinacci, quien pensando en la sagrada misión de que estaba encargado, replicó respetuosamente, pero con entereza:

—Santísimo Padre, nosotros no hemos venido aquí a defender criminales, sino a salvar inocentes; porque si podemos probar que algunos de los acusados sólo han obrado en legítima defensa, creo que serán excusables a los ojos de Vuestra Santidad, porque del mismo modo que hay casos previstos en que el padre puede matar al hijo^[1], los hay en que el hijo puede matar al padre; así pues, hablaremos si Vuestra

Santidad nos lo permite.

Entonces Clemente VII se mostró tan pacífico como antes se había manifestado arrebatado y escuchó la defensa de Farinacci, la cual se fundaba principalmente en que Francisco Cenci había dejado de ser padre desde el día en que violara a su hija. Presentó como prueba de aquella violencia el memorial enviado por Beatriz a Su Santidad, y en el que le suplicaba, como había hecho su hermana, la sacase de la casa paterna y la pusiese en un convento. Desgraciadamente, como dijimos, aquel memorial había desaparecido y, a pesar de las escrupulosas investigaciones que se hicieron en la secretaría, no se pudo hallar de él indicio alguno.

Pidió el Papa todos los escritos y despidió a los abogados, quienes se retiraron inmediatamente, excepto Altieri, quien, habiéndose quedado el último, se arrodilló a los pies del Papa, diciéndole:

—Santísimo Padre, yo no podía menos de presentarme en esta causa, siendo como soy el abogado de los pobres, pero os pido humildemente perdón de ello.

El Papa le levantó con bondad y le dijo:

—Idos; no nos admiramos de que vos protegáis y defendáis a los Cenci, pero sí lo extrañamos de los demás.

Y como el Papa hubiese tomado a pecho aquella causa, no quiso dormir en toda la noche, que la pasó estudiándola con el cardenal de San Marcelo, hombre muy inteligente y experimentado en la materia; hizo en seguida un resumen que comunicó a los abogados, quienes quedaron satisfechos de él, esperando que perdonaría la vida a los delincuentes, pues resultaba de los informes tomados que si los hijos se habían rebelado contra su padre, había este dado motivo a ello con sus agravios y ultrajes, siendo estos de tal naturaleza respecto a los de Beatriz, que había sido compelida en algún modo a cometer tan enorme delito por la tiranía, la maldad y la brutalidad de su padre. El Papa, dominado entonces por un sentimiento de clemencia, mandó conducir de nuevo a los acusados al calabozo, y aun permitió que se les dejase entrever la esperanza de conservar la vida.

Respiraba ya Roma, y confiaba ya tanto como aquella infeliz familia, alegrándose como si aquella gracia particular fuese un favor público, cuando las buenas intenciones del Papa se desvanecieron en presencia de un nuevo crimen. Pablo de Santa Cruz, hijo de la marquesa de este nombre, acababa de asesinar atrozmente a su madre, de sesenta años de edad, dándole de quince a veinte puñaladas, sólo porque no le prometía nombrarle su único heredero. El asesino había desaparecido.

Clemente VIII se asustó, viéndose delante de aquellos dos crímenes casi iguales; sin embargo, tuvo aquel día que ir a Monte Cavallo, donde debía la mañana siguiente consagrar a un cardenal como titular de la iglesia de Santa María de los Ángeles; pero al día siguiente, viernes 10 de septiembre de 1599, mandó llamar a eso de las ocho de la mañana a monseñor Taverna, que era gobernador de Roma, y le dijo:

—Monseñor, os entregamos la causa de los Cenci para que hagáis justicia, y eso lo más pronto posible.

Se despidió monseñor Taverna de Su Santidad y, vuelto a palacio, convocó a todos los jueces del crimen, en cuya reunión se decidió la sentencia de muerte de los Cenci.

Pronto se difundió la noticia de la irrevocable condena; y como aquella desgraciada familia inspiraba un interés que iba siempre en aumento, muchos cardenales no cesaron de hacer diligencias, ya a caballo, ya en carroza, para conseguir a lo menos que las mujeres sufriesen el castigo secretamente y en la cárcel, y que se perdonara a Bernardino, niño de quince años, comprendido también en la sentencia, a pesar de no haber tenido la menor parte en el crimen. El que se mostró más infatigable en esta causa fue el cardenal Sforza; sin embargo, no pudo alcanzar de Su Santidad ni una esperanza vaga. Sólo Farinacci, después de largas instancias, pudo obtener del Papa, el sábado por la mañana, la gracia de Bernardino, despertando en él un escrúpulo de conciencia.

Las congregaciones de los Confortieri se hallaban ya reunidas en las cárceles de Corte Savella y Tordinona desde el día anterior; no obstante, como los preparativos del terrible drama que iba a representarse en el puente de Sant' Angelo habían ocupado toda la noche, eran ya las cinco de la mañana cuando el escribano entró en el calabozo de Beatriz y de Lucrecia Petroni para leerles la sentencia.

Dormían entrambas muy ajenas de cuanto había pasado en aquellos tres días, y el escribano las despertó para decirles que, juzgadas por los hombres, era necesario que se preparasen para comparecer ante Dios.

Aquel golpe anonadó al principio a Beatriz: no encontraba palabras para quejarse, y se levantó de su cama, desnuda y vacilante, como si estuviera aletargada; sin embargo, pronto recobró el uso de la palabra, desahogándose en gritos y alaridos. Lucrecia escuchó la sentencia con más presencia de espíritu y constancia y empezó a vestirse para ir a la capilla, exhortando a Beatriz a la resignación; mas esta, como una loca, corría de una parte a otra, torciendo los brazos, dando cabezadas contra la pared y exclamando continuamente: «¡Morir!, ¡y he de morir tan de repente, en un cadalso!, ¡en una picota! ¡Dios mío! ¡Dios mío!». Aquella crisis fue en aumento hasta terminar en un paroxismo terrible, después del cual, desfalleciendo el cuerpo, recobró el alma su energía. Desde este momento fue un ángel de humildad y un modelo de constancia.

Sus primeras palabras fueron para pedir un escribano que le recibiese su testamento. Le fue otorgado lo que pedía, y cuando llegó aquel ministro de la ley, al despedirse ella para siempre del mundo, le dictó sus últimas disposiciones con mucha calma y serenidad. Acababa el testamento pidiendo que su cuerpo fuese depositado en la iglesia de San Pedro en Montorio, que se divisaba desde el palacio de su padre, y a la que tenía una devoción particular. Dejó quinientos escudos a las monjas jesuitas y mandó que su dote, que ascendía a quince mil escudos, se distribuyera entre cincuenta doncellas pobres. Eligió para lugar de su sepultura el pie del altar mayor, en el cual estaba colocado el hermoso cuadro de la Transfiguración, que tantas veces

había admirado durante su vida.

Edificada Lucrecia con aquel ejemplo, dictó a su vez sus últimas disposiciones, ordenando que su cuerpo fuese llevado a la iglesia de San Jorge en Velabria, con 532 escudos de limosnas, haciendo otros varios legados piadosos. Luego ambas mujeres unieron sus almas para rogar a Dios y, arrodillándose, se pusieron a rezar los salmos, las letanías y la oración de los agonizantes.

Permanecieron en este estado hasta las ocho de la noche, en cuya hora pidieron un confesor, oyeron misa y comulgaron. Convertidas a más dulces sentimientos por aquellos santos preparativos, hizo Beatriz observar a su madrastra que sería muy irregular presentarse con aquel traje de fiesta para ir al cadalso y mandó traer dos vestidos, uno para Lucrecia y otro para ella, encargando que fuesen, como los que usan las monjas, cerrados hasta el cuello, con pliegues y con mangas anchas y largas. El de Lucrecia era de tela negra de algodón y de tafetán el de Beatriz. Había mandado hacer además un turbante para cubrirse la cabeza. Les llevaron los vestidos con algunas cuerdas para ceñírselas, y haciéndolos colocar cerca de sí en una silla, prosiguieron orando.

Llegado el momento de la ejecución, la avisaron de que se acercaba su última hora. Beatriz, que permanecía aún arrodillada, se levantó con aire tranquilo y casi risueño y dijo: «Madre mía, se acerca la hora del suplicio; tiempo es ya de que nos preparemos y de que nos prestemos el último servicio, ayudándonos a vestir mutuamente cual solíamos».

Se pusieron entonces los vestidos que les habían traído, se los ciñeron con una cuerda, se cubrió Beatriz la cabeza con el turbante y esperaron en esta disposición su último momento.

En este intervalo Santiago y Bernardo habían oído igualmente su sentencia y esperaban también la hora de la muerte. A eso de las ocho de la mañana llegó a la cárcel de Tordinona la congregación florentina de los hermanos de la caridad y se detuvo en el umbral con el santo crucifijo, esperando a los infelices jóvenes. Poco faltó para que sucediera entonces una desgracia. Como todas las ventanas de la cárcel estaban atestadas de gente para ver salir a los reos, alguno empujó, sin quererlo, una maceta de flores llena de tierra que había en una de ellas, la cual cayó tan cerca de uno de los cofrades que iban delante del crucifijo con hachas, que apagó la llama con el viento que moviera su caída.

Se abrieron en aquel instante las puertas y apareció Santiago en el umbral: allí se arrodilló y adoró con gran devoción el santo crucifijo. Llevaba un ancho manto negro, que le cubría por completo, y debajo del cual llevaba el pecho enteramente desnudo, porque el verdugo debía atanaceárselo durante el camino con tenazas ardiendo y que se calentaban en un brasero colgado en la misma carreta. Subió al carruaje, donde el verdugo le colocó de manera que pudiese obrar con mayor comodidad. Salió a su vez Bernardo, y en el mismo instante el fiscal de Roma pronunció en alta voz estas palabras:

—Bernardo Cenci: en nombre de nuestro bienaventurado Redentor, nuestro Santo Padre el Papa os concede la vida, sentenciándoos tan sólo a que acompañéis a los vuestros al cadalso y hasta la muerte, y recomendándoos especialmente que no os olvidéis de orar por aquellos con quienes debíais morir.

A tan inesperada nueva se alzó en la multitud un murmullo de alegría, y los penitentes quitaron al momento una laminita que Bernardo llevaba delante de los ojos y que le habían puesto para ocultarle la vista del cadalso, a causa de su tierna edad.

El verdugo, que había colocado ya a Santiago, bajó para ir a buscar a Bernardo y, después de haberse hecho enseñar el perdón, le quitó las manillas, le hizo subir a la misma carreta de su hermano y le cubrió con una magnífica capa bordada de oro; porque como el pobre niño debía haber sido decapitado, llevaba el cuello y las espaldas desnudas. No dejó de admirar a muchos el ver tan rico manto en poder de un verdugo; pero se dijo que era el mismo que Beatriz había dado a Marzio para obligarle a asesinar a su padre, y que el ejecutor lo había heredado después de ajusticiado el asesino. La vista de tanta gente reunida hizo tal impresión en Bernardo, que se desmayó.

Empezaron los cánticos y la procesión se puso en marcha, dirigiéndose hacia la cárcel de Corte Savella. Al llegar el crucifijo frente a la puerta, se detuvieron para esperar a las mujeres, que no tardaron en salir, y que arrodillándose en el umbral, adoraron también al crucifijo. En seguida el acompañamiento volvió a ponerse en marcha.

Las dos mujeres iban detrás de la última fila de penitentes, la una después de la otra, a pie y tapadas hasta la cintura, con la sola diferencia de que Lucrecia, como viuda, llevaba un velo negro y chinelas del mismo color, de tacón alto con lazos de cinta, según la moda de aquel tiempo, al paso que Beatriz, como soltera, llevaba un bonete de seda igual a la sobrevesta, con una felpa bordada de plata que le caía sobre las espaldas y cubría su sotanilla de color violado, chinelas blancas de altos tacones, adornadas con borlillas de oro y franjas de color de cereza; por lo demás, las dos iban con los brazos libres, aunque sujetos a una cuerda floja que les permitía llevar un crucifijo en una mano y un pañuelo en la otra.

En la noche del sábado habían construido en la plaza del puente de Sant'Angelo un espacioso cadalso sobre el cual se veían preparados la tabla y el tajo: encima de este, y entre dos travesaños, colgaba una ancha cuchilla que por medio de cierto resorte caía con todo su peso sobre el tajo, deslizándose por entre dos ranuras.

La procesión se dirigió hacia el puente. Lucrecia, como más débil, lloraba amargamente: al contrario de Beatriz, que caminaba con semblante sereno y animoso. Al llegar a la plaza de Sant'Angelo hicieron entrar a las mujeres en una capilla, adonde condujeron en seguida a Santiago y a Bernardo. Allí estuvieron reunidos los cuatro por un momento; luego fueron a buscar primero a Santiago y a Bernardo para llevarlos al cadalso, sin embargo de que aquel debía morir el último y este estaba perdonado. Llegados a la plataforma, Bernardo se desmayó por segunda vez y, al

acudir el verdugo para socorrerle, creyendo algunos que iba a ajusticiarlo, se pusieron a gritar: «¡Está perdonado!». Pero pronto se sosegaron al ver que el verdugo le hacía sentar al lado del tajo, al otro lado del cual se puso Santiago de rodillas.

Volvió a bajar el verdugo y se dirigió a la capilla a buscar a Lucrecia, que debía morir la primera. Al llegar al pie del cadalso, le ató las manos a la espalda, le rasgó la parte superior del corsé para dejar sus hombros al descubierto y la movió a hacer su reconciliación invitándola a que besase las llagas del crucifijo. Después de lo cual la condujo a la escalera, que subió con no poca dificultad a causa de su gordura, y al llegar a la plataforma le arrancó el velo que le cubría la cabeza. Mucho se ruborizó Lucrecia de que la viesan en aquel estado, con el seno descubierto, y al mirar el tajo le dio un temblor convulsivo que hizo estremecer a todo el concurso.

—Dios mío —dijo entonces anegada en lágrimas y en alta voz—, tened misericordia de mí; y vosotros, hermanos míos, rogad por mi alma.

Pronunciadas estas palabras y no sabiendo cómo colocarse, se dirigió al primer verdugo, llamado Alejandro, preguntándole lo que debía hacer. Este le respondió que subiera sobre la tabla y se tendiera encima, lo cual ejecutó con mucho trabajo y llena de vergüenza; entonces no pudiendo colocar el cuello sobre el tajo, a causa de tener el seno muy abultado, fue necesario añadirle un pedazo de madera para elevarlo. Esperaba entretanto la infeliz, padeciendo más por la vergüenza que sentía que por el temor de la muerte; se acomodó en fin lo mejor que pudo, tocó el verdugo el resorte y la cabeza separada del tronco rodó, dando tres o cuatro saltos por el cadalso; la cogió aquel, la enseñó al pueblo y envolviéndola en seguida con un tafetán negro la colocó junto al cuerpo en un ataúd, al pie del cadalso.

Mientras que el verdugo volvía a colocar cada cosa en su lugar para ejecutar a Beatriz, se hundieron varias graderías sobrecargadas de gente, muriendo muchas personas y quedando no pocas heridas y estropeadas.

Arreglada la máquina y lavadas las manchas de sangre, volvió el verdugo a la capilla en busca de Beatriz, la cual, viendo el lío de cuerdas que aquel llevaba en la mano exclamó:

—¡Quiera Dios que ates este cuerpo para la corrupción y desates mi alma para la inmortalidad!

Y volviendo a levantarse salió a la plaza, adoró devotamente al crucifijo y, dejando sus chinelas al pie del cadalso, subió con ligereza la escalera; y como ya se había enterado con anticipación, se tendió en un momento sobre la tabla y colocó la cabeza en el tajo con la mayor prontitud posible, para que no le vieran sus espaldas desnudas. Pero a pesar de las precauciones que había tomado para que la cosa se hiciese pronto, le fue preciso esperar, porque conociendo el Papa su carácter arrebatado y temiendo que, entre la absolución y la muerte cometiese algún pecado, había dado orden para que en el momento en que Beatriz estuviera en el cadalso, dieran la señal disparando un cañonazo en el castillo de Sant'Angelo.

Aquella detonación inesperada sorprendió a todo el concurso, que estaba bien

lejos de preverla, y hasta la misma Beatriz se incorporó. El Papa, que estaba orando en Monte Cavallo, dio en el mismo instante la absolución a la rea in articulo mortis. Cinco minutos transcurrieron aún, durante los cuales estuvo esperando Beatriz con el cuello atravesado en el tajo, hasta que pareciéndole al verdugo que estaría ya dada la absolución, tocó el resorte y cayó la cuchilla. Entonces se vio un extraño fenómeno: mientras que la cabeza daba saltos por un lado, el cuerpo retrocedió como andando hacia atrás. Al instante cogió el verdugo la cabeza y la enseñó al público; luego la cubrió como lo hiciera con la otra, e iba a poner el cuerpo de Beatriz junto al de su madrastra, cuando los hermanos de la caridad se lo quitaron de las manos; y al ir a colocarlo uno de ellos en el ataúd, se deslizó, cayendo desde el cadalso al suelo; y como al caer se salió el tronco de los vestidos, se llenó de polvo y de sangre, por manera que fue preciso gastar mucho tiempo en lavarlos. A este espectáculo le dio por tercera vez a Bernardino un desmayo tan fuerte, que fue necesario darle cordial para que volviera en sí.

Le llegó por fin su turno a Santiago: había visto morir a su madrastra y su hermana, y sus vestidos estaban manchados con la sangre de entrambas. Se llegó a él el verdugo y al quitarle la capa se vio todo su pecho lacerado por las tenazas ardientes, y levantándose de aquel modo medio desnudo, se volvió hacia su hermano y le dijo:

—Si te he comprometido y culpado en mi interrogatorio, Bernardo, no he dicho la verdad: y aunque he desmentido ya aquella declaración, vuelvo a repetir, en el momento de comparecer ante Dios, que eres inocente y que es tan injusta como atroz la sentencia que te ha condenado a tan horrible espectáculo.

Entonces el verdugo le mandó que se arrodillara y le sujetó las piernas a uno de los maderos que se levantaban sobre el cadalso; y vendándole los ojos, le aplastó la cabeza de una mazada, descuartizándole en seguida a la vista de todo el mundo.

Terminada aquella carnicería, se retiró el acompañamiento, llevándose consigo a Bernardo, a quien sangraron e hicieron guardar cama a causa de una ardiente fiebre que le había acometido.

Colocaron los cadáveres de las dos mujeres en dos ataúdes bajo la efigie de San Pablo, a la entrada del puente, con cuatro blandones de cera blanca que ardieron hasta las cuatro de la tarde. Después los transportaron junto con los restos de Santiago a la iglesia de San Juan Bautista; y finalmente, a las nueve de la noche, llevaron al convento de San Pedro en Montorio el cuerpo de Beatriz, cubierto de flores y con el mismo traje con que había sido ajusticiada, acompañada de los agonizantes y de todos los franciscanos de Roma; y cumpliendo con su última voluntad, fue enterrada al pie del altar mayor de dicho convento.

En la misma noche transportaron a Lucrecia a la iglesia de San Jorge en Velabria, conforme lo había dispuesto.

Puede decirse que toda Roma presenció aquella sangrienta escena, y que los coches y los caballos, los carros y las gentes de a pie estaban, por decirlo así, unos

sobre otros; desgraciadamente hizo tanto calor aquel día que muchas personas, a causa de haber permanecido al sol por espacio de tres horas que duró la ejecución, se desmayaron; otras volvieron a casa con una fuerte calentura, y muchas de ellas murieron aquella misma noche.

El martes siguiente, 14 de septiembre, con motivo de la fiesta de la Santa Cruz, la cofradía de San Marcelo sacó de la cárcel, con consentimiento del Papa, al pobre Bernardo Cenci, imponiéndole una multa de dos mil quinientos escudos romanos, pagaderos en el transcurso de un año a la compañía de la Santísima Trinidad del Puente Sixto, como puede verse aún en el día consignado en sus archivos.

Ahora bien, si después de haber visitado el sepulcro se quiere formar de la persona que en él descansa una idea más exacta de la que echa de sí una narración, visitad la galería Barberini, en donde —entre otras obras maestras— hallaréis el retrato de Beatriz por Guido, que, según unos, fue hecho en la noche que precedió a la ejecución y, según otros, en el momento de marchar al suplicio. Es una cabeza delicada, cubierta con un turbante de cuyos lados se desprenden sus brillantes cabellos rubios envueltos en los pliegues de un hermoso ropaje; unos ojos negros, en los cuales cree uno distinguir todavía las huellas de sus lágrimas apenas enjutas; con una nariz perfecta y una boca de niño: pero no se puede juzgar por el retrato de su blanquísima tez, por haberse enrojecido la pintura y haberse vuelto las carnes de color de arcilla; la persona allí representada parece tener de unos veinte a veintidós años.

No lejos de aquel retrato está el de Lucrecia Petroni, que a juzgar por la magnitud de la cabeza se ve que pertenece a un cuerpo más bien pequeño que grande: es el tipo de la matrona romana en toda su altivez, con su tez colorada, sus hermosos perfiles, su nariz perpendicular, sus cejas negras y su mirada soberbia y voluptuosa a un mismo tiempo. En sus mejillas redondas y carnosas se encuentran aquellos hoyuelos encantadores de que habla el cronista, y que hacían que después de muerta pareciese aún sonreírse. Se añade a esto una boca admirable y unos rizados cabellos que le caen a lo largo de las sienes, y se tendrá una idea perfecta de su retrato.

Nos vemos obligados a presentar aquí los retratos de Santiago y Bernardo, tal como los hemos leído en el manuscrito de donde hemos sacado los pormenores de esta sangrienta historia, por no haber quedado de ellos dibujo ni pintura alguna.

Helos aquí tales como los describe el autor que fue testigo ocular de la tragedia en que tanto figuraron.

Santiago, pequeño de estatura, tenía la barba y el pelo negro y era de unos veintiséis años de edad, bien formado y muy robusto.

Por lo tocante a Bernardo, que podía tener de unos catorce a quince años, era el vivo retrato de su hermana, y tan parecido que muchos, al presentarse en el cadalso, con su larga cabellera y su rostro de mujer, creyeron a primera vista que era la misma Beatriz. ¡Dios la tenga en su santa gloria!

LA MARQUESA DE BRINVILLIERS

(1676)

En una hermosa tarde de otoño, a finales del año 1665, se había agolpado un gentío considerable en la parte del puente nuevo que da a la calle Delfina. El objeto que se hallaba en el centro de aquella reunión y que llamaba la atención pública era un coche enteramente cerrado, y cuya portezuela se empeñaba en abrir un celador, mientras que de los cuatro alguaciles que formaban su comitiva, dos detenían los caballos al mismo tiempo que los otros dos sujetaban al cochero, quien no había contestado de otro modo a las intimidaciones que se le habían hecho más que intentando poner los caballos al galope. Hacía rato que duraba aquella especie de lucha, cuando abriéndose de repente —y con violencia— una de las portezuelas, salta del coche un oficial joven, con uniforme de capitán de caballería, y vuelve a cerrar acto seguido la portezuela, pero no con tanta presteza como para que los que estaban más cerca no hubiesen tenido tiempo de distinguir en el fondo del coche a una mujer envuelta en un manto y cubierta con un velo, quien, por las precauciones que había tomado para ocultar su rostro, parecía tener mucho interés en no ser reconocida.

—Caballero —dijo el joven dirigiéndose al celador con tono altivo e imperioso —, como presumo que, a menos que os equivoquéis, es sólo conmigo con quien tenéis que ver, os ruego que me enseñéis la orden que sin duda tendréis para detener mi coche; y ahora que ya no estoy dentro, os requiero que deis orden a vuestras gentes para que le dejen proseguir su camino.

—Ante todo —respondió el celador, sin intimidarse por aquel tono de importancia y haciendo seña a los alguaciles de no soltar al cochero ni a los caballos —, tened la bondad de contestar a mis preguntas.

—Ya escucho —respondió el joven, esforzándose visiblemente por aparentar serenidad.

—¿Sois vos el caballero Gaudin de Saint Croix?

—El mismo.

—¿Capitán del regimiento de Tracy?

—Sí, señor.

—Entonces quedáis preso en nombre del rey.

—¿En virtud de qué orden?

—En virtud de esta orden de arresto.

Pasó el caballero una rápida ojeada sobre aquel papel que le presentaban, y reconociendo la firma del jefe de seguridad pública, ya no se ocupó sino de la mujer que había quedado dentro del carruaje. Insistió, pues, en su primera demanda:

—Está bien, caballero —dijo al celador—, pero en esta orden sólo de ni nombre se hace mención, y os lo repito, no os autoriza para exponer a la curiosidad pública, como lo hacéis, a la persona que yo acompañaba cuando me habéis detenido. Vuelvo a rogaros, pues, que deis orden a vuestros dependientes para que dejen proseguir libremente su camino al coche, y luego quedo a vuestra disposición.

Es de suponer que aquella petición pareciera muy justa al dependiente de seguridad pública, cuando inmediatamente indicó por señas a sus gentes que dejaran partir al cochero y a los caballos. Y, como si éstos no aguardaran más que la señal para marchar, atravesaron la muchedumbre, que se apartó para dejar paso, llevándose precipitadamente a la señora por la cual tanto interés acababa de manifestar el detenido.

Éste, como lo había prometido, no opuso la menor resistencia. Siguió a su conductor durante algunos instantes por entre el gentío —cuya atención llamaba ya él sólo—, y al llegar a una esquina del malecón del Reloj, a cierta señal del celador, se acercó un coche simón que estaba allí oculto. Subió Saint Croix en él, con la misma altivez y desdén que había manifestado durante la escena que acabamos de describir, colocóse a su lado el celador, dos dependientes subieron a la trasera y los otros dos, en virtud seguramente de una orden que antes recibieran, se retiraron, diciendo al cochero:

—¡A la Bastilla!

Permítannos ahora nuestros lectores que les hagamos entrar en mayor conocimiento del personaje que primero presentamos en la escena de esta historia.

El caballero Gaudin de Saint Croix, de origen desconocido, era, según decían unos, hijo bastardo de un gran señor; otros, por el contrario, afirmaban que era hijo de padres pobres y que, no pudiendo soportar la humildad de su nacimiento, pretería una brillante deshonra, aparentando lo que no era en realidad. Todo lo que se sabía de positivo era que nació en Montoban; y en cuanto a su estado social, que era capitán del regimiento de Tracy.

En la época en que empieza esta historia, esto es, finales del año 1665, Saint Croix contaba de unos veintiocho a treinta años. Era un joven de muy buena figura, de fisonomía atractiva y llena de expresión, compañero alegre, de broma, y valiente capitán, cuyo placer consistía en el placer de los demás. Tenía un carácter tan voluble que participaba tanto en un proyecto piadoso como en una francachela^[2]; fácil en enamorarse, celoso hasta el extremo, aun de mujer de mala nota con tal que ésta le hubiese caído en gracia; pródigo como un príncipe, sin que renta alguna sostuviera aquella prodigalidad; en fin, sensible a la injuria, como todos los que colocados en una posición excepcional se figuran que todo el mundo tiene intención de ofenderles aludiendo a su origen.

Veamos ahora la serie de circunstancias que habían conducido a Saint Croix hasta el punto en que lo hemos encontrado al principio.

En el año de 1660, hallándose Saint Croix en el ejército, contrajo relaciones con

el marqués de Brinvilliers, coronel del regimiento de Normandía. Ambos de la misma edad, de una misma carrera, con prendas y defectos casi comunes, bien pronto un sencillo conocimiento se trocó en una sincera amistad; de manera que al dejar el ejército el marqués de Brinvilliers, no sólo presentó a Saint Croix a su esposa, sino que le hospedó en su misma casa.

Una amistad tan indiscretamente contraída no podía menos de producir los resultados de siempre. La marquesa de Brinvilliers rayaba entonces en los veintiocho años, y hacía nueve, esto es, en 1651, que se había casado con el marqués, dueño de una renta de treinta mil libras, y al que le llevó en dote doscientas mil libras, sin contar con lo que debía heredar. Llamábase María Magdalena, y tenía dos hermanos y una hermana: su padre, el caballero de Dreux d'Aubray, era lugarteniente civil del Chatelet de París.

Hallábase entonces la marquesa en el apogeo de su hermosura: aunque de estatura algo baja, era muy bien proporcionada; en su fisonomía se veían reunidas todas las gracias, y sus facciones eran tanto más regulares cuanto que ninguna sensación interior era capaz de alterarlas: hubiérase dicho que eran las de una estatua que por un poder mágico recibieran momentáneamente la vida. Pero, lo que aparentemente se consideraría la imagen de la tranquilidad de un alma pura, no era más que una máscara con que encubría sus remordimientos.

Saint Croix y la marquesa simpatizaron desde el instante en que se vieron y poco tardaron en ser amantes, en cuanto al marqués, ya sea porque estuviese dotado de aquella filosofía conyugal que constituía el buen gusto de aquella época, o porque los placeres a que se entregaba sin reserva no le dejasen el tiempo suficiente para advertir lo que pasaba casi a su vista, lo cierto es que sus celos no perturbaron en lo más mínimo aquella intimidad, continuando en el despilfarro que había ya cercenado considerablemente su fortuna. Y el desarreglo de sus negocios llegó a tal extremo que la marquesa, que ya no le amaba, y que en el delirio de un amor nuevo deseaba tener más libertad, pidió y alcanzó su divorcio. Desde luego abandonó la casa conyugal, y no guardando ya ningún miramiento, no reparaba en presentarse en público y en todas partes con Saint Croix.

Autorizado por otra parte aquel trato con el ejemplo de los más elevados personajes, ninguna impresión causaba esto en el marqués de Brinvilliers, quien prosiguió arruinándose alegremente, sin cuidarse de lo que hacía su mujer. No sucedió otro tanto con Monsieur Dreux d'Aubray, quien conservaba todavía los escrúpulos de la nobleza del foro: escandalizado por los desórdenes de su hija, y temeroso de que manchasen la reputación de la familia, obtuvo una orden para arrestar a Saint Croix en cualquier parte donde le encontrase el portador. Hemos visto ya cómo se verificó el arresto de Saint Croix cuando iba en el coche de la marquesa de Brinvilliers, a quien sin duda habrán ya reconocido nuestros lectores en la mujer que con tanto cuidado se ocultaba.

Fácil es suponer, conociendo el carácter de Saint Croix, la violencia que se haría a

sí mismo para no dejarse arrebatar por su cólera cuando se vio arrestado de aquel modo, en medio de la calle. Y si bien no pronunció ni una sola palabra en todo el tránsito, fácil era suponer que no tardaría en estallar la terrible borrasca que se agitaba en su interior. Sin embargo, conservó aquella impasibilidad que había mostrado hasta entonces, no sólo cuando vio abrir y cerrar las fatales puertas que, semejantes a las del infierno, obligaban muchas veces a los que engullían a que dejaran toda esperanza en el umbral, sino también al responder a las preguntas de estilo que le dirigió el gobernador. No se le alteró la voz y firmó con mano segura el libro de registro que le presentaron. En seguida, después de haber tomado las órdenes del gobernador, lo llamó un carcelero, el cual, después de dar varios rodeos por aquellos fríos y húmedos corredores donde la luz penetraba algunas veces, pero donde jamás lo hacía el aire, abrió la puerta de un aposento, en donde, apenas había entrado Saint Croix, oyó que se cerraba otra vez detrás de él.

Volvióse Saint Croix al ruido de los cerrojos y vio que le había dejado el carcelero sin más luz que la de la luna, cuyos rayos, deslizándose por entre las barras de hierro de una reja situada a unos tres metros de altura, iba a dar en un catre, dejando el resto de la estancia en la más completa oscuridad. El prisionero se detuvo un momento en pie a escuchar, y cuando oyó que los pasos de su guía se perdían a lo lejos, seguro en fin de estar solo, y habiendo llegado ya a aquel grado de cólera en que es preciso que el corazón se desahogue o se rompa, se echó sobre la cama dando rugidos más propios de una fiera que de una criatura humana, maldiciendo de los hombres que le privaban de la libertad encerrándole en un calabozo: maldiciendo de Dios que lo permitía, e invocando en su auxilio un poder sobrenatural, cualquiera que fuese, para que le trajera la venganza y la libertad.

En el mismo instante entró con lentitud en el círculo de amarillenta luz que penetraba por la ventana un hombre macilento, pálido, de larga cabellera y vestido de negro, como si aquellas palabras le hubiesen sacado del seno de la tierra, y se acercó al pie de la cama en que Saint Croix estaba echado. A pesar del valor natural del preso, aquella aparición respondía tan perfectamente a sus palabras que, en aquella época en que todavía se creía en los misterios de encantos y de magia, ya no dudó un solo instante de que el enemigo del género humano, que ronda sin cesar al hombre, le había oído y acudido a su voz. Se incorporó pues, en la cama, buscando maquinalmente el puño de su espada en el sitio en que la tenía dos horas antes, erizándosele los cabellos y bañándosele el rostro en sudor frío a cada paso que aquel ser misterioso y fantástico daba hacia él. Por fin, la visión se detuvo, y el fantasma y el preso permanecieron por un instante mirándose uno a otro, hasta que el ser misterioso tomó la palabra con voz sombría.

—Joven —le dijo—, acabas de pedir al infierno el medio de vengarte de los hombres que te han proscrito y de poder luchar con Dios que te abandona; yo poseo ese medio y vengo a ofrecértelo. ¿Tienes valor para aceptarlo?

—Pero ante todo —preguntó Saint Croix—, ¿quién eres tú?

—¿Para qué necesitas saber quién soy —replicó el desconocido—, después que vengo a tu llamamiento y te traigo lo que pides?

—No importa respondió Saint Croix, creyendo siempre que trataba con un ser sobrenatural—; siempre es bueno saber con quién se trata cuando se hacen semejantes pactos.

—Pues bien, supuesto que lo quieres —respondió el extranjero—, soy el italiano Exili.

Saint Croix se estremeció de nuevo, porque pasaba de una visión infernal a una terrible realidad. En efecto, el nombre que acababa de oír era entonces horriblemente célebre, no sólo en Francia, sino también en Italia. Exili, después de haber sido desterrado de Roma por sospechas de numerosos envenenamientos que no se habían podido probar, había pasado a París, en donde no tardó —como en su país natal— en llamar la atención de la autoridad. Pero sucedió en París como en Roma, que no pudieron probarse los delitos del discípulo de Renes y de la Trofana. Con todo, a falta de pruebas, había una convicción moral bastante fuerte para que sin vacilar se decretase su arresto. Una orden del rey fue expedida contra él, y Exili había sido arrestado y conducido a la Bastilla. Seis meses hacía que se hallaba en ella cuando Saint Croix, a su vez, fue conducido allí. Y como a la sazón se hallasen en la Bastilla muchos presos, el gobernador había dispuesto alojar al nuevo huésped en el cuarto del otro, reuniendo así a Exili con Saint Croix, bien ajeno de pensar que juntaba dos demonios. Ahora nuestros lectores ya comprenden lo demás. El carcelero había dejado a oscuras en el cuarto a Saint Croix, y, por consiguiente, no había podido éste distinguir a su compañero de celda; y, desahogando entonces su cólera con imprecaciones y blasfemias, había revelado a Exili el odio de que se hallaba poseído. Aprovechó éste la ocasión de hacerse con un discípulo poderoso y adicto que, al salir, o le hiciese abrir las puertas, o le vengase cuando menos, si tuviese que quedar perpetuamente encerrado.

Poco tiempo duró la antipatía que Saint Croix sintiera en el primer momento hacia su compañero de prisión; muy en breve halló aquel hábil maestro un discípulo digno de él. Saint Croix, con su extraño carácter, compuesto de bien y de mal, conjunto de defectos y de buenas cualidades, mezcla de vicios y virtudes, había llegado a aquel punto supremo de su vida en que los unos debían ceder a los otros. Si en aquel instante le hubiese inspirado un ángel, quizá le habría conducido a Dios; pero tropezó con un demonio, y éste le condujo a Satanás.

No se crea que Exili era un envenenador vulgar; era un gran profesor en el arte de los venenos, como lo habían sido los Médicis y los Borgia. El homicidio era para él un arte que había sometido a reglas fijas y positivas, de suerte que había llegado a un punto tal en que no era ya el interés lo que le movía, sino un deseo irresistible de hacer experimentos. Dios se ha reservado la creación para su poder divino, y ha abandonado la destrucción al poder humano: de ahí que el hombre cree hacerse igual a Dios destruyendo. Tul era el orgullo de Exili, sombrío y pálido alquimista de la

nada, que dejando a los otros el cuidado de buscar el secreto de la vida, había encontrado el de la muerte.

Saint Croix vaciló por algún tiempo, pero por fin cedió a los sarcasmos de su compañero, quien, acusando a los franceses de proceder de buena fe hasta en sus crímenes, le hizo ver como casi siempre se envolvían en su propia venganza y sucumbían con su enemigo, mientras que habrían podido sobrevivirle y gozarse en su exterminio. En vez de aquel aparato que muchas veces acarrea al asesino una muerte mucho más cruel que la que él causa, le enseñó la astucia florentina, con su boca risueña y su implacable veneno. Le nombró aquellos polvos y licores de los cuales unos sordamente consumen con tanta lenta languidez que el enfermo muere después de una larga dolencia; y otros obran con tal rapidez y violencia que matan como el rayo, sin dejar tiempo de arrojar un solo ¡ah! a los que hieren. Saint Croix fue aficionándose poco a poco a este juego terrible que pone las vidas de todos entre las manos de uno solo. Empezó por tomar parte en los experimentos de Exili; luego ya era bastante hábil para practicarlos por sí mismo; y cuando al cabo de un año salió de la Bastilla, el discípulo casi había alcanzado la destreza del maestro.

Saint Croix volvió por fin a entrar en la sociedad que le había desterrado por una temporada, armado con un funesto secreto, con el cual podía devolverle todo el mal que de ella había recibido. Al poco tiempo salió también Exili, no se sabe por qué medios, y fue a encontrar a Saint Croix, quien le alquiló un cuarto en nombre de su mayordomo Martin de Brenille. Este cuarto estaba situado en la callejuela sin salida de los mercaderes de caballos de la plaza Maubert, y pertenecía a una tal señora Brunet.

Se ignora si durante la permanencia de Saint Croix en la Bastilla tuvo ocasión la marquesa de Brinvilliers de verle; pero no cabe duda de que tan pronto como el preso se vio libre, los dos amantes aparecieron más enamorados que nunca. Sin embargo, la experiencia les había enseñado lo que tenían que temer, y así resolvieron ensayar la ciencia que Saint Croix había aprendido, y Monsieur d'Aubray fue la primera víctima escogida por su propia hija. De este modo, al tiempo que se desembarazaba de un rígido censor de sus placeres, restauraba con la herencia de su padre la fortuna que su marido había casi totalmente disipado.

Pero antes de descargar tamaño golpe, era preciso asegurarse de que sería decisivo, y la marquesa creyó conveniente ensayar antes los venenos de Saint Croix con otro que no fuese su padre. Para ello, un día que su camarera Francisca Roussel entraba en su cuarto después del desayuno, le dio una tajada de jamón y dulce de grosellas para que almorzase. No recelando nada la muchacha, comió lo que su señora le había dado, y casi al mismo tiempo se sintió indispuesta «experimentando fuertes dolores en el estómago y sintiéndose como si le hubiesen pinchado el corazón con alfileres^[3]». A pesar de esto no murió, y la marquesa vio que el veneno debía adquirir mayor grado de intensidad: por consiguiente, lo devolvió a Saint Croix, quien le llevó otro al cabo de algunos días.

La ocasión de emplearlo había llegado. Monsieur d'Aubray, cansado de las fatigas de su destino, se proponía ir a pasar el tiempo de las vacaciones en su quinta de Offemont. La marquesa de Brinvilliers se ofreció a acompañarle, y Monsieur d'Aubray, creyendo rotas enteramente sus relaciones con Saint Croix, acepta con satisfacción.

Casualmente, Offemont se hallaba en un paraje retirado, como convenía para ejecutar semejante crimen. Situado en medio del bosque de l'Aign, tres o cuatro leguas distante de Compiègne, el veneno podría haber hecho progresos bastante rápidos, para que cuando llegasen los socorros fuesen ya inútiles.

Monsieur d'Aubray partió con su hija y un solo criado. La marquesa nunca había manifestado hacia su padre el sumo cuidado y las atenciones delicadas que le prodigó durante este viaje. Por su parte, Monsieur d'Aubray, semejante a Jesús, la quería más después de este arrepentimiento que si nunca hubiese pecado.

Entonces fue cuando la marquesa se armó con aquella terrible impasibilidad de que ya hemos hablado, no apartándose ni un instante de su padre, durmiendo en un cuarto contiguo al suyo, comiendo con él, y abrumándole con su esmero, sus caricias y agasajos, hasta el punto de no querer que nadie más que ella le sintiese. Era necesario, en medio de sus infames proyectos, presentar un rostro risueño, franco y abierto, en el que el ojo más suspicaz no pudiese leer más que ternura y amor o respeto. Con esta máscara presentó una noche un caldo envenenado a Monsieur d'Aubray. Éste lo cogió de sus manos, y ella vio cómo se lo acercaba a la boca, siguió al veneno con los ojos hasta su pecho, y ningún gesto hizo patente en aquel rostro de bronce la terrible ansiedad que debía oprimirle el corazón. Y luego, cuando Monsieur d'Aubray hubo tomado toda la bebida, recibió sin temblar la taza en el plato que le presentaba, retirándose a su cuarto para aguardar y escuchar.

El brebaje hizo pronto su efecto: la marquesa oyó que su padre se quejaba, que pasaba de las quejas a los gemidos, y que, en fin, no pudiendo ya resistir los dolores que experimentaba, llamaba a su hija a voz en grito. La marquesa entró entonces.

Pero esta vez se veía impresa en su fisonomía la más viva inquietud, de modo que Monsieur d'Aubray se vio precisado a tranquilizarla sobre su propio estado, y no creyendo él mismo que esto fuese más que una leve indisposición, no quiso que se incomodase al médico. Por fin, le dieron unos vómitos tan terribles, seguidos de tan insoportables dolores de estómago, que cedió a las instancias de su hija y mandó llamar al médico. Llegó éste a las ocho de la mañana, pero todo cuanto podía ilustrar las investigaciones de la ciencia había ya desaparecido. El doctor no vio en la relación de Monsieur d'Aubray más que los síntomas de una indigestión, le recetó como si lo fuese y se volvió a Compiègne.

En todo aquel día la marquesa no se apartó un momento del enfermo, y por la noche se hizo armar una cama en el mismo cuarto, y declaró que le velaría ella sola: así pudo observar todos los progresos del mal, y seguir con la vista la lucha que la muerte y la vida sostenían en el pecho de su padre.

El doctor volvió al día siguiente. Monsieur d'Aubray estaba peor: los vómitos habían cesado, pero los dolores de estómago eran más agudos y un insólito ardor le abrasaba las entrañas. El doctor ordenó por consiguiente un tratamiento que exigía la vuelta del enfermo a París. Pero se hallaba éste tan débil que quiso hacerse conducir simplemente a Compiègne. La marquesa insistió de tal modo sobre la necesidad que había de una asistencia más completa e inteligente de la que podía recibir fuera de su casa, que Monsieur d'Aubray se decidió a volver a ella.

Hizo el camino echado en su carruaje y con la cabeza apoyada en los hombros de su hija. Ni por un momento durante el viaje desmintió la marquesa las apariencias, siempre fue la misma. Finalmente, Monsieur d'Aubray llegó a París. Todo había ido como la marquesa deseaba: se había trocado el teatro de la escena y el médico que había visto los síntomas no veía la agonía. Y, al estudiar los progresos del mal, ningún ojo podría descubrir sus causas. El hilo de la investigación estaba roto por la mitad, y las dos partes se hallaban ahora demasiado separadas para que ningún acaso pudiese volverlas a anudar.

A pesar de los más solícitos cuidados, Monsieur d'Aubray continuaba empeorando. La marquesa, fiel a su misión, no le dejó ni un instante: en fin, al cabo de cuatro días de agonía expiró en los brazos de su hija, bendiciendo a la que le había asesinado.

El dolor de la marquesa estalló entonces con sentimientos tan vivos y con tan profundos sollozos, que el de sus hermanos pareció frío en comparación con el suyo. Por lo demás, como nadie sospechaba el crimen, no se procedió a la autopsia, y la tumba se cerró sin que la menor sospecha recayera sobre ella.

No obstante, la marquesa no había llegado más que a la mitad de su propósito: es verdad que había conseguido un grado mayor de libertad en sus amores, pero el legado de su padre no le había sido tan ventajoso como esperaba, pues la mayor parte de los bienes y el empleo habían recaído en su hermano primogénito, y en su segundo hermano, que era consejero del parlamento. Así, la posición de la marquesa mejoró sólo medianamente en cuanto a su fortuna.

Por lo que toca a Saint Croix, se daba una vida holgada y alegre, aunque a nadie constase su fortuna. Tenía un mayordomo llamado Martín, tres lacayos llamados Jorge, Lapierre y Lachaussee, y además de su carroza y tren, tenía mozos para llevar su silla de mano en sus excursiones nocturnas. Por lo demás, como era joven y buen mozo, nadie se preocupaba de inquirir de donde le venía aquel lujo. Por una costumbre de aquella época, nunca faltaba nada a los caballeros bien parecidos, y se decía entonces de Saint Croix que había encontrado la piedra filosofal.

Entre las muchísimas relaciones que tenía, había trabado amistad con varios personajes, notorios ya por su nobleza, ya por su fortuna. Entre estos últimos se contaba a un tal Reich de Penautier, recaudador general del clero y tesorero de los estados del Languedoc. Este, como millonario, era de aquellos hombres que todo lo consiguen, y que con su dinero parece que dictan leyes a las cosas que sólo las

reciben de Dios.

En efecto, Reich de Penautier se había asociado en intereses y negocios con un tal Alibert, su primer dependiente, quien murió de repente de una apoplejía. Penautier tiene noticia de esta apoplejía mucho antes que su familia; los papeles que establecen la sociedad desaparecen sin saber cómo y la esposa e hijo de Alibert quedan arruinados.

El señor de la Magdalena, cuñado de Alibert, concibe algunas sospechas, aunque vagas, sobre aquella muerte, y quiere cerciorarse de la verdad. Por consiguiente, empieza a hacer investigaciones; pero al poco muere súbitamente.

Sólo en un punto parecía que la fortuna había abandonado a su favorito. Penautier tenía grandes deseos de suceder al señor de Menneville, recaudador del clero. Este empleo valía unas sesenta mil libras, y sabiendo que Monsieur de Menneville quería desprenderse de él en favor de su primer dependiente, Pedro Hannyvel, señor de Saint-Laurent, Penautier había dado todos los pasos necesarios para comprarlo, en menoscabo de este último. Pero el señor de Saint-Laurent, apoyado perfectamente por las jerarquías del clero, había obtenido gratis la futura titularidad, cosa que nunca se había hecho. Penautier le había ofrecido entonces cuarenta mil escudos para que le dejase entrar por mitad en aquel empleo, pero Saint-Laurent se excusó. Sus relaciones, sin embargo, no se habían interrumpido y continuaban visitándose. Por lo demás, Penautier pasaba por ser un hombre tan afortunado que no se dudaba que un día u otro conseguiría por un medio cualquiera aquel empleo que tanto había deseado.

Los que ninguna fe tenían en los misterios de la alquimia decían que Saint Croix hacía negocios con Penautier.

Durante este tiempo había concluido el luto de la marquesa, y sus relaciones con Saint Croix habían vuelto a adquirir su antigua publicidad. Los señores d'Aubray hicieron advertir esto a la señora de Brinvilliers por una hermana menor que tenía en un convento de las carmelitas, y la marquesa supo que Monsieur d'Aubray había encargado al morir a sus hermanos que vigilasen su conducta.

De este modo el primer crimen de la marquesa venía a ser casi inútil, y en vano había querido desembarazarse de las reconvenciones de su padre y heredar su fortuna, pues esta fortuna había llegado a ella tan disminuida con la parte que tocara a sus hermanos mayores que apenas bastó para pagar sus deudas, y las reconvenciones se reproducían en boca de sus hermanos, uno de los cuales podía, por su calidad de lugarteniente civil, separarla de su amante por segunda vez.

Era preciso solucionar estos casos. Lachaussee dejó el servicio de Saint Croix, y tres meses después entró, por mediación de la marquesa, al servicio del consejero del parlamento, quien vivía con su hermano, el lugarteniente civil.

Esta vez no podía emplearse un veneno tan activo como el que había servido para Monsieur d'Aubray, porque estas muertes tan prontamente repetidas en una misma familia habrían podido infundir sospechas. Se empezaron de nuevos los experimentos, no ya en animales, porque las diferencias anatómicas que existen entre

las diversas especies pudieran frustrar los efectos de la ciencia, sino que, como la primera vez, se ensayó en individuos humanos *in anima vili*.

La marquesa gozaba la fama de ser una mujer religiosa y bienhechora. Pocas veces acudía a ella la miseria sin ser socorrida; más todavía: se asociaba a las santas jóvenes que se dedicaban al servicio de los enfermos, y recorría de vez en cuando los hospitales a donde enviaba vino y medicamentos. No causó por lo tanto ninguna extrañeza el verla, como de costumbre, presentarse en el Hotel-Dieu. Esta vez trajo bizcochos y dulces para los convalecientes, dádivas que como siempre fueron recibidas con agradecimiento. Al cabo de un mes volvió al hospital y preguntó por algunos enfermos, por cuya salud manifestaba tener el mayor interés. Desde su visita habían tenido una recaída, y la enfermedad, cambiando de carácter, había adquirido mayor gravedad. Era una languidez mortal, que les llevaba a la muerte, deteriorándolos de una manera extraña. Ella interrogó a los médicos, que nada pudieron decirle: esta enfermedad les era desconocida y dejaba burlados todos los recursos del arte.

Quince días después volvió allí. Algunos de los enfermos habían muerto, otros estaban vivos todavía, pero en una agonía desesperada: eran unos esqueletos animados que no tenían otra existencia que la voz, la vista y el aliento.

Pasados dos meses todos habían muerto, y la medicina había quedado tan a ciegas en la autopsia del cadáver como lo había estado en el tratamiento del moribundo.

El éxito de estos ensayos inspiraba confianza, así que Lachaussee recibió orden de llevar a efecto las instrucciones que tenía.

Un día en que el lugarteniente civil había llamado con la campanilla, Lachaussee, quien, como ya se ha dicho, estaba al servicio del consejero, entró para ver lo que se ofrecía, y le halló trabajando con su secretario, llamado Cousté. Monsieur d'Aubray quería un vaso de agua con vino, y un momento después volvió a entrar Lachaussee con el vaso que le habían pedido.

El lugarteniente civil llevó el vaso a sus labios, mas, al primer sorbo, lo rechazó exclamando:

—¿Qué me has dado, miserable? Creo que quieres envenenarme.

Y luego, alargando el vaso a su secretario, le dijo:

—Mirad esto, Cousté, ¿qué hay aquí dentro?

El secretario tomó algunas gotas de licor con una cuchara de café, y acercándosela a su boca y nariz, observó que tenía el olor y amargor del vitriolo. Entonces Lachaussee se dirigió al secretario, diciendo que ya se figuraba qué había ocurrido: que un ayuda de cámara del consejero había tomado medicina aquella mañana, y que distraídamente sin duda habría empleado el vaso de que se sirviera su compañero. Y, tomando el vaso de las manos del secretario, lo acercó a sus labios y, fingiendo probarlo a su vez, dijo: «En efecto, no es otra cosa, harto lo reconozco», y arrojó el licor a la chimenea.

Como la cantidad de brebaje que el lugarteniente había sorbido no era suficiente

para que pudiera causarle la menor indisposición, no tardó en olvidar este suceso, y se borró enteramente la sospecha que por instinto había asomado en su imaginación. En cuanto a Saint Croix y la marquesa, vieron que el golpe había fallado, y con riesgo de envolver en su venganza a muchas personas, resolvieron emplear otro medio.

Tres meses transcurrieron sin que se presentase ninguna otra ocasión favorable, pero al fin, en los primeros días del mes de abril de 1670, el lugarteniente civil se llevó a su hermano el consejero a su posesión de Villequoij, en Beauce, para pasar las fiestas de Pascua, y Lachaussee siguió a su amo después de haber recibido nuevas instrucciones en el momento de su partida.

Al día siguiente de haberse instalado en el campo, se sirvió en la comida una empanada de pichones: siete personas que comieron de ella se sintieron indispuestas después de comer, y otras tres que no la habían probado no experimentaron ninguna desazón.

Los que más habían sufrido por la acción de la sustancia venenosa fueron el lugarteniente civil, el consejero y el capitán de la ronda. El lugarteniente civil, sea que hubiese comido mayor cantidad, sea que el ensayo que ya había hecho del veneno le hubiese predispuesto a recibir su impresión, fue el primero que se vio atacado por terribles vómitos. Dos horas después, sintió el consejero los mismos síntomas, y el caballero de la ronda y las demás personas padecieron durante algunos días unos dolores de estómago espantosos. Pero su estado no presentó por de pronto el mismo carácter de gravedad que el de ambos hermanos.

Esta vez los socorros de la medicina fueron, como siempre, impotentes. El día 12 de abril, es decir, cinco días después del envenenamiento, el lugarteniente y el consejero volvieron a París tan mudados que se hubiera dicho que acababan de salir de una larga y cruel enfermedad. La señora de Brinvilliers se hallaba entonces en el campo, y allí permaneció todo el tiempo que duró la indisposición de sus hermanos.

Los médicos, desde la primera consulta que hicieron al lugarteniente civil, no dieron ya ninguna esperanza. Los síntomas eran los mismos que los de la enfermedad que había hecho sucumbir a Monsieur d'Aubray padre. Se creyó que esta enfermedad desconocida era hereditaria, y el enfermo quedó desahuciado.

En efecto, su estado iba siempre de mal en peor: sentía una insuperable aversión a toda especie de comida, y sus vómitos eran continuos. En los tres últimos días de su vida se quejaba de que en el pecho sentía como un horno ardiendo; y, en efecto, parecía que la llama interior que le devoraba le salía por los ojos, única parte de su cuerpo que todavía daba señales de vida cuando lo restante era ya cadáver. En fin, el 17 de junio de 1670, expiró después de setenta y dos días desde que tomase el veneno.

Las sospechas empezaron ya a despuntar: el lugarteniente fue abierto y se hizo un proceso Verbal de la autopsia. Monsieur Bachot, médico de cabecera de ambos hermanos, ejecutó la operación en presencia de los señores Dupré y Durant, cirujanos, y de Gavart, boticario, quienes encontraron el estómago y el duodeno

negros y casi hechos pedazos, y el hígado gangrenado y quemado. Reconocieron que estos síntomas manifestaban la acción de un veneno. Pero, como la presencia de ciertos humores da lugar algunas veces a los mismos fenómenos, no se atrevieron a aseverar que la muerte del lugarteniente no fuese natural, y le enterraron sin que se hiciese ninguna investigación ulterior.

El señor Bachot había reclamado que se hiciese la autopsia del cadáver, con tanto más motivo cuanto que era el médico del hermano consejero, quien, al parecer, era víctima de la misma enfermedad, y el doctor esperaba sacar armas de la misma muerte para defender la vida. Estaba el consejero con una ardiente calentura, y sufría agitaciones de espíritu y de cuerpo, cuya virulencia era extremada y continua: no encontraba ninguna posición en la que pudiese permanecer cinco minutos. La cama era para él un suplicio; y, sin embargo, en el momento que la abandonaba, volvía a pedirla para cambiar al menos de dolores. En fin, al cabo de tres meses expiró. Tenía el estómago, el duodeno y el hígado en el mismo estado de descomposición que habían presentado los de su hermano, y además el cuerpo estaba quemado exteriormente, «lo cual era —dijeron los médicos— una señal inequívoca del veneno; aunque —añadieron— una cacoquimia podía producir los mismos efectos». En cuanto a Lachaussee, tan lejos estuvo de que nadie sospechase de él que el consejero, agradecido por el esmero con que le había cuidado en su última enfermedad, le dejó en su testamento un legado de cien escudos. Por otro lado, Saint Croix y la marquesa le dieron mil francos.

Tanta destrucción en una misma casa no sólo afligía el corazón, sino que sobresaltaba el espíritu. Porque, como la muerte borra indistintamente los seres del libro de la vida, era muy de extrañar su perseverancia en destruir a los miembros de una misma familia. Con todo, las miradas se perdieron, las investigaciones se extraviaron y nadie dio con los verdaderos delincuentes. La marquesa se vistió de luto por sus hermanos, Saint Croix continuó derrochando y todo fue como de costumbre.

Mientras esto pasaba, Saint Croix había trabado conocimiento y entrado en relaciones con el señor de Saint-Laurent, aquél cuyo empleo había solicitado Penautier sin poderlo obtener. Aunque en este intervalo Penautier había heredado al señor Lesecg, su suegro, que había muerto cuando menos se esperaba, dejándole el segundo empleo de la bolsa del Languedoc y unos bienes inmensos, no había por esto cesado de aspirar a la plaza de recaudador del clero. La casualidad le favoreció también en esta circunstancia: el señor de Saint-Laurent, después de algunos días de haber tomado a su servicio un nuevo criado que le mandó Saint Croix, llamado Jorge, se puso malo, y su enfermedad presentó muy pronto el mismo carácter de gravedad que se había notado en la de los señores d'Aubray padre e hijos: con la diferencia de que fue más aguda, porque no duró más que veinticuatro horas. El señor de Saint-Laurent murió como ellos, sufriendo los más crueles dolores. Aquel mismo día fue a verle un oficial de la corte, a quien refirieron todas las circunstancias de la muerte de

su amigo, y, oída la relación de los síntomas y de los accidentes, dijo en presencia de los criados al notario Sainfray que era preciso abrir el cadáver. Una hora después había desaparecido Jorge, sin decir nada a nadie ni pedir su salario. Las sospechas se agravaron, pero tampoco esta vez pudieron comprobarse. La autopsia presentó unos fenómenos generales y que no eran precisamente peculiares al veneno: sólo los intestinos, a los cuales la mortal bebida no había tenido tiempo de quemar, como había sucedido con los señores d'Aubray, estaban salpicados de puntos rojizos, semejantes a picaduras de pulga.

En junio de 1669 consiguió Penautier el empleo del señor de Saint-Laurent.

La viuda, empero, había concebido algunas sospechas que se convirtieron casi en convicción con la huida de Jorge. Cierta casualidad vino a aumentar su perplejidad. Un abate, que había sido amigo del difunto y que estaba enterado de la desaparición de Jorge, encontró a éste algunos días después en la calle de los Masones, cerca de la Sorbona. Iban ambos por una misma acera, y un carro de heno que pasaba por la calle les impide de improviso el paso. Jorge levanta la cabeza, divisa al abate, le reconoce como a un amigo de su antiguo amo, se desliza por debajo del carro, pasa al otro lado y, con riesgo de ser aplastado, se salva de la vista de un hombre cuyo solo aspecto le recuerda su crimen y le hace temer el castigo.

La señora de Saint-Laurent puso una demanda contra Jorge, pero por más diligencias que se practicaron no pudo darse con tal individuo.

El rumor de tantas muertes extrañas y repentinas se difundía entretanto por París, que empezaba ya a alarmarse. Saint Croix, siempre elegante y festivo, oyó estos rumores en los salones que frecuentaba y se sobresaltó. Es verdad que ninguna sospecha recaía sobre él; sin embargo, era prudente tomar precauciones: se propuso, pues, elevarse a una posición que le pusiese fuera del alcance de este temor. En palacio iba a quedar vacante un empleo, y para obtenerlo debían gastarse cien mil escudos. Saint Croix no tenía, como hemos dicho, ningún recurso aparente, y, con todo, no tardó en murmurarse que iba a comprar aquel destino.

Para tratar de este negocio con Penautier, se dirigió a Belleguise, quien no dejó de encontrar alguna dificultad de parte de Penautier. La suma era exorbitante, y Penautier, que para nada necesitaba ya a Saint Croix, pues había adquirido cuantas herencias ambicionara, trató de hacerle renunciar a su proyecto.

He aquí lo que entonces escribió Saint Croix a Belleguise:

«¿Es posible, querido amigo, que me vea precisado a dirigiros nuevas amonestaciones para un negocio tan seguro, tan importante y tan grande como sabéis que es el que traigo entre manos, y que puede darnos a ambos el sosiego para toda la vida? En cuanto a mí, yo creo que el diablo lo enreda, o que vos no queréis poner os a la razón. Os pido, pues, amigo mío, que seáis razonable; dad mil vueltas a mi proposición, tomadla por el peor sesgo y siempre encontraréis que, del modo en que para vuestra seguridad trato de establecer las cosas, me quedáis todavía deudor, ya que todos nuestros intereses se consolidan en esta coyuntura. En fin, querido amigo,

ayudadme, os lo suplico; y estad seguro de una perfecta gratitud y de que jamás habréis hecho en el mundo una cosa que tan agradable pueda seros a vos mismo y a mí. Harto lo sabéis, puesto que os hablo con más franqueza que si fuerais mi propio hermano. Si podéis, pues, venid esta tarde al paraje consabido; o bien aguardaré mañana por la mañana, o iré a buscaros según sea vuestra respuesta».

Saint Croix tenía su habitación en la calle de Bernardinos, y el paraje en que debía aguardar a Belleguise era aquel cuarto que había alquilado en casa de la viuda de Brunet, en la callejuela sin salida de la plaza Monbert.

En este cuarto y en casa del boticario Glazer era donde Saint Croix hacía sus experimentos. Pero, por una justa compensación, aquella manipulación de venenos era fatal a los mismos que los preparaban. El boticario enfermó y murió; unos vómitos terribles atacaron a Martín y le llevaron a la agonía; y el mismo Saint Croix, que se hallaba indispuerto, sin conocer la causa, no pudiendo apenas salir por su gran debilidad, se hizo traer un hornillo de casa de Glazer para continuar sus experimentos, no obstante su enfermedad. Saint Croix lo hizo así porque estaba buscando un veneno tan sutil, cuya sola emanación pudiese causar la muerte. Había oído hablar de aquella servilleta envenenada con la cual el joven Delfin, hermano mayor de Carlos VII, se había enjugado en el juego de la pelota, cuyo solo contacto le había dado la muerte. Y tradiciones casi vivas todavía, le habrían contado la historia de los guantes de Juana de Albret. Estos secretos se habían perdido y Saint Croix esperaba volverlos a encontrar.

En aquella época fue cuando sucedió uno de esos extraños acontecimientos que parecen más bien un castigo del cielo que un accidente casual. En el momento en que Saint Croix, inclinado sobre su hornillo, contemplaba cómo aquella fatal preparación llegaba al más alto grado de intensidad, la mascarilla de vidrio con que se cubría el rostro para resguardarse de las mortíferas exhalaciones que se desprendían del licor en ebullición, se le suelta de repente y Saint Croix cae herido como de un rayo.

Su mujer, viendo que había llegado la hora de cenar y que todavía no había salido del gabinete donde estaba encerrado, llamó a la puerta y nadie respondió. Y, como sabía que su marido se ocupaba en unos trabajos sombríos y misteriosos, temió que le hubiese sucedido alguna desgracia. Llamó a los criados, que derribaron la puerta, y se encontró a Saint Croix tendido al lado del hornillo, y junto a él la mascarilla de vidrio hecha pedazos.

Las circunstancias de esta muerte extraña y repentina^[4] no podían ocultarse al público: los criados habían visto el cadáver y podían hablar. El comisario Picard fue requerido para que pusiese los sellos, y la viuda de Saint Croix sólo pudo esconder el hornillo y los restos de la mascarilla.

Bien pronto se esparció por todo París el rumor de este suceso. Saint Croix era muy conocido, y la noticia de que iba a comprar un empleo en la corte había extendido aún más la reputación de su nombre. Lachaussee fue uno de los primeros que tuvieron noticia de la muerte de su señor, y, habiendo sabido que habían sellado

la puerta de su gabinete, se apresuró a presentar un acto de oposición concebido en estos términos:

«Oposición de Lachaussee, manifestando que hace siete años se hallaba al servicio del difunto, a quien había entregado, hace dos años, para que se los guardara, cien doblones de oro y cien escudos de plata, que deben estar en un saquito de tela detrás de la ventana del gabinete, y en el cual hay un billete que justifica pertenecerle dicha cantidad, con un traspaso de una suma de trescientas libras del difunto consejero Monsieur d'Aubray, traspaso que éste había hecho a favor de Laserre, y tres cartas de pago de su maestro de aprendizaje, de cien libras cada una, cuyas cantidades y papeles reclama».

Se respondió a Lachaussee que esperase el día en que se quitaran los sellos, y que si todo estaba como él decía, se le entregaría cuanto fuese suyo.

No fue sólo a Lachaussee a quien causó inquietud la muerte de Saint Croix: la marquesa, a quien eran familiares los secretos de aquel fatal gabinete, en cuanto supo lo acaecido, corrió a casa del comisario, y aunque eran las diez de la noche, dijo que tenía que hablarle sobre un asunto urgente. Pero el primer escribiente, llamado Pedro Frater, le respondió que su amo estaba en la cama. La marquesa insistió entonces, suplicándole que le despertaran, y reclamando una arquilla que le importaba muchísimo tener en su poder antes que nadie la abriese. En vista de esto, el escribiente subió al cuarto del señor Picard, pero luego volvió a bajar manifestando que lo que la marquesa pedía era imposible en aquel momento, porque el comisario dormía. Viendo la señora de Brinvilliers que sus instancias eran inútiles, se retiró diciendo que al día siguiente mandarla un hombre a buscar la arquilla. En efecto, presentóse el hombre muy de mañana, ofreciendo de parte de la marquesa cincuenta luises al comisario si accedía a entregarle la arquilla. Éste contestó que la arquilla estaba embargada, que se abriría cuando se quitaran los sellos, y que si los objetos que reclamaba la marquesa eran efectivamente suyos, le serían fielmente devueltos.

Aterrada quedó la marquesa con esta respuesta. No había tiempo que perder; desde la calle Neuve-Saint-Paul, donde tenía su casa en la ciudad, se fue corriendo a su casa de campo en Picpus, y aquella misma noche salió en posta para Lieja, donde llegó dos días después, y se retiró a un convento.

El 31 de julio de 1672 se habían puesto los sellos en casa de Saint Croix, y no se quitaron hasta el 8 de agosto siguiente. Al ir a empezar el procedimiento, se presentó un procurador con plenos poderes de la marquesa e hizo insertar en el proceso verbal la declaración siguiente:

«Se ha presentado Alejandro Delamarre, procurador de la señora de Brinvilliers, quien ha declarado que si en la arquilla reclamada por su mandataria se encuentra un vale firmado por ella de la cantidad de treinta mil libras, es un documento que se le arrancó por sorpresa, y contra el cual, en caso de que su firma sea verdadera, se reserva instaurar una instancia para hacerlo declarar nulo».

Cumplida esta formalidad, se procedió a la apertura del gabinete de Saint Croix,

cuya llave fue presentada al comisario Picard por un carmelita llamado fray Victorin, El comisario abrió la puerta. Las partes interesadas, los oficiales y la viuda, entraron en él, y se empezó poniendo aparte los papeles corrientes, a fin de repasarlos por orden unos después de otros. Mientras se estaban ocupando en estos pormenores, cayó un pequeño rollo de papel, en el que había escritas estas dos palabras: *Mi confesión*. Todos los que se hallaban presentes, que no tenían ningún motivo para pensar que Saint Croix fuese un malvado, decidieron entonces que aquel papel no debía leerse. Consultóse al efecto al sustituto del procurador general, y *la confesión* de Saint Croix fue quemada.

Cumplido este acto de conciencia, se procedió al inventario. Uno de los primeros objetos que se presentaron a la vista de los ministros de justicia fue la arquilla reclamada por la señora de Brinvilliers. Sus instancias habían despertado de tal suerte la curiosidad que se empezó por ella. Todos se agolparon para saber lo que contenía, y se procedió a la apertura. Dejaremos ahora que hable el proceso verbal: nada es más poderoso y terrible en semejantes casos que el propio documento oficial.

«En el gabinete de Saint Croix se ha encontrado una pequeña arquilla de treinta centímetros cuadrados, al abrir la cual se ha presentado medio pliego de papel titulado *Mi testamento*, que estaba escrito por una sola cara y contenía estas palabras:

»“Suplico encarecidamente a aquellos o aquellas en cuyas manos caiga esta arquilla que me hagan el favor de entregarla en mano a la señora marquesa de Brinvilliers, que habita en la calle Neuve-Saint-Paul, en atención a que todo cuanto contiene incumbe y pertenece a ella sola, y que por otra parte no hay nada que pueda ser útil a nadie más, excepto a dicha señora; y, caso de que ella muriese antes que yo, suplico se queme con todo cuanto contiene sin abrirla ni tocar cosa alguna. Y, a fin de que nadie pueda alegar ignorancia, juro por el Dios que adoro y por todo lo que hay de más sagrado que cuanto aquí digo es la pura verdad. Si a pesar de esto hay quien contravenga a mis justas y razonables intenciones, lo cargo en este mundo y en el otro sobre su conciencia para descargo de la mía, protestando que esta es mi última voluntad”.

»“Hecho en París hoy 25 de mayo de 1672. Firmado: de Saint Croix”.

»Y más abajo hay escritas estas palabras:

»“Un solo paquete va dirigido a Monsieur Penautier, a quien deberá entregarse”».

Ya se deja ver que semejante prelude no haría más que aumentar el interés de aquella escena: un murmullo de curiosidad se dejó oír. Pero, restablecido ya el silencio, continuó el inventario de este modo:

«Se ha encontrado un paquete cerrado con ocho sellos grandes de diferentes armas, y sobre el cual estaba escrito: “Papeles que deben quemarse en caso de muerte, y que no tienen ninguna relación con nadie. Ruego encarecidamente a aquellos en cuyas manos caigan estos papeles que los quemen sin abrir el paquete, y aun les hago de ello un cargo de conciencia”. En este paquete se han encontrado dos porciones de sublimado.

»*Ítem*, otro paquete cerrado con seis sellos de diferentes armas, que tenía una inscripción semejante, y en el cual se ha encontrado más sublimado, hasta el peso de media libra.

»*Ítem*, otro paquete cerrado con seis sellos de varias armas que tenía igual inscripción, y en el cual se han encontrado tres paquetes que contenían, el uno media onza de sublimado, el otro dos onzas y un cuarto de vitriolo romano, y el tercero vitriolo calcinado y preparado.

»En la arquilla se ha encontrado un gran frasco cuadrado, de un cuartillo de capacidad, lleno de agua clara, la cual, habiendo sido examinada por el médico Monsieur Moreau, ha dicho éste que no podía determinar su calidad hasta que se hiciese el análisis.

»*Ítem*, otro frasco de un medio sextario de agua clara, en cuyo fondo hay un sedimento blanquecino. Moreau ha dicho de éste lo mismo que del precedente.

»Un bote de loza, que contenía dos o tres dracmas de opio preparado.

»*Ítem*, un papel doblado que contenía dos dracmas de sublimado corrosivo en polvo.

»Más una cajita, en la cual se ha encontrado una especie de piedra llamada *pedra infernal*.

»Más un papel que contenía una onza de opio.

»Un pedazo de regla de antimonio del peso de tres onzas.

»Más un paquete de polvos con este sobrescrito: "Para detener el flujo de sangre en las mujeres." Moreau ha dicho que estos polvos eran la flor y el capullo del membrillo seco.

»*Ítem*, se ha encontrado un paquete cerrado con seis sellos, en el cual estaba escrito: "Papeles para quemar en caso de muerte." En el cual se han encontrado treinta y cuatro cartas, que se ha dicho eran escritas por la señora de Brinvilliers.

»*Ítem*, otro paquete cerrado con seis sellos, en el que había una inscripción como la susodicha, y que contenía veintisiete pedazos de papel, en cada uno de los cuales estaba escrito: "Varios secretos curiosos".

»*Ítem*, otro paquete que contenía también seis sellos, y en el que estaba escrito un sobre como los antedichos, en el cual se han encontrado setenta y cinco libras dirigidas a diferentes personas».

Además de estos objetos, se encontraron en la arquilla dos obligaciones: una de la marquesa de Brinvilliers y otra de Penautier. La primera de treinta mil francos y la segunda de diez mil; aquélla correspondía a la época de la muerte de Monsieur d'Aubray, padre, y la segunda a la del señor de Saint-Laurent. La diferencia de estas cantidades hace ver que Saint Croix había establecido una tarifa, y que el parricidio era más caro que el asesinato.

Pero Saint Croix, al morir, legaba sus venenos a su querida y a su amigo: no siendo bastantes los crímenes pasados, quería ser cómplice hasta de los futuros.

Lo primero que hicieron los ministros de justicia fue someter al análisis aquellas

diversas sustancias y hacer con ellas experimentos en diferentes animales. He aquí la relación de Huy Simón, farmacéutico, que fue el encargado de aquel examen y de aquellas pruebas:

«Este artificioso veneno burla todas las investigaciones, se disfraza de tal suerte que no puede reconocerse, es tan sutil que engaña el arte, y tan penetrante que frustra la sabiduría de los médicos. En este veneno los experimentos son falsos, las reglas defectuosas y ridículos los aforismos.

»Los experimentos más seguros y más comunes se hacen con los animales, o por medio de los elementos.

»En el agua, el peso del veneno ordinario lo precipita al fondo: aquélla queda superior, y éste obedece, desciende y va a ocupar la parte inferior.

»La prueba del fuego no es menos segura: el fuego evapora, disipa, consume todo lo que es inocente y puro, sólo deja una materia acre y picante que resiste a su acción.

»Más sensibles son todavía los efectos que el veneno produce en los animales: lleva su malignidad a todas las partes en donde se distribuye e infecta todo lo que toca; quema y tuesta todas las entrañas con un fuego extraño y violento.

»He sometido el veneno de Saint Croix a todas las pruebas, y se burla de todos los experimentos: este veneno sobrenada en el agua, queda superior, y es él quien supedita a este elemento; escapa a la acción del fuego, tras el cual no deja más que una materia dulce e inocente; en los animales se esconde con tal arte y destreza que no se le puede descubrir; todas las partes del animal quedan sanas y vivas: al mismo tiempo que difunde por sus venas un manantial de muerte, este veneno artificioso deja subsistente la imagen y las señales de vida.

»Se han practicado toda suerte de ensayos: el primero vertiendo algunas gotas de un licor que se ha encontrado en uno de los frascos en aceite tártaro y en agua marina, y nada se ha precipitado en el fondo de las vasijas en que se ha vertido el licor; el segundo, introduciendo el mismo licor en una vasija con arena, y no se ha encontrado en el fondo de este vaso ninguna materia árida, ni acre a la lengua, y casi nada de sal fija; el tercero, administrándoselo a un pavipollo, un pichón, un perro y otros animales, los cuales, habiendo muerto algún tiempo después, han sido abiertos al día siguiente, y no se ha encontrado más que un poco de sangre cuajada en el ventrículo del corazón.

»Habiendo hecho otra prueba con unos polvos blancos que se dieron a un gato en una asadura de carnero, estuvo media hora vomitando, y, habiéndolo encontrado muerto al día siguiente, lo abrieron sin que se le encontrase ninguna parte alterada por el veneno.

»Habiendo hecho un segundo ensayo de los mismos polvos en un pichón, murió poco tiempo después, fue abierto y no se encontró nada de particular, excepto un poco de agua roja en el estómago».

Estos ensayos, al mismo tiempo que probaron que Saint Croix era un químico profundo, hicieron creer que no se dedicaba a este arte gratuitamente: aquellas

muertes repentinas e inesperadas se presentaron a la memoria de lodo el mundo, y aquellas obligaciones de la marquesa y de Penautier parecían ser el precio de la sangre. Y, como la una estaba ausente y el otro era demasiado rico y poderoso para que se atreviesen a arrestarlo sin pruebas, se acordaron de la oposición de Lachaussee.

Se decía en aquella ocasión que Lachaussee había estado al servicio de Saint Croix hacía siete años. Por consiguiente, Lachaussee no miraba como una interrupción de este servicio el tiempo que había pasado en casa de los señores d'Aubray. El saco que contenía los mil doblones y las tres obligaciones de cien libras fue hallado efectivamente en el lugar indicado. Por tanto, Lachaussee tenía un perfecto conocimiento de la localización de aquel gabinete. Si conocía el gabinete, debía conocer la arquilla, y si conocía la arquilla, no podía ser inocente.

Estos indicios bastaron para que la señora Mangot de Villarceaux, viuda del lugarteniente Monsieur d'Aubray, hijo, formulara demanda contra él: en cuya virtud se decretó la captura de Lachaussee, que fue arrestado, encontrándole en el acto del arresto un veneno que llevaba consigo.

La causa se llevó al Chatelet^[5]. Lachaussee negó obstinadamente, y los jueces, creyendo tener bastantes pruebas contra él, le condenaron al tormento preparatorio^[6]. La señora Mangot de Villarceaux apeló esta sentencia, que probablemente habría salvado al culpable si hubiese tenido la fuerza de resistir los tormentos sin confesar nada. Y una sentencia de la Toumelle, fechada el 4 de marzo de 1673, declaró en virtud de aquella apelación, que «Juan Amelin, llamado Lachaussee, estaba convicto de haber envenenado al lugarteniente civil y al consejero; en reparación de lo cual se le condenaba a ser descoyuntado vivo y a expirar en la rueda, después de haberle aplicado el tormento ordinario y extraordinario, para que diese a conocer a sus cómplices».

En el mismo auto se condenaba por contumacia a la marquesa de Brinvilliers a ser decapitada.

Lachaussee sufrió el tormento de los borcegués, que consistía en colocar cada pierna del reo entre dos planchas, aproximando luego ambas piernas por medio de una argolla de hierro, y en introducir unas cuñas entre las planchas del medio; en el tormento ordinario se ponían cuatro cuñas, y ocho en el tormento extraordinario.

A la tercera cuña, dijo Lachaussee que estaba dispuesto a declarar: en consecuencia se suspendió el tormento y se le transportó con un colchón a la capilla. Allí, como estaba muy débil y apenas podía hablar, pidió media hora de tiempo para repararse: he aquí el extracto del mismo proceso verbal del tormento y ejecución de la muerte.

«Lachaussee, quitado del tormento y tendido en el colchón, ha hecho pedir al señor relator, cosa de media hora después de retirarse, que hiciese el favor de volver. Dijo que era culpable; que Saint Croix le había dicho que recibiera de la marquesa de Brinvilliers los tósigos^[7] para envenenar a sus hermanos; que él los envenenó con

agua y con caldo, poniendo agua rojiza en el vaso del lugarteniente, en París, y agua clara en la empanada de Villegnoy; que Saint Croix le había prometido cien doblones y que le tendría siempre a su lado; que él iba a darle cuenta del resultado de los venenos; que Saint Croix le había entregado dichas aguas muy a menudo; que Saint Croix le había dicho que la señora de Brinvilliers nada sabía de los otros envenenamientos que había hecho, pero que él cree que lo sabía, porque ella le hablaba siempre de sus venenos, y quería obligarle a huir dándole dos escudos para que se fuese; que le había preguntado dónde estaba la arquilla y lo que contenía, que si Saint Croix hubiese podido colocar alguno de los suyos en casa de la señora d'Aubray, esposa del lugarteniente civil, también la habría hecho envenenar; finalmente, que Saint Croix odiaba sobremanera a la señorita d'Aubray».

Esta declaración, que no dejaba duda alguna, dio lugar al decreto siguiente, que extractamos de los registros del Parlamento:

«Visto por el tribunal el proceso verbal del tormento y ejecución de muerte del 24 del presente mes de marzo de 1673, que contiene las declaraciones y confesiones de Juan Amelin, por otro nombre Lachaussee, el tribunal ordena que los nombrados Belleguise, Martín, Poitevin, Polivier, el padre Veron y la mujer del peluquero llamado Quesdon, sean citados y emplazados para que comparezcan ante el ministro relator del presente auto, para ser oídos e interrogados sobre los casos que resultan del proceso; ordenamos además que se ejecute el auto de captura contra el llamado Lapierre y la orden de emplazamiento contra Penautier para ser oído. Dado en el Parlamento, a 27 de marzo de 1673».

En virtud de este decreto fueron interrogados Penautier, Martín y Belleguise, en los días, 21, 22 y 24 de abril.

El 26 de julio Penautier quedó exonerado de su emplazamiento, mandándose que se procediese con más amplio informe contra Belleguise y se expidió un decreto de captura contra Martín.

Lachaussee había sido enroddado en la Greve^[8] el 24 de marzo.

En cuanto a Exili, causa principal de todo el daño, había desaparecido como Mefistófeles después de la muerte de Fausto, y nadie supo más de él.

A fines de aquel año, Martín fue puesto en libertad por falta de cargos suficientes.

Entretanto, la marquesa de Brinvilliers permanecía siempre en Lieja, retirada en un convento. No había por esto renunciado a uno de los puntos más mundanos de la vida: pronto se había consolado de la muerte de Saint Croix, a quien sin embargo había amado hasta el extremo de quererle matar por él, dándole por sucesor a un tal Theria, del cual no hemos hallado más indicios que su nombre, frecuentemente repetido en este proceso.

Todos los cargos de la acusación habían recaído, pues, como se ha visto, sobre ella, y así se resolvió perseguirla en el retiro donde creía estar segura. Esta misión era de suyo muy difícil y delicada, y Desgrais, uno de los más hábiles oficiales de la

gendarmería, se ofreció a realizarla. Era éste un buen mozo, de unos treinta y seis a treinta y ocho años, que en nada se parecía a un miembro de la policía, que llevaba con igual soltura todos los trajes y en cuyos disfraces recorría todos los grados de la escala social, desde el de mendigo hasta el de gran personaje. Era el hombre que se necesitaba, y, por lo tanto, fue aceptado.

Partió hacia Lieja con una escolta de muchos alguaciles y provisto de una carta del rey dirigida al consejo de los Setenta que gobernaba la ciudad, por la cual Luis XIV reclamaba a la delincuente para hacerla castigar. El consejo, después de haber examinado los autos —que Desgrais había tenido la precaución de llevar consigo—, autorizó la prisión de la marquesa.

Esto ya era mucho, pero no era bastante. La marquesa, como ya se ha dicho, había buscado asilo en un convento, donde Desgrais no se atrevía a prenderla a la fuerza, por dos razones: la primera, porque podía ser prevenida con tiempo y esconderse en alguno de aquellos retiros claustrales, cuyo secreto poseen sólo las superiores; la segunda, porque, en una ciudad tan religiosa como la de Lieja, el estrépito que causaría sin duda semejante acontecimiento podría ser mirado como una profanación y producir algún tumulto popular, en medio del cual pudiera suceder que se le escapase la marquesa.

Desgrais pasó revista a su equipaje, y creyendo que un vestido de abate era el más a propósito para ponerle a cubierto de toda sospecha, se presentó a las puertas del convento como un compatriota que llegaba de Roma, y que no había querido pasar por Lieja sin ponerse a los pies de una mujer tan célebre por su belleza y por sus desgracias, como era la marquesa. Desgrais poseía todos los modales de un segundón de buena familia, siendo adulador como un cortesano y emprendedor como un mosquetero. En su primera visita estuvo tan amable, ya con sus agudezas, ya con sus majaderías, que obtuvo más fácilmente de lo que esperaba el permiso de repetirla.

No retardó Desgrais la segunda visita, puesto que se presentó al día siguiente. Con tanto celo lisonjeaba a la marquesa, que la acogida que recibió Desgrais fue aún mejor que la de la víspera. La marquesa, como mujer de talento y categoría, que se hallaba privada hacía casi un año de toda comunicación con las gentes de tono, encontraba en Desgrais sus costumbres parisienses. Por desgracia, el hechicero abate tenía que irse de Lieja dentro de pocos días, por lo cual se hizo más solícito, y pidió y obtuvo para el día siguiente otra visita que tenía todos los visos de una cita.

Desgrais fue puntual. La marquesa le aguardaba con impaciencia, pero, por una reunión de circunstancias que el mismo Desgrais había sin duda preparado, tuvieron que interrumpir dos o tres veces su plática amorosa, en el momento mismo en que, haciéndose más íntima, más importunaban los testigos. Desgrais se quejó de aquella incomodidad, que por otra parte comprometía a la marquesa, y aun a él mismo, que tenía que guardar ciertos miramientos al hábito que llevaba. Por lo tanto, suplicó a la marquesa que le concediera una cita fuera de la ciudad, en cierto paraje del paseo muy poco concurrido, y en el cual no era de temer que nadie les conociese ni les

siguiere. La marquesa no se excusó más que el tiempo necesario para dar más precio al favor que concedía, y la cita quedó convenida para aquella misma noche.

Llegó ésta por fin. Ambos la esperaban con igual impaciencia, pero con diferentes esperanzas. La marquesa encontró a Desgrais en el lugar convenido, quien le ofreció el brazo. Y, en cuanto tuvo su mano entre las suyas, a una señal acudieron los alguaciles. El amante, quitándose la máscara, dio a conocer a Desgrais y la marquesa quedó presa.

Desgrais dejó a la marquesa de Brinvilliers en manos de los alguaciles y corrió hacia el convento, sólo entonces exhibió la orden de los Setenta, con la cual se hizo abrir el cuarto de la marquesa. Entró en él, se apoderó de una arquilla que encontró debajo de la cama y la selló. En seguida, volvió donde había dejado a la marquesa y dio la orden de marchar.

Cuando la marquesa vio la arquilla en manos de Desgrais, quedó petrificada. Después se recobró, reclamó un papel que estaba encerrado en ella y que contenía su confesión. Desgrais se lo negó, y al volverse para hacer adelantar el carruaje, la marquesa trató de ahogarse tragando un alfiler. Pero uno de los corchetes, llamado Claudio Rolla, advirtió su intención y consiguió quitarle el alfiler de la boca. Desgrais mandó que se redoblase la vigilancia.

Se detuvieron para cenar, y un alguacil, llamado Antonio Barbrier, asistía a la cena para cuidar de que no se pusiese sobre la mesa ningún cuchillo ni tenedor, ni otro instrumento con el cual pudiese la marquesa matarse o herirse. La señora de Brinvilliers llevó su vaso a la boca haciendo como que quería beber, y rompió un pedazo entre los dientes. Al advertirlo, el alguacil la obligó a echarlo otra vez en el plato. Díjole ella entonces que si quería salvarla le haría su fortuna, y él le preguntó qué tenía que hacer para eso. La marquesa le propuso que degollase a Desgrais, pero él se excusó, diciéndole que para cualquier otra cosa que no fuese esto estaba a su disposición. En vista de lo cual, le pidió pluma y papel y escribió esta carta:

«Querido Theria: me encuentro en manos de Desgrais, quien me conduce a París por el camino de Lieja. Apresuraos a libertarme de él».

Antonio Barbrier tomó la carta y prometió remitirla a su destino. Pero, en lugar de ello, la puso en manos de Desgrais.

Al día siguiente, pensando la marquesa que esta carta no apremiaba lo bastante, escribió otra al mismo Theria, diciéndole que la escolta sólo constaba de ocho hombres, que fácilmente podían ser derrotados por cuatro o cinco hombres decididos, y que contaba con él para este golpe de mano.

En fin, recelosa al ver que no tenía respuesta, y que sus cartas no producían efecto, expidió a Theria una tercera misiva. En ésta le pedía por Dios que, si no se sentía con bastante ánimo para atacar la escolta y libertarla de ella, matase a lo menos dos de los cuatro caballos que la conducían y aprovechase el momento de confusión que debía producir aquel accidente para apoderarse de la arquilla y arrojarla al fuego; si no —decía ella—, estoy perdida.

Aunque Theria no había recibido ninguna de aquellas tres cartas que sucesivamente habían sido entregadas a Desgrais, no por eso dejó de hallarse de *motu proprio*, en Maestrich, por donde tenía que pasar la marquesa. Allí probó a sobornar a los alguaciles, ofreciéndoles hasta diez mil libras; pero los alguaciles fueron incorruptibles.

La comitiva encontró en Rocroy al señor consejero Palluau, a quien había enviado el Parlamento para que se le entregase a la marquesa y para interrogarla cuando menos lo esperase, no dejándola así tiempo para meditar sus respuestas. Desgrais le informó de todo cuanto había pasado y le encomendó con eficacia la famosa arquilla, objeto de tantos recelos y de tan vivas súplicas. El señor de Palluau la abrió y encontró en ella, entre otras cosas, un papel titulado: *Mi confesión*.

Esta confesión era una prueba singular de la necesidad que tienen los delincuentes de deponer sus crímenes en el seno de los hombres o en la misericordia de Dios. Ya se ha visto que Saint Croix había escrito también una confesión que fue quemada, y ahora la marquesa comete a su vez la misma imprudencia. Por lo demás, esta confesión, que contenía siete artículos y que empezaba con estas palabras: «Me confieso a Dios y a vos, padre mío», era una declaración completa de todos los crímenes que había cometido.

En el primer artículo se acusaba de haber sido incendiaria.

En el segundo, de haber perdido la virginidad a la edad de siete años.

En el tercero, de haber envenenado a su padre.

En el cuarto, de haber envenenado a sus dos hermanos.

En el quinto, de haber intentado envenenar a su hermana, religiosa del convento de las carmelitas.

Los otros dos artículos estaban consagrados a la narración de desórdenes extraños y monstruosos. Esta mujer, que participaba a la vez de las calidades de Locusta y de Mesalina, sobrepujaba todo lo que la antigüedad nos presenta en este género.

El señor Palluau, seguro con el conocimiento de este importante documento, dio principio desde luego al interrogatorio que trasladaremos textualmente, teniéndonos por afortunados siempre que podamos aportar documentos oficiales a nuestra propia relación.

Habiéndole preguntado por qué se había escapado a Lieja:

—Ha dicho que había tenido que irse de Francia para arreglar unos asuntos que tenía pendientes con su cuñada.

Preguntándole si tenía conocimiento de los papeles que la arquilla contenía:

—Ha dicho que en su arquilla hay varios papeles de familia, y entre ellos, una confesión general que quería hacer, pero que, cuando la escribió, estaba desesperada; que no sabía lo que había puesto en ella porque en aquel momento, viéndose en un país extranjero, sin ningún socorro de su familia y reducida a pedir prestado un escudo, tenía el espíritu enajenado y no sabía lo que se hacía.

Habiéndole preguntado, conforme al primer artículo de su confesión, cuál era la

casa que había incendiado:

—Ha dicho que no lo había hecho, y que cuando escribió semejante cosa no estaba en sí.

Interrogada sobre los otros seis artículos de su confesión:

—Ha dicho que no sabía de qué le hablaban y que no se acordaba de tal cosa.

Habiéndole interrogado si había envenenado a su padre y a sus hermanos:

—Ha dicho que ignora todo esto.

Interrogada si era Lachaussee quien envenenó a sus hermanos:

—Ha dicho que no lo sabía.

Interrogada si sabía que su hermana no podía vivir mucho tiempo porque había sido envenenada:

—Ha dicho que lo había previsto, porque su hermana estaba sujeta a las mismas desazones que sus hermanos; que no se acuerda del tiempo en que escribió su confesión; y confiesa haber salido de Francia por consejo de sus parientes.

Interrogada por qué la habían dado sus parientes aquel consejo:

—Ha dicho que era a causa del asunto de sus hermanos; y confiesa haber visto a Saint Croix desde su salida de la Bastilla.

Interrogada si era Saint Croix quien la había incitado a deshacerse de su padre:

—Ha dicho que no se acordaba, como tampoco de si Saint Croix le había dado polvos u otras drogas, ni si Saint Croix le había dicho que sabía el medio de hacerla rica.

Se le han mostrado ocho cartas, y requerida que declarase a quién las escribía:

—Ha dicho que no lo tenía presente.

Interrogada por qué había firmado un vale de treinta mil libras a favor de Saint Croix:

—Ha dicho que para tener esta cantidad a salvo de sus acreedores y poder disponer de ella siempre que la necesitase; que al efecto poseía un recibo de Saint Croix, que había perdido en su viaje, y que su marido nada sabía de este vale.

Interrogada si había firmado el vale antes o después de la muerte de sus hermanos:

—Ha dicho que no lo tenía presente, y que esto importaba muy poco.

Interrogada si conocía a un boticario llamado Glazer:

—Ha dicho que había estado tres veces en su casa a causa de sus fluxiones^[9].

Interrogada por qué había escrito a Theria que se apoderase de la arquilla:

—Ha dicho que no sabía lo que querían decir.

Interrogada por qué escribiendo a Theria, le decía que estaba perdida si no se apoderaba de la arquilla y del proceso:

—Ha dicho que no se acordaba.

Interrogada si durante su viaje a Offemont había advertido los primeros síntomas de la enfermedad de su padre:

—Ha dicho que en su viaje a Offemont en 1666 no había reparado que su padre

estuviera enfermo, ni a la ida ni a la vuelta.

Interrogada si había tenido algún comercio con Penautier:

—Ha dicho que no había más comercio con Penautier que el de treinta mil libras que éste le debía.

Interrogada cómo y cuando Penautier le era deudor de estas treinta mil libras:

—Ha dicho que su marido y ella habían prestado diez mil escudos a Penautier, que éste les había devuelto aquella cantidad y que después del reembolso no habían tenido más relaciones con él.

La marquesa se atrincheraba, como se ve, en un sistema completo de denegación. Trasladada a París y continuando su nombre en el registro de los presos de la Consejería, perseveró en el mismo sistema, pero poco se tardó en añadir nuevos cargos a los ya terribles que la abrumaban.

El alguacil Cluet declaró:

«Que viendo que Lachaussee servía de lacayo al consejero d'Aubray, y que habiéndole visto también al servicio de Saint Croix, dijo a la señora de Brinvilliers que si el lugarteniente civil supiera que Lachaussee había servido a Saint Croix, era seguro que no lo hubiese admitido; y que entonces dicha señora de Brinvilliers exclamó:

»“No se lo digáis, por Dios, a mis hermanos, porque le harían apalear y vale más que lo que ha de ganar otro lo gane él”.

»Por consiguiente, que nada dijo a los dichos señores d'Aubray, aunque veía cómo Lachaussee iba todos los días a casa de Saint Croix y a casa de la susodicha señora de Brinvilliers, quien halagaba a Saint Croix para obtener su arquilla y para que le devolviese su billete de dos o tres mil doblones; en otro caso, ella le hubiese hecho dar de puñaladas; que había dicho que por el mundo entero no quisiera que se viese lo que la arquilla contenía, pues eran cosas de suma importancia y que sólo a ella interesaban. El testigo añadió que, después de haber sido abierta la arquilla, había ido a decir a la expresada señora que el comisario Picard había dicho a Lachaussee que se habían encontrado cosas extraordinarias; que entonces la señora de Brinvilliers, poniéndose colorada, varió de conversación. Él le preguntó si era cómplice, a lo cual respondió: “¿Yo, y por qué?”. Y luego añadió, como si hablase para sí: “Es preciso que Lachaussee marche a Picardía”. Dice también el declarante que desde hacía mucho tiempo iba ella detrás de Saint Croix para conseguir la arquilla, y que de haberlo conseguido le habría hecho asesinar. Añade además el testigo que, habiendo dicho a Briancourt que Lachaussee estaba preso y que sin duda diría cuanto sabía, Briancourt había respondido, aludiendo a la señora de Brinvilliers: “Esa mujer está perdida”. Que habiendo dicho la señorita d'Aubray que Briancourt era un bribón, había éste respondido que la señorita d'Aubray aún no sabía cuánto le debía, pues él había impedido que la envenenasen a ella y a la esposa del lugarteniente civil. También ha oído decir a Briancourt que la señora de Brinvilliers decía a menudo que no faltaban medios para deshacerse de las gentes que nos

desagradan, y que con un caldo se les podía disparar un pistoletazo».

La muchacha Edma Huet, por otro nombre Briscien, declaró:

«Que Saint Croix iba todos los días a casa de la marquesa de Brinvilliers, y que en una arquilla que pertenecía a aquella señora, había visto dos cajitas que contenían sublimado en polvo y en pasta, lo cual había conocido muy bien porque era hija de un boticario. Añade que un día en que la señora de Brinvilliers había comido en reunión y estaba alegre, le enseñó una cajita, diciéndole: “Con esta caja puede uno vengarse de sus enemigos; es pequeña, pero está rebosando herencias”. Que entonces le había dejado la caja entre las manos, pero que muy pronto, disipándose aquella alegría, exclamó: “¡Ay de mí, qué te he dicho!, no se lo cuentes a nadie”. Que Lambert, capellán de la casa, le había dicho que él había llevado las dos cajitas a la señora de Brinvilliers, de parte de Saint Croix; que Lachaussee iba a menudo a su casa; y que no habiéndole pagado a ella diez doblones que la marquesa de Brinvilliers le estaba debiendo, fue a quejarse a Saint Croix y le amenazó con que diría lo que había visto al lugarteniente civil, en vista de lo cual le dieron los diez doblones; que Saint Croix y dicha señora de Brinvilliers llevaban siempre consigo un veneno, para servirse de él en caso de que fueran capturados».

Lorenzo Peirete, que habitaba en casa del boticario Glazer, declaró:

«Que a menudo veía llegar a una señora, acompañada de Saint Croix, a casa de su amo; que el lacayo le había contado que esta señora era la marquesa de Brinvilliers; que creía que era veneno lo que mandaban fabricar a Glazer; que cuando llegaban dejaban su carroza en la feria de Saint-Germain».

María de Villeray, doncella de confianza de dicha señora de Brinvilliers, declaró:

«Que después de la muerte del consejero d’Aubray, Lachaussee llegó al encuentro de la señora de Brinvilliers y le habló aparte; que Briancourt le había contado que dicha señora había asesinado a gentes honestas; que el mismo Briancourt tomaba todos los días un contraveneno por temor de ser envenenado, y que sin duda gracias a esta precaución estaba aún con vida; pero que temía ser apuñalado, porque ella le había confesado el secreto de los envenenamientos, que era necesario advertir a la señorita d’Aubray que se la quería envenenar; que existe idéntico proyecto con el preceptor de los hijos del señor de Brinvilliers. Maria de Villeray añade que dos días después de la muerte del consejero, estando Lachaussee en los aposentos de la señora de Brinvilliers, y como se anunciase a Cousté, secretario que fue del lugarteniente civil, ella ocultó a Lachaussee entre la pared y su cama. Lachaussee era portador de una carta de Saint Croix para la marquesa».

Francisco Desgrais, antiguo oficial, declaró:

«Que habiendo sido encargado por orden real, arrestó en Lieja a la señora de Brinvilliers, encontrando bajo su cama una arquilla que él selló; que dicha señora le pidió un escrito que allí había y que era su confesión, a lo cual él rehusó; que por los caminos que ellos siguieron juntos hasta llegar a París, la señora de Brinvilliers le confesó que ella creía que era Glazer quien fabricaba los venenos de Saint Croix; que

Saint Croix, habiéndola citado un día junto a la cruz de San Honorato, le mostró cuatro botellitas diciéndole: “He aquí lo que Glazer me ha enviado”; que, como ella lo pidiese una, Saint Croix le había respondido que antes quisiera morir que dársela. Añade que el alguacil Antonio Barbier le había entregado tres cartas que la señora Brinvilliers escribió a Theria.

»Que en la primera apremiaba a éste para que sin demora acudiese a libertarla de las manos de los soldados que la escoltaban.

»En la segunda le decía que la escolta sólo se componía de ocho personas en grupo, que podían ser derrotadas por cinco hombres decididos.

»En la tercera, que si no podía ir a sacarla de las manos de los que la conducían, se dirigiese a lo menos al comisario, que matase el caballo de su ayuda de cámara y dos de los cuatro caballos del coche que la conducía; que tomase la arquilla y el proceso y lo arrojase todo al fuego; que de no hacerlo así estaba perdida sin remedio».

El alguacil Laviolette declaró:

«Que en la misma noche de su arresto la señora de Brinvilliers había intentado tragarse un largo alfiler; que él se lo impidió, diciéndole que esto era muy ruin, que ya veía que todo cuanto decían de ella era verdad, y que había envenenado efectivamente a toda su familia; a lo cual contestó que si lo había hecho era sólo porque la habían aconsejado, y que por otra parte no son buenos todos los momentos».

Antonio Barbier, alguacil, declaró:

«Que estando la señora de Brinvilliers en la mesa, intentó tragarse un pedazo del vaso en que bebía, y que, como él se lo impidiese, le dijo ella que si quería salvarla le haría su fortuna; que ella había escrito varias cartas a Theria; que durante el viaje había hecho todo lo posible para tragar vidrio, tierra o alfileres; que le había propuesto degollar a Desgrais, y matar al ayuda de cámara del señor comisario; igualmente que se apoderase de la arquilla y la quemase; que había escrito a Penautier de la Consejería, cuya carta le entregó, y que él fingió llevársela».

Finalmente, Francisca Roussel declaró:

«Que estando al servicio de la señora de Brinvilliers, cierto día esta señora le dio a comer dulce de grosellas, de cuyas resultas se sintió indispuesta inmediatamente. Que le dio además una rebanada de jamón húmedo, que comió, padeciendo desde entonces crueles dolores en el estómago, que a poco de haberlo comido se sintió como si le hubiesen pinchado el corazón con alfileres y había estado tres años de este modo, creyendo que la había envenenado».

Difícil era continuar en el mismo sistema de absoluta denegación contra tales pruebas. Con todo, la marquesa de Brinvilliers persistió en sostener que era inocente, y monsieur Nivelles, uno de los mejores abogados de aquella época, consintió en encargarse de su causa.

Con un talento admirable rebatió uno por uno todos los cargos de la acusación;

confesando, empero, los adúlteros amores de la marquesa con Saint Croix, negaba que tuviese parte alguna en los asesinatos de los señores d'Aubray padre e hijos, que él atribuía enteramente a la venganza que Saint Croix había querido hacer en ellos. En cuanto a la confesión, que era el más fuerte y, según él, el único cargo que podía oponerse a la señora de Brinvilliers, rechazó la validez de semejante testimonio con hechos sacados de otros casos parecidos, en los cuales el testimonio que los reos emitían contra sí mismos no había sido admitido en virtud de este axioma de legislación: *Non auditus*^[10] *perire volens*.

Citó tres ejemplos, y como no dejan de tener interés, los copiamos textualmente de su memoria.

EJEMPLO PRIMERO

Domingo Soto, famoso canonista y célebre teólogo, que era confesor de Carlos V y había asistido a las primeras sesiones del Concilio de Trento bajo el pontificado de Pablo III, propone la cuestión de un hombre que había perdido un papel en el cual había escrito sus pecados. Sucedió que un juez eclesiástico encontró aquel papel, y habiendo querido con este documento informar contra el que lo había escrito, fue justamente castigado por su superior, en razón a que la confesión es una cosa tan sagrada, que aun la materia que se destina para hacerla, debe quedar sepultada en un eterno silencio.

El siguiente fallo, sacado del *Tratado de los confesores*, de Rodrigo Acuno, célebre arzobispo portugués, fue pronunciado en virtud de esta proposición. Un catalán, natural de la ciudad de Barcelona, condenado a muerte por un homicidio del que estaba confeso y convicto, no quiso confesarse cuando llegó la hora del suplicio. Por más instancias que le hicieron se resistió con tanta obstinación, sin dar razón alguna de sus repulsas, que todo el mundo se persuadió de que aquella conducta, atribuida a la turbación de su espíritu, era causada por el temor de la muerte.

Refiriéndose aquella obstinación a Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, en cuya capital debía verificarse la ejecución, el digno prelado tuvo entonces la caridad de ir él mismo para persuadir al reo a que se confesase. Pero quedó muy sorprendido cuando habiendo preguntado al reo qué motivos tenía para no querer confesarse, contestó este que porque detestaba a los confesores, ya que había sido condenado a consecuencia de la denuncia que el suyo había hecho del homicidio que le revelara en confesión, y del cual nadie tenía conocimiento; pues confesándose había declarado su delito e indicado el paraje donde había enterrado a su víctima, con todos los demás pormenores del crimen, y su confesor reveló luego todas las circunstancias, que no pudo negar, siendo de resultas condenado. Que sólo en su última hora había sabido lo que ignoraba cuando se confesó, es decir, que su confesor era hermano del muerto, y que el deseo de venganza había inducido a este mal sacerdote a revelar su confesión.

Santo Tomás de Villanueva vio en esta declaración un incidente de mucha más importancia que el proceso mismo, en el que sólo se trataba de la vida de un

particular, al paso que se comprometía el del honor de la religión, cuyas consecuencias eran infinitamente más interesantes. Creyó que era preciso informarse de la verdad de esta declaración: hizo llamar al confesor, y habiéndole convencido de este crimen de revelación, obligó a los jueces que habían condenado al acusado a revocar su sentencia absolviéndole; lo cual se efectuó con admiración y aplausos del público.

En cuanto al confesor, fue condenado a un castigo ejemplar, que Santo Tomás de Villanueva suavizó en consideración a la pronta confesión que de su crimen había hecho, y sobre todo a la ocasión que había dado de patentizar el respeto que los jueces mismos deben tener a las confesiones.

EJEMPLO SEGUNDO

En 1579, un tabernero de Tolosa mató él solo, sin saberlo nadie de la casa, a un extranjero que había hospedado en ella, enterrándolo secretamente en la bodega. Este miserable, perseguido por sus remordimientos, confesó este asesinato, declarando todas las circunstancias, y aun indicó a su confesor el paraje donde había enterrado el cadáver. Los parientes del difunto, después de haber practicado todas las pesquisas posibles para saber de él, hicieron publicar por la ciudad que darían una recompensa considerable a la persona que les descubriese su paradero. El confesor, tentado por el cebo de la cantidad prometida, avisó secretamente que no había más que buscar en la bodega del tabernero y que allí se encontraría el cadáver. Se encontró, en efecto, en el paraje indicado, el tabernero encarcelado y aplicado al tormento, confesó su crimen. Pero después de esta confesión sostuvo siempre que su confesor era el único que podía haberle vendido.

Entonces, el Parlamento, indignado del conducto de que se habían valido para descubrir la verdad, declaró inocente al acusado mientras no se presentasen otras pruebas que dejasen de fundarse en la denuncia del confesor.

En cuanto a éste, fue condenado a ser ahorcado y arrojado después al fuego, tanto era lo que el tribunal había reconocido en su sabiduría la importancia de dejar ileso un sacramento indispensable a la salvación.

EJEMPLO TERCERO

Una mujer armenia había inspirado una violenta pasión a un joven turco, pero la honestidad de la mujer opuso por mucho tiempo un obstáculo insuperable a los deseos del amante. En fin, no guardando ya ningún miramiento, la amenazó que la mataría a ella y a su marido si no condescendía con sus deseos. Temerosa ella de esta amenaza, de cuya pronta ejecución estaba más que segura, fingió rendirse, y dio al turco una cita en su casa en un momento en que le dijo que su marido estaría ausente. Pero en el instante convenido apareció el marido, y aunque el turco iba armado con un sable y dos pistolas, las cosas se pusieron de tal modo que los esposos tuvieron la fortuna de matar a su enemigo, y lo enterraron en su casa sin que nadie lo supiese.

Algunos días después de este suceso, fueron a confesarse con un sacerdote de su comunión y le revelaron aquella trágica historia con todos sus detalles. Aquel indigno

ministro del Señor, creyendo que en un país sometido a las leyes mahometanas, donde el carácter del sacerdocio y las funciones del confesor son ignorados o proscritos, no se indagaría el origen de las revelaciones que él hiciese a la justicia, y que su testimonio tendría el mismo peso que el de cualquier otro delator, resolvió, pues, sacar partido de las circunstancias en provecho de su avaricia. Desde entonces visitó frecuentemente al marido y a la mujer, haciéndose prestar cada vez sumas considerables, amenazándoles con que descubriría su crimen si no le daban cuanto les pedía. En un principio, aquellos desgraciados tuvieron que ceder a las exigencias del sacerdote, pero al fin, despojados de todo lo que poseían, se vieron obligados a rehusarle la cantidad que les exigía. Fiel el sacerdote a la amenaza que había hecho, fue al momento a denunciarlos al padre del difunto para sacar más dinero. Éste, que adoraba a su hijo, se presentó al visir. Le dijo que él conocía a los asesinos de su hijo por la denuncia del sacerdote con quien se habían confesado, y le pidió justicia. Pero esta denuncia no produjo el efecto que esperaba, antes bien el visir se sintió tan compadecido de los desgraciados armenios como indignado contra el sacerdote que los había vendido.

Entonces, haciendo pasar al acusador a un aposento que daba al diván, llamó al obispo armenio para preguntarle en qué consistía la confesión, qué castigo merecía el sacerdote que la revelase y cuáles imponían a aquellos cuyos crímenes se hubiesen descubierto por este medio. El obispo respondió que el secreto de la confesión era inviolable, que la justicia de los cristianos mandaba quemar a cualquier sacerdote que la revelase y absolvía a los acusados, porque la confesión que el delincuente hacía al sacerdote era un precepto de religión, so pena de eterna condenación.

Satisfecho el visir con esta respuesta, le hizo retirar a otro aposento y llamó a los acusados para saber de su boca las circunstancias del caso. Aquellos infelices se arrojaron casi muertos a los pies del visir, y la mujer, tomando entonces la palabra, hizo presente que sólo la necesidad de defender su honor y su vida les había puesto las armas en las manos y había dirigido los golpes que derribarían a su común enemigo. Añadió que sólo Dios había sido testigo de su crimen, el cual estaría todavía oculto, de no estar obligados por la ley de este mismo Dios a depositar su secreto en el seno de uno de sus ministros para obtener su remisión, pero que la insaciable avaricia del sacerdote los había denunciado, después de haberles reducido a la mayor miseria.

El visir hizo que pasasen a otro tercer aposento, y mandó llamar al sacerdote denunciador, en cuya presencia hizo que el obispo repitiese lo que antes había dicho. Luego, aplicando una de las penas al delincuente, le condenó a ser quemado vivo en la plaza pública, mientras llegaba el tiempo —añadió— de ser quemado en el infierno, en donde no podía dejar de recibir el castigo de sus perfidias y de sus crímenes.

La sentencia fue ejecutada sin demora.

A pesar del efecto que el abogado se prometía causar con estos tres ejemplos, sea

que los jueces los recusasen, sea que, prescindiendo de la confesión, estimasen suficientes las otras pruebas, lo cierto es que al observar el giro que tomaba el proceso, todo el mundo opinó que la marquesa sería condenada. En efecto, el jueves por la mañana, el 16 de julio de 1676, aun antes de que se pronunciase la sentencia, vio la marquesa entrar en su prisión a monsieur Pirot, doctor de la Sorbona, enviado por el primer presidente. Este digno magistrado, previendo el fallo que iba a pronunciarse y creyendo que no debía esperarse a última hora para enviar a alguien que asistiese a una mujer tan delincuente, había llamado a este digno sacerdote. Y, aunque este le observó que en la Consejería había dos capellanes destinados para estos casos, añadiendo que él se sentía harto débil para tan penosa tarea, pues no podía ver ni siquiera sangrar a una persona sin sentirse indispuerto, el primer presidente había insistido tanto, repitiendo que tenía necesidad en esta ocasión de un hombre en quien pudiera depositar toda su confianza, que finalmente aceptó tan triste misión.

En efecto, el mismo primer presidente confesó que, a pesar de lo familiarizado que estaba a ver delincuentes, la señora de Brinvilliers estaba dotada de una fortaleza tan extraordinaria que le imponía. La víspera del día en que llamara a Monsieur Pirot, había trabajado en este proceso desde la mañana hasta la noche, por el espacio de trece horas, y la acusada había sido careada con Briancourt, uno de los testigos que más la culpaban. En el mismo día, tuvo lugar otro careo de cinco horas, y ella había soportado ambos careos con tanto respeto hacia los jueces como altivez al testigo, echándole en cara que era un miserable criado, entregado a la embriaguez, y que, habiendo sido despedido de su casa por su mala conducta, no podía ser válido su testimonio. No le quedaba pues al primer presidente otra esperanza para doblegar aquella alma inflexible que valerse de un ministro de la religión, porque no bastaba ajusticiarla en la Greve, era preciso que sus venenos muriesen con ella; de lo contrario, ningún alivio conseguía la sociedad con su muerte.

El doctor Pirot se presentó a la marquesa con una carta de su hermana, que, como hemos dicho, era una religiosa del convento de San Jaime, llamada María, quien exhortaba en esta carta a la señora de Brinvilliers del modo más tierno y afectuoso a tener confianza en este digno prelado, y a mirarlo no sólo como un apoyo, sino también como un amigo.

Cuando Monsieur Pirot se presentó a la acusada, acababa ésta de dejar el banquillo donde había permanecido tres horas sin haber confesado nada, y sin inmutarse. Por ello, el primer presidente, después de haber cumplido con los deberes de juez, le había hablado como cristiano, manifestándole lo deplorable de su situación, puesto que se presentaba por última vez ante los hombres, y debía comparecer muy en breve ante Dios. Tales cosas le dijo para enternecerla, que las lágrimas le embargaron la voz, y hasta los jueces más inflexibles lloraron al escucharle. Apenas la marquesa divisó al doctor, sospechando que su proceso se encaminaba a la muerte, se adelantó hacia él, diciéndole:

—Conque es el señor quien viene para...

Interrumpiéndola, el padre Chavigny, que acompañaba a Monsieur Pirot, dijo:

—Señora, empecemos por orar.

Se arrodillaron los tres y dirigieron una invocación al Espíritu Santo. La marquesa de Brinvilliers pidió entonces a los asistentes otra para la Virgen, y, concluida ésta, se acercó al doctor y, volviendo a su frase, le dijo:

—Sois vos seguramente, señor, el que me envía el primer presidente para consolarme. Con vos debo pasar los pocos instantes que me quedan de vida. Hace rato que estaba impaciente por veros.

—Señora —respondió el doctor—, vengo a prestaros todos los servicios que caben en lo espiritual. Ciertamente habría deseado conoceros en ocasión más favorable.

—Señor —replicó la marquesa sonriéndose—, es preciso resignarse a todo.

Y luego, dirigiéndose al padre Chavigny:

—Padre mío —continuó—, os quedo sumamente obligada por haberme presentado al señor y por cuantas visitas habéis tenido la bondad de hacerme; os suplico que roguéis a Dios por mí. En adelante ya no hablaré sino con el señor, pues tengo que tratar con él asuntos que sólo se discuten mano a mano. Adiós, pues, padre mío, él recompensará los cuidados que habéis tenido la bondad de prestarme.

A estas palabras se retiró el padre, y dejó a la marquesa sola con el doctor y con los dos hombres y la mujer que la habían custodiado todo el tiempo.

Sucedía esto en un vasto aposento situado en la torre de Montgommery, y que cogía todo su frente. Había en el fondo una cama con cortinas de un color pardo para la señora, y otra de correas para la asistenta. Este aposento era el mismo en que había estado encerrado en otro tiempo, según decían, el poeta Théófilo, y todavía se veían junto a la puerta unos versos suyos escritos de su puño.

Apenas conocieron los dos hombres y la mujer el objeto de la visita del doctor, se retiraron al fondo del aposento y dejaron a la marquesa en libertad para pedir y recibir los consuelos que le llevaba el hombre de Dios. La marquesa y el doctor se sentaron entonces enfrente uno de otro. La marquesa, que se creía ya condenada, entabló conversación siguiendo aquella idea, pero el doctor le dijo que no estaba juzgada todavía, que no sabía con exactitud cuando se pronunciaría el fallo, y aún menos cuál sería. Pero la marquesa, interrumpiéndole, dijo:

—Señor, no me da cuidado el porvenir: si no se ha fallado mi sentencia pronto se fallará. Creo que recibiré esta mañana la noticia de ello, y no me prometo otra cosa que la muerte. La sola gracia que espero del señor primer presidente es una dilación entre la sentencia y la ejecución. Porque, en fin, si me ajusticiasen hoy mismo, poco tiempo tendría para prepararme, y bien sé, señor, que tengo necesidad de ello.

El doctor, que no esperaba oír estas palabras, se alegró infinito de verla poseída de tan resignados sentimientos. En efecto, además de cuanto el primer presidente le había dicho, el padre Chavigny le había insinuado el domingo precedente que era

probable que fuese condenada a la pena capital, y que si debían creerse los rumores que corrían por la ciudad, podía comenzar a recogerse. Ante estas palabras había quedado de pronto muy sobrecogida, y le había dicho asustadísima:

—¿Y qué, padre mío, habré de morir quizá de resultas de este negocio?

Como él intentase sosegarla con algunas palabras de consuelo, ella se levantó al momento, y meneando la cabeza, contestó con aire altivo:

—No, no, padre mío, no hay necesidad de que me tranquilicéis, voy a tomar mi partido ahora mismo y sabré morir con fortaleza.

Y habiéndole dicho el padre que la muerte no era cosa a la que pudiese uno disponerse tan pronto ni con tanta facilidad, y que era menester, al contrario, prevenirla de lejos, para que no pudiese sorprendernos, le había respondido que ella no necesitaba más que un cuarto de hora para confesarse, y un segundo para morir. El doctor quedó, pues, agradablemente sorprendido, cuando vio el cambio que del domingo al jueves se había producido en sus sentimientos.

—Sí —continuó, después de un momento de pausa—, cuanto más lo reflexiono, más me voy convenciendo de que no tendría bastante con un día para hallarme en estado de presentarme ante el tribunal de Dios, para ser juzgada por él después de haberlo sido por los hombres.

—Señora —respondió el doctor—, ignoro cuál será vuestra sentencia, ni cuándo se pronunciará, pero aun cuando fuese una sentencia de muerte y que se diese hoy mismo, me atrevo a responderos que no será ejecutada hasta mañana. Pero, por incierta que sea la sentencia de muerte, apruebo mucho que estéis preparada para todo lo que pueda acontecer.

—¡Oh! en cuanto a mi muerte, es harto segura —repuso ella— y no puedo animarme con una esperanza inútil. Sé que debo haceros una confesión absoluta de toda mi vida. Pero antes de abriros mi pecho permitidme, padre mío, que os pregunte qué idea os habéis formado de mí y cuál es vuestro parecer acerca de lo que debo ejecutar en el estado en que me encuentro.

—Os habéis adelantado a mi pensamiento —respondió el doctor— y habéis prevenido lo que quería deciros. Antes de entrar en el secreto de vuestra conciencia, y de establecer la discusión de vuestros asuntos con Dios, me alegro, señora, de poderos indicar algunas reglas por las cuales podréis regiros. Yo no sé todavía si sois culpable, y suspendo mi juicio sobre todos los crímenes que se os imputan, porque nada puedo saber sino por vuestra confesión. Por lo tanto, debo dudar todavía si sois o no criminal, pero no puedo ignorar de lo que se os acusa: esta acusación es pública y ha llegado a mi conocimiento. Porque —continuó el doctor— ya podéis figuraros, señora, que vuestro asunto ha hecho mucho ruido, y que son muy pocas las personas que ignoren algo de él.

—Sí, sí —contestó sonriéndose—, ya sé que se habla mucho de mí y que soy la comidilla del pueblo.

—Por consiguiente —replicó el doctor—, el crimen que se os imputa es el de

envenenamiento, y debo deciros que si efectivamente lo habéis cometido, como se cree, no podéis esperar perdón delante de Dios, si no declaráis a vuestros jueces cuál es vuestro veneno, cuál su composición, cuál su antídoto y cuáles vuestros cómplices. Es preciso, señora, pasar a cuchillo a todos estos malvados, sin que escape uno solo, porque si los perdonarais, podrían continuar sirviéndose de vuestro veneno y entonces seríais culpable de cuantos asesinatos se cometiesen después de vuestra muerte, por no haberlos denunciado a los jueces durante vuestra vida, de modo que pudiera decirse que sobrevivís a vos misma, puesto que vuestro crimen os sobreviviría. Además, ya sabéis, señora, que si el pecado acompaña a la muerte, jamás obtiene perdón, y que para conseguir la remisión de vuestro crimen, si sois criminal, es preciso que éste muera antes que vos, porque si no lo matáis, señora, pensadlo bien, él será quien os mate.

—Sí, señor, convengo en ello —dijo la marquesa después de un momento de silencio y de reflexión—, y sin confesar por esto que yo sea culpable, os prometo, si lo soy, que pesaré bien vuestras máximas. Con todo, señor, quisiera proponeros una cuestión y atended que su resolución me es muy necesaria. ¿Hay algún crimen, señor, que no sea irremisible en esta vida? ¿Hay acaso pecados que por su enormidad y por su número infinito no se atreve la Iglesia a redimirlos, pues, aunque la justicia de Dios pueda contarlos, no puede absolverlos su misericordia? No toméis a mal, señor, que empiece por esta pregunta, porque sería inútil que me confesase si no tuviera esperanzas.

—Me complazco en creer, señora —respondió el doctor, contemplando a pesar suyo a la marquesa como espantada—, que vuestra pregunta no pasa de una tesis general que me proponéis, y que ninguna relación tiene con el estado de vuestra conciencia. Por lo tanto responderé a vuestra cuestión sin aplicárosla de ningún modo. No, señora, no hay pecados por enormes que sean, y por infinito que sea su número, que no puedan perdonarse en esta vida. Esto es un artículo de fe, hasta el punto de que no moriríais católica si de ello dudaseis. Es verdad que algunos doctores han sostenido en otro tiempo lo contrario, pero han sido condenados como herejes. No hay más pecados irremisibles que la desesperación y la impenitencia final, pero estos pecados son pecados de muerte y no de vida.

—Señor —respondió la marquesa—, Dios me hace la gracia de estar convencida de cuanto me decís, pues creo que puede perdonar todos mis pecados, y creo también que ha ejercido muchas veces este poder conmigo. Ahora todo mi temor consiste en que quiera aplicar su bondad a un ser tan miserable como yo, y a una criatura que tan indigna se ha hecho de las mercedes que le ha concedido.

El doctor la tranquilizó del mejor modo que pudo, y al mismo tiempo que hablaba con ella se puso a examinarla con detenimiento. «Era una mujer —dice— naturalmente intrépida y de gran ánimo, y parecía haber nacido con una imaginación bastante dulce y muy honrada. Con cierto aire de indiferencia para todo, su carácter era vivo y penetrante, concibiendo las cosas con facilidad y expresándolas con

precisión, en pocas palabras y con exactitud. Siempre encontraba un expediente para evadirse de un paso intrincado, y tomaba al instante su partido sobre las cosas más enredadas. Por lo demás, inconstante, sin apego a nada, y de un carácter desigual y poco sostenido, se impacientaba si se le hablaba muchas veces de una misma cosa, y esto fue lo que me obligó —continúa el doctor— a variar de vez en cuando de objeto para no tenerla ocupada mucho tiempo sobre un mismo asunto, al cual volvía, sin embargo, fácilmente dándole un nuevo giro y proponiéndolo bajo otro aspecto. Hablaba poco y bastante bien, pero sin estudio ni afectación. Se dominaba perfectamente y no decía más de lo que quería: a juzgar por su semblante y por su conversación nadie la habría creído una persona tan malvada como parecía serlo por la confesión pública de su parricidio. Sorprendente es en verdad, y por ello se deben adorar los juicios de Dios cuando abandona al hombre a sí mismo, ver un alma que, teniendo en su naturaleza algo de grande, mucha sangre fría en los más imprevistos accidentes, una firmeza inalterable y una resolución capaz de arrostrar la muerte y de sufrirla si hubiese sido necesario, fuera capaz de cometer tan atroces delitos como los que se deducen del atentado parricida que confesó ante los jueces. Nada en su rostro se descubría que indicase tanta maldad: tenía el cabello castaño y muy espeso, la cara redonda y bastante regular; ojos azules, benignos y muy hermosos; su piel era de una extraordinaria blancura y tenía la nariz apolínea. Todas sus facciones eran agradables, aunque su semblante no era de los más seductores: ya había en él algunas arrugas y manifestaba más años de los que realmente tenía. Desde nuestra primera conversación tuve ocasión de preguntarle qué edad tenía: «Señor —me contestó—, si viviese hasta el día de Santa Magdalena, tendría cuarenta y seis años. En este día vine al mundo y me pusieron el nombre de aquella santa, bautizándome con el de María Magdalena. Pero aunque este día dista poco, no viviré hasta entonces. Es preciso que esto se acabe de hoy a mañana a más tardar, y me harían una gracia si quisieran diferirlo un día, gracia que espero, contando con la palabra que me habéis dado». Habríase creído, al verla, que tenía cuarenta y ocho años, y a pesar de la dulzura que naturalmente respiraba su semblante, cuando le pasaba algún disgusto por la imaginación, lo manifestaba con un gesto que daba miedo de mirar, y de vez en cuando observaba en ella unas convulsiones que denotaban la indignación, el desdén y el despecho. Se me olvidaba decir que su estatura era muy pequeña y diminuta.

»Ésta es poco más o menos la descripción de su cuerpo y de su espíritu, que me pude formar en muy poco tiempo, habiéndome puesto a observarla, desde luego, para orientar en seguida mi conducta, según lo que hubiese notado».

La marquesa, en medio del primer bosquejo de su vida que trazaba a su confesor, se acordó de que él no había dicho misa todavía y ella misma aconsejó que ya era hora de hacerlo, indicándole la capilla de la Consejería, y pidiéndole que la dijese por ella y en honor de Nuestra Señora, a fin de obtener que la Virgen, a quien ella había tomado siempre por patrona y a quien en medio de sus crímenes y de sus excesos había tenido siempre una devoción particular, intercediera ante Dios por ella. Y, como

no podía bajar con el sacerdote, le prometió que asistiría a la misa con el pensamiento.

Serían las diez, y media de la mañana cuando el sacerdote la dejó, y en cuatro horas solamente que habían conversado juntos, había logrado, con la ayuda de su tierna piedad y moral persuasiva, que la marquesa le hiciese ciertas confesiones, que ni las amenazas de los jueces ni el temor del tormento habían podido arrancarle. Así, dijo la misa muy santa y devotamente, rogando al Señor sostuviese con la misma fortaleza al confesor y a la pecadora.

Después de la misa entró en la Consejería, y al tomar un poco de vino, supo por un librero de palacio, llamado Seney, que se encontraba allí por casualidad, que la señora de Brinvilliers había sido sentenciada y que debían guillotinarla. Este rigor del parecer fiscal, que se mitigó más adelante en la sentencia, le inspiró un interés más vivo hacia su penitente y volvió a subir al momento para reunirse con ella.

Tan pronto como vio la marquesa que la puerta se abría, se adelantó hacia él con serenidad y le preguntó si había rogado por ella. Y cuando el sacerdote se lo hubo asegurado, le dijo:

—Padre mío, ¿no tendré el consuelo de recibir el viático antes de morir?

—Señora —respondió el doctor—, si sois condenada a muerte moriréis seguramente sin recibirlo, y os engañaría si os hiciese esperar esta gracia. En la historia se ha visto morir al condestable de San Pablo sin poder obtener este favor, por más instancias que hizo para que no le privaran de él. Fue ejecutado en la Greve a la vista de los campanarios de Notre Dame, e hizo allí su oración, como vos podréis hacer la vuestra, si os aguarda la misma muerte. No hubo más, y Dios, en su bondad, permite que esto baste.

—Pero me parece, padre mío —dijo la marquesa—, que los señores de Saint-Mars y de Thou comulgaron antes de morir.

—No lo creo —respondió el doctor—. Ese dato no lo refieren ni las *Memorias* de Montresor, ni ningún otro de los libros que hablan de su ejecución.

—¿Y el señor de Montmorency? —dijo ella.

—¿Y el señor de Marillac? —replicó el doctor.

Efectivamente, si se había concedido esta gracia al primero, se le rehusó al segundo, y el ejemplo impresionó tanto más a la marquesa, pues el señor de Marillac pertenecía a su propia familia, teniendo ella a mucho honor este parentesco. Sin duda ignoraba que el señor de Rohan hubiese comulgado en la misa que dijo de noche el padre Bortaloue para la salvación de su alma, porque no habló de ello, y se contentó con la respuesta del doctor, suspirando.

—Por otra parte —continuó éste—, aunque me citéis, señora, algún ejemplo, no podéis fundaros en él, pues las excepciones no son leyes. Os engañaría si os prometiese un privilegio especial: las cosas seguirían el curso ordinario y se procederá con vos como se acostumbra con los demás sentenciados. ¿Qué diríais, pues, si hubierais nacido y muerto en el tiempo de Carlos VI? Entonces los

delincuentes morían sin confesión, y hasta después del reinado de este monarca no cesó tamaño rigor. Por lo demás, señora, no es absolutamente preciso comulgar para salvarse, aunque se puede comulgar espiritualmente leyendo la palabra, que es como el cuerpo que se une a la Iglesia, que es la sustancia mística de Jesucristo, y sufriendo con él y para él. Esta última comunión del suplicio que sufrís, es, para vos, señora, la más perfecta de todas. Si detestáis vuestro crimen de todo corazón, si amáis a Dios con toda vuestra alma, si tenéis fe y caridad, vuestra muerte será un martirio y como un segundo bautismo.

—¡Ay de mí! —exclamó la marquesa—. Según eso, señor, ya que para salvarme era precisa la mano del verdugo, ¡qué habría sido de mi alma de haber muerto en Lieja! Y aun cuando me hubiera escapado y vivido veinte años fuera de Francia, ¡cuál habría sido mi muerte si para santificarla se necesitaba nada menos que el cadalso! Ahora reconozco, señor, todos mis yerros y considero como el último y mayor de todos el descaro con que contesté a los jueces. Pero, a Dios gracias, nada se ha perdido todavía, pues si tengo que sufrir otro interrogatorio, prometo hacer en él una entera confesión de toda mi vida. En cuanto a vos, señor —continuó—, os ruego que en mi nombre pidáis encarecidamente perdón al primer presidente: ayer, estando yo en el banquillo, me dijo unas cosas tan patéticas que me enternecieron, pero me esforcé en ocultar la conmoción que sentía, creyendo que mientras faltase mi confesión, no habría pruebas suficientes para condenarme. No ha sucedido así y mis jueces se escandalizarían seguramente por la osadía que manifestó en aquella ocasión. Pero confieso mi falta y la repararé. Añadid, os lo suplico, que, lejos de tener resentimiento alguno contra el primer presidente por la sentencia que debe pronunciar hoy contra mí, ni de quejarme del promotor-fiscal que la ha pedido, doy humildemente las gracias a ambos, puesto que mi salvación dependía de ella.

El doctor iba a responder para alentarla en este sentido cuando se abrió la puerta: era la una y media y traían la comida. La marquesa, interrumpiéndose, hizo sus preparativos con tanta tranquilidad como si estuviera haciendo los honores en su casa de campo. Luego hizo que se sentaran a la mesa los dos hombres y la mujer que la custodiaban, y, volviéndose al doctor, le dijo:

—Perdonad, señor, si os tratamos sin ceremonia; estas buenas gentes comen siempre conmigo para acompañarme, y lo mismo haremos hoy si lo permitís. Es la última comida —añadió— que debo hacer con ellos.

Y dirigiéndose a la mujer:

—Mi buena señora Rus —dijo—, hace tiempo que os estoy incomodando, pero tened un poco de paciencia y pronto dejaré de incomodaros. Mañana seguramente podréis ir ya a Dravet, para lo cual tendréis bastante tiempo, pues de aquí a siete u ocho horas ya no tendréis que ocuparos de mí, porque estaré en manos del Señor, y no os será permitido acercaros donde yo esté. Desde ese instante podréis marcharos para no volver, pues no creo que tengáis valor para verme ajusticiar.

Todo esto lo decía ella con voz sosegada y sin asomo de arrogancia. Y luego,

como de vez en cuando aquellas gentes volvían el rostro para ocultar sus lágrimas, hacía un ademán de compasión hacia ellas. Viendo entonces que los manjares quedaban sobre la mesa y que nadie comía, convidó al doctor a que tomase la sopa, pidiéndole que disimulase si el conserje, por haber puesto berzas en ella, había hecho una sopa común e indigna de serle ofrecida. En cuanto a ella, tomó un caldo y dos huevos pasados por agua, pidiendo a los convidados que la excusasen si no les servía, pues no podía tener a su alcance ningún cuchillo ni tenedor.

A la mitad de la comida suplicó al doctor que le permitiese beber a su salud. El doctor correspondió a esta delicadeza bebiendo a la suya, de cuya condescendencia quedó ella muy satisfecha.

—Mañana —dijo, dejando el vaso en la mesa— es vigilia, y, aunque para mí será un día de mucha fatiga, pues tendré que sufrir el tormento y la muerte, no quiero quebrantar los mandamientos de la Iglesia comiendo carne.

—Señora —respondió el doctor—, si necesitáis un poco de caldo para alentaros, podréis tomarlo sin escrúpulo, porque entonces no lo habréis tomado por capricho sino por necesidad, y la ley de la Iglesia no es obligatoria en este caso.

—Si lo necesito y me dais vuestro permiso —replicó la marquesa—, lo tomaré; mas no creo que sea necesario. No obstante, hoy, a la hora de cenar, bien tomaría un caldo más sustancioso que el de costumbre, y otro a media noche. Esto, y dos huevos frescos pasados por agua que tomaré después del tormento, me bastará para pasar el día de mañana.

«Ciertamente —dice el sacerdote en la relación de donde sacamos todos estos pormenores—, me sobrecogí, estremeciéndome interiormente al ver cómo ordenaba al conserje con tanta sangre fría que el caldo fuese más sustancioso que el de costumbre, y que le tuviesen preparadas dos tazas para media noche. Acabada la comida —prosigue Monsieur Pirot—, le dieron el papel y tinta que había pedido, y me dijo que antes de hacerme tomar la pluma y suplicarme que escribiese lo que ella me dictase, tenía que escribir una carta».

Esta carta, que la embarazaba sumamente —decía ella—, y después de la cual estaría más despejada, era para su marido. En aquel momento manifestó tanta ternura para con él, que el doctor, considerando cuanto había pasado, quedó muy sorprendido, y, queriendo probarla, le dijo que aquella ternura que demostraba no era recíproca, puesto que su marido la había abandonado durante todo el proceso. Pero la marquesa le interrumpió, diciendo:

—Padre mío, es preciso no juzgar las cosas por las apariencias. Brinvilliers ha velado siempre por mis intereses, y no me ha fallado sino cuando ya nada podía hacer. Nuestra correspondencia siguió sin interrupción durante todo el tiempo que estuve fuera del reino, y no dudéis que hubiese venido a París en cuanto se enteró de mi prisión, si sus negocios le hubiesen permitido hacerlo con seguridad. Pero sabed que está abrumado de deudas, y que no puede dejarse ver aquí sin que sus acreedores le hagan prender. No, no: creed que no es insensible a mi desgracia.

Dicho esto se puso a escribir la carta, y cuando la hubo concluido, la presentó al doctor, diciéndole:

—Señor, hasta la hora de mi muerte, sois vos el dueño absoluto de mis sentimientos. Leed esta carta y si encontráis algo en ella que deba mudarse, decídmelo.

He aquí la carta, tal como la escribió:

«Ha llegado el momento en que voy a entregar mi alma a Dios, y he querido antes aseguraros de la amistad que os profeso, y que será toda vuestra hasta el último momento de mi vida. Os pido perdón por todo lo que he hecho contra vos. Muero con la muerte ignominiosa que me han reservado mis enemigos. Yo los perdono de todo corazón, y os ruego que los perdonéis también. Espero igualmente que me perdonaréis la infamia que va a recaer sobre vuestro apellido, pero pensad que es corto el tiempo que permanecemos en la tierra, y que dentro de poco, tal vez, tendréis que comparecer ante Dios a darle estrecha cuenta de todas vuestras acciones, hasta de las palabras ociosas, cual yo voy a hacerlo ahora. Cuidad de vuestros negocios temporales y de nuestros hijos, dándoles vos mismo el ejemplo: consultad para eso a madame Marillac y a madame Cousté.

»Haced rezar por mi alma tantas misas como os sea posible, y estad seguro de que muero enteramente vuestra.

»D'AUBRAY».

El doctor, después de haber leído atentamente esta carta, hizo observar a la marquesa la inoportunidad de una de las frases que contenía, la que se refería a sus enemigos.

—Señora —le dijo—, no tenéis otros enemigos que vuestros crímenes; aquéllos a quienes designáis bajo este nombre, son los que aprecian la memoria de vuestro padre y hermanos, y que por lo mismo deberíais estimar.

—Pero señor —respondió la marquesa—, ¿los que han precipitado mi muerte dejan acaso de ser mis enemigos? ¿Y no es un sentimiento cristiano perdonarles su persecución?

—Señora —replicó el doctor—, ellos no son enemigos vuestros. Vos sois el enemigo del género humano, y nadie lo es vuestro, porque no puede pensarse en vuestro crimen sin horror.

—Por eso, padre mío —dijo ella—, no conservo ningún resentimiento contra ellos, y quisiera ver en el paraíso a las personas que más contribuyeron a prenderme y a conducirme aquí.

—¿Qué queréis decir con eso, señora? —respondió el doctor—. Esto es lo que comúnmente suele decirse cuando se desea la muerte a alguien. Explicaos pues, os lo suplico.

—Dios me libre, padre mío, de entenderlo así —replicó la marquesa—. Dios les dé, al contrario, larga prosperidad en esta vida y dicha y gloria infinitas en la otra. Servios dictarme, pues, otra carta, y la escribiré como gustéis.

Después de escrita la nueva carta, la marquesa ya no quiso pensar en otra cosa más que en su confesión. Para ello, rogó al doctor que tomase la pluma, porque —le dijo—, he cometido tantos pecados y tantos crímenes que con una simple confesión verbal no estaría segura de la exactitud de la cuenta.

Entonces se arrodillaron ambos para implorar al *Espíritu Santo*, y después de haber rezado un *Veni Creator* y una *Salve Regina*, el doctor se levantó y se sentó enfrente de una mesa, mientras la marquesa arrodillada rezaba un *Confiteor* y empezaba su confesión.

El padre Chavigny, que era el que había acompañado por la mañana al doctor Pirot, se presentó a las nueve de la noche; y, aunque esta visita incomodó un tanto a la marquesa, le recibió ésta, sin embargo, con el semblante risueño.

—Padre mío —le dijo—, no esperaba veros tan tarde. Perdonad si os suplico que me dejéis todavía algunos instantes con el señor —el padre se retiró—. ¿A qué ha venido? —preguntó entonces la marquesa, volviéndose al doctor.

—Para que no estéis sola.

—¡Cómo!, ¿que vais a dejarme? —respondió la marquesa con un sentimiento que indicaba hasta terror.

—Haré lo que gustéis, señora —respondió el doctor—, pero si me permitieseis retirarme a mi casa por algunas horas, os lo agradecería; entre tanto el padre Chavigny os acompañará.

—¡Ah, señor! —exclamó ella—, así que os vais después de haberme prometido que no me dejaríais hasta el último instante. Esta mañana os he visto por primera vez, y desde luego habéis logrado más influencia en mi corazón que ninguno de mis antiguos amigos.

—Señora —respondió el doctor—, haré lo que queráis. Si os pedía un momento de reposo, era sólo para volver a emprender mañana con más vigor la misión de que estoy encargado, y prestaros un servicio mucho más eficaz de lo que pudiera en otro caso. Sin tomarme ningún descanso, todo cuanto pueda deciros será lánguido. Vos suponéis que mañana sobrevendrá vuestra muerte. Quizá aceitéis, en cuyo caso mañana ha de ser vuestro gran día, vuestro día decisivo, y vos y yo tendremos necesidad de todas nuestras fuerzas. Hace ya trece o catorce horas que estamos trabajando juntos para vuestra salvación. Mi complexión es bastante débil, y mucho me temo, señora, que si no me concedéis un poco de descanso, me falte mañana la fortaleza necesaria para asistirlos hasta el fin.

—Lo que acabáis de manifestarme, señor —dijo la marquesa—, me convence. En efecto, el día de mañana sera para mí mucho más importante que el de hoy, y ciertamente no soy razonable. Es preciso que descanséis esta noche. Concluyamos tan sólo este artículo y repasemos lo escrito.

Iba a retirarse el doctor, cuando trajeron la cena, y la marquesa no permitió que se fuera sin tomar un bocado. Mientras tanto, dijo ella al conserje que pidiese un coche y lo pusiese en su cuenta. En cuanto a ella, tomó un caldo y dos huevos. Un instante

después, volvió a entrar el conserje, diciendo que el coche estaba dispuesto, la marquesa se despidió entonces del doctor, haciéndole prometer que rogaría por ella, y que a las seis del día siguiente estaría en la consejería. El doctor le dio palabra de que así lo haría.

Al día siguiente, al entrar en la torre, encontró al padre Chavigny, que le había reemplazado durante la noche, junto a la marquesa, arrodillado con ella y rezando una oración. El sacerdote lloraba, pero la marquesa conservaba su entereza, y le recibió con un semblante igual al que tenía cuando la dejó. El padre Chavigny, tan pronto como vio al doctor, se retiró. La marquesa se encomendó a sus oraciones, y quiso hacerle prometer que volvería, aunque el padre no se comprometió a ello. La marquesa, dirigiéndose entonces al doctor, le dijo:

—Señor, veo que sois puntual y en verdad que no puedo quejarme de Vuestra puntualidad; pero, sabe Dios, cuánto os he echado de menos, y cuánto han tardado hoy en dar las seis.

—Pues aquí me tenéis, señora —respondió el doctor—. Pero, ante todo, decidme, ¿cómo habéis pasado la noche?

—He escrito tres cartas —respondió la marquesa—, que, aunque cortas, me han ocupado mucho tiempo: una para mi hermano, otra para la señora de Marillac, y la tercera para el señor Cousté. Habría deseado enseñároslas, pero el padre Chavigny se ha ofrecido a encargarse de ellas, y como las ha hallado corrientes, no me he atrevido a hablarle de mi escrúpulo. Después —continuó la marquesa—, hemos hablado un rato, y hemos orado. Luego, sintiéndome cansada, he pedido al padre que me permitiera echarme un poco sobre la cama. Así que he descansado dos horas largas sin sueño ni inquietud. Cuando he despertado, hemos rezado algunas oraciones que concluíamos cuando habéis entrado.

—Y bien, señora —dijo el doctor—, si os parece podremos continuarlas: arrodillaos y recemos el *Veni Sancte Spiritus*.

La marquesa obedeció al momento y rezó aquella oración con mucho fervor. Luego, acabada la oración, M. Pirot tomó la pluma y se preparó para continuar escribiendo la confesión. Pero antes, la marquesa le dijo:

—Señor, permitid que antes de proseguir os exponga una duda que me inquieta. Ayer me infundisteis grandes esperanzas en la misericordia de Dios; sin embargo, no tengo la presunción de creer que pueda salvarme sin permanecer antes muchísimo tiempo en el purgatorio: mi crimen es demasiado atroz para que pueda esperar su perdón sin esta condición. Y, aunque sintiese hacia Dios un amor infinitamente mayor del que puedo sentir, no podría aspirar a ser recibida en el Cielo sin pasar por el fuego que debe purificar mis manchas, y sin sufrir las penas merecidas por mis pecados. Pero he oído decir, señor, que la llama de aquel lugar donde las almas no arden sino por un tiempo determinado es en todo parecida a la del infierno, en donde los condenados deben arder por toda una eternidad. Decidme, pues, os suplico, de qué modo puede un alma que entra en el purgatorio en el mismo instante de la separación

de su cuerpo saber si el fuego que la devora sin consumirla acabará algún día, ya que el tormento que padece en nada se diferencia del de los condenados, y dado que las llamas que la queman son de la misma calidad que las del infierno. Quisiera, señor, que me explicaseis esto para no tener dudas en aquel terrible trance, y saber desde luego si debo esperar o desesperar.

—Habéis acertado, señora —respondió el doctor—: Dios es demasiado justo para añadir la pena de la duda a la que impone. En el instante en que el alma se separa del cuerpo se efectúa un juicio entre Dios y ella; oye la sentencia que la condena o la palabra que la absuelve; sabe si está en gracia o en pecado mortal; ve si Dios debe arrojarla al infierno para siempre jamás, o si la confina al purgatorio por un tiempo indeterminado. En el momento en que la cuchilla del verdugo os toque, oiréis, señora, esta sentencia, a menos que, ya enteramente purificada en esta vida por el fuego de la caridad, vayáis en el acto, sin pasar por el purgatorio, a recibir la recompensa de vuestro martirio entre los bienaventurados que rodean el trono del Altísimo.

—Es tal, señor, la fe que tengo en vuestras palabras, que ya me parece estar oyendo todo esto: quedo satisfecha.

El doctor y la marquesa volvieron entonces a emprender la confesión que interrumpieran la víspera. La marquesa durante la noche había traído a la memoria algunos artículos que hizo añadir a los anteriores, y continuaron así, deteniéndose el doctor cuando los pecados eran muy grandes para hacerle decir un acto de contrición.

Al cabo de hora y media vinieron a decirle que bajase, porque el escribano de cámara la esperaba para leerle la sentencia. Recibió esta noticia con mucha calma, permaneciendo arrodillada como estaba. Se limitó a volver la cabeza para decir, sin alteración alguna en su voz:

—Al momento. Permitidme una palabra con el señor, y luego estoy a vuestras órdenes.

Continuó, efectivamente, dictando al doctor el fin de su confesión con suma tranquilidad, y cuando creyó haber acabado, le suplicó que la acompañase a rezar una breve oración, para que Dios le concediese delante de los jueces, a quienes había escandalizado, un arrepentimiento igual a su pasada osadía. Cuando hubieron concluido, cogió su velo y un libro de oraciones que el padre Chavigny le había dejado, y siguió al conserje, que la condujo hasta el cuarto del tormento, donde se le debía leer la sentencia.

Se empezó por el interrogatorio acostumbrado, que duró cinco horas, y en el cual dijo la marquesa todo cuanto había prometido decir, negando que tuviese cómplices y afirmando que desconocía tanto la composición de los venenos que administraba como su antídoto. Concluido el interrogatorio, viendo los jueces que no podrían sacar otra cosa, indicaron al escribano que leyese la sentencia. Ella la escuchó en pie. Estaba concebida en estos términos:

«Visto por el tribunal, salas primeras de Alcaldes, etc., a consecuencia de la sentencia requerida por dicha d'Aubray de Brinvilliers, el parecer del fiscal de S. M.,

interrogada la susodicha d'Aubray sobre los casos que resultan del proceso, el tribunal ha declarado y declara a la mencionada d'Aubray de Brinvilliers confesa y convicta de haber envenenado a su padre el señor Dreux d'Aubray, y hecho envenenar a sus hermanos los señores d'Aubray, lugarteniente civil el primero, y consejero en el Parlamento el segundo, y atentado contra la vida de su hermana Teresa d'Aubray; en reparación de lo cual ha condenado y condena a la antedicha d'Aubray de Brinvilliers a dar una pública satisfacción delante de la puerta principal de la iglesia de París, donde será conducida en un carretón, con los pies descalzos, una soga al cuello y sosteniendo en sus manos un hacha encendida de dos libras de peso, y allí, arrodillada, dirá y declarará que ha envenenado a su padre, hecho envenenar a sus dos hermanos y maquinado contra la vida de su hermana, por maldad, por venganza y para apoderarse de sus bienes, de lo cual debe decir que se arrepiente, pidiendo perdón a Dios, al Rey, y a la Justicia. Y hecho esto, será llevada y conducida en el mencionado carretón a la plaza de la Greve de esta ciudad, para ser allí decapitada sobre un cadalso, que se erigirá al efecto en dicha plaza. Su cuerpo será quemado y aventadas sus cenizas. Previamente se le aplicará el tormento ordinario y extraordinario para que revele sus cómplices. Por otra parte, la declara privada de las sucesiones de los dichos su padre, hermanos y hermana, desde el día en que los dichos crímenes fueron por ella cometidos, y además confiscados todos sus bienes adquiridos a favor de quien corresponda en justicia, después de haberse satisfecho de sus dichos bienes y demás no comprendidos en la confiscación, una multa de cuatro mil libras para el rey; cuatrocientas libras para decir misas en sufragio de las almas de los referidos padre y hermanos, en la capilla de la consejería; diez mil libras de indemnización a la señora Mangot, y las costas del proceso, incluyendo las causadas por el del susodicho Amelin, llamado Lachaussee.

»Dado en el Parlamento a 16 de julio de 1676«.

La marquesa escuchó su sentencia hasta el fin sin manifestar pavor ni debilidad.

—Caballero —dijo dirigiéndose al escribano de cámara—, tened la bondad de volver a leer la sentencia. El carretón, que ciertamente no esperaba, me ha sorprendido de tal suerte que no he oído nada de lo demás.

El escribano volvió a leer la sentencia, y como desde aquel instante la marquesa pertenecía al ejecutor, se presentó éste. Reconociólo la marquesa al ver que traía una cuerda en las manos, y le alargó al momento las suyas, mirándole impasible de pies a cabeza sin decir una palabra. Entonces se retiraron los jueces unos tras otros y se trajeron los diferentes aparatos del tormento. La marquesa paseó la vista sin alterarse sobre aquellos caballetes y aquellas terribles argollas que habían dislocado tantos miembros y arrancado tantos gritos, y divisando los tres cubos de agua preparada para ella, se dirigió al escribano, porque no quería hablar con el verdugo, diciéndole con una sonrisa:

—¿Para qué tanta agua, caballero, pretendéis ahogarme? Porque a la vista de mi estatura no es probable que pueda engullirla toda.

El verdugo, sin responderle, empezó por quitarle su chal y sucesivamente las demás piezas del vestido, hasta desnudarla enteramente. Luego la condujo junto a la pared y la hizo sentar en el caballete del tormento ordinario, que tenía poco más de medio metro de alto.

Allí preguntaron de nuevo a la marquesa por el nombre de sus cómplices, cuál era la composición del veneno y cuál el antídoto para combatirlo, pero respondió lo mismo que al doctor Pirtos, añadiendo solamente:

—Si no me creéis bajo mi palabra, mi cuerpo está en vuestras manos y podéis torturarlo.

Con esta respuesta, el escribano hizo seña al verdugo para que prosiguiera con su cometido.

Éste empezó por atar los pies de la marquesa a dos anillos colocados enfrente de ella, el uno junto al otro, fijados en el suelo. Luego, echándole el cuerpo hacia atrás, le ató ambas manos a dos fuertes anillos fijados en la pared, que distaban un metro aproximadamente. De este modo, la cabeza se hallaba a la misma altura que los pies, mientras que el cuerpo, sostenido por un caballete, describía una media curva, como si estuviese echado sobre una rueda. Para aumentar más la tirantez de los miembros, el verdugo dio dos vueltas a un manubrio que obligó a los pies, que estaban como a treinta centímetros de los anillos, a aproximarse hasta la mitad.

Aquí también abandonaremos nuestra relación para reproducir el proceso verbal.

«Colocada sobre el caballete, y durante el estrujón, ha dicho muchas veces:

»—¡Oh, Dios mío, me matáis! Pero he dicho la verdad.

»Se le ha echado agua, se la ha agitado y removido, y ha dicho estas palabras:

»—¡Me matáis!

»Amonestada entonces para declarar a sus cómplices, ha dicho que sólo un hombre le había pedido, hacía unos diez años, un veneno para deshacerse de su mujer, pero que aquel hombre había muerto.

»Se le ha echado agua, se ha meneado y removido un poco, pero no ha querido hablar.

»Se le ha echado agua, se ha meneado un poco y tampoco ha querido hablar.

»Amonestada de nuevo, diciéndole que si no tenía cómplices, por qué había escrito desde la consejería a Penautier, instándole a que hiciese por ella todo cuanto pudiese, atendido a que en este negocio los intereses de ambos eran comunes:

»Ha dicho que nunca había sabido que Penautier estuviese en inteligencia con Saint Croix para sus venenos; y que si decía lo contrario mentiría a su conciencia. Pero que como en la arquilla de Saint Croix se había encontrado un billete dirigido a Penautier, a quien ella había visto frecuentemente con Saint Croix, creyó que la amistad que reinaba entre ambos podía extenderse hasta el comercio de venenos; que, en esta duda, se había arriesgado a escribirle como si fuera cierto, persuadida de que este paso en nada podría perjudicarle; porque, o Penautier era cómplice de Saint Croix, o no lo era: si lo primero, debía creer que ella podía comprometerle, y por

consiguiente haría todo lo imaginable para librarla de manos de la justicia; y si lo segundo, su carta no sería más que una carta perdida.

»Se le ha echado agua otra vez, se le ha meneado y removido mucho, pero ha repetido que sobre este punto nada más podía añadir a lo que ya había dicho, porque si otra cosa decía, cargaría su conciencia».

Concluido el tormento ordinario, la marquesa había ya engullido la mitad de aquella agua que le pareciera suficiente para ahogarla. El verdugo descanso para proceder al tormento extraordinario. En consecuencia, sustituyó el caballete sobre el cual estaba tendida por otro de un metro, que hizo pasar por debajo de los riñones, dando al cuerpo mayor combadura. Y como esta operación se hizo sin aflojar la cuerda, los miembros tuvieron que dilatarse de nuevo, y las ataduras, estrechándose alrededor de las muñecas y de los tobillos, penetraron en las carnes hasta el punto de hacer manar la sangre. El tormento, que había sido interrumpido por las preguntas del escribano y las respuestas de la paciente, volvió a empezar. Y en cuanto a sus gritos, parecía que ni los oían siquiera.

«Puesta sobre el gran caballete, y durante el estirón, ha dicho muchas veces:

»—¡Oh, Dios mío!, ¡me desmembráis! ¡Perdón, Señor! ¡Tened compasión de mí!

»Requerida si tenía otra cosa que decir sobre sus cómplices:

»Ha contestado que podían matarla, pero que no diría una mentira, que sería la perdición de su alma.

»Por lo cual se le ha echado agua, se le ha meneado y se ha doblado un poco, pero no ha querido hablar.

»Amonestada para que revelase la composición de sus venenos y el antídoto que les era propio:

»Ha dicho que ignoraba las sustancias de que se formaban; que sólo se acordaba de que entraban sapos en su composición; que Saint Croix nunca le había revelado el secreto, aunque opinaba que el boticario Glazer, y no Saint Croix, era quien los preparaba; que se acordaba de que algunos de ellos no eran otra cosa que arsénico enrarecido; que en cuanto al contraveneno, no conocía otro que la leche; que Saint Croix le había dicho que con tal que se hubiese bebido de ella por la mañana, y se tomase una taza a los primeros síntomas que se experimentasen, nada había que temer.

»Requerida a que dijese si tenía alguna cosa que añadir:

»Ha dicho que había confesado todo cuanto sabía, que ahora podían matarla, pero que ya no diría nada más.

»Por lo que se le ha echado agua, se la ha agitado un poco y ha dicho que se moría, pero no ha querido hablar.

»Se le ha echado agua y se le ha meneado y removido, mas inútilmente.

»Al echarle otra vez, agua, sin tocarla ni removerla, ha exclamado:

»—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Soy muerta!

»Pero no ha querido hablar más.

»Por lo cual, dejando de atormentarla, se la ha desatado, bajado y conducido cerca del luego, del modo acostumbrado».

Junto a aquel fuego, que ardía en la chimenea del conserje, y tendida sobre el colchón del tormento, fue como la volvió a encontrar el doctor, quien no sintiéndose con bastantes fuerzas para presenciar semejante espectáculo, le había pedido el permiso de dejarla para decir en su auxilio una misa, a fin de que Dios le concediese paciencia y fortaleza.

Ya se ha visto que el digno sacerdote no había orado en vano.

—¡Ah!, señor —le dijo la marquesa apenas le vio», hace mucho tiempo que deseaba volveros a ver para consolarme con vos. ¡Qué largo y doloroso ha sido el tormento! Pero es la última vez que he de tratar con los hombres, y ahora ya sólo debo ocuparme de Dios. Mirad mis manos, señor, mirad mis pies, ¿no es verdad que están desgarrados y magullados, y que el verdugo me ha herido en los mismos lugares del cuerpo en donde lo fue Jesucristo?

—De este modo, señora —respondió el sacerdote—, estos dolores son en este momento una felicidad para vos: cada tormento es un grado que os aproxima al cielo. Así, pues, es menester, como vos decís, no ocuparos sino de Dios; es preciso dirigirle todos vuestros pensamientos y todas vuestras esperanzas. Debéis pedirle, como el rey penitente, que os conceda un lugar en el cielo entre sus elegidos; y como nada impuro puede penetrar allí, trabajemos, señora, para quitar de vos todas las manchas que pudieran impedir os la entrada.

Entonces la marquesa se levantó ayudada del doctor, pues apenas podía sostenerse, y se adelantó bamboleando entre él y el verdugo, pues este último, que se había apoderado de ella luego de haberle leído la sentencia, ya no debía dejarla hasta después de ajusticiada. Entraron los tres en la capilla, y penetrando en el recinto del coro, el doctor y la marquesa se arrodillaron para adorar al Santo Sacramento. En aquel instante, algunas personas curiosas se presentaron en la nave de la capilla, y como distrajeran a la marquesa, el verdugo cerró la reja del coro e hizo pasar a la penitente detrás del altar. Allí se sentó en una silla, y el doctor se sentó en un banco situado al lado opuesto, enfrente de ella. Sólo entonces fue cuando, al mirarla a la luz de la ventana de la capilla, notó el cambio que se había efectuado en ella. Su semblante, que regularmente era pálido, estaba inflamado, sus ojos ardientes y calenturientos, y todo su cuerpo tiritaba con inusitados estremecimientos. El doctor quiso decirle algunas palabras para consolarla, pero ella, sin escucharle:

—¿Sabéis, señor —le dijo— que mi sentencia es muy ignominioso e infamante? ¿Sabéis que hay fuego en ella?

El doctor no le contestó; pero, ocurriéndole que tendría necesidad de tomar algo, dijo al verdugo que trajera un poco de vino. En breve se presentó el carcelero con una taza en la mano. El doctor la ofreció a la marquesa, que humedeció en ella sus labios y se la devolvió al instante. Luego, advirtiendo que tenía el seno descubierto, tomó su pañuelo para cubrirse y pidió al carcelero un alfiler para

prenderlo. Como éste tardase en dárselo, mirando si lo tenía, creyó ella que quizá temiera que se lo pedía para tragárselo. Moviendo la cabeza con una triste sonrisa, dijo:

—¡Ah!, nada tenéis que temer ahora, y aquí está el señor que os saldrá garante de que no quiero hacerme ningún daño.

—Señora —le dijo el carcelero entregándole lo que pedía—, perdonadme si os he hecho aguardar. No ha sido porque desconfiase de vos, os lo juro. Entonces, arrodillándose delante de ella, le pidió que le diera su mano a besar. Ella se la dio al momento, diciéndole que rogase a Dios por ella.

—¡Oh!, sí —exclamó él sollozando—, lo haré con todo mi corazón.

Entonces ella se prendió el alfiler del mejor modo que pudo, teniendo las manos atadas. Cuando se hubo retirado el carcelero, y encontrándose sola con el doctor, le dijo por segunda vez:

—¿No lo habéis oído, doctor? Os he dicho que había fuego en mi sentencia. ¡Fuego!... ¿Lo comprendéis? Y aunque en ella se dice que mi cuerpo no será quemado sino después de mi muerte, siempre será una gran infamia para mi memoria. Me evitan el dolor de ser quemada viva, y me salvan así, tal vez, de una muerte desesperada; pero siempre queda la afrenta, y en la afrenta es en lo que pienso.

—Señora —le dijo el doctor—, a vos os debe ser indiferente que vuestro cuerpo sea arrojado al fuego y reducido a cenizas, o puesto en la tierra y devorado por los gusanos; que lo arrastren y lo arrojen en un muladar, o que lo embalsamen con los perfumes del Oriente, y que lo depongan en un rico sepulcro. De cualquier modo que acaba, resucitará el día señalado, y si está destinado para ir al cielo, saldrá de sus cenizas más glorioso que muchos regios cadáveres que duermen en este momento en féretros dorados. Las exequias son para los que sobreviven, señora, y no para los que mueren.

En este momento se oyó algún rumor en la puerta del coro. El doctor fue a ver lo que era, y vio que un hombre pugnaba por entrar, luchando casi con el verdugo. Se acercó entonces, y preguntó qué sucedía: era un sillero a quien la señora de Brinvilliers había comprado un coche antes de su partida de Francia y le había pagado una gran parte, quedándole a deber unas mil doscientas libras. Traía el vale que la marquesa le había firmado, y en el cual estaban fielmente anotadas las diferentes partidas que de ella había recibido a cuenta. Entonces la marquesa, no sabiendo lo que pasaba, llamó; el doctor y el verdugo acudieron al punto.

—¿Vienen ya a buscarme? —les dijo—, no me hallo todavía bastante preparada; pero no importa, estoy dispuesta.

El doctor la tranquilizó y le refirió lo que sucedía.

—Tiene razón ese hombre —respondió ella—. Decidle —continuó, dirigiéndose al verdugo—, que daré mis órdenes en cuanto pueda para que sea satisfecho.

Luego viendo que el verdugo se alejaba:

—Señor —dijo al doctor—, ¿ha llegado ya la hora de marchar? Mucho favor me

harían en darme un poco más de tiempo. Porque si bien estoy dispuesta, como os decía, no estoy del todo preparada. Perdonadme, padre mío —añadió—, pero este tormento y esta sentencia me han trastornado enteramente: ese fuego brilla siempre ante mis ojos como el del infierno. Mucho mejor habría sido para mi salvación que durante todo este tiempo me hubiesen dejado sola con vos.

—Señora —respondió el doctor—, probablemente tendréis tiempo, a Dios gracias, hasta la noche para recobraros y pensar en lo que falta por hacer.

—¡Oh! no creáis esto, señor —dijo ella con una sonrisa—; no tendrán tantas consideraciones con una infeliz condenada al fuego; no depende eso de nosotros. Cuanto todo esté dispuesto, vendrán a avisarnos que ya es hora, y tendremos que marchar.

—Puedo responderos, señora —replicó el doctor—, que se os concederá el tiempo necesario.

—No, no —dijo ella con un acento comprimido y febril—, no quiero que me esperen; cuando el carretón esté en la puerta, bastará indicármelo, y bajaré.

—Señora —respondió el doctor—, yo no os detendría si os viese bastante dispuesta a comparecer ante Dios, porque en vuestra situación es un acto de piedad no pedir tiempo y partir cuando llegue la hora. Pero no están todos tan bien preparados que puedan hacer como Jesucristo, que dejó su oración y despertó a sus apóstoles para salir del jardín y marchar al encuentro de sus enemigos. Vos estáis débil en este momento, y aunque viniesen a buscaros, yo me opondría a vuestra partida.

—Tranquilizaos, señora, el momento no ha llenado todavía —dijo el verdugo, sacando la cabeza junto al altar, que había oído la conversación y, creyendo su testimonio irrecusable, quería, en cuanto pudiese, infundir ánimo a la marquesa—. No corre prisa, y todavía os quedan de dos a tres horas.

Esta seguridad sosegó un poco a la marquesa de Brinvilliers. Después de dar las gracias al verdugo, se volvió al doctor, diciéndole:

—Aquí tengo, doctor, un rosario que no quisiera que cayese en manos de ese hombre. No porque crea que no puede hacer buen uso de él, pues a pesar del oficio que ejercen creo que esas gentes son cristianas como nosotros, ¿no es verdad? Pero no importa, preferiría dejarlo a otro cualquiera.

—Señora —respondió el doctor—, decidme a quién deseáis que lo entregue.

—No tengo, ¡ay de mí!, a nadie más que una hermana a quien pueda dejarlo. Pero temo que al acordarse del crimen que medité contra ella, se horrorice de tocar cuanto me haya pertenecido. Con todo, si esto no la incomodase, sería para mí un gran consuelo la idea de que lo llevara después de mi muerte, y que su vista le recordara que debe rogar por mí... Pero después de lo que ha pasado entre nosotras, este rosario no será para ella sino el emblema de una memoria odiosa. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuan criminal soy! ¿Os dignaréis perdonarme?

—Creo que os engañáis, señora —respondió el doctor—, en lo tocante a la

señorita d'Aubray: ya habéis podido conocer por la carta que os ha escrito cuáles son sus sentimientos respecto a vos. Rezad pues con este rosario hasta vuestra última hora. Rezad sin descanso y sin distraeros, como conviene a una criminal que se arrepiente, y os respondo, señora, que el rosario lo entregaré yo mismo, y que será bien recibido.

Y la marquesa, que después del interrogatorio había estado constantemente distraída, se puso de nuevo, gracias a la paciente caridad del doctor, a rezar con tanto fervor como antes.

Estuvo rezando hasta las siete, y en ese preciso momento vino el verdugo y se puso delante sin decir nada. Ella comprendió que había llegado la hora, y asiendo del brazo al doctor:

—Un momento todavía —dijo—, un instante os suplico.

—Señora —respondió el doctor, levantándose—, vamos a adorar la divina sangre en el sacramento, y a rogarle que os purifique de todo lo que sea mancha y pecado, y así conseguiréis el plazo que deseáis.

El verdugo le apretó entonces las cuerdas de las manos que antes había dejado flojas y casi fluctuantes, y ella fue con paso firme a arrodillarse delante del altar entre el capellán de la consejería y el doctor. El capellán, vestido con un sobrepelliz, entonó en alta voz el *Veni Creator*, el *Salve Regina* y *Tantum ergo*. Concluidas estas preces le dio la bendición del Santísimo Sacramento, que recibió de rodillas y con el rostro pegado en el suelo. Después, salió de la capilla, apoyada del lado izquierdo por el doctor y del derecho por el criado del verdugo. En esta salida fue cuando experimentó su primera confusión. Diez o doce personas la aguardaban; y como se encontró de repente frente de ellas, dio un paso atrás, y con las manos atadas procuró taparse la cara con la toca que le cubría la cabeza, y lo consiguió en parte. En seguida pasó por un portillo que se cerró detrás de ella, de manera que se encontró sola entre dos rejillas, con el doctor y el criado del verdugo. Entonces, de resultas de la violencia que había tenido que hacer para taparse la cara, se desenhebró el rosario, y algunas cuentas rodaron por el suelo. Sin embargo, continuó adelantándose sin prestar atención; pero el doctor la detuvo y se puso a recoger las cuentas con el criado del verdugo, quien reuniéndolas en su mano, las puso en las de la marquesa, la cual le dio las gracias con humildad por su atención:

—Señor —le dijo—, ya sé que nada poseo en este mundo, que cuanto traigo encima os pertenece, y que nada puedo dar sin vuestro permiso, pero os suplico que no toméis a mal que antes de morir dé este rosario al señor: no perderéis mucho en ello, porque es de poco valor y sólo se lo doy para que lo ponga en manos de mi hermana. Permitidme, pues, os suplico, que así lo haga.

—Señora —respondió el criado—, aunque los vestidos de los sentenciados nos pertenecen de costumbre, sois dueña de disponer de cuanto lleváis, y aun cuando este rosario fuese de más valor, podríais hacer de él lo que gustaseis.

El doctor, que le daba el brazo, sintió que se estremecía al oír esta fuerza de parte

del criado del verdugo, la cual, teniendo en cuenta el carácter altanero de la marquesa, temía que fuera para ella la cosa más humillante que se pueda imaginar; pero, con todo, este sentimiento, si lo experimentó, fue interior, y su semblante nada reveló. En ese momento se encontró en el vestíbulo de la consejería, entre el patio y el primer portillo, en donde la hicieron sentar para ponerla en el estado en que debía presentarse para la pública satisfacción.

Como a cada paso que daba se acercaba al cadalso, cada acontecimiento le causaba la más viva inquietud. Volvióse con angustia, y vio al verdugo con una camisa en la mano, en aquel momento se abrió la puerta del vestíbulo, y entraron en él como cincuenta personas, entre las cuales estaban la señora condesa de Soissons, la señora del Refugio, la señorita de Sandery, M. de Roquelaure y el señor abate de Chimay. Al verlos, la marquesa se puso colorada de vergüenza, e inclinándose hacia el doctor:

—Señor —le dijo—, ¿este hombre va a desnudarme por segunda vez, como lo hizo en el cuarto del tormento? Todos estos preparativos son harto crueles, y a pesar mío me desvían de Dios.

Oyóla el verdugo, y aunque había hablado muy bajo, la tranquilizó, diciéndole que nada le quitarían, y que le pondrían la camisa sobre sus vestidos. Entonces se acercó a ella, y como él estaba a un lado y su criado en el otro, la marquesa, que no podía hablar con el doctor, le expresaba con sus miradas cuan profundamente sentía toda la ignominia de su situación. En seguida, cuando el verdugo le puso la camisa, en cuya operación tuvo que desatarle las manos, le levantó su tocado, que ella había hecho caer, como ya hemos dicho, se lo anudó al cuello, le ató nuevamente las manos, y le pasó una cuerda por la cintura y una soga alrededor del cuello. Luego arrodillándose delante de ella, le quitó los chapines y las medias. Entonces, alargando las manos hacia el doctor:

—¡Oh, señor! —exclamó—, ya veis como soy tratada. ¡Por Dios, acercaos y consoladme!

El doctor se le reunió al punto, y probó a alentarla, sosteniéndole la cabeza sobre su pecho.

—¡Oh, señor! —dijo ella, echando una mirada sobre toda aquella gente que la devoraba con los ojos—, ¿no es demasiado bárbara y extraña esta curiosidad?

—Señora —le respondió el doctor, con lágrimas en los ojos—, no atribuyáis el conato de estas gentes por el lado de la barbarie y de la curiosidad, aunque tal vez sea su lado verdadero: tomadlo más bien como una afrenta que Dios os envía en expiación de vuestros crímenes. Dios, siendo inocente, tuvo que pasar por oprobios mucho mayores, y sin embargo los sufrió con alegría, porque, como dice Tertuliano, «fue una víctima que se engordó en el deleite de los dolores».

Apenas el doctor hubo concluido estas palabras, el verdugo puso el hacha encendida en manos de la marquesa, para que la llevase hasta Notre Dame, en donde tenía que dar la pública satisfacción. Como era muy pesada, el doctor la sostuvo con

la mano derecha, mientras el escribano le leía la Sentencia por segunda vez, y el doctor hacía cuanto podía para que no la oyese, hablándole de Dios sin cesar. Sin embargo, se puso tan sumamente pálida cuando el escribano le volvió a leer estas palabras: «Hecho esto será llevada y conducida en un carretón, con los pies descalzos, una soga al cuello, y llevando en sus manos un hacha encendida de dos libras de peso», que el doctor no pudo dudar de que las había oído, no obstante sus esfuerzos. Mucho peor fue todavía cuando llegó al umbral del vestíbulo y vio el gran tropel de gente que la esperaba en el patio. Entonces se paró de improviso con el rostro convulsivo, apoyándose en sí misma, como si hubiese querido hundir sus pies en la tierra:

—Señor —dijo al doctor con un acento fiero y lamentable a la vez—; señor, ¿sería posible que después de lo que está pasando, el marqués de Brinvilliers tuviese la cobardía de quedar en este mundo?

—Señora —respondió el doctor—, cuando Nuestro Señor tuvo que dejar a sus apóstoles, no rogó a Dios que los quitase de la tierra, sino que los preservase de caer en el vicio. «Padre mío, dijo, no os pido que los quitéis del mundo, sino que los preservéis de mal»; por consiguiente, señora, si queréis pedir alguna cosa a Dios para el marqués de Brinvilliers, sea tan solo para que lo mantenga en su gracia, si está en ella, o se la conceda en caso contrario.

Pero estas palabras eran inútiles. En aquel instante la infamia era demasiado pública: arrugóse su rostro, frunciéronsele las cejas, echó llamas por los ojos, torciósele la boca, todo su ademán era terrible, y el demonio apareció un instante bajo la cubierta que lo envolvía. Durante este paroxismo, que duró como un cuarto de hora, fue cuando Lebrun, que estaba junto a ella, se impresionó de su fisonomía, conservando de ella un recuerdo tal, que la noche siguiente, no pudiendo dormir y teniendo sin cesar aquella figura ante los ojos, hizo el bello dibujo que está en el Louvre, y en frente de este dibujo, una cabeza de tigre, para manifestar que los lineamientos principales eran idénticos.

Este retraso en la marcha había sido ocasionado por la extraordinaria multitud que ocupaba el patio, y que no abrió paso hasta que se presentaron los alguaciles a caballo para despejar. Entonces pudo salir la marquesa, y para que su vista no se extraviase más en aquel gentío, el doctor le puso un crucifijo en las manos, mandándole que no apartase los ojos de él. Esto fue lo que hizo hasta llegar a la puerta de la calle, en donde le aguardaba el carretón. Y allí se vio precisada a poner los ojos en el objeto infame que tenía delante.

Este carretón era cabalmente uno de los más pequeños que pueden verse, sin asiento, con un poco de puja echada en el fondo, y conservando todavía los rastros del lodo y de las piedras que había transportado. Y el pésimo rocín de que iba tirado, completaba maravillosamente la ignominia de aquel equipaje.

El verdugo la hizo subir primero, lo cual ella ejecutó con bastante fuerza y rapidez, como para huir de las miradas de los que la rodeaban, y se acurrucó, como

un animal montés, en el ángulo izquierdo, sentada sobre la paja y vuelta hacia atrás. El doctor subió en seguida y se sentó junto a ella en el ángulo derecho; luego subió el verdugo, cerró la tabla de detrás y se sentó encima, entrelazando sus piernas con las del doctor. En cuanto al criado, que estaba encargado de guiar el caballo, se sentó en el travesaño de delante, dando la espalda a la marquesa y al doctor, con los pies separados y apoyados en las dos varas. En esta posición, que explica por qué madame de Sevigné, que estaba sobre el puente de Notre Dame con la Buena Descars, no vio más que un gorro, fue como la marquesa emprendió la marcha para Notre Dame.

No bien hubo dado la comitiva algunos pasos, cuando el semblante de la marquesa, que había recobrado un poco de tranquilidad, se trastornó de nuevo; sus ojos, que estaban constantemente fijos en el crucifijo, lanzaban fuera del carretón miradas de fuego, y pronto volvieron a tomar un carácter de turbación y extravío que espantó al doctor, quien, reconociendo que algo le habría impresionado, y queriendo mantener la calma en su espíritu, le preguntó qué había visto.

—Nada, señor, nada —respondió ella con viveza y volviendo sus miradas hacia al doctor—, no es nada.

—Pero señora —le dijo él—, os desmienten vuestros ojos, pues se ve en ellos desde hace un momento un fuego muy distinto del de la caridad, que sólo la vista de algún objeto molesto puede haberlo causado. ¿Cuál puede ser? Hacedme el favor de decírmelo, porque me habéis prometido que me advertiríais de cualquier tentación que os viniese.

—Así lo haré, señor —respondió la marquesa—, pero esto no es nada.

Y luego, dirigiendo de repente la vista al verdugo, que, como hemos dicho, estaba enfrente del doctor:

—Señor —le dijo con precipitación—, señor, colocaos delante de mí, os suplico, y tapadme a aquel hombre.

Y ella extendió sus dos manos atadas hacia un hombre a caballo que seguía el carretón, empujando con aquel movimiento el hacha, que el doctor sostuvo, y el crucifijo, que cayó en el suelo. El verdugo, después de mirar en tomo a sí, se puso de lado, como ella lo había pedido, haciéndole señal de inteligencia con la cabeza, y murmurando en voz baja:

—Sí, sí, ya sé lo que es.

Y como el doctor insistiese:

—Señor —le dijo ella—, no es nada que merezca contarse. Ciertamente es una debilidad mía que no pueda ahora soportar la vista de una persona que me ha maltratado. Ese hombre que habéis visto tocar casi con el carretón, es Desgrais, quien me arresto en Lieja. Y tanto me maltrato durante todo el camino que no he podido, al verle, dominar el sentimiento que habéis advertido.

—Señora —respondió el doctor—, he oído hablar de él, y vos misma me lo habéis citado alguna vez en vuestra confesión, pero considerad que este hombre fue enviado con órdenes severas para prenderos y responder de vos, y, por consiguiente,

tenía razón de vigilarlos de cerca y de velar con rigor. Aun cuando hubiese empleado más severidad, no habría hecho sino cumplir con su deber. Jesucristo, señora, debía considerar a sus verdugos como ministros de iniquidad que servían a la injusticia, y que además se excedían en crueldad a las órdenes que recibieran, y no obstante sufrió su presencia con mansedumbre y alegría durante todo el camino, y rogó por ellos al morir.

Entonces se suscitó en el ánimo de la marquesa un recio combate, que se reflejó en su rostro, pero que no duró más que un instante, volviendo luego a tomar su semblante un aspecto tranquilo y sereno. Después, dijo:

—Ciertamente, señor, me daña mucho esa susceptibilidad: pido por ello perdón a Dios, y os ruego que os acordéis de ello en el cadalso, cuando me deis la absolución, según me lo habéis prometido, para recibirla así sobre esto como sobre todo lo demás.

Luego, volviéndose al verdugo:

—Amigo —continuó—, ocupad otra vez vuestro puesto y dejad que vea a Desgrais.

El verdugo titubeó en obedecer, pero a una señal que le hizo el doctor, volvió a colocarse como antes. La marquesa fijó la vista durante algunos segundos en Desgrais con sosegado ademán, rezando en voz baja una plegaria por él; y volviendo en seguida los ojos al crucifijo, púsose de nuevo a orar por sí misma: esto sucedió delante de la iglesia de Santa Genoveva de los Ardenes.

Entretanto el carretón, aunque con mucha lentitud, continuaba siempre avanzando, y acabó por entrar en la plaza de Notre Dame. Los alguaciles apartaron entonces al gentío que la llenaba, y el carretón avanzó hasta las escaleras, donde se detuvo. Allí bajó el verdugo, quitó la tabla de detrás, cogió en sus brazos a la marquesa y la puso en el suelo. El doctor bajó tras ella, con los pies entumecidos por la posición forzada en que se había mantenido desde la consejería, subió los escalones de la iglesia, y fue a colocarse a la espalda de la marquesa, que estaba de pie en el atrio delante de la puerta, teniendo un escribano a su derecha y el verdugo a la izquierda; y detrás de ella un inmenso gentío que ocupaba la iglesia, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Después de haberla hecho arrodillar, le entregaron el hacha encendida, que hasta entonces el doctor había llevado casi siempre, y el escribano leyó la pública satisfacción, que llevaba escrita en un papel, y que ella empezó a repetir, pero tan quedo que el verdugo tuvo que decirle en alta voz:

—Repetid lo que os dice el señor, repetidlo todo. ¡Más alto! ¡Más alto!

Entonces, levantando la voz, con no menos entereza que contrición, repitió la declaración siguiente:

«Confieso que por maldad y por venganza envenené a mi padre y he hecho envenenar a mis hermanos, y atentado a la vida de mi hermana para apoderarme de sus bienes, de lo cual pido perdón a Dios, al Rey y a la Justicia».

Concluida la pública satisfacción, el verdugo volvió a tomarla en sus brazos y la

transportó al carretón, dejado ya el hacha. El doctor subió después de ella, y cada uno volvió a ocupar el puesto de antes. El carretón prosiguió su camino hacia la Greve: desde ese momento hasta que llegó al cadalso, no apartó jamás la vista del crucifijo que el doctor sostenía con la mano izquierda y que le presentaba incesantemente, exhortándola siempre con piadosas palabras, y probando si podía distraerla de los terribles murmullos que se oían alrededor del carretón, y entre los cuales se distinguían fácilmente no pocas imprecaciones.

Al llegar a la plaza de la Greve, se detuvo el carretón a alguna distancia del cadalso. Entonces el escribano, que se llamaba Drouet, se adelantó a caballo, y dirigiéndose a la marquesa:

—Señora —le dijo—, ¿no tenéis nada más que añadir o que no hayáis manifestado? Porque si tenéis alguna declaración que hacer, los señores comisarios están reunidos en las casas consistoriales dispuestos a recibirla.

—Ya lo oís, señora —dijo entonces el doctor—, estamos en el término del viaje, y, gracias a Dios, no os han abandonado las fuerzas en el camino: no perdáis el fruto de todo lo que ya habéis sufrido y de todo cuanto os queda todavía que sufrir, callando lo que sabéis, si acaso sabéis más de lo que habéis manifestado.

—He dicho cuanto sabía —respondió la marquesa—, y nada más puedo añadir.

—Repetidlo, pues, en alta voz —replicó el doctor—, y haced que todo el mundo lo oiga.

Entonces, la marquesa, levantando la voz tanto como pudo, repitió:

—He dicho cuanto sabía, señor, y nada más puedo añadir.

Concluida esta declaración, el carretón se aproximó al cadalso. Pero la muchedumbre estaba tan apiñada que el criado del verdugo no podía abrirse paso, a pesar de los latigazos que distribuía, y fue preciso detenerse a alguna distancia. En cuanto al verdugo, había ya bajado y estaba acomodando la escalera.

Durante aquel momento de horrible expectación, la marquesa miraba al doctor con aire tranquilo y agradecido, y como se apercibiese de que el carretón se detenía:

—Señor —le dijo—, no es aquí donde debemos separarnos, pues me habéis dado palabra de no dejarme hasta que todo haya concluido: espero que me la cumpliréis.

—Sí —respondió el doctor—, os la cumpliré, señora, y sólo el instante de vuestra muerte será el de nuestra separación: tranquilizaos, pues no os abandonaré.

—Así lo esperaba —respondió la marquesa—, porque vuestra promesa era harto solemne para que ni remotamente imaginase que faltaseis a ella. Hacedme, pues, el favor de subir al cadalso conmigo y a mi lado. Y ahora, siendo ya preciso que os dé el último adiós, antes de que lo olvide con tanto como hay que hacer, permitidme que os de las gracias desde luego, porque, si estoy dispuesta a sufrir la sentencia de los jueces de la tierra y a escuchar la del juez del cielo, lo debo todo a vuestra piadosa solicitud, lo confieso ingenuamente, y sólo me resta ya suplicaros que me perdonéis las molestias que os he ocasionado: ¿no es verdad que me perdonáis? —añadió.

Al oír estas palabras, el doctor intentó tranquilizarla; pero sabiendo que si abría la

boca prorrumpiría en sollozos, se calló. Entonces la marquesa le repitió por tercera vez:

—Os suplico, señor, que me perdonéis, y que no echéis a menos el tiempo que habéis pasado conmigo: decid en el cadalso un *De profundis* en el instante de mi muerte, y mañana una misa de perdón: me lo prometéis, ¿no es verdad?

—Sí, señora —dijo el doctor con voz balbuciente—; sí, sí, perded cuidado, haré cuanto me mandáis.

En aquel momento, el verdugo quitó la tabla y sacó a la marquesa del Carretón. Y como dio con ella algunos pasos hacia el cadalso, todas las miradas se fijaron en ellos, y el doctor tuvo un instante para enjugarse sus lágrimas mal reprimidas sin que nadie lo notase; al enjugarse los ojos, el criado del verdugo le alargó la mano para ayudarle a bajar. Entretanto la marquesa subía la escalera, acompañada del verdugo, y al llegar a la plataforma, hizo este que se arrodillara enfrente de un madero colocado a través. Entonces, el doctor, con paso menos firme que ella, fue a arrodillarse a su lado, pero colocado de otra manera a fin de poderle hablar al oído, de manera que la marquesa miraba hacia el río y el doctor a la casa del ayuntamiento. Pasado un instante, el verdugo despeinó a la reo y le cortó los cabellos por detrás y por los lados, haciéndole volver y revolver la cabeza, con bastante brutalidad algunas veces. Y, aunque esta horrible operación duró cerca de media hora, no se la oyó ninguna queja, ni dio otra muestra de dolor que las gruesas y silenciosas lágrimas que dejaba escapar. Cuando hubo cortado los cabellos, el verdugo le rasgó, para descubrirle las espaldas, la parte superior de la camisa que le había puesto por encima de sus vestidos al salir de la consejería. Finalmente le vendó los ojos, y, alzándole la barbilla con la mano, le ordenó que mantuviese la cabeza derecha. Ella obedeció sin resistencia, escuchando siempre lo que le decía el doctor y repitiendo de vez en cuando las palabras más análogas a su situación. Mientras tanto el verdugo examinaba frecuentemente su capa, que había dejado en la parte posterior del cadalso, cabe a la hoguera, y entre cuyos pliegues se veía brillar el puño de un largo sable, que había tenido la precaución de esconder para que no lo viese la marquesa de Brinvilliers al subir al cadalso. Y como, después de haber dado la absolución a la marquesa, viera el doctor que el verdugo todavía no estaba armado, le dijo las siguientes palabras en forma de oración, que ella repitió: «Jesús, hijo de David y de María, tened compasión de mí; María, hija de David y madre de Jesús, rogad por mí; Dios mío, abandono mi cuerpo, que no es más que polvo, y lo dejo a los hombres para que lo quemén, lo reduzcan a cenizas y hagan de él lo que les plazca, con una entera fe de que lo haréis resucitar un día, y que lo reuniréis con mi alma: sólo por ella temo. Tened a bien. Dios mío, que os la entregue, haced que entre en vuestro reposo y recibidla en vuestro seno, a fin de que vuelva al origen de donde ha salido. Viene de vos, que vuelva a vos; ha salido de vos, que vuelva a entrar en vos. Vos sois su origen y su principio, sed, ¡oh. Dios mío!, su centro y su fin».

Acababa estas palabras la marquesa, cuando el doctor oyó un golpe sordo, como

el que produce una cuchilla cuando se corta carne sobre un tajo: en el mismo instante cesó la voz. El cuchillo había pasado tan rápidamente que el doctor no la había visto siquiera brillar, y se detuvo también, con los cabellos erizados y con la frente bañada en sudor, porque, como no vio caer la cabeza, creyó que el verdugo había errado el golpe y que le sería preciso repetirlo. Pero duró poco este temor, porque casi en el mismo instante la cabeza se inclinó del lado izquierdo, resbaló sobre la espalda, y de la espalda rodó hacia atrás, mientras que el cuerpo caía hacia adelante sobre el madero que estaba colocado al través, y dispuesto de manera que los espectadores viesen el cuello cortado y sangriento. En el mismo instante el doctor dijo un *De profundis*, como lo había prometido.

Así que el doctor hubo acabado su plegaria, alzó la cabeza y vio delante de sí al verdugo, que enjugándose el rostro, le decía:

—¡Y bien!, señor doctor, ¿qué os ha parecido? ¿No es un golpe maestro el que acabo de dar? En estas ocasiones nunca he dejado de encomendarme a Dios, y siempre me ha asistido: hace muchos días que esta señora me tenía en cuidado, pero he hecho decir seis misas y he sentido firmes el corazón y la mano.

A estas palabras buscó debajo de su capa una botella que había llevado al cadalso, bebió un trago, y luego, cogiendo debajo de un brazo el tronco de la marquesa vestido como estaba, y con la mano del otro la cabeza, cuyos ojos habían quedado vendados, arrojó lo uno y lo otro sobre la hoguera, a la cual pegó fuego su criado.

«Al día siguiente, dice madame de Sevigné, se buscaban los huesos de la marquesa de Brinvilliers, porque el pueblo decía que era Santa».

En 1814, M. d'Offemont, padre del actual propietario del castillo en que la marquesa de Brinvilliers envenenó a M. d'Aubray, alarmado por la aproximación de las tropas aliadas, practicó en uno de los torreoncillos varios escondrijos, en los cuales ocultó la vajilla y los demás objetos preciosos que se encontraban en aquella casa de campo aislada, en medio del bosque de Luigne. Las tropas extranjeras pasaron y volvieron a pasar por Offemont, y, después de tres meses de ocupación, se retiraron a la otra parte de la frontera.

Entonces se arriesgaron a sacar de sus escondrijos los diferentes objetos que se habían ocultado en ellos, y al sondear las paredes a fin de no dejarse nada, una de ellas produjo un sonido hueco, que indicaba una cavidad desconocida hasta entonces. Derribóse aquel lienzo de pared por medio de palancas y azadones, y, habiendo caído muchas piedras, apareció un gabinete en forma de laboratorio, en el cual se encontraron hornillos, instrumentos de química, muchos frascos herméticamente tapados que contenían un agua desconocida, y cuatro paquetes de polvos de diferentes colores. Desgraciadamente, los que hicieron este descubrimiento le dieron demasiada o muy poca importancia, porque, en lugar de someter aquellos varios ingredientes a la investigación de la ciencia moderna, hicieron desaparecer con gran cuidado paquetes y botellas, asustados por las sustancias mortales que probablemente contenían.

Así se perdió aquella rara y probablemente última ocasión de reconocer y analizar las sustancias de que se componían los venenos de Saint Croix y de la marquesa de Brinvilliers.

URBANO GRANDIER

(1634)

Érase el domingo 26 de noviembre de 1631 y había gran bullicio en la pequeña población de Loudun, particularmente en las calles que van a la iglesia de San Pedro desde la puerta por donde se pasa al llegar de la abadía de San Jovino de Mames. Causábalo todo un personaje próximo a llegar, el cual era el blanco hacía ya tiempo de todas las habladurías de Loudun, pues en pro y en contra se decían de él cosas muy diversas, con todo el ardor propio de provincia. Hasta el más lerdo habría adivinado en los rostros de los que formaban corrillos en las puertas de las casas, con cuan diversos sentimientos iba a ser recibido el que para aquel día había señalado su vuelta a amigos y enemigos.

Serían las nueve de la mañana cuando aumentó la agitación del concurso, y con una rapidez asombrosa pasaron de boca en boca las voces de *¡ya viene!*, *¡ya viene!*, *¡aquí está!*, etc. Entonces entraron unos en sus casas y cerraron puertas y ventanas, como en días de calamidad o de revuelta, otros, por el contrario, las abrieron como para dar entrada al regocijo y, al cabo de algunos instantes, al ruido y confusión que había ocasionado esta noticia al difundirse rápidamente de boca en boca hasta los últimos rincones de la población. Después siguió un silencio profundo, hijo de la curiosidad.

Adelantóse entonces con un ramo de laurel en la mano, en señal de triunfo, un joven de treinta y dos a treinta y cuatro años, de aventajada estatura, nobles ademanes y rostro hermoso, con algún viso de altivez. Vestía el traje eclesiástico, y a pesar de haber hecho tres leguas a pie para entrar en la ciudad, su vestido se conservaba aseado y elegante. Atravesó de esta manera, clavados los ojos en el cielo y con paso lento y solemne, las calles por donde se va a la iglesia del mercado de Loudun, cantando con voz melodiosa himnos en acción de gracias al Señor, sin dirigir una mirada, palabra o gesto a la muchedumbre que se iba reuniendo detrás de él y que le acompañaba en su canto, a pesar de que se encontraban allí casi todas las mujeres y doncellas hermosas de la población.

Llegó al pórtico de la iglesia de San Pedro, subió las gradas, se arrodilló, oró en voz baja. Levantándose después tocó con el ramo de laurel las puertas de la iglesia, y abriéndose éstas de par en par, como por encanto, apareció el recinto con los adornos y la iluminación propios de una gran festividad, sin faltar los comensales, monaguillos, chantres y maceros. Entonces atravesó la iglesia, entró en el coro, oró por segunda vez al pie del altar, depositó el ramo de laurel en el tabernáculo, se vistió con un ropaje blanco como la nieve, se echó al cuello la estola y empezó, ante un

auditorio compuesto por los que le habían acompañado, el santo sacrificio de la misa, terminándolo con un *Te deum*.

El que por su propio triunfo acababa de dar a Dios las gracias que se le tributan por las victorias de los reyes, era el capellán Urbano Grandier, que en virtud de una sentencia dada por el arzobispo de Burdeos, Escoubleau de Sourdis, quedaba libre de una acusación por la cual otro tribunal inferior le había condenado a ayunar a pan y agua todos los viernes, durante tres meses, con prohibición de celebrar durante cinco meses en la diócesis de Poitiers y para siempre en Loudun.

Urbano Grandier nació en Rovére, aldea cercana a Sable, ciudad del Bajo Maine. Después de haber seguido el estudio de las ciencias con su padre y con su tío Claudio Grandier, astrólogos y alquimistas, entró a los doce años en el colegio de los jesuitas de Burdeos. Además de lo que ya sabía, notaron en él sus profesores gran disposición para las lenguas y para la elocuencia; por consiguiente, le hicieron aprender a fondo el latín y el griego, ejercitándole a predicar, a fin de desarrollar su talento oratorio. Y el afecto que les inspiraba un discípulo que tanto honor les hacía movióles, en cuanto su edad le permitió ejercer las funciones eclesiásticas, a proveerle con el curato de San Pedro del mercado de Loudun, cuya presentación les competía. Además del curato, merced a la protección que tenía, obtuvo una prebenda en la colegiata de Santa Cruz, al cabo de algunos meses.

Estos dos beneficios en un joven que, no siendo de la provincia, parecía venir a usurpar los privilegios y derechos de la gente del país, no podían menos que producir gran sensación en Loudun, exponiéndole a la envidia de los demás eclesiásticos. Además, no era este el único motivo que debía excitarla: ya hemos dicho que Urbano era muy gallardo. La educación que sus padres le dieran, haciéndole sondear los arcanos de las ciencias, le había dado la llave de un gran número de cosas que la ignorancia miraba como misterios y que él explicaba con suma facilidad; los conocimientos que había adquirido en el colegio le hacían superior a una multitud de preocupaciones sagradas para el vulgo y cuyo desprecio él no ocultaba; finalmente, su elocuencia atraía a sus sermones a la mayor parte del auditorio de las demás comunidades religiosas, en particular el de las órdenes mendicantes, que habían obtenido hasta entonces la palma de la predicación. Sobraban motivos, como hemos dicho ya, para dar pretexto a la envidia, para que ésta se trocara pronto en odio. Y así sucedió.

Nadie ignora la maledicente ociosidad de las poblaciones pequeñas y el irreconciliable desprecio del vulgo por todo cuanto le es superior y le domina. Las cualidades aventajadas de Urbano le destinaban a un teatro más vasto. Pero se vio falto de aire y de espacio, entre los muros de una reducida ciudad, de manera que, lo mismo que en París habría sido su gloria, debía ser en Loudun la causa de su perdición.

Desgraciadamente para Urbano, su carácter, lejos de protegerle el genio, debió aumentar el odio que inspiraba: su trato dulce y afable con los amigos se trocaba en

frialdad y altivez con sus enemigos. Irrevocable en las resoluciones que había tomado, celoso del rango que ocupaba, y que defendía como una conquista, intratable en sus intereses cuando la razón le asistía, rechazaba los ataques e injurias con un orgullo que convertía a sus adversarios en eternos enemigos.

En 1620 dio Urbano por vez primera un ejemplo de su inflexibilidad, al ganar un pleito que estaba siguiendo contra el cura Meunier, y cuya sentencia hizo ejecutar con tanto rigor que se atrajo el resentimiento de ese sacerdote.

Otro pleito que sostuvo contra el cabildo de Santa Cruz, sobre una casa que éste le disputaba, pero que él ganó, le presentó la segunda ocasión de manifestar su rígida aplicación del derecho. El apoderado del cabildo que había perdido la sentencia, y que jugará el principal papel en la continuación de esta historia, era desgraciadamente un canónigo de la colegiata de Santa Cruz y director del convento de las ursulinas. Hombre de pasiones vivas, vengativo y ambicioso, harto mediano para subir a una esfera elevada, aunque demasiado superior, en su medianía, a cuanto le rodeaba, para contentarse con su posición secundaria, tan hipócrita como Urbano era franco, pretendía lograr por todas partes la reputación de hombre piadoso, afectando para su logro todo el ascetismo de un anacoreta y la rigidez de un santo. Entregado, al mismo tiempo, a los asuntos benéficos, miraba como una humillación personal la pérdida de un pleito que estaba a su cargo, y de cuyo éxito había de algún modo respondido. De suerte que, cuando triunfó Urbano y se valió de sus ventajas con el mismo rigor que usó con Meunier, se creó en Mignon un segundo enemigo, más encarnizado y poderoso que el primero.

En esto sucedió que un quídam llamado Barot, tío de Mignon, y por consiguiente partidario suyo, entró en discusiones con Urbano, relativas a ese pleito. Como su capacidad era muy limitada, bastóle a Urbano dejar caer algunas de aquellas respuestas de desprecio que marcan la frente como con un hierro candente, para dejarle confundido. Pero ese hombre era riquísimo, no tenía hijos, y la numerosa parentela que tenía en Loudun le estaba haciendo la corte para que se acordase de ella, de manera que el insulto burlesco, al caer sobre Barot, alcanzó a otros muchos que, tomando parte en el asunto, aumentaron el número de los adversarios de Urbano.

Al mismo tiempo acaeció otro suceso más grave. Entre sus más asiduas penitentes contaba Urbano una hermosa joven, hija del procurador del rey, Trinquant, tío del canónigo Mignon. Cayó esa joven en un estado de languidez que la obligó a no salir de su gabinete. Durante su enfermedad fue cuidada por su amiga Matta Pelletier, que, renunciando de repente a la sociedad, llevó su afecto hasta encerrarse con ella. Pero cuando Julia Trinquant recobró la salud y se presentó de nuevo en el mundo, se supo que durante su encierro Marta Pelletier había dado a luz un niño que había hecho bautizar y dado a criar. Sin embargo, por una de aquellas extrañezas propias y familiares del público, pretendió éste que la verdadera madre no era la que se había declarado, sino que Marta había vendido a peso de oro su reputación a su amiga. En cuanto al padre, ya no cupo ninguna duda, pues el clamor público, hábilmente

dirigido, designó a Urbano.

Instruido Trinquant de las voces que con relación a su hija circulaban, mandó en calidad de procurador del rey arrestar a Marta y conducirla a la cárcel; allí fue interrogada, sostuvo ser ella la madre, sometióse a criar a su hijo, y como no era crimen sino falta lo que se había cometido, Trinquant debió ponerla en libertad, sirviendo este abuso de justicia sólo para dar más escándalo y confirmar la opinión que el público se había formado.

Fuese protección celeste o superioridad por parte de Urbano, cuantos ataques se le habían dirigido hasta entonces, todos los había rechazado; pero cada victoria aumentaba el número de sus enemigos, que fueron luego tan numerosos que cualquier otro los hubiera temido y procurado calmar su venganza. Pero el orgullo, la inocencia tal vez, le hacían despreciar los consejos de sus amigos, continuando por la misma senda que siempre había seguido. Los ataques dirigidos hasta entonces contra Urbano habían sido individuales y separados. Atribuyeron sus enemigos su mal éxito a esta causa, y resolvieron mancomunarse para confundirlo. De este modo, tuvieron una reunión en casa de Barot, Meunier, Trinquant y Mignon. Éste llevó consigo a un abogado llamado Menuau, íntimo amigo suyo, en quien no era solamente la amistad el principal móvil que le hacía obrar: Menuau estaba enamorado de una mujer de la cual nada había logrado, y atribuía su indiferencia y desprecio a la pasión que Urbano le inspiraba. El fin que se proponían era echar del país al enemigo común.

No obstante, velaba Urbano con el mayor cuidado sobre sí mismo, y no se le podía echar en cara más que la satisfacción que parecía experimentar en el trato de las mujeres, que, por su parte y con el tacto que hasta las más medianas poseen, viendo un cura joven, hermoso y elocuente, le escogían con preferencia como director. Como muchos padres y maridos estaban resentidos de esta preferencia, convinieron en atacarle por este punto que, a su entender, era el único vulnerable. En efecto, al día siguiente de esta resolución, las voces que corrían empezaron a tomar consistencia. Hablábase, sin nombrarla, de una señorita de la ciudad, que decían sería su principal querida, a pesar de las frecuentes infidelidades que él le hacía. Contaban que habiendo tenido aquella joven algún escrúpulo de conciencia sobre sus amores, Grandier se lo había disipado con un sacrilegio, y que este sacrilegio era un casamiento que una noche había contraído con ella. Cuanto más absurdos eran estos rumores, más crédito se les daba, de suerte que, al cabo de poco tiempo, nadie dudaba de la verdad del hecho. Y, sin embargo, era imposible nombrar esta esposa que no había temido casarse con un ministro del Señor, cosa admirable en una ciudad pequeña. Por grande que fuese la fuerza de alma de Grandier, no podía disimularse el terreno movedizo que pisaba: conocía la calumnia de que era víctima, y no se le ocultaba que, cuando le tuviera enteramente envuelto en sus redes, levantaría su infame cabeza, comenzando entre los dos la verdadera lucha. Pero según su modo de pensar, el retroceder era hacerse culpable. Siendo tal vez demasiado tarde para dar un paso atrás, continuó adelante, siempre inflexible y altivo.

Entre las gentes que habían acreditado con mayor encarnizamiento los rumores más injuriosos contra la reputación de Urbano, contábase un tal Duthibaut, pobre mequetrefe ingenio de pueblo, oráculo del vulgo. Llegaron a oídos de Urbano sus baladronadas. Supo que este hombre había hablado de él en casa del marqués de Bellay en términos poco comedidos. Y, entrando un día, revestido con sus hábitos sacerdotales en la iglesia de Santa Cruz, le encontró en el mismo pórtico de la iglesia y le echó en cara sus calumnias con su desprecio y altivez habitual. Acostumbrado aquél a decirlo todo impunemente por su fortuna y por el influjo que había adquirido entre las gentes ignorantes, a quienes les parecía un genio superior, no pudo soportar esta pública reprensión y, levantando el bastón, pegó a Urbano.

La ocasión que se presentaba a Urbano para vengarse de sus enemigos era demasiado halagüeña para no aprovecharla. Pero juzgando, con motivo, que si se dirigía a las autoridades del país no le harían justicia, a pesar de estar comprometido en el asunto el respeto debido al culto religioso, resolvió ir a echarse a los pies de Luis XIII, quien se dignó escucharle. Y, queriendo que fuese vengado el ultraje hecho a un ministro religioso, remitió la demanda al Parlamento para procesar a Duthibaut.

Juzgaron entonces los enemigos de Urbano que no debía perderse tiempo, aprovechando su ausencia para levantar quejas contra él. Dos miserables, llamados Cherbouneau y Bugreau, se constituyeron en sus delatores ante el provisor de Poitiers. Acusáronle de haber seducido a casadas y doncellas, imputándole impiedades y profanaciones, y le incriminaron por no leer jamás el breviario y haber convertido el santuario en un lugar de desorden y prostitución. El provisor recibió la declaración y nombró a Luis Chanvet, teniente civil, y al arcipreste de San Marcelo y del *Loudenois*, para que informasen sobre el particular. De modo que al mismo tiempo que Urbano perseguía en París a Duthibaut, informaban contra él en la ciudad de Loudun.

Siguióse el informe con toda la actividad de la venganza religiosa. Trinquant declaró, y le siguieron otras varias declaraciones. Por fin, las que no satisfacían los deseos de los instructores fueron falsificadas u omitidas, Siendo muy graves los cargos que resultaron del informe que fue enviado al obispo de Poitiers, cerca del cual contaban los acusadores de Grandier con amigos muy poderosos. Además, el obispo estaba también en contra de él, a causa de haber dado Urbano, en caso urgente, una dispensa de publicación de matrimonio; de modo que, estando el obispo ya prevenido, a pesar de ser la instrucción sumamente superficial, halló suficientes cargos para dar contra Urbano el siguiente decreto de captura, concebido en estos términos:

«Enrique Luis Chataignier de la Rochepezai, por la gracia de Dios, obispo de Poitiers, vistos los cargos de informes dados por el arcipreste de Loudun contra Urbano Grandier, cura de San Pedro del Mercado de la misma, en virtud de las comisiones de Nos emanadas al dicho arcipreste, y en su

ausencia, al prior de Chusnignes, y vistas además las conclusiones de nuestro promotor sobre aquéllas, hemos ordenado y mandamos que el acusado Urbano Grandier sea conducido sin escándalo a las cárceles de nuestro palacio episcopal de Poitiers, si es que puede ser aprehendido, pues, de lo contrario, será emplazado en su domicilio dentro del término de tres días por el primer alguacil eclesiástico o clérigo tonsurado, y a mayor abundamiento por cualquier funcionario público del rey, pidiendo auxilio en vista de este mandato a la justicia ordinaria, autorizándoles Nos, para su cumplimiento, a pesar de cuantas oposiciones o apelaciones se presentaren. Oído el dicho Grandier, nuestro promotor fiscal dará el parecer que crea conveniente.

»Dado en Dissai en el día 22 de octubre de 1629, firmado en el original.

»ENRIQUE LUIS, OBISPO DE POITIERS».

Ya hemos dicho que al promulgarse este decreto, Grandier estaba en París. Seguía ante el Parlamento su acusación contra Duthibaut, cuando éste, que había recibido el decreto antes de que Urbano supiese que se había dado, después de haberse defendido manifestando las escandalosas costumbres del cura, presentó en apoyo de sus asertos el terrible documento de que era portador. No sabiendo el tribunal qué pensar de lo que ante él estaba pasando, dispuso que antes de dar curso a la acusación de Grandier, se retirase éste para justificarse con el obispo de las acusaciones que se le hacían. Salió al momento Grandier de París, llegó a Loudun, se informó del estado del asunto, y se trasladó inmediatamente a Poitiers para ponerse en estado de defensa. Mas apenas llegó, fue arrestado por un ujier llamado Chatry, y conducido a la cárcel del obispo el día 15 de noviembre.

La cárcel era húmeda y fría, y, sin embargo, no pudo lograr que le trasladasen a otra: entonces supo que el poder de sus enemigos era más grande de lo que se había imaginado. Pero tuvo paciencia: dos meses pasó de esta manera, durante los cuales sus mejores amigos le creyeron perdido. De modo que Duthibaut se reía de su persecución, creyéndose ya libre de ella, y Barot presentó a uno de sus herederos, llamado Ismael Boulieau, para reemplazar a Urbano.

Seguía el pleito a expensas de todos, pagando los ricos por los pobres, porque como la causa se instruía en Poitiers, y los testigos habitaban en Loudun, se necesitaban gastos de consideración para el viaje de tantas personas. Pero el deseo de venganza ahogaba la voz de la avaricia, y pagando cada uno según su fortuna, terminó el proceso al cabo de dos meses. Sin embargo, a pesar del interés de hacer más fatal la suerte del acusado, no pudo probarse el cargo principal. Urbano era acusado de libertinaje, pero faltaba nombrar las mujeres a las que había seducido. Ninguna parte interesada se quejaba. Todo se fundaba en la voz pública y nada en hechos. En una palabra, era uno de los procesos más extraños que pueden haberse visto. No obstante, se publicó la sentencia el 3 de enero de 1630: Grandier fue

condenado a un ayuno de pan y agua todos los viernes por espacio de tres meses, *privado de decir misa* en la diócesis de Poitiers durante cinco años y para siempre en la ciudad de Loudun.

Ambas partes apelaron esta sentencia: Grandier acudió al arzobispo de Burdeos, y sus adversarios, en nombre del promotor fiscal de la curia, apelaron al Parlamento de París. Esta última apelación estaba hecha para aturdir a Grandier y abatirlo bajo el peso de tanta pena. Pero la fuerza de Grandier se media con el ataque: se enfrentó a todo, puso su demanda, e hizo pleitear la apelación en el Parlamento, al paso que proseguía la suya ante el arzobispo de Burdeos. Pero como el número de testigos hacía casi imposible su viaje a tan larga distancia, el tribunal envió la causa a la jurisdicción de Poitiers. El teniente criminal de Poitiers instruyó de nuevo, pero esta nueva instrucción, nacida de la imparcialidad, no era favorable a los acusadores. Los testigos que persistieron fueron cogidos en contradicciones, otros confesaron ingenuamente que habían sido comprados, y algunos declararon que sus declaraciones habían sido falsificadas, en cuyo número había un cura llamado Méchin y ese mismo Ismael Boulieau, que Trinquant había presentado como pretendiente del beneficio de Urbano. La declaración de Boulieau se ha perdido, pero se conserva intacta la de Méchin, tal como salió de su pluma.

«Yo, Gervasio Méchin, vicario de la iglesia de San Pedro en el mercado de Loudun, por la presente, escrita y firmada de mi mano, certifico, para tranquilizar mi conciencia, sobre las voces que corren relativas al informe dado por Gil Robert, arcipreste, contra Urbano Grandier, cura párroco de San Pedro, en que dicho Robert me instó a declarar que Urbano Grandier se había acostado con mujeres en la iglesia de San Pedro, con las puertas cerradas.

»Ítem, que varias veces había visto mujeres que iban al cuarto de Grandier, quedándose allí desde la una de la tarde hasta más de media noche, cenando con él y mandando reunirse al momento a las criadas que servían la comida,

»Ítem, que había visto al dicho Grandier en la iglesia, estando las puertas abiertas y que, al entrar algunas mujeres, las había cerrado. Pero deseoso yo de acallar tales rumores, por la presente declaro no haber visto ni encontrado jamás a Grandier solo con mujeres, y cerradas las puertas; al contrario, cuando hablaba con ellas, iban acompañadas y la iglesia estaba abierta. Y, en cuanto al modo de comportarse, basta decir que ellas estaban algo distantes. Tampoco he visto entrar en su cuarto mujer alguna. Sólo puedo decir que por la noche he oído gentes que iban y venían, pero ignoro la causa, puesto que un hermano suyo dormía cerca de su cuarto. No sé si alguna mujer se ha quedado a cenar con él, ni puedo declarar no haberle jamás visto leer el breviario, puesto que varias veces le he prestado el mío para rezar sus horas. Igualmente declaro no haberle visto cerrar las puertas de la iglesia, y que en todas las

relaciones que le he visto tener con mujeres, nada deshonesto he advertido, ninguna acción fuera del caso; al contrario, si algo se encuentra en mi declaración en sentido opuesto a cuanto dejo manifestado, es contra mi conciencia, y al firmar me habrán omitido su lectura. Todo lo que digo y afirmo en debido homenaje a la verdad.

»Día último de octubre de 1630.

»Firmado, J. MÉCHIN».

En vista de semejantes pruebas de inocencia, eran inútiles todas las acusaciones, y, el 25 de mayo de 1631, Grandier fue absuelto por el presidial de Poitiers. Sin embargo, restábale combatir ante el tribunal del arzobispo de Burdeos, a quien había apelado a fin de obtener su justificación. Aprovechó Urbano el momento en que aquel prelado pasaba a visitar su abadía de San Jovino de Mannes, situada a tres leguas de Loudun, para presentarse a él. Desairados sus enemigos con el resultado del proceso ante la jurisdicción de Poitiers, apenas se defendieron, y después de una nueva instrucción que realzó más y más la pureza e inocencia del acusado, quedó absuelto por el arzobispo de Burdeos. Esta rehabilitación ofrecía dos importantes resultados para Grandier: el primero, hacer resaltar su inocencia, y el segundo, dar nuevo brillo a su instrucción y a las eminentes cualidades que le hacían superior a los demás. Por todo esto, el arzobispo, vistas las persecuciones de que era objeto, cobróle sumo afecto y le aconsejó que permutase sus beneficios y abandonase una ciudad cuyos principales habitantes parecían aborrecerle encarnizadamente. Pero el carácter de Urbano se negó a capitular con su derecho y declaró a su superior que, tranquila su conciencia y confiado en su protección. Jamás abandonaría el puesto en que Dios le había colocado. No creyendo el arzobispo deber insistir más, y conociendo que, a semejanza de Satanás, el orgullo debía ser la perdición de Urbano, insertó en la sentencia una frase en que le recomendaba *que se portase modestamente en su cargo, siguiendo los santos decretos y constituciones canónicas*. La entrada triunfal de Urbano en Loudun no da fe de su adhesión a este aviso.

No se limitó Grandier a esta orgullosa demostración, desaprobada por sus propios amigos, sino que en vez de dejar apagar o desvanecerse al menos el odio que contra él desataban, y echar un velo sobre lo pasado, emprendió con más actividad que nunca su acusación contra Duthibaut, y con tan buen éxito que logró que el tribunal de Tournelle condenase a Duthibaut por infamia a pagar los perjuicios, amén de las costas del proceso.

Aterrado este adversario, volvió Urbano los ojos contra los demás, más infatigable en la justicia que sus enemigos en la venganza. La sentencia del arzobispo de Burdeos le autorizaba a acudir contra sus acusadores para el resarcimiento de gastos y la restitución de los frutos de sus beneficios, y dijo públicamente que elevaría la vindicta hasta el mismo punto de la ofensa, para lo cual se puso a trabajar

en seguida, a fin de reunir los datos necesarios para el buen éxito del nuevo pleito. En vano le dijeron sus amigos que debía bastarle la gran satisfacción que había obtenido, en vano le manifestaron los inconvenientes de exasperar a sus enemigos: sólo respondió que estaba dispuesto a sufrir cuantas persecuciones pudieran sobrevenirle, puesto que, asistiéndole la razón, no le era posible abrigar temor alguno.

Sabedores sus adversarios de la tempestad que les amagaba, y convencidos de que el litigio entre ellos y Grandier era cuestión de vida o muerte, se reunieron de nuevo en el pueblo de Pindardane (en una casa de Trinquant) Mignon, Barot, Meunier, Duthibaut, Trinquant y Menuau, para eludir el golpe que les amenazaba. Mignon había tramado ya una intriga, cuyo plan desarrolló, y fue aprobado. Nosotros lo iremos siguiendo en la continuación de esta historia, pues de ella salieron todos los sucesos que debemos referir.

Hemos dicho ya que Mignon era director del convento de ursulinas de Loudun. Esta orden de religiosas era enteramente moderna, a causa de las contestaciones históricas relativas a la muerte de Santa Úrsula y sus once mil vírgenes; no obstante, en 1560, Ángela de Bresse estableció en Italia, en honor de la bienaventurada mártir, una orden de religiosas de la regla de San Agustín, aprobada en 1572 por el papa Gregorio XIII, y posteriormente en 1614. Magdalena Lhuillier la introdujo en Francia, con la aprobación del papa Pablo V, fundando un monasterio en París, y repartiéndose desde allí por todo el reino; de manera que en 1626, esto es, cinco o seis años antes de la época a que nos referimos, se estableció en Loudun un convento de la citada orden.

A pesar de que esta comunidad se componía de jóvenes de ilustres familias, contándose en el número de sus fundadoras Juana de Belfiel, hija del difunto marqués de Cose, y parienta de Caubardemont; la señorita de Fazili, prima del cardenal duque; dos señoras de Barbenis, de la casa de Nogaret; una señora de Lamothe, hija del marqués de Lamothe Baracé de Anjou; y, por fin, una señora de Escoubleau de Sourdis, de la familia del arzobispo de Burdeos, a pesar de ello, como estas religiosas habían abrazado el estado monástico por falta de fortuna, la comunidad, rica en nombre, era por otra parte tan miserable que al establecerse tuvo que situarse en una casa particular perteneciente a un tal Moussaut del Trene, hermano de un cura, que fue el primer director de aquellas santas vírgenes, y murió al cabo de un año, dejando vacante su cargo de director.

Las voces que por la ciudad corrían de que los duendes habitaban la casa que pretendían las ursulinas fue la causa de que se la cedieran a menos precio. El propietario había pensado que nada mejor para echar a los fantasmas que oponerles una comunidad de santas religiosas, las cuales, pasando los días en ayunos y oraciones, estarían por la noche fuera del alcance de los demonios. En efecto, al cabo de un año habían desaparecido enteramente, contribuyendo en gran parte a establecer la reputación de santidad de que, al morir su preceptor, gozaban en el pueblo.

Esta muerte ofreció a las jóvenes pensionistas la mejor ocasión para divertirse a

expensas de las religiosas viejas, cuya severidad en la regla las hacía generalmente aborrecibles. Por consiguiente, resolvieron evocar de nuevo a los espíritus que se creían ocultos para siempre en las tinieblas. En efecto, al cabo de algún tiempo, oyéronse ruidos semejantes a quejas y suspiros por el techo de la casa. Pronto los fantasmas se aventuraron a penetrar en los desvanes, anunciándoles su presencia con un gran ruido de cadenas, familiarizándose tanto que hasta llegaron a los dormitorios para tirar las sábanas y llevarse los hábitos de las religiosas.

Fue tal el terror que estos sucesos produjeron en el convento, y tanto el ruido que corrió por la ciudad, que la superiora reunió en consejo a las monjas más doctas para consultarles sobre el particular: el voto unánime fue reemplazar al difunto director por un hombre más santo, si fuese posible. Por reputación de santidad, o por otro motivo cualquiera, pensaron en Urbano Grandier, a quien hicieron en seguida proposiciones. Pero éste respondió que el cargo de sus dos beneficios no lo dejaba tiempo para velar con eficacia sobre el blanco rebaño que debía dirigir, y se excusó con la superiora para que se dirigiera a otro más digno y menos ocupado que él.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores que el orgullo de la comunidad debió resentirse con esta respuesta. Hablóse en seguida a Mignon, canónigo de la colegiata de Santa Cruz, que, aunque picado de deber esta oferta a la renuncia de Grandier, no dejó de aceptarla, guardando contra aquél al que habían considerado más digno que él uno de aquellos odios biliosos, que, en vez de calmarse, aumentan todos los días. Además, esta envidia había empezado ya a dar señales de vida en los hechos que hemos dejado expuestos.

Recibido el nombramiento, la superiora advirtió al nuevo director sobre la clase de adversarios a los que debía combatir. En vez de tranquilizarla negando la existencia de los fantasmas que atormentaban a la comunidad, y como en el logro de su desaparición, de la que no dudaba, viese Mignon un excelente medio para consolidar su reputación de santidad, respondió que la Sagrada Escritura reconocía la existencia de tales espíritus, puesto que, merced al poder de la pitonisa de Endor, la sombra de Samuel se apareció a Saúl. Pero que por medio del ritual se podría expelerlos por encarnizados que fuesen, con tal que aquél que los atacaba tuviese un pensamiento y un corazón puro; esperando, con el auxilio de Dios, librar a la comunidad de sus nocturnos visitantes. Ordenó en seguida un ayuno de tres días que debía finalizar con una confesión general.

Por medio de las preguntas que dirigió a las pensionistas, descubrió fácilmente la verdad: los fantasmas se acusaron, nombrando como cómplice a una novicia de diecisiete años, llamada María Aubin. Confesó ésta la verdad y declaró ser ella la que por la noche se levantaba a abrir la puerta del dormitorio, que las más cobardes del cuarto cuidaban de cerrar por dentro, lo cual no privaba a los espíritus de entrar, causando un terror general. Pero so pretexto de no exponerlas a la cólera de la superiora, que podría sospechar algo si el ruido cesaba al siguiente día de la confesión, el preceptor las autorizó a renovar de cuando en cuando la farsa nocturna,

mandándoles cesar gradualmente. Fuese en seguida a anunciar a la superiora que había hallado tan castos y puros los pensamientos de toda la comunidad que esperaba que, ayudado de sus plegarias, pronto quedaría el convento libre de las apariciones que lo llevaban revuelto.

Realizóse la predicción del director, y la fama del santo varón que había velado y rogado por la salud de las buenas ursulinas, aumentóse en Loudun considerablemente.

Todo volvía a estar tranquilo en el convento, cuando se reunieron Mignon, Duthibaut, Menuau, Meunier y Barot, después de haber perdido su causa ante el arzobispo de Burdeos y de verse amenazados con ser perseguidos por Grandier como falsarios y calumniadores, por lo cual resolvieron resistir a un hombre tan inflexible que les perdería sin remedio si no fraguaban ellos su pérdida antes.

Un extraño rumor, que al cabo de algún tiempo se esparció por la ciudad, fue el resultado de esta reunión. Decíase que los espíritus arrojados por el director habían vuelto a la carga bajo una forma invisible e impalpable, y que varias religiosas habían dado señales de estar poseídas, en sus palabras y acciones. Hablaron de ello a Mignon, quien, en lugar de desmentirlo, levantó los ojos al cielo, diciendo que si bien Dios era grande y misericordioso, Satanás era muy hábil, sobre todo cuando le secundaba esa falsa ciencia humana, llamada magia, y que aunque no carecían estos ruidos de fundamento, nada probaba enteramente una posesión real, pudiendo tan sólo el tiempo aclarar la verdad.

Fácil es adivinar el efecto que debían producir tales respuestas en unos genios dispuestos a dar crédito a semejantes extravagancias: así, circularon durante un mes sin que Mignon les diera pábulo, hasta que un día fue a ver al cura de San Jaime de Chinon, diciéndole que había llegado a tal extremo el estado de cosas en el convento que no se veía con ánimo de responder por si solo de la salud de aquellas pobres religiosas, e invitándole de este modo a ir con él a visitarlas. Este cura, llamado Pedro Barné, era afortunadamente el hombre que necesitaba Mignon para llevar a cabo semejante empresa: exaltado, melancólico, visionario y pronto a emprenderlo todo para aumentar su reputación de ascetismo y santidad, trató de dar a esta visita toda la solemnidad que tan graves circunstancias requerían, y se dirigió a Loudun a la cabeza de sus feligreses, en procesión y a pie, para dar más realce y fama a este acto, más que suficiente para poner en movimiento a toda la población.

Mignon y Barné entraron en el convento, mientras que los fieles ocupaban la iglesia, rogando por el éxito de los exorcismos. Seis horas estuvieron encerrados con las religiosas, y, al cabo de tanto tiempo, salió Barné para anunciar a sus parroquianos que ya podían volverse, pero que él se quedaba para auxiliar al venerable director en la sagrada tarea que había emprendido. Recomendólos luego que rogasen mañana y tarde con todo fervor, a fin de que triunfase la causa de Dios en un asunto que tanto la comprometía.

Este encargo, desnudo de explicaciones, aumentó la curiosidad universal: corría

la voz de que no eran una ni dos las monjas poseídas, sino todo el convento. Y, por el brujo que las había hechizado, empezaban a nombrar en alta voz a Urbano Grandier, cuyo orgullo le había entregado a Satanás, habiendo vendido su alma para ser el más sabio de la tierra. Efectivamente, los conocimientos de Urbano sobrepujaban tanto la instrucción general de Loudun que muchos dieron fácilmente crédito a cuanto se decía; sin embargo, otros se reían de tales absurdos y tonterías, mirándolo sólo por el lado ridículo.

Renovaron los eclesiásticos sus visitas a las religiosas por espacio de diez o doce días, estando cada vez con ellas cuatro, seis horas, y a veces todo el día. Por fin, el lunes 11 de octubre de 1632, escribieron al cura de Vernier, a Guillermo Cerisay de la Guerinière, bailío del Loudenois, y a Luis Chauvet, teniente civil, rogándoles que se sirviesen pasar por el convento de las ursulinas para ver a dos monjas poseídas por el demonio, y atestiguar los extraños y casi increíbles efectos de la posesión. Invitados de esta manera, no pudieron los magistrados dejar de acceder a la demanda; por otra parte, movidos por la curiosidad, no les sabía mal ver por sí mismos a qué debían atenerse en los rumores que corrían por la ciudad. Fueron al convento para asistir a los conjuros, y autorizarlos si la posesión era real, o detener el curso de esta farsa si juzgaban que había ficción. Llegados a la puerta, apareció Mignon revestido con su alba y estola, diciéndoles que, por espacio de quince días, las religiosas estaban perseguidas por horrorosos espectros y visiones, y que la madre superiora y otras dos monjas habían estado poseídas por el demonio durante ocho o diez días, pero que había sido expulsado de sus cuerpos con la ayuda de Barné y otros religiosos carmelitas que se habían prestado contra el enemigo común. Sin embargo, que el domingo anterior por la noche, la superiora Juana de Belfield y una hermana lega, llamada Juana Dumagnoux, fueron atormentadas de nuevo. Añadió que había descubierto en sus conjuros que el hechizo se había verificado por medio de un nuevo pacto, cuyo símbolo era un ramo de rosas, en vez del primero, que había sido tres espinas negras; que durante la primera posesión los espíritus no se habían querido nombrar, pero que, a fuerza de conjuros, el de la madre superiora había confesado su nombre, y que era Astaroth, uno de los mayores enemigos de Dios; en cuanto al de la lega, era un diablo de orden inferior llamado Sabulón. Desgraciadamente, las dos religiosas estaban descansando, y en consecuencia, Mignon invitó al bailío y al teniente civil a volver otra vez. Pero cuando los dos magistrados se retiraban, una religiosa fue a decirles que las energúmenas eran de nuevo atormentadas. Subieron con Mignon y el cura de Vernier a un aposento en que había siete camas, de las que dos solamente estaban ocupadas, una por la superiora y otra por la hermana lega. Un gran número de carmelitas, religiosas del convento, Mathurin Rousseau, canónigo de Santa Cruz, y el cirujano Mannouri, rodeaban el lecho de la superiora, cuyo hechizo era el más interesante.

Apenas entraron los magistrados cuando la superiora fue presa de movimientos violentos e hizo extrañas contorsiones, dando unos gritos que se parecían a los de un

lechón. Mirábanla los magistrados con admiración, aumentando su sorpresa al verla hundirse en el lecho, levantándose después enteramente, con unos gestos y visajes tan diabólicos, que si bien no creyeron en la posesión, admiraron a lo menos el modo en que se representaba. Entonces Mignon dijo al bailío y al teniente civil que, a pesar de ignorar la superiora el latín, si ellos querían, respondería en esta lengua a las preguntas que se le hiciesen. Respondieron los magistrados que el objeto de su venida era dar fe de la posesión, y que, así, deseaban que les diese todas las pruebas posibles de su existencia. Acercóse Mignon a la superiora, e imponiendo silencio a los circunstantes, le puso dos dedos en la boca; en seguida, hechos los conjuros que previene el ritual, empezó el interrogatorio de esta manera:

P. *Propter quam causam ingressus es in corpus hujus virginis?*

[¿Por qué causa entraste en el cuerpo de esta virgen?]

R. *Causa animositatis.*

[Por encono.]

P. *Per quod pactum?* [¿Por qué pacto?]

R. *Per flores.* [Por el de las flores.]

P. *Quales?* [¿Cuáles?]

R. *Rosas.* [Rosas]

P. *Quis misit?* [¿Quién te envió?]

A esta pregunta los magistrados notaron en la superiora un movimiento de duda: abrió la boca para responder, hasta que a la tercera respondió en voz baja:

R. *Urbanus.* [Urbano]

P. *Dic cognomen.* [Di su apellido]

La poseída entró en nueva duda; sin embargo, como obligada por el exorcista, respondió:

R. *Grandier* [Grandier]

P. *Dic qualitatem* [Su profesión]

R. *Sacerdos* [Párroco]

P. *Cujus ecclesia?* [¿De qué iglesia?]

R. *Sancti Petri.* [De San Pedro.]

P. *Quae persona attulit flores?* [¿Quién trajo las flores?]

R. *Diabolica.* [Una persona enviada por el diablo]

Apenas había pronunciado estas últimas palabras, recobró el sentido, rogó a Dios, probó un pedazo de pan que le presentaron, y lo arrojó diciendo que no podía tragarlo

por demasiado seco. Trajéronle cosas líquidas y comió un poquito, por miedo a que le volvieran las convulsiones.

Viendo que todo había concluido, el bailío y el teniente civil se retiraron a una ventana y hablaron en voz baja; en seguida, temiendo Mignon que no estuviesen suficientemente convencidos, les dijo que ese hecho tenía alguna semejanza con la historia de Gaufredi, que había sido sentenciado pocos años antes en virtud de un decreto del Parlamento de Aix en Provenza. Las palabras de Mignon ponían tan de manifiesto su idea que los dos magistrados nada respondieron a tal interpelación: solamente el teniente civil dijo al exorcista que le extrañaba que no hubiese hecho más preguntas a la superiora acerca del motivo del encono que tanto importaba conocer; pero excusóse éste diciendo que no podía preguntar por mera curiosidad. Insistía el teniente civil, cuando las convulsiones de la hermana lega sacaron a Mignon de su embarazo. Acercáronse aquéllos a su lecho, invitando al exorcista a que le hiciese las mismas preguntas que a la superiora; pero todo fue en vano: *¡a la otra! ¡a la otra!* fueron sus únicas respuestas. Explicó Mignon esta negativa, diciendo que, siendo de clase secundaria el diablo que la poseía, dirigía a los exorcistas a Astaroth, su superior. Retiráronse entonces los magistrados, después de obtener una respuesta tan poco satisfactoria, extendieron acta de cuanto habían visto u oído, y la firmaron, absteniéndose de reflexiones.

No sucedió lo mismo en la ciudad, pues pocos se mostraron tan circunspectos sobre el particular como los magistrados: los devotos creyeron y los hipócritas fingieron creer, pero los profanos, cuyo número era infinito, miraron la posesión bajo todos sus aspectos, y no se cuidaron de ocultar su incredulidad: extrañaban con razón que los diablos, expulsados durante dos días solamente, hubiesen cedido el puesto para recobrarlo al momento, confundiendo a todos los exorcistas. Preguntábanse por qué el demonio de la superiora hablaba latín, al paso que el de la hermana lega parecía ignorar esta lengua, puesto que el rango que ocupaba en la diabólica jerarquía no era una razón suficiente para explicar tal falta de educación; finalmente, la negativa de Mignon en proseguir el interrogatorio con relucían el encono hacía sospechar que, por más letrado que fuese Astaroth, había concluido sus latines y no deseaba continuar su diálogo en la lengua de Cicerón. Además, la reunión que pocos días antes tuvieron los enemigos de Grandier era bastante conocida: la inconsecuencia de Mignon al hablar tan pronto de Gaufredi sentenciado en Aix, el deseo de que los carmelitas, amigos de Grandier, fuesen reemplazados en el exorcismo por otros religiosos; todo, en fin, dejaba margen a mil reflexiones.

Al día siguiente, 12 de octubre, informados los magistrados de que empezaban de nuevo los conjuros sin llamárseles siquiera, se trasladaron al convento acompañados por el canónigo Rousseau, seguido de su escribano. Al llegar allí mandaron llamar a Mignon, manifestándole que era tal la importancia de aquel asunto que nada debían practicar sin la presencia de las autoridades, llamándolas siempre con anticipación. Añadieron que, sabido su odio contra Grandier y en calidad de preceptor de las

religiosas, podría atraer sobre sí sospechas que le interesaba disipar al instante, y a cuyo efecto algunos exorcistas, designados por la justicia, continuarían en adelante su obra comenzada. Mas Mignon respondió que jamás se opondría a que las autoridades presenciasen los exorcismos, pero que no podía asegurar que los diablos respondiesen a nadie más que a él y a Barné. En efecto, adelantóse este más pálido y sombrío que de costumbre y anunció a los magistrados, con el aire de un hombre cuyas palabras no admiten duda, que antes de llegar habían ocurrido cosas extraordinarias. Preguntado sobre cuáles habían sido, respondió haber sabido por la superiora que tenía siete diablos en el cuerpo, enviados por Astaroth; que Grandier había dado el pacto contraído con el diablo, y bajo el símbolo de un ramo de rosas, a un tal Juan Pivart, el cual lo había entregado a una joven, y que ésta lo había echado en el jardín del convento por encima de las tapias, y que esto había sucedido en la noche del sábado al domingo, *hora secunda nocturna*: es decir, a las dos de la madrugada. Éstos eran los términos de que se había servido; pero al nombrar a Juan Pivart, rehusó designar a la joven: preguntada entonces para que dijese quién era Pivart, respondió: *Pauper magus*, un pobre mago; e interrogada de nuevo sobre la palabra *magus*, había dicho: *Magicianus et civis*, mago y ciudadano. Tal era el estado de las cosas al llegar los magistrados.

El teniente civil y el bailío escucharon esta narración con la gravedad propia de hombres de su carácter, y declararon a Mignon y a Barné que subirían al cuarto de las poseídas para juzgar con sus propios ojos sobre las cosas milagrosas que allí ocurrían, ninguna oposición manifestaron los exorcistas, diciendo solamente que, fatigados los diablos, tal vez no querrían responder. En efecto, al entrar en el cuarto, las dos enfermas parecían estar tranquilas. Aprovechó Mignon este intervalo de sosiego para decir misa y oyéronla ambos magistrados con devoción, porque durante el santo sacrificio los diablos no osaron moverse: pensaban que al levantar el Santo Sacramento darían alguna señal de oposición, pero todo pasó con tranquilidad. Sólo la hermana lega experimentó un temblor de pies y manos, única cosa que se observó aquella mañana digna de ser mencionada en el sumario. Sin embargo, Mignon y Barné prometieron a los magistrados que si volvían a las tres, recobrando los diablos sus fuerzas en el intervalo, presenciarían un nuevo espectáculo.

Deseando los jueces llevar a cabo el asunto, volvieron al convento a la hora convenida, acompañados de Ireneo de Santa María, señor Deshumeaur, y hallaron un inmenso concurso de curiosos que llenaba el cuarto. Los exorcistas no se habían engañado, pues los demonios estaban ya en acción.

La superiora era siempre la que más sufría, cosa muy natural, porque, según había confesado, tenía siete diablos en el cuerpo. Sus convulsiones eran terribles, y al verla retorcerse y arrojar espuma por la boca, parecía rabiosa. Semejante estado no podía durar sin comprometer la salud de la paciente; así pues, Barné preguntó al diablo cuándo saldría:

—*Cras mane*, mañana por la mañana —respondió—. Insistiendo entonces el

exorcista para saber por qué no salía al momento, la superiora murmuró *Pactum*, un pacto; después, *Sacerdos*, un sacerdote; y, en fin, *finis o finit*, porque los que estaban más cerca oyeron mal: sin duda, el diablo, por temor a cometer algún barbarismo, hablaba entre dientes de la religiosa. No satisfechos los jueces con tales explicaciones, exigieron que se continuase el interrogatorio; pero tercos los diablos en no responder, fueron vanos cuantos conjuros se emplearon para hacerles romper el silencio. Pusieron entonces el copón sobre la cabeza de la superiora, acompañando esta acción con oraciones y letanías, mas todo fue en vano; sólo algunos de los circunstantes pretendieron que al pronunciar el nombre de ciertos bienaventurados, como por ejemplo el de San Agustín, San Jerónimo, San Antonio y Santa Magdalena, la superiora parecía sufrir con más violencia. Terminadas las oraciones y letanías, Barné mandó a la religiosa que dijera que entregaba a Dios su alma y su corazón, lo cual hizo fácilmente; no sucedió lo mismo al mandarle que dijera que le entregaba su cuerpo, pues en este momento el diablo manifestó, con nuevas convulsiones, que no sin resistencia abandonaría su domicilio, causando suma extrañeza a cuantos le oyeron decir, aunque sin duda a su pesar, que al día siguiente saldría. No obstante, del mismo modo que entregara a Dios su alma y su corazón, y a pesar de la resistencia del demonio, la superiora concluyó dando su cuerpo al Señor. Victoriosa en esta lucha, recobró la tranquilidad, y dijo a Barné, sonriendo, *que estaba ya libre de Satanás*. Preguntóle entonces el teniente civil si conservaba en la memoria las preguntas que se le habían hecho, y sus respuestas, pero ella manifestó no acordarse de nada. En seguida, tomando algún alimento, contó a su auditorio que se acordaba perfectamente del modo en que le habían dado el sortilegio sobre el que Mignon había triunfado: según ella, fue a las diez de la noche, estando en cama, al tiempo de estar varias religiosas en su cuarto; sintió que la tomaban de la mano, que le ponían alguna cosa en ella y se la cerraban al momento. Al mismo tiempo tres punzadas como de alfileres le arrancaron un grito, acudieron las religiosas, y al alargarles la mano encontraron tres espinas negras, cada una de las cuales había causado una llaguita. Al mismo tiempo, para evitar sin duda comentarios, la hermana lega entró en convulsión. Barné empezó sus oraciones y conjuros; mas apenas había proferido algunas palabras, cuando la asamblea empezó a dar voces: uno de los circunstantes había visto bajar un gato negro por la chimenea y desaparecer al momento. Volaron todos en su persecución, no dudando que era el demonio, logrando cogerlo al fin, aunque con dificultad. Espantado el pobre animal de tanta gente y de tanto ruido, se había refugiado en un pabellón. Llevado al lecho de la superiora, empezó Barné a conjurarle con la señal de la cruz, pero al mismo tiempo se adelantó la tornera del convento y, reconociendo ser su gato el pretendido diablo, lo reclamó por temor de que le sucediera algún daño.

Pronta la asamblea a separarse, y viendo Barné que este último suceso podía poner en ridículo la posesión, resolvió promover un saludable terror, quemando las flores en que había el segundo sortilegio. En efecto, cogió un ramo de rosas blancas

ya marchitas, y habiendo pedido un hornillo, las arrojó al fuego. Pero, con gran admiración de todos, el cielo permaneció tranquilo, no retumbó trueno alguno, ningún fétido olor apestó el aire, y el ramo se consumió sin ir acompañado de las señales propias de semejante operación. El poco efecto que esta nueva farsa había producido obligó a Barné a prometer grandes maravillas para el siguiente día: dijo que el diablo hablaría más claro que nunca, y que saldría del cuerpo de la superiora, dando señales tan evidentes de su salida que nadie osaría dudar de la verdad de la posesión. Entonces el teniente criminal, Renato Hervé, que había asistido a este último conjuro, dijo a Barné que sería menester aprovechar este momento para hacer preguntas al demonio relativas a Pivart, que a pesar de que en Loudun todo el mundo le conocía, nadie atinaba sobre él. Barné respondió en latín: *Et hoc dicet et puellam nominabit*, que significa: No solamente dirá esto, sino que nombrará a la joven. Ya conocerán nuestros lectores que esta joven que el diablo debía nombrar era la misma de las rosas, cuyo nombre se había obstinado en ocultar. Después de tales promesas, cada uno se retiró a su casa, aguardando el siguiente día con la mayor impaciencia.

Presentóse Grandier aquella misma noche en casa del bailío. Al principio se había reído de tales conjuros, porque le había parecido tan mal tramada la fábula y tan grosera la acusación que no había hecho caso; pero vista la importancia que iba tomando el asunto y el profundo odio que sus enemigos le tenían, presentóse a su imaginación el ejemplo de Gaufredi, citado por Mignon, y entonces resolvió anteponerse a sus adversarios. Por consiguiente, acababa de presentar su queja, fundándose en que Mignon había conjurado a las religiosas en presencia del teniente civil, del bailío y de un numeroso concurso, ante el cual le había hecho nombrar por las supuestas energúmenas como autor de su posesión. A su entender era esto una calumnia e impostura sugerida contra su honor, en vista de lo cual suplicaba al bailío, a quien pertenecía la instrucción de tal asunto, que mandase secuestrar a las supuestas hechizadas para interrogarlas por separado. Que en el caso de hallarse apariencias de posesión, tuviese a bien nombrar para los conjuros a los eclesiásticos de rango y probidad, que no siendo enemigos del suplicante, no le fuesen sospechosos como Mignon y sus secuaces. Invitaba, además, al bailío a formar un exacto sumario de cuanto acaeciese en los conjuros, para poder el exponente, en caso necesario, dirigirse a quien competiera. El bailío dio cuenta a Grandier de sus razones e informes, y le declaró ser Barné el que había conjurado aquel día, como encargado del mismo obispo de Poitiers. Hombre honrado y sin animosidad alguna contra Grandier, le aconsejó que se dirigiese a su obispo, que era desgraciadamente el de Poitiers, ya prevenido contra él y su irreconciliable enemigo por haber hecho anular su sentencia por el arzobispo de Burdeos.

No se ocultaba a Grandier el poco favor que con aquel prelado gozaba, y, de este modo, resolvió aguardar al día siguiente para ver el rumbo que tomaban los sucesos.

Llegó por fin el tan deseado día, y el bailío, los tenientes civil y criminal, el fiscal y el teniente de la pabordía, seguidos de los escribanos de ambas jurisdicciones, se

presentaron en el convenio a las ocho de la mañana. La puerta de entrada estaba abierta, pero la segunda estaba cerrada. Después de algunos instantes de espera, Mignon la abrió, y les condujo a un locutorio. Allí, les dijo que las religiosas se preparaban para la comunión, y les rogó que se retirasen a una casa del otro lado de la calle, en donde les avisarían para volver. Retirándose entonces los magistrados, notificaron a Mignon la demanda de Urbano.

Pasó una hora, y viendo que Mignon, olvidando su promesa, no se acordaba de llamarles, entraron todos en la capilla del convento, lugar en que se debían verificar los conjuros. Acababan las religiosas de salir del coro, cuando se presentó Barné a la reja con Mignon, diciéndoles que habían exorcizado a las dos poseídas y que, gracias a sus conjuros, estaban libres de los espíritus malignos. Añadió que de concierto habían estado trabajando desde las siete de la mañana, sucediendo grandes milagros que constaban ya en el acta, pero que habían creído conveniente no admitir más que a los encargados del exorcismo. Manifestóles el bailío que semejante conducta no solamente era ilegal, sino que les hacía sospechosos de mentira y sugestión a la vista de los más imparciales, puesto que siendo pública la acusación de la superiora contra Grandier, debía ésta denunciarla y sostenerla públicamente y no en secreto. Además, que había sido mucho atrevimiento por su parte invitar a gentes de su categoría para hacerles aguardar una hora y decirles después que les creían indignos de asistir al exorcismo para el cual les habían hecho venir, y añadió que haría constar en el proceso esta singular contradicción entre las promesas y los resultados. Respondió Mignon que su único objeto era expulsar a los demonios, y que la expulsión se había verificado, redundando en provecho de la santa fe católica, pues merced al imperio logrado sobre los espíritus infernales, les habían mandado hacer, en el término de ocho días, algún milagro que pusiese en claro la magia de Urbano y la libertad de las religiosas, para que en adelante nadie dudase de la verdad del hecho. Los magistrados extendieron una sumaria información de cuanto había pasado y de los discursos de Barné y Mignon, firmándola todos, a excepción del teniente criminal, que declaró que, dando fe a las palabras de los exorcistas, no quería aumentar por su parte la duda que por desgracia estaba cundiendo entre los profanos.

El mismo día recibió Urbano un aviso secreto del bailío, informándole de la protesta del teniente criminal. Al mismo tiempo acababa de saber que sus adversarios habían hecho de su partido a un tal Renato Memin, señor de Silly, hombre de mucho crédito, tanto en razón de sus riquezas como de los cargos que poseía, y sobre todo por sus amigos, en cuyo número contaba al cardenal duque, que le debía algunos favores de cuando era prior. El carácter imponente que la conjuración iba tomando no permitía a Grandier esperar más para luchar contra ella. Acordándose de su conversación de la noche con el bailío, y creyéndose tácitamente enviado por él al obispo de Poitiers, partió de Loudun para ver a este prelado en su casa de campo de Dissay, acompañado de un cura llamado Juan Buron. Pero temiendo ya el obispo semejante visita, había tomado sus medidas, y su mayordomo, Dupuis, respondió a

Grandier que su eminencia estaba enfermo. Entonces Grandier se dirigió a su capellán, rogándole que manifestara al prelado que había venido a presentar los autos extendidos por los magistrados sobre los sucesos acaecidos en el convento de las ursulinas, y para quejarse de las calumnias y acusaciones dirigidas contra él. Comprometido el capellán con esta demanda, no pudo negarse a su cumplimiento; pero después de algún rato vino a decirle, de parte del obispo, y en presencia de Dupuis, Buron y Labrasse, que su eminencia le invitaba a presentarse ante los jueces reales, deseando que obtuviese justicia en su asunto. Comprendió Urbano que estaba prevenido y sintió más y más la conjuración que le amenazaba; pero, incapaz de retroceder por esto ni un solo paso, se volvió a Loudun y, dirigiéndose al bailío, le contó lo sucedido, reiteró sus quejas contra las calumnias que se le dirigían y le suplicó que tomase a su cargo la justicia de su causa, pidiendo ser puesto bajo la protección del rey y la salvaguardia de la justicia, puesto que semejante acusación atentaba contra su honor y su vida.

Entonces el bailío le entregó a Urbano acta de sus protestas, con un resguardo para que nadie le insultase de hecho o de palabra. Gracias a este acta, se cambiaron los papeles: el acusador Mignon fue a su vez acusado. Pero, audaz en vista del apoyo que tenía, se presentó aquel mismo día en casa del magistrado para decirle que, al mismo tiempo que recusaba su jurisdicción, pues en calidad de eclesiástico de la diócesis de Poitiers dependía de su obispo, protestaba también contra la queja de Grandier, que le designaba como calumniador, declarando que estaba dispuesto a presentarse en las cárceles eclesiásticas para mostrar que ningún temor le infundía una sumaria. Además, que la noche anterior había jurado sobre el Santo Sacramento del altar, y en presencia de sus parroquianos que oían misa, que cuanto había hecho hasta entonces no había sido por rencor alguno contra Grandier, sino por amor a la verdad y para mayor triunfo de la fe católica; de todo lo cual se hizo dar acta por el bailío, presentándola aquel mismo día a Grandier.

Reinaba en el convento la mayor tranquilidad desde el 13 de octubre, día en que fueron expulsados los demonios por los exorcistas, pero esa falsa apariencia no adormeció a Grandier, conociendo demasiado a sus enemigos para imaginarse que desistieran de su empeño. Y, hablándole el magistrado de este intervalo de reposo, le manifestó que las religiosas estudiaban un nuevo papel, para repetir su drama con más seguridad que nunca. En efecto, el 22 de noviembre, Renato Mannouri, cirujano del convento, se entrevistó con un compañero suyo, llamado Gaspar Joubert, para que, junto con otros facultativos de la ciudad, viniera a visitar a dos religiosas atormentadas por el demonio. Pero esta vez Mannouri se dirigió a mala parte, puesto que Joubert era un hombre franco y leal, enemigo de fraudes, y que deseando seguir este asunto judiciaria y públicamente, fue a ver al magistrado para saber si había sido llamado por orden suya: respondióle ése que no, y llamó a Mannouri para saber de parte de quién había ido a casa de Joubert. Respondió Mannouri que la tornera del convento había ido a verle toda espantada, diciéndole que nunca las poseídas se

habían visto tan atormentadas, por cuyo motivo su director Mignon la hacía venir para que, acompañado por todos los médicos y cirujanos de la ciudad, se trasladara al convento. Las nuevas maquinaciones contra Grandier que dejaba entrever este suceso obligaron al magistrado a llamarle para advertirle de la vuelta de Barné, llegado el día antes de Chinon para empezar de nuevo los conjuros, añadiendo que corría la voz por la ciudad de que la superiora y sor Clara estaban agitadas por los malos espíritus. Ninguna admiración ni abatimiento le causó esta noticia, y respondió con su desdeñosa sonrisa que sólo veía en esto una nueva trama de sus enemigos, que ya se había quejado a los tribunales y que iba a hacerlo de nuevo, y le suplicó, seguro de su imparcialidad, que asistiera a los conjuros del convento, acompañado de médicos y dependientes para que, en caso de conocer algún viso de realidad en la posesión, mandasen poner a las religiosas en secuestro, siendo interrogadas por otros que no le fuesen tan legítimamente sospechosos como Mignon y Barné. Enviado a llamar al procurador del rey, que, a pesar de no estar muy acorde con Urbano, se vio comprometido a dar su parecer en el sentido que dejamos indicado, envió al escribano al convento para informarse por Mignon y Barné de si la superiora estaba poseída, con encargo de que, en caso de responder por la afirmación, les intimara la prohibición de proceder en secreto a los conjuros, con obligación de advertir al bailío para que, Acompañado de los módicos y dependientes que creyese necesarios, pudiese presidir el acto, todo bajo las penas correspondientes, salvo acceder a la demanda de Grandier relativa al secuestro y cambio de exorcistas. Escucharon los religiosos la lectura de esta orden, y respondieron no reconocer la autoridad del bailío en este asunto, añadiendo que, llamados de nuevo por la superiora y sor Clara para asistirles en su extravagante enfermedad, que a su entender no era otra cosa que la posesión del demonio, habían exorcizado hasta el presente en virtud de una comisión del obispo de Poitiers, y no habiendo expirado todavía el plazo de esa orden, continuarían sus conjuros tantas y cuantas veces se les antojase. Y que, además de esto, habían invitado a tan digno prelado para que viniese en persona, o enviase a otros religiosos que fuesen dignos de juzgar la posesión, tratada por los profanos e incrédulos de engaño o ilusión, en menoscabo de la gloria de Dios y de la religión católica: pero que, a pesar de esto, no tenían inconveniente en que, acompañado de sus dependientes y médicos, fuese el bailío a ver a las religiosas mientras esperaban contestación del obispo, que según pensaban llegaría al día siguiente: que nadie más que las religiosas tenía derecho a abrirles las puertas, y que, en cuanto a ellos, renovaban sus protestas, declarando no admitirle por juez, no reconociéndole derecho alguno, tanto en materia de conjuros como en las demás dependencias de la jurisdicción eclesiástica, para oponerse a la ejecución de un mandato de sus superiores.

El escribano presentó esta contestación al bailío, que, esperando la venida del obispo, o las nuevas órdenes que debía enviar, suspendió hasta el día siguiente su visita al convento. Pero llegó éste sin hablarse nada del prelado ni recibir ningún

delegado suyo.

Por la mañana fue el magistrado al convento, pero no le recibieron. Esperó con paciencia hasta mediodía, pero viendo que nada llegaba de Dissay, y que se negaban a abrirle, hizo justicia a la demanda de Grandier, prohibiendo a Mignon y Barné hacer preguntas a la superiora y demás religiosas, en menoscabo de la reputación del suplicante y de cualquier otro.

Intimóse esta orden a Barné y a una religiosa en nombre de las demás. Pero, sin hacer caso de tal notificación, respondió el cura que el bailío no tenía derecho alguno para privarle de cumplir los mandatos de su obispo, declarando que en adelante continuaría los conjuros con anuencia de los eclesiásticos, sin dar aviso a los seculares, cuya incredulidad e impaciencia turbaban la solemnidad necesaria a semejante operación.

Concluido el día en sus tres cuartas partes sin que el obispo apareciera en Loudun, ni nadie de su parte, Grandier presentó por la noche una nueva petición al magistrado. Llamó este a los dependientes del bailío y a los empleados reales para comunicársela, pero estos últimos se negaron a tomar conocimiento de ella, declarando que, sin acusar a Grandier de tan funesto accidente, creían en la posesión de las religiosas, convencidos por el testimonio de los devotos eclesiásticos que habían asistido a los conjuros. Tal fue la causa aparente de su protesta; pero, en realidad, el parentesco del abogado con Mignon, y ser el procurador yerno de Trinquant, a quien había sucedido, eran el único motivo de semejante proceder. Perseguido ya Grandier por la enemistad de los jueces eclesiásticos, comenzó a preverse sentenciado por los jueces reales, que sólo debían dar un paso desde la admisión de la posesión al reconocimiento del mago.

Sin embargo, a pesar de las declaraciones escritas y firmadas por el abogado y el procurador del rey, el bailío mandó que la superiora y la hermana lega fuesen secuestradas y puestas en casas particulares, acompañadas de una religiosa, siendo asistidas por mujeres y exorcistas de propiedad y consideración, y visitadas por médicos y demás personas designadas por él, impidiendo su acceso a cualquier otro sin su permiso.

Presentóse el escribano en el convento para anunciar este mandato a las religiosas, pero oído por la superiora, contestó, en nombre de la comunidad, que no reconocía la jurisdicción del bailío; que existía una orden del obispo de Poitiers, fecha del 18 de noviembre, prescribiendo los trámites que debían seguirse en este asunto, y que estaba pronta a remitirle una copia para que no pudiese alegar ignorancia; que se oponía enteramente al secuestro, contrario a su voto de perpetua clausura, del que sólo podía dispensarle un mandato del obispo. Verificóse esta protesta en presencia de la señora de Charnisay, tía materna de ambas religiosas, y del cirujano Mannouri, pariente de otra, y protestaron los dos contra el atentado, en caso de pasar adelante, declarando que tomarían parte en el asunto en su propio nombre. Firmada el acta de lo acaecido, el escribano la presentó al bailío, quien ordenó que las partes instaurasen una demanda relativa al secuestro, y anunció que el siguiente día,

24 de noviembre, asistiría a los conjuros.

Efectivamente, al día siguiente, y a la hora señalada, mandó llamar a los médicos Daniel Roger, Vicente de Faur, Gaspardo Joubert y Mateo Fanson e, informándoles de su objeto, les dio orden de considerar atentamente a las religiosas que él les designaría, para examinar con la más escrupulosa imparcialidad si las causas de su mal eran fingidas, naturales o sobrenaturales. Concluido este encargo, pasaron al convento.

Llegados allí, fueron introducidos en la iglesia, y colocados cerca del altar, separado por una reja del coro, en que por lo regular cantaban las religiosas, y frente a la cual llevaron pronto a la superiora, echada en una camilla. Entonces Barné celebró misa, durante la cual la superiora experimentó grandes convulsiones. Retorcíanse sus brazos y manos, encogíanse sus dedos, hinchábanse en demasía sus mejillas, girando de tal manera los ojos hasta ponerlos enteramente en blanco.

Concluido el santo sacrificio, acercósele Barné para darle la comunión y conjurarla, y con el sacramento en la mano le dijo:

—*Adora Deum tuum et creatorem tuum.* [Adora a tu Dios y tu creador]

La superiora quedó un momento sin respuesta, como si tuviese gran dificultad en pronunciar este acto de amor, y después respondió por fin:

—*Adoro te.* [Te adoro.]

—*Quem adoras?* [¿A quién adoras?]

—*Jesús Christus* [Jesucristo] —respondió la religiosa, que ignoró que el verbo adoro pide el acusativo.

Esta falta, que no habría cometido un niño de seis años, excitó la risa de todos los circunstantes, y Daniel Douin, asesor de la pabordía, no pudo menos que exclamar:

—He aquí un diablo que está atrasado en los verbos activos.

Pero, advirtiendo Barné el mal efecto que el nominativo de la superiora había producido, le preguntó:

—*Quis est iste quem adoras?* [¿Quién es el que tú adoras?]

Esperaba, que como la primera vez, la poseída respondería *Jesus Christus*, pero se engañó.

—*Jesu Christe*, fue su respuesta.

A esta nueva falta contra las primeras reglas de la gramática aumentaron las risotadas, exclamando varios de los circunstantes:

—¡Ah!, señor exorcista, muy miserable es este latín.

Barné fingió no oír nada, y le preguntó el nombre del diablo que la poseía. Pero, turbada la superiora con el inesperado efecto de sus últimas respuestas, se quedó muda por un momento, hasta que con suma dificultad pronunció el nombre de *Asmodeo*, sin atreverse a latinizarlo. Informóse entonces el cura del número de diablos que ella tenía en el cuerpo, a cuya pregunta respondió con prontitud: *Sex*, seis. Entonces el magistrado invitó a Barné para que le preguntase el número de compañeros que el diablo tenía. Mas, prevista de antemano esta respuesta, la religiosa contestó, francamente, *Quinque*, cinco, restableciendo algún tanto a *Asmodeo* en la opinión de los asistentes; pero como el bailío la invitase a decir en griego lo que había dicho en latín, guardó el más profundo silencio, recobrando su estado natural al repetirle la demanda.

Concluido por entonces con la superiora, mandaron entrar a una religiosa pequeña que se presentaba en público por primera vez. Empezó pronunciando dos veces seguidas el nombre de Grandier acompañado de grandes risotadas, y en seguida, dirigiéndose al auditorio dijo:

—Cuantos estáis aquí no sois buenos para maldita la cosa.

Pero visto el poco fruto que sacarían de semejante ente, la hicieron retirar en seguida, llamando en su lugar a la hermana lega, llamada Clara, que había ya representado su papel en el cuarto de la superiora.

Apenas entró en el coro exhaló un profundo gemido; pero al colocarla en la camilla que sirvió poco antes para la superiora y para la otra monja, empezó a dar risotadas exclamando:

—¡Grandier, Grandier! Compradme de esto en la plaza.

Declaró Barné que estas palabras sueltas y sin conexión alguna eran prueba evidente de la posesión, y se acercó a la enferma para conjurarla. Entonces empezó sor Clara a mostrarse rebelde, pareció que iba a escupirle a la cara, y sacó la lengua, acompañando estas demostraciones con lascivos movimientos y con un verbo que estaba en perfecta armonía con ellos que, siendo francés, lo comprendieron todos sin el auxilio de explicaciones.

Entonces, conjurándola para que nombrase al demonio que la atormentaba, respondió: *Grandier*. Repitió el cura la pregunta para hacerle entender su equivocación, y entonces nombró al demonio *Elimi*. Pero nada sirvió para saber de ella el número de demonios que acompañaban a aquél. Visto su empeño en no responder a tal pregunta, Barné prosiguió, diciéndole:

—*Quo pacto ingressus est demon?* [¿Por qué pacto ha entrado el diablo?]

—*Duplex* [doble] —respondió.

El odio que manifestaba al ablativo, necesario en este caso, promovió nueva risa en el auditorio, viendo que el diablo de sor Clara hablaba tan mal latín como el de la superiora. Temiendo Barné algún nuevo disparate por parte de los diablos, levantó la sesión, difiriéndola para otro día.

Las dudosas respuestas de las religiosas, que ponían en claro para todo hombre de buena fe la ridiculez de semejante farsa, animó al bailío a seguir su empeño hasta el último trance. Por consiguiente, se presentó a las tres de la tarde en casa de la superiora seguido de su escribano, de varios jueces y de un considerable número de gentes respetables de Loudun. Al llegar allí, declaró a Barné que el objeto de su visita era separar a la superiora de sor Clara para ser conjuradas por separado, a cuya demanda no osó el cura oponerse en presencia de tantos testigos. Separada la superiora, empozaron los conjuros, causándole al instante las convulsiones de la mañana, a excepción de que los pies por primera vez parecían retorcidos. Después de varios conjuros, el exorcista le hizo decir algunas oraciones, y le preguntó el número y nombre de diablos que la poseían; entonces respondió por tres veces que había uno llamado *Acaos*. Requerido Barné para informarse de si estaba poseída *ex pacto magi, aut ex pura voluntate Deis*, es decir, si estaba poseída por pacto del mago, o por mera voluntad de Dios, *Non est voluntas Dei*, respondió la superiora: no es por voluntad de Dios. Pero temiendo otras preguntas, continuó el cura las suyas, preguntándole quién era el mago:

—*Urbanus* —respondió.

—*Estne Urbanus papa?* [¿Es el papa Urbano?] —le preguntó de nuevo.

—*Grandier* —repuso la superiora.

—*Quare ingressus est in corpus hujus puellae?* [¿Por qué entraste en el cuerpo de esta joven?] —continuó Barné.

—*Propter presentiam tuam* [Por tu presencia]

Entonces, viendo el magistrado que seria nunca acabar, interrumpió el interrogatorio, pidiendo que se le hicieran las preguntas propuestas por él y sus dependientes y, en caso de responder con acierto a tres o cuatro de ellas, prometía en

nombre de sus compañeros creer en la posesión y firmar que estaban convencidos. Barné aceptó la propuesta, pero desgraciadamente volvió en sí la superiora y, como era ya tarde, todos se retiraron.

Al día siguiente, 25 de noviembre, el bailío, seguido de varios dependientes de ambos juzgados, se presentó de nuevo en el convento y se introdujo en el coro. Hacía rato que estaban allí, cuando se corrieron las cortinas de la reja, dejando ver a la superiora tendida en su lecho. Empezó Barné, según acostumbraba, con el sacrificio de la misa, durante el cual la poseída sufrió vivas convulsiones, repitiendo dos o tres veces: *¡Grandier, Grandier!* Maldito cura. Concluida la misa, pasó el exorcista detrás de la reja con el copón en la mano, lo puso sobre su cabeza, y en esta postura protestó ser su acción pura, llena de integridad, exenta de malos deseos para con nadie, conjurando a Dios que le confundiese si en toda esta sumaria había usado de ningún maleficio, intriga o persuasión con las religiosas.

Adelantóse en seguida el prior de los carmelitas para protestar en iguales términos, con el copón en la cabeza, y añadiendo en su nombre y en el de los religiosos ausentes y presentes que invocaba las maldiciones de Datán y Abirón para que cayesen sobre sus cabezas si habían pecado en todo este asunto. Tales acciones no produjeron en la asamblea el saludable efecto que esperaban, pues algunos dijeron en alta voz que semejantes conjuros parecían sacrilegios.

Oyendo Barné los murmullos, se apresuró a echar mano de los conjuros. Empezó acercándose a la religiosa para darle la comunión, pero al verle venir levantóse ella atormentada de terribles convulsiones y trató de arrancarle el santo copón de las manos. Las palabras santas del religioso lograron aquietarla, y le dio la hostia, pero en seguida la rechazó con la lengua. Mas él la sostuvo con los dedos, y privó al demonio de hacer vomitar a la religiosa. Entonces trató ésta de tragar el pan sagrado, pero se quejó de que se le detenía ya en el paladar, ya en el cuello. Finalmente, para hacerlo pasar, le dio dos o tres sorbos de agua; y en seguida comenzó de nuevo los conjuros en esta forma:

—*Per quod pactum ingressus es in corpus hujus puella?* [¿Por qué pacto entraste en el cuerpo de esta joven?]

—*Aqua* [por el agua] —respondió la superiora.

Había allí por casualidad un escocés llamado Stracan, principal del colegio de la reforma de Loudun. Al oír esta respuesta, propuso al diablo que dijera en escocés esta palabra agua, declarando en nombre de los circunstantes que si daba esta prueba del conocimiento de las lenguas, privilegio de todos los espíritus infernales, se convencerían todos de que no había farsa y de que la posesión era verdadera. A lo que contestó Barné, con el mayor descaro, que se lo haría decir, con tal que Dios lo permitiera. Al mismo tiempo mandó a los diablos que contestasen en escocés, pero en vano repitió dos veces el mandato, y sólo a la tercera contestó la religiosa:

—*Nimia curiositas*. [Demasiada curiosidad.]

Después añadió:

—*Deus non volo*. [Dios no quiero.]

Esta vez el diablo se había equivocado en la conjugación, y tomando la primera persona por la tercera, había dicho: *Dios no quiero*, lo que no tenía sentido, en vez de *Dios no lo quiere*, que era lo que debió responder.

Rióse mucho el escocés de tanta ignorancia, y propuso a Barné que hiciese aprender al diablo con sus discípulos de siete años, pero respondió el cura que era tanta la curiosidad que creía dispensado al diablo de responder.

—Sin embargo —dijo el teniente civil—, ya sabréis por medio del ritual que tenéis en la mano que la facultad de hablar las lenguas extranjeras y extrañas, junto con el poder de adivinar lo que se hace de lejos, es una de las señales para conocer la verdadera posesión.

—Caballero —respondió Barné—, el diablo sabe perfectamente esta lengua, pero no quiere hablarla, del mismo modo que vuestros pecados, que, si queréis, os dirá en seguida.

—Con mucho gusto —repuso el otro—, os ruego de corazón que hagáis otra prueba.

Entonces adelantóse el cura hacia la religiosa en ademán de preguntarle los pecados del teniente civil, pero el bailío le detuvo manifestándole el inconveniente de tal acción; mas Barné contestó que no trataba de ejecutarlo.

A pesar de cuantos esfuerzos hizo el religioso para distraer a los circunstantes, obstináronse éstos en saber si el diablo tenía conocimiento de las lenguas extranjeras; y a instancia de todos, el magistrado propuso a Barné que en lugar del escocés le mandase responder en hebreo, siendo, según la Escritura, la lengua más antigua, y que de no haberla olvidado debía ser muy familiar al demonio. Fue tan general el aplauso que acompañó a esta proposición que se vio comprometido a mandar responder a la poseída la palabra *aqua* en hebreo. A tal interpelación, la pobre joven, a la que tanto le costara repetir las pocas palabras latinas que había aprendido, se volvió dando visibles señales de impaciencia y exclamando:

—¡Ah!, aún peor, reniego.

Oídas y repetidas estas palabras, hicieron tan mal efecto que un carmelita manifestó que no había dicho, *reniego*, sino *zaguar*, voz griega que equivale a las dos latinas, *effudi aquam*, he derramado agua. Pero como todo el mundo había oído la palabra *reniego*, se burlaron completamente, y el mismo superior se adelantó,

riñéndole públicamente por semejante mentira. Entonces, para dar fin a las discusiones, la poseída entró en nuevas convulsiones, y como todos sabían que era el anuncio de finalizar las farsas, retiráronse a sus casas haciendo burla de un diablo que ignoraba el escocés y el hebreo, y que tan atrasado estaba en el latín.

No obstante, como el bailío y el teniente civil querían estar libres de toda duda, si acaso les quedaba alguna todavía, volvieron al convento a las tres de la tarde del mismo día. Encontraron a Barné, que dando con ellos tres o cuatro vueltas por el jardín, mostró al teniente civil su admiración de verle en favor de Grandier, cuando otra vez había informado contra él, por orden del obispo de Poitiers. A lo que respondió éste que estaba dispuesto a hacer lo mismo si hubiese motivo, pero que en cuanto al caso que se presentaba, su único objeto era descubrir la verdad, lo cual esperaba conseguir. Poco satisfecho Barné con semejante respuesta, llamó al otro para manifestarle que, descendiendo de personas respetables, algunas de ellas poseedoras de dignidades eclesiásticas harto considerables, y hallándose al frente de todos los empleados de la ciudad, debía, tan sólo por ejemplo, mostrar menos incredulidad con respecto a una posesión que redundaría en gloria de Dios y en ventajas de la Iglesia y religión. La frialdad con que el bailío recibió estas palabras, respondiendo que sólo la justicia guiaría sus pasos, hizo desistir a Barné, quien invitó a los magistrados para que subieran al cuarto de la superiora.

Al instante de entrar en el cuarto, en que había ya gran reunión, viendo la superiora el santo copón en la mano de Barné, sufrió vivas convulsiones. Acercósele aquél, y después de haber preguntado al demonio *por qué pacto había entrado en el cuerpo de la joven*, y de que ése le respondiese por el agua, continuó el interrogatorio en estos términos:

P. *Quis finis pacti?* [¿Cuál es el objeto de este pacto?]

R. *Impuritas.* [La impureza.]

A estas palabras, el magistrado le interrumpió para que mandase decir al demonio en griego estas tres palabras reunidas: *finis pacti, impuritas*. Pero la superiora, que había salido bien la otra vez con su evasiva respuesta, repitió su *nimia curiositas*, a que accedió Barné, diciendo que en efecto era demasiada curiosidad. En virtud de lo cual debieron renunciar a oír hablar al diablo en griego, lo mismo que había sucedido con el escocés y el hebreo. Entonces Barné continuó:

P. *Quis attulit pactum?* [¿Quién trajo el pacto?]

R. *Magus.* [El mago.]

P. *Quale nomen Magi?* [¿Cómo se llama el mago?]

R. *Urbanum.* [Urbano.]

P. *Quis Urbanus? estne Urbanas papa?* [¿Qué Urbano? ¿Es el papa?]

R. *Grandier*. [Grandier.]
P. *Cujus cualitatis?* [¿Su facultad?]
R. *Curatus*.

Esta nueva voz introducida por el diablo en la latinidad produjo sumo efecto en el auditorio, pero Barné procuró distraer la atención, continuando en seguida:

P. *Quis attulit aquam pacti?* [¿Quién trajo el agua del pacto?]
R. *Magus*. [El mago.]
P. *Quae hora?* [¿A qué hora?]
R. *Septima*. [A las siete.]
P. *An matutina?* [De la mañana?]
R. *Sero*. [De la tarde.]
P. *Quomodo intravit?* [¿Cómo entró?]
R. *Janua*. [Por la puerta.]
P. *Quis vidit?* [¿Quién le vio?]
R. *Tres*. [Tres.]

Aquí se paró Barné para confirmar las palabras del diablo, y aseguró que el domingo, después de estar libre por segunda vez la superiora, cenando con ella en su cuarto, junto con su confesor Mignon y otra religiosa, les mostró los brazos mojados con algunas gotas de agua, sin que nadie viese quién se las había puesto. Serían entonces las siete de la tarde. Lavó en seguida los brazos con agua bendita y rezó algunas oraciones, durante las cuales el libro de rezos de la superiora le fue arrancado dos veces de las manos y arrojado a sus pies, y que en el instante de recogerlo, recibió un bofetón sin ver la mano que se lo daba. Entonces Mignon confirmó con un largo discurso cuanto había dicho su compañero y, concluyendo con las más terribles imprecaciones, conjuró al santo sacramento para que le confundiese si faltaba a la verdad. En seguida, despidiendo al concurso, anunció que al día siguiente haría salir a los espíritus, e invitó a los circunstantes a que se preparasen, por medio de la penitencia y la comunión, para contemplar las maravillas que debían tener lugar.

Fue tanto el ruido que los últimos conjuros metieron por la ciudad que, a pesar de no haber asistido a ellos, supo Grandier perfectamente cuanto había pasado. Por cuyo motivo, al siguiente día por la mañana presentó otro pedimento al bailío, exponiendo que las religiosas continuaban nombrándole maliciosamente en los conjuros como autor de su pretendida posesión, a pesar de que no solamente ninguna comunicación había tenido con ellas, sino que jamás las había visto; que para probar la influencia de que se quejaba era absolutamente necesario ponerlas en secuestro, pues no era justo que sus mortales enemigos, Mignon y Barné, las gobernasen y pasasen noche y día a su lado; que semejante proceder ponía de manifiesto la sugestión; y, finalmente, que

estaba comprometido el honor de Dios y el del suplicante, que, como uno de los primeros eclesiásticos de Loudun, bien merecía algún respeto. Por cuyos motivos y consideraciones suplicaba que tuviese a bien mandar que las pretendidas poseídas fuesen secuestradas y separadas una de otra, gobernadas por eclesiásticos no sospechosos al exponente y asistidas por médicos, siendo todo ejecutado a pesar de cuantas oposiciones o apelaciones se sugirieran, pues así lo requería la importancia del asunto, y en caso de negarse a su demanda, protestaba quejarse de tamaña injusticia.

El bailío decretó que se tomaría en consideración aquel mismo día.

Después de Urbano Grandier se presentaron los médicos que habían asistido a los conjuros. Declararon haber reconocido movimientos convulsivos en la persona de la madre superiora, pero que una visita no era suficiente para descubrir su causa, que tanto podía ser natural como sobrenatural; que era preciso verla y examinarla más particularmente para ser juzgada con exactitud, a cuyo efecto pedían permiso para permanecer algunos días y noches al lado de las poseídas, sin dejarlas un solo instante, cuidándolas en presencia de otras religiosas y algunos magistrados; siendo preciso que nadie les hablase sino en alta voz, que si las tocaban fuese visiblemente y que no recibiesen alimento ni medicamento alguno sino de sus propias manos: entonces y sólo entonces prometían dar una exacta y verdadera relación de la causa de sus convulsiones.

Eran las nueve de la mañana, hora de comenzar los conjuros. Dirigióse el magistrado al convento, y encontró a Barné, que celebraba la misa, al paso que la superiora sufría terribles convulsiones. Como entró en la iglesia al tiempo de levantar el santo sacramento, observó, en medio de los católicos que estaban arrodillados, a un joven llamado Dessentier, que estaba en pie y con el sombrero puesto. Mandóle en seguida que se descubriera o se retirase. Entonces la superiora aumentó las convulsiones, gritando que allí había hugonotes, siendo su presencia la que daba tanto poder al diablo contra ella. Preguntóle Barné cuántos había, y ella respondió que dos, prueba de que el diablo sabía tanto de aritmética como de latinidad, puesto que además de Dessentier, había entre los concurrentes, y que pertenecían al culto reformado, el consejero Abraham Gauthier, su hermano, cuatro hermanas suyas, l'Elu, Renato Foumeau y el procurador Augevin. Para distraer la atención general, fijada entonces en esta inexactitud numérica, preguntó Barné a la superiora si era verdad que no supiese latín; y respondiendo ella que no sabía una palabra, le mandó que lo jurase sobre el santo copón. En primer lugar se excusó diciendo bastante alto para ser oída:

—Padre mío, Dios me castigará por los juramentos que me mandáis hacer.

—Hija mía —repuso el cura—, debes jurar para mayor gloria de Dios.

Y la religiosa juró. En aquel instante, un espectador observó que la superiora

explicaba el catecismo a sus discípulas, lo cual negó, declarando empero que les traducía el *Pater* y el *Credo*. Como a cada paso se le hacía el interrogatorio más embarazoso, tomó el partido de entrar en convulsión, lo cual no tuvo un éxito completo, pues el bailío mandó al exorcista que le preguntase en dónde se hallaba entonces Grandier. Como la pregunta se había hecho en los términos que indica el ritual, que da por una de las pruebas de la posesión la facultad de adivinar el lugar en que se encuentran las personas de quien se les habla, le fue forzoso obedecer, diciendo *que Grandier estaba en el Salón del Castillo*.

—Es falso —respondió el magistrado en alta voz—, porque antes de venir aquí, he indicado a Grandier la casa en que deseaba yo que se quedase, y en donde se le hallará, queriendo valerme de este medio para indagar la verdad, sin usar del secuestro, siempre difícil de practicar con religiosas.

En seguida mandó a Barné que nombrase algunos de los religiosos presentes para pasar al castillo, acompañados de un magistrado y del escribano. Barné nombró al prior de los carmelitas, y el bailío designó a Carlos Chauvet, asesor de la bailía, Ismael Boulieau, cura, y Pedro Thibaut, dependiente de la escribanía, que partieron al momento para ejecutar su comisión, dejando al auditorio aguardando su vuelta.

Después de tales procedimientos enmudeció la superiora, y como nada respondía, a pesar de los conjuros, Barné mandó venir a sor Clara, diciendo que un diablo excitaría al otro; a lo cual se opuso formalmente el magistrado, sosteniendo que este doble conjuro produciría una confusión, por cuyo medio se podría sugerir a la superiora sobre el hecho de que se trataba, y que debía aguardarse la vuelta de los enviados antes de proceder a nuevos conjuros. Pero por justa que fuese esta razón, guardóse bien el cura de acceder a ella, pues a cualquier precio era menester deshacerse del bailío y demás magistrados que participaban de su duda, o bien, con la ayuda de sor Clara causarles alguna ilusión. Por consiguiente, a pesar de la oposición de los magistrados, entró la religiosa, pero no queriendo contribuir a semejante engaño, se retiraron declarando que no podían ni era su voluntad asistir por más tiempo a tan odiosa comedia. Encontraron en el patio a los diputados que volvían del castillo, en cuyo salón y demás cuartos habían entrado sin encontrar a Grandier. Y en seguida habían pasado a la casa designada por el bailío, encontrando allí al que buscaban acompañado del padre Veret, confesor de las religiosas, de Rousseau, de Nicolás Benoit, y del médico Couté, de cuya boca supieron que hacía dos horas que Grandier estaba con ellos sin dejarles un solo instante. Instruidos los magistrados de cuanto querían saber, se retiraron, mientras que los enviados traían al auditorio esta respuesta, cuyo efecto es fácil de adivinar. Entonces, un carmelita, deseoso de paralizar tal impresión, y pensando que el diablo estaría tal vez más acertado que hasta entonces, preguntó a la superiora *en dónde estaba Grandier*.

—Se pasea con el magistrado en la iglesia de Santa Cruz —respondió ella sin titubear.

Enviaron otra diputación, pero no encontrando a nadie en la iglesia, subió al

palacio en donde estaba el bailío dando audiencia, y que desde el convento había ido directamente al tribunal, sin ver siquiera a Grandier. Al día siguiente manifestaron las religiosas su repugnancia a que el bailío y demás empleados que le acompañaban fuesen espectadores de los conjuros, y que si en adelante tenían tales testigos, no responderían una palabra.

Viendo Grandier tanto descaro, y que el único hombre con cuya imparcialidad podía contar estaba excluido de los exorcismos, presentó otra petición para que fuesen secuestradas las tales religiosas. Pero no atreviéndose el bailío a acceder a ella por temor a que una oposición apoyada en que ellas dependían de la justicia eclesiástica anulase su proceder, reunió a los habitantes más notables de la ciudad para consultarles lo que había que hacer para el bien público. El resultado de esta reunión fue escribir al procurador general y al obispo de Poitiers, enviándoles los procesos verbales y suplicándoles al mismo tiempo que detuvieran con su autoridad y prudencia el curso de estas perniciosas intrigas. Pero el procurador general contestó que el Parlamento no tenía nada que ver en un asunto puramente eclesiástico; y, en cuanto al obispo, nada respondió.

No obstante, no guardó el mismo silencio respecto a los enemigos de Grandier, puesto que como el mal resultado de los conjuros del 26 de noviembre reclamaba nuevas precauciones, juzgaron a propósito lograr del prelado una nueva orden, nombrando algunos eclesiásticos para presenciar los conjuros en su nombre. Por consiguiente, pasó Barné a Poitiers, a cuyas instancias quedaron nombrados Bazile, deán de los canónigos de Champigny, y Demorans, deán de los de Thouars, ambos parientes de los enemigos de Grandier. He aquí la copia de la nueva orden:

«Enrique Luis de Chataignier de la Rochepezai, por la gracia de Dios, obispo de Poitiers, a los deanes de San Pedro de Thouars y de Champigny, salud.

»Nos por la presente mandamos que paséis a la ciudad de Loudun, en el convento de religiosas de Sania Úrsula, para asistir a los conjuros empleados por el cura Barné, por Nos autorizado, con las monjas de dicho monasterio atormentadas del demonio, y a fin de extender proceso verbal de cuanto suceda, tomareis el escribano que estiméis conveniente».

»Dado en Poitiers, a 28 de noviembre de 1632.

»Firmado: ENRIQUE LUIS, obispo de Poitiers».

Y en seguida:

«Por disposición de dicho señor
»MICHELET».

Advertidos de antemano ambos comisionados, llegaron a Loudun al mismo tiempo que el capellán de la reina, llamado Marescot. Las diferentes maneras en que la piadosa Ana de Austria había oído contar la posesión de las ursulinas la obligó a enterarse particularmente del caso. El asunto había tomado cada día más incremento, hasta llegar a los oídos de la corte, por cuyo motivo, temiendo el teniente civil y el bailío que el enviado real se dejase engañar y diese un informe contrario a la verdad de su proceso, se dirigieron al convento el primero de diciembre, día en que empezaban los conjuros ante los nuevos comisionados, a pesar de la protesta de las religiosas de no quererles admitir. Acompañados del asesor, del teniente de la pabordía y de un dependiente de la escribanía, llamaron a la puerta sin que les contestaran, hasta que por fin vino una religiosa a abrirla, pero les manifestó que no entrarían, pues habiendo publicado que la posesión era una ficción e impostura, eran sospechosos. Pero el magistrado, sin detenerse en disputas con ella, mandó llamar a Barné, quien se presentó al cabo de un rato, en hábitos sacerdotales, y seguido de varias personas, en cuyo número estaba el capellán de la reina. Entonces el bailío se quejó de que les hubiesen impedido la entrada, contrariando las órdenes del obispo de Poitiers. Pero Barné manifestó que por su parte no tenía inconveniente en que entrasen.

—Tal ha sido nuestro intento —añadió el magistrado—, rogándoos al mismo tiempo que hagáis al pretendido diablo dos o tres preguntas que os propondremos, conformes a lo que prescribe el ritual. Espero que no os opondréis —añadió dirigiéndose a Marescot y saludándole— a hacer este experimento delante del capellán de la reina, medio eficaz para disipar las sospechas de impostura que desgraciadamente han cundido.

—En este punto —respondió descaradamente el exorcista—, haré mi voluntad y no la vuestra.

—Sin embargo —repuso el bailío—, vuestro deber os manda proceder con legalidad, si es que obráis sinceramente; pues sería ultrajar a Dios querer aumentar su gloria con un falso milagro, e insultar a la religión católica, tan poderosa de por sí, haciendo brillar sus verdades por medio de engaños e ilusiones.

—Señor —replicó el cura—, mi honradez me dicta mi deber, y ese deber sabré cumplirlo. En cuanto a vos, acordaos de que la última vez al salir de la iglesia rebosabais de cólera, triste situación para un hombre encargado de la justicia.

Como tales discusiones no daban provecho alguno, insistieron los magistrados para entrar; pero vistas las negativas para abrirles las puertas, intimaron a los exorcistas la expresa prohibición de hacer pregunta ninguna que tendiese a difamar a nadie, so pena de ser tratados como sediciosos y perturbadores. A cuya amenaza respondió Barné que no reconocía su jurisdicción, y cerrando la puerta, les dejó en la calle con el teniente civil.

El tiempo era precioso, si deseaban oponerse eficazmente a las maquinaciones pasadas y futuras. Aconsejado Grandier por el bailío y el teniente civil, escribió al

arzobispo de Burdeos, que otra vez le había ya sacado de apuro, informándole de la situación en que le habían puesto sus enemigos. Los dos magistrados añadieron a la carta las sumarias que habían formado sobre los conjuros, todo lo que fue inmediatamente enviado por un mensajero seguro a monseñor d'Escoubleau de Sourdis. Juzgando este digno prelado la gravedad del asunto, y viendo que el menor retardo podía perder a Grandier, abandonado a sus adversarios, se presentó en persona en la abadía de Saint-Jonin-les-Marnes, en donde otra vez administró justicia al pobre Urbano con tanta lealtad y brillantez.

La llegada del arzobispo fue, como es de suponer, un terrible golpe para la posesión, pues apenas había llegado a la abadía, cuando envió a su médico con orden de ver a las poseídas y examinar las convulsiones, para asegurar si eran fingidas o verdaderas. Presentóse el médico con una carta del arzobispo, que mandaba a Mignon que dejase enterar al doctor del estado de las cosas. Recibióle éste con el respeto debido al que le enviaba, diciéndole que sentía mucho que no hubiese llegado un día antes, pues gracias a sus conjuros, las religiosas estaban ya libres desde la víspera. Acompañóle a ver a la superiora y sor Clara, que estaban tan tranquilas y descansadas como si nada hubiese sucedido. Conñrmaron cuanto Mignon había dicho, y el médico se volvió a la abadía, sin poder dar fe de otra cosa que de la perfecta tranquilidad que en el convento reinaba.

La farsa era patente, y el arzobispo se imaginó que todas estas infames persecuciones habían concluido para no comenzar más. Pero Grandier, que conocía mejor a sus adversarios, se arrojó a sus pies, el día 27 de diciembre, suplicándole que admitiese una demanda en la cual le manifestaba que sus enemigos, tratando de oprimirle con una falsa y calumniosa acusación de la que se había evadido, merced a su recto proceder, acababan de suponer y publicar, de tres meses acá, que había hechizado a las religiosas de Loudun, a quienes nunca había hablado; que a pesar de la pública y mortal enemistad entre él y los eclesiásticos Barné y Mignon, se habían éstos encargado de la dirección de las poseídas y de los conjuros; que en sus sumarias, contradictorias de las que formaron los magistrados, se vanagloriaban de haber apartado tres o cuatro veces a los pretendidos demonios, y que, según sus calumniadores, habían vuelto en virtud de los pactos con él contraídos; que el objeto de tales habladurías y de las sumarias de Mignon y Barné era infamarle y armar alguna sedición contra él; que era cierto que la venida del digno prelado ahuyentaba los malignos espíritus, pero que rehaciéndose con su partida era probable que no tardaran en volver a la carga, de modo que si estaba abandonado por la alta protección de su bondadoso protector, estaba seguro de que, a pesar de la brillantez de su inocencia, sucumbiría bajo los extraños artificios de tan encarnizados enemigos. Por consiguiente, en virtud de todo lo expuesto, tuviese a bien prohibir a Barné, Mignon y sus adherentes, tanto seculares como eclesiásticos, en caso de nueva posesión, conjurar ni gobernar a las pretendidas poseídas, nombrando en su lugar otros eclesiásticos y seculares, para verlas comer, medicamentar y conjurar, en caso

necesario en presencia de los magistrados.

El arzobispo de Burdeos acogió esta demanda contestando en estos términos:

«Vista la presente demanda, y oído el parecer del promotor fiscal, dirigimos al exponente ante nuestro promotor de Poitiers, para que se le haga justicia. Al mismo tiempo hemos nombrado al cura Barné, al jesuita padre l'Escaye, residente en Poitiers, y al padre Gau del Oratorio, residente en Tours, para conjurar en caso necesario, según órdenes que a este fin les remitimos:

»Queda prohibido a cualquier otro el mezclarse en los dichos conjuros, bajo las penas impuestas por la ley».

La esclarecida y generosa justicia del arzobispo había previsto todos los casos. Así pues, enterados los exorcistas de la publicación de esta orden, cesó de repente la posesión, quedando casi sepultada en el olvido. Barné se volvió a Chinon, los deanes comisionados por el obispo de Poitiers se retiraron a su cabildo y, libertadas enteramente las religiosas de todo espíritu maléfico, entraron de nuevo en el silencio y tranquilidad, entonces el arzobispo renovó su invitación a Grandier para que limitase sus beneficios; pero éste respondió, que aun cuando le ofreciesen un obispado, no lo cambiaría entonces con su curato de Loudun.

El final de toda esta farsa había parado en perjuicio de las religiosas, de manera que en vez de las consideraciones y limosnas que, según promesas de Mignon, debía atraerles este drama, la vergüenza pública y la mortificación fueron su único resultado: los padres sacaron a sus hijas de la pensión, y al perder a sus educandas agotaron sus últimos recursos. La mala opinión que entre las gentes se habían granjeado las sumergió en la desesperación, y corrió la voz de que en aquella época tuvieron varios altercados con su director, echándole en cara que en vez de las ventajas espirituales y temporales que les había prometido sólo habían logrado infamia y miseria, además del pecado que les había hecho cometer. El mismo Mignon, a pesar de la rabia que le devoraba, permanecía quieto, sin renunciar por eso a la venganza, pues siendo uno de aquellos hombres que, mientras les queda un vislumbre de esperanza, no se cansan de aguardar, permanecía en la oscuridad, en apariencia resignado, pero con los ojos fijos en Grandier, dispuesto a arrojarle a la primera ocasión sobre la presa que se le había escapado. La mala suerte de Urbano dio pábulo a su venganza.

Llegó el año 1633, época del gran poder de Richelieu. Proseguía el cardenal duque su obra de destrucción, demoliendo los castillos cuando no podía cortar cabezas, y diciendo como John Knox:

—Destruyamos los nidos, y los cuervos huirán.

Uno de estos nidos era el castillo de Loudun, y Richelieu dio orden de destruirlo.

El encargado de esta misión era como uno de aquellos hombres que quinientos

años antes habían sen/ido a Luis XI para destruir el feudalismo, y que quinientos años después debían ayudar a Robespierre a destruir la aristocracia, puesto que todo leñador necesita un hacha, y todo segador, una hoz. Richelieu era el pensamiento; Laubardemont, el instrumento.

Pero un instrumento lleno de inteligencia, conecedor, en el modo de ser puesto en acción, de qué pasión le hacía moverse, y adaptándose a ella con una homogeneidad milagrosa, tanto si era violenta y rápida como si era lenta y sorda, resuelto a matar con el acero o a envenenar con la calumnia, ya fuese demandando sangre, o exigiendo el honor.

Laubardemont llegó a Loudun en el mes de agosto de 1633, y se dirigió para cumplir su encargo a Memin de Silly, mayor de la ciudad y antiguo amigo del cardenal, que ya hemos manifestado que se había hecho del partido de Mignon y Barné. Memin vio en este viaje la voluntad divina de hacer triunfar su causa, que creyeron perdida. Preséntesele Mignon y todos sus amigos, quienes fueron muy bien recibidos. Validos del parentesco que mediaba entre la superiora y el terrible cardenal, ponderaron la afrenta recibida, que, al paso que recaía en la superiora, alcanzaba también a toda su familia, y ya no se trató más que de buscar medios para comprometer al cardenal duque en sus resentimientos. Pronto lograron su objeto.

Tenía la reina madre, María de Médicis, una camarera llamada Hammon, que, habiendo gustado a la princesa en cierta ocasión que le había hablado, permanecía a su lado gozando de algún crédito con ella. Era una mujer del pueblo, natural de Loudun, en donde pasó la juventud. Conocía la Grandier particularmente cuando habitaba en la ciudad, y como era una mujer de bastante talento, se complacía con su conversación. Durante un intervalo de desgracia, se había publicado una sátira contra los ministros, pero sobre todo contra el cardenal duque. Atribuyóse este escrito ingenioso, fecundo y burlesco a Hammon, partícipe del odio de Maria de Médicis contra su enemigo, y que al abrigo de su protección evitaba el castigo del cardenal, aunque éste le conservó un profundo resentimiento. La idea de los conjurados fue atribuir esta sátira a Grandier, informado por Hammon de todas las particularidades de la vida privada del cardenal que en ella se referían. Si el ministro daba crédito a esta calumnia podían tranquilizarse: Grandier estaba perdido.

Convencidos sobre este punto, acompañaron a Laubardemont al convento, en donde aparecieron de nuevo los diablos, instruidos de ante qué personaje iban a comparecer: las religiosas tuvieron admirables convulsiones, y Laubardemont se volvió a París enteramente convencido.

A la primera palabra que el consejero dijo al cardenal relativa a Urbano, conoció fácilmente que era inútil la farsa de la sátira, y que bastaba pronunciar su nombre ante el ministro para reducirle al grado de irritación que deseaba. En otro tiempo, el cardenal duque había sido prior de Coussay, y había tenido entonces una disputa de preeminencia con Grandier, que como cura de Loudun no solamente no le cedió el paso, sino que se le antepuso. El cardenal tenía escrita la afrenta con letras de sangre,

por cuyo motivo deseaba tanto como Laubardemont la desgracia de Grandier.

He aquí la orden que obtuvo el consejero, de fecha de 30 de noviembre:

«El señor de Laubardemont, consejero de listado y privado del rey, pasará a Loudun y a donde más convenga, para informar contra Grandier sobre los hechos de que ha sido acusado y los que tengan lugar en adelante relativos a la posesión de las religiosas ursulinas y demás personas que se dicen poseídas y atormentadas por el demonio por maleficio del citado Grandier, enterándose de los procesos y demás actas de los comisarios y delegados, correspondientes a lo sucedido desde el principio de la posesión. Asistirá a los conjuros, y extenderá su correspondiente proceso verbal, procediendo como juzgue conveniente para aclarar las pruebas de los hechos, decretando, instruyendo y juzgando al dicho Grandier y a sus cómplices hasta su definitiva sentencia. Y no obstante oposición o apelación cualquiera, no sufrirá retardo ninguno, a pesar de la calidad del crimen. En virtud de lo cual S. M. manda a los gobernadores, tenientes generales de provincia, bailíos y demás autoridades que auxilién con mano fuerte la ejecución de esta orden en caso de ser requeridos».

Provisto de esta orden, equivalente a una sentencia, llegó Laubardemont a Loudun el día 5 de diciembre a las nueve de la noche y, para no ser visto, se detuvo en el arrabal, en casa de Pablo Aubin, ujier de las órdenes del rey y yerno de Memin de Silly. Fue tan secreta su llegada que nada supo Grandier ni sus amigos. Pero Memin, Hervé, Menuau y Mignon fueron avisados, pasando en seguida a visitarle. Recibióles el consejero enseñándoles la orden, pero no les pareció bastante, al no contener orden de prender a Grandier, que podría aún escaparse. Sonrióse de que se imaginasen cogerle desprevenido, y sacó del bolsillo dos órdenes semejantes para el caso de extraviarse una, fechadas el 30 de noviembre, con la firma de Luis, y más abajo Phélippeaux. Estaban concebidas en estos términos:

«Luis, etc... etc.

»Damos la presente a nuestro consejero privado, Señor de Laubardemont, para detener y prender a Urbano Grandier y a sus cómplices. Con mandato a todas las autoridades y empleados civiles de ayudar a la ejecución de nuestra orden, obedeciendo en caso necesario al citado portador de la presente, debiendo los gobernadores y tenientes generales asistirle con mano armada si fuese conveniente».

Esta segunda orden satisfacía sus deseos. Resolvieron entonces que para hacer ver que el golpe provenía de la autoridad real, y para intimidar a cualquier empleado

público que tomase partido por Grandier o a los testigos que quisiesen declarar en su favor, antes de todo, le mandarían prender. De modo que llamaron en seguida a Guillermo Aubin, Señor de Lagrange y teniente del preboste. Laubardemont le comunicó la comisión del cardenal y las órdenes del rey, y le mandó que al amanecer del día siguiente prendiese a Grandier. Inclínose Aubin ante las dos firmas, y respondió que sería obedecido; pero viendo en semejante proceder un asesinato y no un juicio, avisó a Grandier del peligro que corría, a pesar de la amistad que le ligaba con Memin, cuya hija estaba casada con su hermano. Pero Urbano, con su habitual firmeza, le mandó dar las gracias, contestando que, confiado en su inocencia y en la justicia de Dios, estaba resuelto a no retirarse.

Grandier no quiso escaparse, y aseguró su hermano, que dormía a su lado, que nunca le vio dormir más tranquilo que aquella noche. Levantóse al día siguiente a las seis, como tenía costumbre, tomó su breviario y salió para ir a maitines en la iglesia de Santa Cruz. Apenas salió de su casa, Lagrange le detuvo en nombre del rey, en presencia de Memin, Mignon y otros enemigos suyos, que se habían reunido para gozar de este espectáculo. En seguida fue puesto en poder de Juan Pouguet, jefe de los guardias de su majestad, y de los alguaciles de los prebostes de Loudun y Chinon, para ser conducido al castillo de Angers, al tiempo que estaban sellando sus cuartos, armarios, muebles y demás de su casa. Pero nada encontraron que pudiese comprometerle, a no ser un tratado contra el celibato de los curas y dos hojas en que había escritos en una letra que no era la suya algunos versos eróticos al estilo de aquel tiempo.

Cuatro meses estuvo en aquella cárcel, siendo un modelo de resignación y constancia, según informes de Michelin, comandante de la ciudad, y de su confesor Pedro Bacher. Pasaba el tiempo leyendo libros santos o escribiendo plegarias o meditaciones, cuyo manuscrito fue agregado al proceso. A pesar de las instancias y oposiciones de la madre del acusado, Juana Esteve, que no obstante sus setenta años, había recobrado sus fuerzas juveniles con la esperanza de salvar a su hijo, Laubardemont seguía el proceso, que fue concluido el 9 de abril. Mandaron en seguida trasladarle otra vez a Loudun.

Habíanle preparado una cárcel extraordinaria en una casa de Mignon, habitada antes por un sargento llamado Bontems, antiguo escribiente de Trinquant y acusador de Grandier en la primera causa. Esta cárcel estaba situada en el piso más alto. Las ventanas estaban tapadas y sólo había una pequeña abertura en el techo, guarnecida con enormes barras. Y temiendo tal vez que los diablos viniesen a libertar al mago, taparon la chimenea con una reja de hierro, y además algunos agujeros imperceptibles ocultos en los ángulos dejaban mirar a la mujer de Bontems todo lo que hacia Grandier, precaución que esperaban podía serles útil en los conjuros. En este cuarto, echado en la paja y privado casi de luz, escribió a su madre la siguiente carta:

«Madre mía: he recibido la vuestra con todo lo que me habéis enviado,

excepto las medias de sarga. Sufro con paciencia mis aflicciones, pero lloro vuestras angustias. No tengo cama para dormir; enviadme la mía, porque si el cuerpo no descansa, el alma sucumbe. Remitidme también un Breviario, una Biblia y un Santo Tomás, para mi consuelo; pero no os aflijáis, madre mía, que Dios aclarará mi inocencia. Saludos a mis hermanos y amigos, y en cuanto a vos, acordaos de vuestro hijo que os ama.

»GRANDIER».

Durante el encierro de Urbano Grandier en el castillo de Angers, la posesión había aumentado de forma milagrosa, porque entonces ya no fueron sólo sor Clara y la superiora las únicas poseídas, sino que nueve religiosas padecían ya los tormentos del genio del mal. Dividiéronse en tres cuadrillas, a saber:

La superiora, Luisa de los Ángeles y Ana de Santa Inés, estaban en casa de Laille, abogado y consejero de las monjas.

Sor Clara y Catalina de la Presentación, en casa del canónigo Maurat.

Finalmente, Isabel de la Cruz, Mónica de Santa Marta, Juana del Espíritu Santo y Seráfica Archer habitaban en otra casa.

Además estaban todas bajo la vigilancia de la hermana de Memin de Silly, esposa de Moussant, y, por consiguiente, pariente de los dos mayores enemigos del acusado, y que, informada por la mujer de Bontems, participaba a la superiora cuanto era necesario saber de él. Tal fue el llamado secuestro.

La elección de los médicos fue del mismo estilo: en vez de llamar a los más célebres de Angers, de Tours, de Poitiers o de Saumur, incluso Daniel Roger, de Loudun, fueron escogidos en los pueblos pequeños, y entre gentes de ninguna instrucción. De modo que el uno jamás había obtenido grado ni título, y el otro acababa de salir de la tienda de un mercader, en que había pasado diez años en calidad de dependiente, y cuya colocación había abandonado para abrazar la más lucrativa de curandero.

No fue más equitativa ni plausible la elección de boticarios y cirujanos: el boticario, llamado Adán, era primo hermano de Mignon, y testigo de la primera acusación contra Grandier; y como su declaración tocaba el honor de una joven de Loudun, el Parlamento le había condenado a una pública retractación. Sin embargo, conocido su odio contra Grandier, descansaron en su buen tino para preparar los remedios, sin examinar si disminuía o aumentaba la dosis, y si en vez, de calmantes daba algún excitante capaz de producir convulsiones verdaderas. En cuanto al cirujano, era aún peor, pues era Mannouri, sobrino de Memin de Silly, hermano de una religiosa, y que se había opuesto al secuestro reclamado por Grandier. En vano la madre y el hermano del acusado presentaron varias demandas, rehusando a los médicos por ignorantes y al cirujano y boticario por enemigos personales; nada lograron, ni siquiera una copia certificada de estas peticiones, aunque ofreciesen

probar, con testigos, que un día Adán había dado el *crocus metallorum* en vez de *crocus martis*; cuya ignorancia causó la muerte del enfermo. Pero habían resuelto la perdición de Grandier, sin ocuparse de encubrir los infames medios que debían servir para satisfacer su deseo.

Prosiguióse el informe con gran actividad, y como una de sus primeras formalidades era la confrontación, Grandier publicó un alegato en que, apoyándose en el ejemplo de San Anastasio, refirió que acusado aquel Santo en el concilio de Tyr por una mala mujer, que jamás le había visto, cuando ella entró en la asamblea para formular públicamente la acusación, levantóse un sacerdote llamado Timoteo, y presentándose a ella le habló como si fuese Anastasio: creyólo así la acusadora, y le respondió como a tal, poniendo a la vista de todos la inocencia del Santo. En consecuencia, pedía Grandier dos o tres personas de su estatura, seguro de que, a pesar de sus pretendidas relaciones con él, no le conocerían, pues jamás las había visto ni creía que ellas le hubiesen visto nunca; pero era tan leal esta demanda, y por consiguiente tan embarazosa, que no tuvo contestación.

Al mismo tiempo, triunfando a su vez el obispo de Poitiers sobre el arzobispo de Burdeos, que nada podía hacer contra una orden del cardenal duque, rehusó al padre Escaye y al padre Gau, nombrados por su superior, designando en su lugar al recoleto padre Lactance y a su lectoral, que había sido uno de los jueces que sentenciaron a Grandier la primera vez. Los dos sacerdotes no se cuidaron de ocultar a qué partido pertenecían, alojándose en casa de Nicolás Moussant, uno de los enemigos más encarnizados de Urbano, y al día siguiente de su llegada fueron a ver a la superiora, y empezaron los conjuros. Conociendo el padre Lactance que la superiora no sabía mucho el latín, presentando poca seguridad en las respuestas, le mandó que contestase en francés, aunque la interrogase en latín. Y objetándole alguno que había allí que, según el ritual, el diablo sabía todas las lenguas vivas y muertas, y que por consiguiente debía responder en el idioma en que era preguntado, contestó el padre que el pacto se había hecho así, y que, por otra parte, había diablos más ignorantes que un patán.

Después de estos exorcistas y los dos carmelitas que se habían metido en el negocio desde un principio, llamados el uno Pedro de Santo Tomás y el otro Pedro de San Mathurin, llegaron cuatro capuchinos, enviados por el padre José, eminencia de la orden. De modo que nunca se había dado tanta importancia a los conjuros. Tenían éstos lugar en cuatro lugares diferentes, a saber: en las iglesias de Santa Cruz, del convento de las ursulinas, de San Pedro de Martray y de Nuestra Señora del Castillo. Sin embargo, poco hay que mencionar relativo a los conjuros del 15 y 16 de abril, puesto que las únicas declaraciones de los médicos se reducían a *que las cosas que habían visto eran sobrenaturales y sobrepujaban sus conocimientos y las reglas de la medicina*.

La sesión del 23 fue más interesante. Interpelada la superiora por el padre Lactance sobre la forma en que se le había aparecido el demonio, respondió que en

figura de gato, de perro, de ciervo y de cabra.

—*Quoties?* —preguntó el padre.

—No me acuerdo bien del día —contestó la monja.

La pobre entendió *quando* por *quoties*.

Queriendo sin duda vengarse de este error, declaró aquel mismo día que Urbano tenía cinco señales en el cuerpo hechas por el diablo, y que sólo tenía sensibilidad en estos puntos, pues en lo demás del cuerpo era invulnerable. Por tanto, se dio orden a Mannouri para asegurarse de la verdad, fijando el día 26 para hacer el experimento.

En virtud de la orden que había recibido, presentóse Mannouri el 26 por la mañana en la cárcel de Grandier, le mandó desnudar y afeitar todo el cuerpo y, vendándole los ojos, mandó que le tendieran en una mesa. También esta vez se había equivocado el demonio, pues no tenía más que dos lunares, uno en el omóplato y otro en el muslo.

Comenzó entonces una de las escenas más atroces que puedan imaginarse: Mannouri tenía una sonda de resorte, cuya aguja entraba dentro de si misma; en todas las partes del cuerpo donde, según la superiora, era insensible, el cirujano soltaba el resorte, la sonda se metía, y aunque simulaba penetrar la carne, ningún dolor causaba al acusado. Pero, al llegar a los lunares designados como vulnerables, apretó el resorte, y clavando la aguja a mucha profundidad, hizo dar al mísero Grandier, que no se lo esperaba, un grito tan agudo que se oyó desde la calle. Desde el omóplato pasó al muslo, pero esta vez, a pesar de hundirlo toda la sonda, Grandier no dio un grito siquiera, ni una queja, ni el menor gemido, sino que al contrario, se puso a orar, y a pesar de que Mannouri repitió dos veces sus heridas en el muslo y espalda, no pudo sacar del paciente otra cosa que plegarias para sus verdugos.

El caballero Laubardemont era testigo de esta escena sangrienta.

Al día siguiente conjuraron a la superiora en términos tan fuertes que el diablo tuvo que confesar que no eran cinco sino dos los lunares de Urbano; es verdad que esta vez, con gran admiración del concurso, indicó el lugar en que los tenía.

Pero un nuevo engaño del diablo destruyó el efecto de esta declaración. Preguntado por qué no había querido hablar el sábado anterior, contestó que no estaba en Loudun, por haber estado ocupado toda aquella mañana, acompañando al infierno al alma de Le Proust, procurador del Parlamento de París. Pareció increíble esta respuesta a los profanos que examinaron el registro de los muertos de aquel sábado, resultando no haber muerto aquel día no sólo ningún procurador llamado Le Proust, sino ningún hombre que se llamase tal. De manera que esta mentira hizo al demonio menos agradable y menos terrible.

Durante este tiempo experimentaron los conjuros varios chascos. Preguntando el padre Pedro de Santo Tomás a una de sus poseídas de las carmelitas dónde estaban los libros de magia de Grandier, respondió que los encontraría en la habitación de cierta señorita que nombró, que era la misma por quien Adán se retractó públicamente. En seguida Laubardemont, Moussant, Hervé y Menuau pasaron a casa

de la joven, registraron los cuartos y gabinetes, abrieron los cofres, armarios y parajes más recónditos, pero todo en vano. Entonces echaron en cara al demonio su engaño, pero éste respondió que una sobrina de la señorita se había llevado los libros. Corrieron en seguida a casa de la sobrina, pero desgraciadamente estaba en la iglesia entregada a las devociones desde la mañana y no había salido, según manifestaron los sacerdotes y demás, de la misma; entonces no pudieron los exorcistas seguir adelante, no obstante su deseo de complacer a Adán.

Aumentado el número de los incrédulos con tan crasos errores, anunciaron una interesante sesión para el 4 de mayo. En efecto, el programa llamaba a la curiosidad general. Asmodeo prometió levantar a la superiora a dos pies de altura, y Eazas y Cerbero, movidos por el ejemplo de su jefe, prometían hacer lo mismo con otras dos religiosas. Finalmente, otro diablo, llamado Beherit, no temiendo atacar al mismo Laubardemont, había prometido quitar el solideo del consejero, teniéndolo suspendido en el aire todo el tiempo de un *Miserere*. Además, anunciaron también que seis de los hombres más robustos no podrían sostener a la religiosa más débil ni privarla de hacer contorsiones.

La promesa de semejante espectáculo atrajo a la multitud que cuajaba la iglesia en el día señalado. Empezaron con la superiora, y el padre Lactance reclamó a Asmodeo el cumplimiento de su palabra de levantar a la energúmena. Entonces la superiora dio dos o tres saltos sobre el colchón, y, en efecto, pareció sostenerse en el aire por un momento. Pero, levantada la sábana por un espectador, vieron que se sostenía con la punta del pie, cosa de habilidad, pero no milagrosa; entonces empezaron las risas y las burlas, espantando de tal modo a Eazas y Cerbero que no se les pudo sacar ni una respuesta siquiera. Acudieron por último a Beherit, que dijo que estaba pronto a levantar el solideo de Laubardemont, y que cumpliría su palabra antes de un cuarto de hora.

Como aquel día los conjuros se anunciaron para la tarde y no para la mañana, como otras veces, y como vieses algunos que se acercaba la noche, hora favorable para las ilusiones, creyeron los incrédulos que Beherit había pedido un cuarto de hora para obrar a la luz de las velas, favorable a toda magia. Además advirtieron que el consejero se había colocado en una silla apartada de las demás, y debajo de una bóveda de la iglesia, en la que había un agujero que daba paso a la cuerda de la campana. Salieron entonces de la iglesia, y subiendo al campanario, se ocultaron en un rincón. Apenas habían llegado cuando vieron avanzar a un hombre que estaba arreglando alguna cosa. Rodeáronle al momento y le tomaron una crin con un anzuelo que tenía en la mano. Sorprendido el hombre, abandonó su sedal. En vano Laubardemont, los exorcistas y todo el concurso aguardaban el instante de ver levantar el solideo: mas nada se movía; con gran admiración de Lactance que, ignorando lo sucedido, y atribuyéndolo a un retardo, conjuró tres o cuatro veces a Beherit para que cumpliera su promesa. Pero el pobre diablo se vio precisado a faltar a ella.

La fatalidad presidía aquella reunión: hasta entonces nada había tenido éxito, y nunca los diablos estuvieron tan torpes. Pero, por suerte, los exorcistas parecían estar seguros de su última prueba, la cual consistía en hacer escapar a la religiosa de manos de seis hombres escogidos, que la sostendrían. Por consiguiente, dos carmelitas y dos capuchinos se metieron por entre las gentes, y llevaron al coro seis héroes, escogidos entre los mozos de cordel de la ciudad.

Esta vez el diablo dio pruebas de vigor, ya que no las había dado de habilidad; pues a pesar de sujetarla seis hombres, después de algunos conjuros, entró la superiora en convulsiones tan terribles que se les escapó y echó a tierra a uno que trataba de sostenerla. Renovóse el experimento por tres veces y siempre tuvo éxito. Empezaba a cundir la credulidad entre los espectadores, cuando un médico de Saumur, llamado Duncan, sospechando que había una farsa en todo esto, se adelantó, y mandando alejar a los seis hombres, declaró que él solo sujetaría a la superiora, y en caso de escapársele prometía retractarse públicamente de su incredulidad. Laubardemont trató de oponerse a este ensayo, declarando a Duncan profano y ateo; pero estimado por todos por su probidad y saber, se levantó un murmullo tan grande al oír las palabras del consejero que los exorcistas se vieron comprometidos a dejarle hacer. Libre el coro de los seis mozos, que en vez de volverse a la iglesia salieron por la sacristía, adelantóse Duncan hasta el lecho de la superiora, la cogió por la muñeca, y asegurado de sujetarla bien, dijo que ya podía empezar.

Hasta entonces nunca se había visto luchar cara a cara a la opinión general contra algunos intereses particulares: un profundo silencio reinaba en la reunión, inmóvil, con la vista fija en lo que iba a suceder. Al cabo de un instante, el padre Lactance pronunció algunas palabras sagradas, y la superiora empezó a luchar. Pero esta vez Duncan tenía él solo más fuerza que los seis mozos que le precedieron: por más que la religiosa se empinaba, y se retorcía, su brazo quedaba cautivo en la mano de Duncan. Por fin, agotadas todas sus fuerzas, se dejó caer en el lecho, exclamando:

—¡No puedo, no puedo, me sujeta tan fuerte!

—¡Soltadle el brazo! —gritó furioso el padre Lactance—, ¿cómo pueden producirse las convulsiones si la sujetáis?

—Si realmente está poseída —repuso Duncan en alta voz—, debe tener más fuerza que yo, pues entre las señales de posesión previene el ritual un vigor superior a la edad, condición y naturaleza.

—Mal argumentado —replicó Lactance agriamente—: es cierto que un demonio fuera del cuerpo es más fuerte que vos; pero en un cuerpo débil como éste, es imposible que iguale vuestra fuerza, porque sus acciones naturales son proporcionadas a las fuerzas del cuerpo que está poseyendo.

—Basta, basta —dijo Laubardemont—, no hemos venido aquí para argumentar con filósofos, sino para edificar a cristianos.

Al decir estas palabras, levantóse de la silla en medio de un terrible tumulto, y todas las gentes se retiraron, no como saliendo de una iglesia, sino de mi teatro.

El fracaso de los sucesos del día 4 fue la causa de que nada notable acaeciera durante algunos días. Varios caballeros y gentes respetables que habían acudido a Loudun con la esperanza de Ver cosas milagrosas, viendo que sólo les presentaban un espectáculo muy común y mal organizado, empezaron a marcharse, pues no valía la pena quedarse más tiempo. Uno de los exorcistas se queja de ello en un folleto relativo a este suceso.

«Muchas personas —dice el padre—, vinieron para ver los milagros de Loudun, y viendo que los diablos no daban las señales que ellos querían, se volvieron descontentos, aumentando el número de los incrédulos».

Así pues, para combatir esta deserción, resolvieron presentar algún gran espectáculo que provocase la curiosidad y reanimase la fe. Por consiguiente, el padre Lactance anunció que el 20 de mayo saldrían tres demonios de los siete que poseían a la superiora, causándole tres heridas en el lado izquierdo, y otros tantos agujeros en la camisa y vestido: los tres diablos eran Asmodeo, Gresil de los Tronos, y Aman de los Poderes. Advirtiéndole que la superiora tendría las manos atadas en el momento de ser herida.

Llegó el día señalado, y una multitud de curiosos cuajaba la iglesia de Santa Cruz; todos deseaban ver si los diablos cumplirían mejor su palabra que las otras veces. Invitados los médicos para acercarse a la superiora y examinar su costado, camisa y vestido, presentóse también Duncan, a quien no se atrevieron a rechazar, no obstante el odio que le tenían, y que hubiese advertido sin la protección del mariscal Brézé. La presencia de ese hombre evitaría cualquier engaño que se hubiese maquinado.

Verificando el reconocimiento, declararon que no habían encontrado herida alguna en su costado, ni rotura en los vestidos, ni instrumento cortante. En seguida el padre Lactance le interrogó cerca de dos horas en francés, respondiendo ella en la misma lengua. Después comenzó los conjuros, adelantándose al mismo tiempo Duncan, para recordarle su promesa de atar las manos de la superiora para evitar sospechas de fraude y engaño. Reconoció el padre la justicia de tal reclamación, pero manifestó al mismo tiempo que, habiendo algunos circunstantes que no habían visto las convulsiones de las poseídas, era muy justo, para su satisfacción, conjurar a la superiora antes de atarla; por consiguiente, renováronse los exorcismos, causándole tales convulsiones que, después de algunos minutos de lucha, quedó en una completa postración. Entonces la poseída cayó boca abajo, torciéndose hacia el lado izquierdo y quedando inmóvil en esta posición por algunos instantes, hasta que dio un grito, seguido de un gemido. Adelantáronse los médicos, y viendo Duncan que ella retiraba la mano derecha, la cogió del brazo, y vio que tenía sangre en la punta de los dedos; le registró el cuerpo y vestidos, y encontró el vestido agujereado en dos partes, y su camisa en tres: los agujeros eran de un dedo de longitud; tenía tres heridas debajo de la tetilla izquierda, pero tan ligeras que apenas traspasaban la piel; la del medio era larga como un grano de cebada, sin embargo, habían hecho brotar sangre para teñir la camisa.

Era tan burdo el engaño que el mismo Laubardemont parecía avergonzado a la vista de tantos espectadores; por eso no quiso permitir a los médicos que uniesen a sus certificaciones el juicio de las causas eficientes e instrumentales de las tres heridas. Pero Grandier protestó en un *alegato* que redactó por la noche, y que fue distribuido al día siguiente. Decía así:

«Si la superiora no hubiese suspirado, los médicos no la habrían registrado, dejándola maniatar en seguida, sin presumirse siquiera que las heridas ya estaban hechas; entonces el exorcista habría mandado salir a los demonios, dejando las señales prometidas, y poniendo en planta las extrañas contorsiones que tan fácilmente fingía la religiosa, habría quedado libre después de una fuerte convulsión, mostrando las heridas en el cuerpo. Pero sus gemidos la vendieron, sus gemidos rompieron, por orden de Dios, las infames tramas que los hombres y el infierno estaban proyectando. ¿Por qué escogieron por señal heridas semejantes a las que causa un hierro cortante, siendo costumbre infernal causar unas llagas como de quemadura? ¿Sería acaso por serle más fácil ocultar un hierro y herir levemente que guardar un ascua para quemarse? ¿Por qué prefirieron el costado izquierdo en vez de la nariz o la frente, sino para herirse sin que nadie lo viese? ¿Por qué estaba echada de aquel lado, sino para ocultar mejor el instrumento de su perfidia? Aquel suspiro, que se le escapó, a pesar de su constancia, ¿quién lo producía sino el dolor que la mísera estaba sufriendo, pues hasta el más animoso se estremece al sentir la picadura de una sangría? Si sus dedos no hubiesen manejado el hierro que causó las heridas, ¿cómo podrían estar ensangrentados? La pequeñez del instrumento que tenía en la mano fue sin duda la causa de que sus dedos se manchasen. Y finalmente, ¿por qué fueron las heridas tan leves que apenas traspasaron la piel, cuando normalmente los diablos acostumbran a romper y desgarrar a los endemoniados al retirarse, sino porque la superiora no se estimaba tan poco como para hacerse heridas profundas y peligrosas?».

A pesar de esta lógica protesta de Grandier y de la visible estafa de los exorcistas, M. de Laubardemont anotó en el proceso la expulsión de los tres demonios, Asmodeo, Gresil y Aman, del cuerpo de sor Juana de los Ángeles, y este proceso fue presentado contra Grandier, conservándose aún su minuta, no como un monumento de credulidad y superstición, sino como una memoria de odio y de venganza. Para disipar las sospechas que este milagro había producido entre los espectadores, el padre Lactance preguntó al día siguiente a Balaam, uno de los cuatro demonios que permanecían en el cuerpo de la superiora, por qué Asmodeo y sus dos compañeros habían faltado a su promesa, saliendo mientras la cara y las manos de la religiosa estaban ocultas a las miradas del pueblo.

—Para fomentar la incredulidad de muchos —respondió Balaam.

El padre Tranquille hace burla de los descontentos con toda la ligereza de un capuchino en un folleto que publicó sobre este asunto:

«Ciertamente —dice—, tenían motivos para quejarse de la poca finura y cortesía de esos demonios, que no hacían caso de su mérito ni de su categoría. Pero si la mayor parte de aquellas gentes hubiesen examinado su conciencia, tal vez se habrían percatado de que ella era el origen de su descontento, y que más bien debían irritarse contra sí mismos por medio de una buena penitencia, que no ir con ávida y viciosa conciencia para volver sumidos en la incredulidad».

Nada notable acaeció desde el 20 de mayo hasta el 13 de junio, día célebre por haber vomitado la superiora un cañón de pluma de un dedo de largo. Sin duda este nuevo milagro fue la causa de la venida del obispo de Poitiers a Loudun, no, según dijo a los que le visitaron, para cerciorarse de la verdad de la posesión, sino para convencer a los incrédulos y descubrir las escuelas de magia, tanto de hombres como de mujeres, que Urbano había establecido. Corrió luego la voz entre el pueblo de que era menester creer en la posesión, pues, convencidos de ella el rey, el cardenal duque y el obispo, la menor duda hacía criminal de lesa majestad divina y humana, exponiéndose también, en calidad de cómplices de Grandier, a los golpes de la sangrienta justicia de Laubardemont. «Estamos seguros, decía el padre Tranquille, de que esta empresa es obra de Dios, puesto que es obra del rey».

La llegada del obispo motivó una nueva sesión, de la cual exponremos una curiosa relación que nos ha dejado manuscrita un testigo ocular, buen católico y creyente en la posesión, y que será preferible a cuantas pudiéramos redactar. He aquí su exacto contenido:

«El viernes 23 de junio de 1634, víspera de San Juan, a las tres de la tarde, estando monseñor de Poitiers y M. Lauhardemont en la iglesia de Santa Cruz de Loudun para continuar los conjuros de las religiosas ursulinas, mandaron venir al cura Urbano Grandier, acusado de magia por las citadas monjas. Presentóle el comisario cuatro pactos^[11] mencionados ya en los anteriores exorcismos, que los diablos confesaban haber hecho varias veces con el acusado, pero en particular el dado por Leviathan el sábado 17 del presente, compuesto por carne de un corazón de niño, cogida en un sábado de Orleans en 1631, cenizas de una hostia quemada y sangre... del mismo Grandier^[12], por el cual dice Leviathan haber entrado en el cuerpo de la superiora sor Juana de los Ángeles, poseyéndola con sus adjuntos Beherit, Eazas y Balaam, el 8 de diciembre de 1632. El otro, compuesto por semillas de naranjas, dadas por Asmodeo, que poseía a sor Inés, el jueves 22 del presente, verificado entre Grandier, Asmodeo y otros diablos, para neutralizar las promesas de

Beherit, que se había comprometido a levantar el solideo del señor comisario por espacio de un *Miserere*, en señal de su salida. Presentados todos estos pactos a Grandier, dijo, sin admiración alguna, pero con ademán constante, que no tenía noticia de tales pactos, pues no los había hecho, ni sabía ningún arte capaz de tales cosas. Aseguró que jamás había tenido relaciones con los diablos, ignorando enteramente cuanto le manifestaban. De todo lo cual se formó acta que el acusado firmó.

«Entraron luego en el coro once o doce poseídas, incluidas tres jóvenes seglares, acompañadas todas de varios carmelitas, capuchinos y franciscanos, junto con tres médicos y un cirujano. Al presentarse empezaron todas a hacer monadas, llamando a Grandier su dueño, y manifestando gran placer al verle. En seguida el padre Lactance y el franciscano Gabriel exhortaron al auditorio a que elevase su corazón a Dios con un fervor extraordinario, que hiciese actos de contrición a su divina majestad, pidiendo que tantas culpas y pecados no fuesen un obstáculo para sus gloriosos designios, y concluyendo con un *Confiteor* para recibir la bendición del obispo de Poitiers. Concluida esta ceremonia, anunciaron que era de tanto peso y tan interesante para las verdades de la Iglesia católica el asunto en cuestión, que debiera bastar esto solo para excitar la devoción de todos, y que además era tan extraño el mal de estas pobres que la caridad obligaba a cuantos tuviesen facultad para ello a emplear todo su saber, por medio de los conjuros que la Iglesia prescribe a los pastores. Y, dirigiéndose a Grandier, le dijo que, siendo de este número, en calidad de sacerdote, debía contribuir con todo su poder y celo, si así se lo permitía monseñor el obispo de Poitiers. Concedido por éste, el franciscano presentó una estola a Urbano, quien volviéndose hacia el obispo le pidió permiso para tomarla. Habiéndoselo concedido, se puso la estola, y entonces el franciscano le entregó un Ritual, previa autorización del prelado. Recibida la bendición, se prosternó a sus pies para besarlos, entonando al mismo tiempo el *Veni Creator Spiritus*, levantóse luego, dirigiendo la palabra al obispo, y le dijo:

»—¿A quién debo conjurar, Monseñor?

*»—A estas jóvenes —contestó,

*»—¿Qué jóvenes? —repuso Urbano.

»—Las poseídas.

»—Monseñor, me veo en la necesidad de creer en la posesión. La Iglesia lo cree, y yo debo creerlo, aunque supongo que un mago no puede hechizar a ningún cristiano sin su consentimiento.

»Entonces algunos gritaron que esta suposición era una herejía; que esa verdad no admitía dudas, siendo recibida en toda la Iglesia y aprobada por la

Sorbona. A lo que respondió que no tenía opinión determinada sobre el particular, y que esto era tan sólo su pensamiento; pues en todo caso se sometía a la opinión general, añadiendo que nadie era hereje por haber dudado, sino por haber perseverado en sus dudas, y que cuanto había propuesto al obispo era por asegurarse de que no abusaría de la autoridad de la Iglesia. Habiéndole presentado a sor Catalina, la más ignorante de todas, y la que menos sospechas infundía de saber latín, empezó el exorcismo en la forma que el ritual prescribe. Pero no pudo continuar el interrogatorio, porque al mismo tiempo las demás religiosas comenzaron a ser atormentadas por los demonios, dando extravagantes y horribles alaridos. Adelantóse sor Clara, echándole en cara su ceguera y obstinación, obligándole a dejar a la primera poseída, para alternar con ésta, que mientras la estaba conjurando charló por los codos, sin atender a las palabras de Grandier, interrumpidas también por la madre superiora, que al dejar a sor Clara le tomó por su cuenta. Pero es de advertir que antes de conjurarla le dijo en latín, como lo había hecho hasta entonces, que sabiendo por ella misma que comprendía esta lengua, le preguntaría en griego. A lo que respondió el diablo por boca de la religiosa:

»—¡Ah!, eres un truhán, ya sabes que una de las condiciones del pacto que hicimos los dos es no responder en griego.

»—*¡O pulchra illusio, egregia evasio!* ¡Hermosa ilusión, excelente efugio! —exclamó Urbano.

Y entonces le permitieron conjurar en griego, con tal que escribiese primero las preguntas. Ofrecióse la poseída a responder en la lengua que quisiese, pero esto no tuvo lugar, porque luego volvieron las religiosas a sus gritos con una desesperación sin igual, en medio de terribles convulsiones y acusándole de la magia y hechizos que les atormentaban, ofreciendo romperle la cabeza si se lo permitían, y haciendo los mayores esfuerzos para insultarle. Pero los sacerdotes que trabajaban asiduamente para calmar el furor que las agitaba evitaron tales excesos. Sin embargo, Urbano permanecía tranquilo, mirando fijamente a las supuestas poseídas, protestando de su inocencia y rotundo a Dios que fuese su protector. Se dirigió a monseñor obispo y a Laubardemont, implorando a la autoridad eclesiástica y real de que eran ministros para que ordenasen a los demonios que le retorciesen el cuello o le marcasen la frente en caso de ser el autor del crimen de que le acusaban, por cuyo medio brillaría la gloria de Dios, exaltándose la autoridad de la Iglesia y quedando el confundido, todo con la condición de que las jóvenes no le tocasen. Esta demanda fue desoída con la excusa de que no querían ser causa del mal que podría sucederle, ni exponer a la autoridad de la Iglesia a los engaños del demonio, que podía tener algún pacto con él, relativo a esto mismo. Entonces los exorcistas, ordenando a los diablos que cesasen tanto desorden, trajeron un calentador lleno de fuego, donde fueron arrojados todos los pactos. Redobláronse las violencias, la confusión espantosa acompañada de los

horribles chillidos y los locos ademanes de aquellas furias, que daban a esta reunión el aspecto de un *sabbat*, prescindiendo de la santidad del lugar y de la clase de personas que la componían, viéndose a Grandier con apariencia más tranquila, a pesar de ser el más interesado. Continuaban los demonios citándole los lugares, los días y las horas de sus relaciones con él, sus primeros hechizos, sus escándalos, su insensibilidad y sus protestas contra la fe de Dios. Rechazaba el acusado tales calumnias, tanto más injustas cuanto que se apartaban de su profesión. Dijo que renunciaba a Satanás y a todos los demonios, a quienes no conocía ni tenía temor alguno. Que a pesar suyo era cristiano y además persona sagrada, y que confiando en la bondad de Dios y Jesucristo, a pesar de sus pecados, retaba al primero que le probase auténticamente los crímenes de que le acusaban.

»No hay palabras para pintar la terrible escena que sucedió a estas palabras: los ojos, los oídos fueron afectados por tan extrañas sensaciones que sólo pueden formarse una idea los que están acostumbrados a semejantes espectáculos. Ningún alma es capaz de librarse del horror y admiración que esta escena causaba. Sólo Grandier, en medio de todo esto, permanecía impassible, es decir, insensible a tantos prodigios, cantando himnos al Señor junto con el pueblo, seguro como si una legión de ángeles le protegiese. En efecto, uno de los diablos gritó que Beelzebub estaba entre él y el capuchino Tranquille. A lo que respondió:

»—*Obmutescas*, silencio.

»Entonces el diablo empezó a jurar que ésta era su seña, pero que debían hablar, porque Dios era mucho más fuerte que todo el infierno. De modo que todos querían tirarse sobre él, ofreciéndose para despedazarle y mostrar sus señales aunque fuese su dueño. A lo que respondió que no era su amo ni su criado, y que parecía imposible que al tiempo que le proclamaban su dueño, prometiesen despedazarle. Entonces las frenéticas religiosas le tiraron los zapatos a la cabeza.

»—Vamos —dijo sonriendo—, estos diablos se deshierran por si solos.

»Finalmente, llegó a tal punto la rabia, que sin el auxilio del gentío que estaba en el coro el autor de ese espectáculo lo habría pagado con la vida. Pero lo más que pudieron hacer fue sacarle de la iglesia para librarle de las furias que le amenazaban, acompañándole a la cárcel a las seis de la tarde, y empleando el resto del día en tranquilizar a las poseídas, lo cual pudo lograrse con mucho trabajo».

No todos juzgaron a las poseídas con la misma indulgencia que el autor de esta relación que hemos citado, pues muchos vieron esa escena de gritos y convulsiones como una infame y sacrílega orgía de venganza: se hablaba tan diversamente de este suceso que el 2 de julio siguiente se publicó el siguiente bando:

«Queda prohibido a todas las personas, sin excepción de clases ni condiciones, hablar contra las religiosas y demás de Loudun atormentadas por los espíritus malignos, sus exorcistas y demás que las asisten, sea en el lugar que fuere, so pena de diez mil libras de multa o mayor suma y castigo corporal si fuere necesario; y para que nadie pueda alegar ignorancia, la presente será publicada en el día de hoy en todas las iglesias parroquiales de esta ciudad, y en los parajes de costumbre.

»Loudun, 2 de julio de 1634».

Fue tanto el poder de esta orden, que desde su publicación, si bien los incrédulos no mudaron sus ideas, al menos no osaban manifestar su incredulidad. Pero luego, para vergüenza de los jueces, las mismas religiosas se arrepintieron: al día siguiente de la terrible escena que hemos explicado, en el instante de empezar el padre Lactance sus conjuros con sor Clara en la iglesia del Castillo, se levantó ésta llorosa, y dirigiéndose al público para que todos la oyeran, empezó, tomando al cielo por testigo de la verdad de sus palabras, y confesó que cuanto había dicho de quince días a esta parte contra el infeliz Grandier era sólo una calumnia e impostura sugerida por Mignon, los carmelitas y el franciscano. Pero el padre Lactance no se espantó por tan poca cosa y le respondió que cuanto decía era un ardid del demonio para salvar a su amo Grandier. Entonces la religiosa apeló enérgicamente a Laubardemont y al obispo de Poitiers, pidiendo ser secuestrada y puesta en manos de otros religiosos diferentes de aquellos que habían perdido su alma haciéndola servir de falso testimonio contra un inocente. Riéronse los dos de la astucia del demonio, ordenando que fuese conducida a la casa que ocupaba. Al oír esta orden, sor Clara se lanzó fuera del coro para escaparse por la puerta de la iglesia, implorando el socorro de los que estaban presentes para que la salvaran de su condenación eterna. Pero nadie osó dar un paso, pues tal era el temor que la orden había producido. Sor Clara fue apresada, a pesar de sus gritos, y conducida a la casa en que estaba secuestrada, para no volver a salir jamás.

Al día siguiente tuvo lugar una escena más extraña. Mientras Laubardemont estaba interrogando a una religiosa, bajó la superiora al patio, en camisa, descalza y con la cuerda al cuello, y en medio de una terrible tempestad, permaneció allí dos horas, sin temer a rayos, lluvia ni truenos, y esperando que saliesen Laubardemont y los demás jueces. Se abrió por fin la puerta del locutorio, dando paso al comisario real, y sor Ana de los Ángeles se arrojó a sus pies, declarando que no tenía valor para seguir representando por más tiempo tan horrible papel y que juraba en presencia de Dios y de los hombres que Grandier era inocente, manifestando que el odio que ella y sus compañeras le tenían provenía de los deseos sensuales que su belleza les había inspirado y que la reclusión del claustro hacía más ardientes. Laubardemont le amenazó con su cólera, pero ella respondió entre sollozos que su falta era lo único

que temía, puesto que se imaginaba que la gran misericordia del Señor no podría perdonarle tamaño crimen.

Entonces Laubardemont exclamó que el demonio hablaba por su boca, pero ella contestó que jamás la había poseído otro demonio que el de la venganza, y que éste no era ningún pacto que tuviese en el cuerpo, sino sus malos pensamientos.

Se retiró llorosa al pronunciar estas palabras y se dirigió al jardín con paso lento. Entonces ató la cuerda que llevaba a la rama de un árbol y se colgó. Pero llegaron a tiempo dos religiosas que la habían seguido y la levantaron antes de haberse estrangulado.

Aquel mismo día dieron orden para que ella y sor Clara permaneciesen en la más severa reclusión, pues era tan importante su crimen que no le valió su parentesco con Laubardemont para dulcificar su castigo.

Había llegado el momento de no poder seguir con los conjuros. Las otras religiosas podrían seguir el ejemplo de la superiora y sor Clara, y entonces todo estaría perdido. Por otra parte, convencido Urbano de su crimen, declararon que estando concluida la instrucción, los jueces iban a dar la sentencia.

Tantos procedimientos irregulares y violentos, tantas faltas de justicia, las continuas negativas a escuchar a los testigos y defensas, convencieron a Grandier de que su perdición estaba resuelta, pues las cosas habían llegado a tal estado que si no le castigaban a él como hechicero y mago, quedaban sujetos a las penas que se aplican a los calumniadores un comisario real, un obispo, todo un convento de monjas, sacerdotes de varias órdenes, algunos jueces y particulares de ilustre cuna. Pero este convencimiento aumentó su resignación, sin quitarle el valor, y creyendo su deber, como hombre y cristiano, defender su honor y vida hasta el último momento, publicó un alegato cuyo título era *Observaciones sobre los pareceres fiscales*, que mandó entregar a sus jueces. Era un resumen grave e imparcial de todo lo ocurrido, como podía hacerlo un extraño al asunto, y que empezaba con estas palabras:

«Suplico a vosotros, con la mayor humildad, que consideréis atentamente y con madurez lo que dice el profeta en el salmo LXXXII, cuyas palabras os convidan santamente a ejercer con justicia vuestros cargos, puesto que siendo mortales, deberéis comparecer ante Dios, soberano juez del mundo, para darle cuenta de vuestra administración. Con vosotros está hablando este aviso de Dios, a vosotros, que estáis sentados para juzgar, a vosotros os dice: Dios asiste a la asamblea del Dios fuerte; es juez en medio de los jueces; ¿hasta cuando protegeréis al malvado? Haced justicia al débil y al huérfano, al pobre y al afligido; socorred al inválido y al miserable, y libertadle del poder de los malos: vosotros sois dioses e hijos del soberano; pero, al morir, sois hombres; sois los principales, pero caeréis como los demás».

Esta defensa llena de dignidad y lógica no tuvo influencia alguna entre los

comisarios, que el 18 de agosto por la mañana dieron el siguiente decreto:

«Declaramos a Urbano Grandier probado y convicto del crimen de magia, maleficios y posesiones por él causadas en las personas de algunas religiosas ursulinas y otras seculares de esta ciudad, junto con otros casos criminales que resultan contra el acusado, y consecuentemente, condenamos al citado Grandier a ir a cabeza desnuda y con la cuerda al cuello, delante de la portada principal de San Pedro del Mercado, y de Santa Úrsula, de la presente ciudad, para hacer pública retractación, con una vela de cera del peso de dos libras en la mano, y a pedir perdón a Dios, al rey y a la justicia; a ser desde allí conducido a la plaza de Santa Cruz, para ser colocado sobre una hoguera preparada al efecto, y a ser quemado vivo, junto con los pactos, caracteres mágicos y el libro manuscrito en contra del celibato de los sacerdotes, siendo aventadas sus cenizas. Declaramos todos sus bienes propiedad real, excepto ciento cincuenta libras para comprar una lámina de cobre, en que será grabado un extracto del presente decreto, y que será expuesta en un lugar visible de la iglesia de las Ursulinas, para perpetua memoria; y antes de ejecutarse la presente sentencia, mandamos que el acusado sea puesto al tormento ordinario y extraordinario.

»Dado en Loudun el 18 de agosto de 1634».

Por la mañana del día en que se expidió esta sentencia, Laubardemont mandó prender al cirujano Francisco Foumeau, aunque estaba dispuesto a obedecer voluntariamente, y le hizo conducir a la cárcel de Grandier. Al llegar a la habitación inmediata, oyó la voz del acusado que decía:

—¿Qué quieres de mí, infame verdugo? ¿Has venido para asesinarme? Ya sabes la crueldad que has usado conmigo. ¡Pues bien, prosigue! Estoy dispuesto a morir.

Entró y vio que aquellas palabras iban dirigidas al cirujano Mamiouri.

Uno de los exentos del gran preboste de palacio, nombrado por Laubardemont exento de guardias del rey, le mandó en seguida afeitar a Grandier todo el cuerpo: formalidad usada en los asuntos de magia para no dejar al diablo ningún lugar de refugio, pues se imaginaban que un solo pelo bastaba para hacer al paciente insensible a la tortura. Comprendió entonces Urbano que le habían condenado.

Después de haber saludado a Grandier, Fourneau se puso a ejecutar lo que le habían mandado. Pero un juez dijo que no bastaba afeitarle, sino que era menester arrancarle las uñas, para que el diablo no se ocultase debajo de ellas. Miróle Grandier con una expresión de caridad indefinible, y tendió las manos al cirujano, pero éste se las apartó con dulzura, diciéndole que aun cuando se lo ordenase el cardenal duque, no obedecería. Al mismo tiempo le pidió perdón por ponerle las manos encima para afeitarle. A estas palabras, Grandier, que hacía tiempo estaba acostumbrado al trato

inhumano, le miró con los ojos arrasados de lágrimas, diciéndole:

—¿Seréis vos el único que os compadecéis de mí?

—¡Oh Señor! —repuso Foumeau—, vos no veis a los demás.

Afeitóle luego, pero no le encontró más que dos lunares, conservando aún el dolor de las heridas que le había hecho Mannouri. Probado esto por Foumeau, entregaron a Grandier una ropa vieja que sin duda había servido ya para otro condenado.

Aunque su sentencia había sido pronunciada en el convento de las carmelitas, fue acompañado por el exento del gran preboste de palacio con dos archeros, el preboste de Loudun y su teniente, y el de Chinon, en un carro tapado, a la casa de la ciudad, donde se encontraban varias señoras, entre ellas la de Laubardemont, con curiosidad por asistir a la lectura de la sentencia. Estaba el consejero en el lugar del escribano y éste en pie a su lado. Varios guardias y soldados guardaban las avenidas.

Antes de entrar el acusado, el padre Lactance y otros franciscanos que le acompañaban conjuraron al condenado para librarle de los demonios. Luego entraron en la sala y exorcizaron el aire, la tierra y demás elementos; y en seguida fue conducido Grandier.

Detuviéronle un momento en el extremo de la sala para dar tiempo a que los conjuros produjeran su efecto. Luego le condujeron a la barra, mandándole arrodillar. Obedeció Grandier, sin quitarse el sombrero ni el solideo, con las manos atadas detrás de la espalda, y le quitó el escribano lo uno y el exento lo otro, arrojándolo a los pies de Laubardemont. Entonces, viendo el escribano que tenía la vista fija en el consejero, como esperando lo que iba a hacer, le dijo:

—Vuélvete, infeliz, y adora el crucifijo que está sobre el asiento del juez.

En seguida se volvió el acusado sin murmurar y, levantando los ojos al cielo con la mayor humildad, estuvo cerca de seis minutos en oración mental, tomando en seguida su primera posición.

Comenzó el escribano a leerle con voz trémula su sentencia, al tiempo que Grandier le escuchaba con suma constancia y admirable serenidad, aunque dicha sentencia era de las más crueles que pueden darse, mandando morir al acusado en el mismo día después de haber sufrido el tormento ordinario y extraordinario. Concluida la lectura:

—Señores —dijo Grandier con la misma voz con que acostumbraba a hablar en otras ocasiones—, pongo por testigo a Dios Padre, al Hijo, al Espíritu Santo y a la Virgen, mi única esperanza, que jamás he sido mago ni cometido sacrilegio alguno, ni conozco más magia que la de la sagrada escritura, que siempre he predicado, no teniendo otra creencia que la de nuestra Iglesia católica, apostólica y romana; renuncio al demonio y a todas sus pompas; reconozco a mi Salvador, rogando que la sangre que derramó en la Cruz me sea meritoria; y a vosotros, señores, os ruego que dulcificuéis el dolor de mi suplicio, libertando mi alma de la desesperación.

A estas palabras, creyendo Laubardemont que con amenazas de tormento sacaría algo del acusado, mandó salir a las mujeres y curiosos que estaban allí, quedándose

solo con maese Houmain, teniente criminal de Orleans, y los franciscanos. En tono severo le dijo que el único medio de moderar su sentencia era declarar sus cómplices y firmar la declaración: a lo que respondió Grandier que no habiendo cometido ningún crimen, no podía tener cómplices. Entonces mandó el consejero que llevasen al paciente al cuarto del tormento, contiguo a la sala de audiencias, cuya orden se ejecutó al momento.

El doloroso tormento de los borceguíes era el que se usaba en Loudun. Para aplicarlo se colocaban las piernas del paciente entre cuatro planchas atadas con cuerdas, y se introducían cuñas entre las dos del medio a golpes de mazo. Cuatro cuñas constituían el tormento ordinario y ocho el extraordinario, pero este último no se aplicaba más que a los condenados a muerte, pues era casi imposible sobrevivir a él, saliendo por lo común de las manos del verdugo con los huesos de las piernas triturados. A pesar de que nunca se hacía, Laubardemont añadió por su autoridad privada dos cuñas al tormento extraordinario. De manera que en vez de ocho fueron diez.

Además, el comisario real y los recoletos se constituyeron en verdugos.

Laubardemont hizo colocar a Grandier del modo que se acostumbraba. Le ataron las piernas entre las cuatro planchas, y, concluido esto, ordenó al ejecutor y sus criados que se retirasen. Después dijo al guardián de los instrumentos que trajera algunas cuñas, las cuales le parecieron demasiado pequeñas; pero desgraciadamente no había otras, y a pesar de las amenazas que le hizo, no pudieron procurárselas mayores. Preguntó entonces cuánto tiempo se necesitaba para hacerlas, pero como pidió dos horas, y era demasiado tiempo, fue preciso contentarse con las que encontraron.

Comenzó luego el suplicio: el padre Lactance, después de conjurados los instrumentos de tortura, cogió el mazo y metió la primera cuña. Pero ni una sola queja pudo sacar de Grandier, que estaba orando a media voz. Cogió otra y, a pesar de su constancia, el paciente no pudo menos de interrumpir sus plegarias con dos suspiros. Cada vez el padre golpeaba más fuerte, gritando: *Dicas, dicas*. —¡Confiesa, confiesa!...— palabras que repitió con tanta rabia durante el tormento que le quedó ese nombre, y después el pueblo le llamaba el padre *Dicas*.

Metida la segunda cuna, presentó Laubardemont al sentenciado un manuscrito contra el celibato de los sacerdotes, preguntándole si reconocía su letra: Grandier respondió que sí. Preguntando con qué fin lo había escrito, dijo que para devolver la tranquilidad a una pobre joven que le había amado, como lo probaban estas últimas palabras: *Si tu ingenio comprende esta ciencia, tu conciencia se tranquilizará*.

Preguntó entonces Laubardemont el nombre de esa joven, pero Grandier contestó que sólo Dios y él podían saberlo, y que jamás saldría de su boca.

El padre Lactance tomó la tercera cuña.

Mientras iba entrando bajo los golpes del padre, acompañados de la palabra *dicas*, Grandier exclamó:

—¡Dios mío! Me matáis, y yo no soy mago ni sacrílego.

A la cuarta cuña, Grandier se desmayó, diciendo:

—¡Oh! ¡Padre Lactance! ¿Es eso tener caridad?

Pero el padre continuó sus horribles golpes. De modo que el mismo dolor que le había hecho perder los sentidos, le volvió en sí.

Aprovechó Laubardemont este momento para gritarle que confesase sus crímenes, pero el acusado le dijo:

—Señor, he cometido, sí, algunas faltas, pero crímenes jamás. Como hombre, he abusado de las voluptuosidades de la carne, pero me he confesado, he hecho penitencia y espero haber obtenido el perdón con mis plegarias; y aun cuando no lo hubiese logrado, creo que merced a lo que estoy sufriendo, Dios me lo concederá.

Al meterle la quinta cuña, volvió a desmayarse. Hiciéronle volver en sí tirándole agua a la cara; entonces, dirigiéndose al consejero, le dijo:

—Por piedad, hacedme morir pronto: ¡Ay de mí! Soy hombre, y si continuáis torturándome de esta manera, temo entregarme a la desesperación.

—Pues entonces, firmad, y se acabará el tormento —respondió el comisario presentándole un papel.

—¿Creéis, padre mío —repuso Urbano, volviéndose al recoleto—, creéis, en conciencia, que para librarse del tormento le sea lícito a un hombre confesar un crimen que no ha cometido?

—No —contestó el religioso—; porque si muere después de una mentira, muere en pecado mortal.

—Pues continuad —dijo Grandier—; después de que mi cuerpo ha sufrido tanto, quiero salvar el alma —dijo, y se desmayó.

El padre Lactance le metía la sexta cuña.

Al volver en sí, Laubardemont le instó de nuevo para que confesase haber conocido carnalmente a Isabel Blanchard, tal y como ella le había acusado. Pero declaró que no solamente ninguna relación había tenido con ella, sino que el día de su careo la vio por primera vez.

A la séptima cuña rompiéronse las piernas del infeliz y la sangre salpicó la cara del padre Lactance, que se enjugó con la manga de su vestido. Entonces Grandier exclamó:

—¡Señor! ¡Dios mío! Tened compasión de mí, me muero.

Y se desmayó por tercera vez. Aprovechó el padre este momento para descansar y sentarse.

Al volver en sí, empezó una plegaria tan patética y hermosa que el teniente del preboste la escribió, lo cual advirtió Laubardemont y le prohibió que le enseñara a nadie.

Al aplicarle la octava cuna, la médula de los huesos brotaba por las heridas. Era ya imposible aplicar más, pues las piernas estaban tan aplanadas como las planchas que las oprimían, y además las fuerzas del padre estaban ya agotadas.

Desataron al infeliz Urbano y le tendieron en el suelo. Brillaban sus ojos de fiebre y de dolor; improvisó una oración, una verdadera plegaria de mártir, llena de entusiasmo y de fe; pero al acabarla le faltaron las fuerzas y se desmayó. El teniente del preboste le dio un poco de vino y volvió en sí. Entonces hizo un acto de contrición, renunciando a Satanás, a sus pompas y a sus obras, entregando su alma a Dios.

Entraron cuatro hombres y le desataron las piernas. Pero al momento de quitar las planchas, cayeron todas quebradas, pues no se sostenían sino con los nervios. Lleváronle luego al cuarto del consejo y lo pusieron sobre paja enfrente del fuego.

En el rincón de la chimenea había un agustino, que Urbano pidió por confesor. Pero Laubardemont se lo negó, presentándole de nuevo el papel para firmar. Grandier le contestó:

—Si las torturas no han bastado para hacérmelo firmar, menos firmaré ahora que sólo me queda la muerte.

—En efecto —replicó el consejero—, pero tu muerte será rápida o lenta, dulce o cruel, según queramos. Vamos, firma este papel.

Apartólo Grandier dulcemente con la mano, haciendo con la cabeza una señal de negación. Laubardemont se retiró furioso y dio orden de hacer entrar al padre Tranquille y al padre Claudio, confesores que había escogido para Urbano. Se acercaron para cumplir su misión, pero al verles éste y reconociendo a dos de sus verdugos, respondió que hacía cuatro días que se había confesado con el padre Grillau, y que en tan poco tiempo no creía haber cometido ningún pecado que pudiese comprometer la salud de su alma. En vano los padres le trataron de hereje e impío, pues nada pudo determinarle a confesarse con ellos.

Serían las cuatro cuando vinieron los criados del verdugo a buscarle y, colocándole en unas angarillas, se lo llevaron de esta manera. Al salir, se encontró con el teniente criminal de Orleans, que trató de hacerle confesar sus crímenes, pero él respondió:

—Señor, todos los he confesado, nada me remuerde la conciencia.

—¿Queréis —dijo el juez— que haga rogar a Dios por vos?

—Me haréis mucho favor —repuso Grandier.

Entonces le pusieron una antorcha en la mano, que besó al bajar del palacio, mirando a todo el mundo con aire modesto y firme, y pidiendo a los conocidos que rogasen a Dios por él.

Leyéronle la sentencia en el umbral de la puerta, y le colocaron en un carro, que le condujo ante la iglesia de San Pedro del Mercado. Al llegar allí, mandó Laubardemont que le hiciesen bajar, y echáronle fuera del carro. Pero como sus piernas estaban rotas, cayó primero de rodillas y luego boca abajo. Permaneció en esta postura, esperando con paciencia a que le levantasen. Le llevaron al atrio, en donde le volvieron a leer la sentencia, y cuando el escribano iba a concluir, su confesor Grillau, a quien no dejaban acercarse desde hacía cuatro días, atravesó la

multitud, y arrojándose en sus brazos, le abrazó llorando, sin poder articular una palabra. Pero recobrando sus fuerzas, le dijo:

—Señor, acordaos de que Jesucristo subió al cielo por medio de los tormentos y la Cruz, no os perdáis. Os traigo la bendición de vuestra madre, la cual junto conmigo ruega a Dios que tenga misericordia de vos y os reciba en el paraíso.

Estas palabras dieron nueva fuerza al acusado, levantó su cabeza, abatida por el dolor, y con los ojos fijos en el cielo, rogó un momento. Y volviéndose después al digno sacerdote le dijo:

—Servid de hijo a mi madre, rogad a Dios por mí, y encomendad mi alma a las oraciones de los buenos religiosos. Tengo el consuelo de morir inocente, y confío en la misericordia de Dios, que espero que me recibirá en el paraíso.

—¿Nada más tenéis que mandarme? —continuó el padre.

—¡Ay de mí! —repuso Grandier—, estoy sentenciado a una muerte muy cruel; os ruego, padre mío, que preguntéis al verdugo si habría algún medio para dulcificarla.

—Voy al momento —dijo el pudre.

Y dándole la absolución, *in articulo mortis*, bajó del atrio, y mientras Grandier hacía pública retractación, preguntó al verdugo si poniéndole una camisa azufrada se podría evitar al paciente su terrible agonía. Respondió el verdugo que como el decreto mandaba que fuese quemado vivo, no podía emplear un medio tan visible, pero que mediante la suma de treinta escudos se obligaba a ahogarle en el instante de poner fuego a la hoguera. El padre le dio esta cantidad, y el verdugo preparó su cuerda. Aguardó el franciscano a que pasase el acusado, y abrazándole por última vez, le dijo al oído su pacto con el ejecutor. Volvióse Grandier a este último, y con una voz llena de gratitud le dijo:

—Gracias, hermano.

En aquel instante, echado el padre Grillau por los archeros, la comitiva continuó su marcha para repetir la ceremonia delante de la iglesia de las Ursulinas, y desde allí a la plaza de Santa Cruz. Por el camino reconoció Urbano a Moussant y su mujer, y dirigiéndose a ellos les dijo:

—Muero servidor vuestro, y pido vuestro perdón si alguna palabra ofensiva se me ha escapado contra vosotros. Llegado al lugar de la ejecución, el teniente del preboste se acercó para pedirle perdón.

—En nada me habéis ofendido —le respondió—, vos no habéis cumplido más que vuestro deber.

Entonces el verdugo se acercó a Grandier y llamó a sus criados, que llevaron al condenado sobre la hoguera. Como no podía sostenerse con las piernas, se tenía con el pilar por medio de un cerco de hierro que le sujetaba en mitad del cuerpo. En aquel momento una bandada de palomas pareció bajar del cielo, y sin asustarse del inmenso gentío, que, a pesar de los golpes de alabardas que daban los archeros, no dejaba paso para los magistrados, empezó a revolotear en derredor de la hoguera, al tiempo que una blanca como la nieve y sin una sola mancha, se detuvo en el extremo de la

columna en que estaba atado Grandier. Los partidarios de la posesión gritaron que era una legión de diablos que venían a buscarle, pero la mayor parte de ellos aseguraban que los demonios no acostumbraban a tomar semejante forma, sosteniendo que esas palomas venían, a falta de hombres, a dar testimonio de la inocencia del acusado. Para combatir esta opinión, un fraile sostuvo al día siguiente haber visto un zángano que volaba alrededor de la cabeza de Urbano, y como, decía, Beelzebub quiere decir en hebreo dios de las moscas, es evidente que era el mismo demonio que bajo la forma de un súbdito suyo venía a buscar el alma del hechicero.

Cuando Grandier estuvo atado y el verdugo le hubo pasado la cuerda al cuello que debía servir para ahogarle, los padres conjuraron la tierra, el aire y los leños, preguntando luego al paciente si quería confesar públicamente sus crímenes, pero Urbano contestó que nada tenía que decir, esperando, gracias al martirio que sufría, reunirse con Dios aquel mismo día.

Le leyó entonces el escribano su sentencia por cuarta vez, y le preguntó si se atenía a lo dicho en el tormento.

—Sin ninguna duda —replicó Urbano—, pues cuanto he dicho es la pura verdad.

Retiróse el escribano, diciendo que si tenía algo que decir al pueblo, podía hablar.

Pero no era esto lo que deseaban los exorcistas, pues conocían la elocuencia y valor de Grandier, y una constante y firme negativa en la hora de la muerte podía perjudicar sus intereses. Así pues, al momento de abrir la boca, le arrojaron tanta agua bendita a la cara que perdió la respiración. Pero, reponiéndose al cabo de un instante y dispuesto a hablar, un fraile le dio un beso en la boca para ahogar sus palabras. Grandier comprendió la intención y dijo en alta voz para que los que rodeaban la hoguera pudiesen oírle:

—He aquí el beso de Judas.

A estas palabras, subió a su cumbre la rabia de los frailes, de modo que uno de ellos le dio tres golpes en la cara con un crucifijo, en ademán de hacérselo besar, de lo cual se apercibieron las gentes con la sangre que brotaba de su nariz y labios. El infeliz no tuvo más recurso que gritar al pueblo, pidiéndole una *Salve Regina* y un *Ave María*, que muchos entonaron al momento, mientras él, con las manos juntas y los ojos al cielo, se encomendaba a Dios y a la Virgen. Los exorcistas volvieron a la carga y le preguntaron si quería confesarse...

—Todo lo he dicho, padres, todo —exclamó—, confío en Dios y en su misericordia.

El furor de los exorcistas llegó a su colmo al oír esta negativa, y cogiendo el padre Lactance un manojo de paja, la impregnó de resina que había cerca la hoguera, encendiéndola:

—Desgraciado —dijo, dirigiéndose a Grandier y quemándole el rostro—, ¿no quieres confesarte, declarar tus crímenes y renunciar al diablo?

—No pertenezco al diablo —respondió Grandier apañando la paja con las manos—; he renunciado a él y a sus pompas, y sólo ruego a Dios que tenga misericordia de

mí.

Entonces, sin esperar orden del teniente del preboste, el padre Lactance echó la resina en un ángulo de la hoguera y prendió fuego. Al verlo Grandier, llamó al verdugo en su socorro. Corrió éste para ahogarle, pero como no podía verificarlo y el fuego iba ganando terreno, exclamó Urbano:

—¡Ah hermano, era esto lo que me habíais prometido!

—No tengo yo la culpa —respondió el verdugo—, los padres han hecho nudos en la cuerda y no quiere correr.

—¡Oh padre Lactance, padre Lactance! —exclamó Grandier—. ¿Qué se ha hecho de la caridad?

Como el fuego avanzaba y el verdugo estaba atrapado casi por las llamas y acababa de saltar de la hoguera, tendió la mano entre las llamas y dijo:

—Escucha, hay un Dios en el cielo que nos debe juzgar a los dos. Padre Lactance, dentro de treinta días te cito en su presencia.

Entonces se le vio en medio del humo y de las llamas tratando de ahogarse el mismo. Pero en seguida, viendo que era imposible, o tal vez pensando que no le era lícito matarse, juntó las manos y dijo en alta voz:

—*Deus meus, ad te vigila, miserere mei.*

Pero un capuchino, temiendo que tuviese tiempo para decir más cosas, se acercó a la hoguera por el lado en que no estaba aún encendida y le arrojó toda el agua bendita que quedaba. Levantóse un humo que le ocultó a las miradas de los espectadores, y cuando se disipó, el fuego se había ya apoderado de sus vestidos. Entonces se le oyó rogar en alta voz, en medio de las llamas, y finalmente nombró tres veces a Jesús, y cada vez se le apagaba más la voz. Después de la última, dio un gemido, y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

En aquel momento echaron a volar las palomas que rodeaban la hoguera y desaparecieron por las nubes.

Urbano Grandier ya no existía.

Esta vez el crimen no estaba de la parte del acusado, sino de los jueces y verdugos; por esto suponemos que el lector estará ansioso de saber lo que les sucedió.

El padre Lactance murió el 18 de septiembre, un mes justo después de Grandier, en medio de terribles dolores, atribuyéndolo los frailes a una venganza de Satanás, al tiempo que acordándose otros de la cita de Grandier, atribuyeron esta muerte a la justicia de Dios. Precedieronla extrañas circunstancias, contribuyendo a dar pábulo a estas voces. Citaremos una que certifica el autor de la *Historia de los diablos de Loudun*.

Algunos días después del suplicio de Grandier, atacado el padre Lactance por la enfermedad que debía conducirle a la tumba, y suponiendo que la movía una causa

sobrenatural, resolvió hacer una peregrinación a Nuestra Señora de Saumur, que pasaba por milagrosa, y en la cual todo el país tenía mucha fe. Para hacer este viaje tomó un asiento en el coche del señor Canaye, que junto con varios compañeros, personas todas de buen humor, iba a divertirse a su hacienda de Gran-Fonds, y que, contando con divertirse a expensas del miedo del padre Lactance, a quien según decían, las últimas palabras de Grandier habían trastornado, le ofreció este lugar. En efecto, estaban burlándose del digno fraile cuando de repente, en medio de un camino magnífico y sin ninguna causa aparente, el coche volcó sin sufrir ninguna avería, y sin que nadie se lastimase. Este extraño suceso sorprendió a los convidados y detuvo los sarcasmos de los más atrevidos. El padre Lactance estaba triste y confuso, y por la noche no pudo comer nada durante la cena, repitiendo continuamente:

—Hice mal en negar a Grandier el confesor que me pedía: Dios me castiga, Dios me castiga.

Al día siguiente prosiguieron el viaje, y preocupados todos por el estado deplorable del padre, no tenían humor para reír ni bromear, cuando de repente, en las afueras de Femet, en medio de un excelente camino, sin encontrar ningún obstáculo, el coche volvió a volcar, como la primera vez, sin causar daño a nadie. Pero, como se veía claramente que la mano de Dios pesaba sobre alguno de los viajeros, y que según sospecha era éste el padre Lactance, cada uno se marchó por su lado, arrepintiéndose de los dos o tres días que habían pasado en tan mala compañía.

Continuó el fraile su camino hacia Nuestra Señora, que, a pesar de sus milagros, no pudo lograr que Dios revocase la sentencia del mártir, y el 18 de septiembre, a las seis y cuarto de la tarde, un mes justo después del suplicio de Grandier, expiró el padre Lactance en medio de la más atroz agonía.

En cuanto al padre Tranquille, acabó sus días cuatro años después. Fue tan extraña su enfermedad que los médicos no pudieron comprenderla, y temiendo sus hermanos de la orden de San Francisco que sus gritos y blasfemias, que se oían desde la calle, produjeran mal electo para su memoria, sobre todo en aquéllos que vieron a Urbano morir rogando, hicieron correr la voz de que los diablos expulsados del cuerpo de las religiosas habían entrado en el suyo. Así, expiró a la edad de cuarenta y tres años, gritando:

—¡Cuánto sufro, Dios mío! ¡Oh! ¡Padezco mucho!

Todos los diablos y condenados juntos no sufren tanto como yo.

«En verdad, dice el panegirista de este religioso, que hace redundar en bien de la religión los detalles de tan horrible muerte, la lucha que debían tener con un alma tan generosa era un infierno muy cruel para los demonios».

Este epitafio, que grabaron en su tumba, fue, para unos testimonio de su santidad, y para otros de su castigo, según eran o no partidarios de la posesión:

« † Aquí descansa el humilde padre Tranquille, de Saint Temi, predicador capuchino: los demonios, que no pudieron sufrir su valor de exorcista, le

hicieron morir víctima de sus tormentos el último día de mayo de 1638».

Pero la muerte que convenció a todo el mundo fue la del cirujano Mannouri, que, según hemos manifestado, torturó a Grandier. Volviendo una noche, a las diez, de hacer algunas visitas en un extremo de la ciudad, acompañado de un cofrade suyo, y precedido por su mancebo, que llevaba una linterna, al llegar al centro de la ciudad, en una calle llamada el Grand Pavé, se detuvo de repente y, fijando los ojos en un objeto invisible para los demás, exclamó sobresaltado:

—Mirad a Grandier, ¡ah!

Y preguntándole: ¿Dónde está?, señalaba con el dedo el lugar en que creía verle, temblando de pies a cabeza, y diciendo:

—¿Qué quieres de mí, Grandier? ¿Qué quieres? Sí... sí, allí voy.

Desapareció en aquel momento la visión, pero el golpe ya estaba dado: conducido a su casa, veía continuamente a Grandier a los pies de la cama, y ni las luces ni el día fueron bastantes para disipar su terror. Durante ocho días sufrió esta agonía a la vista de toda la ciudad. Por fin, el noveno, pensó el moribundo que el espectro mudaba de lugar y avanzaba insensiblemente hacia él; y el infeliz gritaba sin cesar: ¡Ya se acerca, ya se acerca!, haciendo movimientos con la mano como para detenerle. Hasta que, al fin, expiró aquella noche, a la hora misma en que murió Grandier.

Sólo nos falta Laubardemont: he aquí lo que dicen relativo a él las cartas de M. Palin:

«El 9 de este mes, a las nueve de la noche, fue atacado un coche por una cuadrilla de ladrones: el ruido obligó a los vecinos a salir de sus casas, tanto, tal vez, por curiosidad como por caridad. Disparáronse algunos tiros por ambas partes, resultando un ladrón herido y otro prisionero. Los demás se escaparon. El herido murió al día siguiente por la mañana, sin decir nada ni declarar quien era; pero al final fue conocido: se ha sabido que era hijo de un tal Laubardemont, que en 1634 condenó al pobre cura de Loudun, Urbano Grandier, haciéndole quemar vivo, so pretexto de haber endemoniado a las religiosas de Loudun, a las cuales enseñaba a bailar, para hacer ver a los ignorantes que estaban hechizadas. ¿No es esto un castigo divino a la familia de aquel malhadado juez, en justa expiación de la infame y atroz muerte del cura Grandier, cuya sangre está gritando venganza?

VANINKA

(1800-1801)

A mediados del año primero del siglo XIX, y reinando en Rusia el emperador Pablo I, el reloj de la iglesia de los Santos Pedro y Pablo acababa de dar las cuatro de la tarde, cuando una multitud de gentes de toda condición comenzó a formar corro ante la casa del general conde de Tchermayloff, excomandante militar de una importante ciudad en el gobierno de Pultava. La curiosidad general estaba excitada por los preparativos que en el patio de dicho palacio se estaban haciendo para hacer sufrir el suplicio del *Knout* a un esclavo del general que desempeñaba las funciones de barbero. Aun cuando este género de suplicio, y por consiguiente este espectáculo, fuera muy común en Rusia, nunca dejaba de llamar la atención, al menos de aquéllos que acertaban a pasar por el lugar de la escena, lo cual, por suceder siempre, sucedió asimismo en nuestro caso, y éste era el motivo que había reunido a tanta gente delante del palacio del general Tchermayloff.

Por lo demás, si bien los espectadores se apretaban y empujaban con ganas, no pudieron quejarse porque la ejecución del castigo se retardara, puesto que al dar las cuatro y media, un joven de veinticuatro a veintiséis años, vestido con el elegante uniforme de los edecanes del general, apareció en el patio junto a la parte del edificio que daba frente al gran portal, y por donde se daba entrada a los aposentos de su excelencia. En aquel lugar se detuvo algunos momentos, dirigió su mirada hacia una ventana cuyos cristales herméticamente cerrados y cortinajes completamente caídos cerraban el paso a su curiosidad y, convencido de que en esta ocupación perdería el tiempo inútilmente, hizo seña a un hombre de larga barba que permanecía de pie junto a la puerta que comunicaba con el edificio de la servidumbre. Hecha aquella seña, la puerta se abrió, y en medio de una doble hilera de siervos, los cuales estaban obligados a presenciar el espectáculo para que en él se aleccionaran, apareció el culpable que iba a recibir el castigo por su falta y en pos del cual caminaba el ejecutor. En cuanto al reo, ya hemos dicho que era el barbero del general; por lo que toca al ejecutor, era el cochero, a quien, por su costumbre de manejar el látigo, cada vez que debía tener lugar un suplicio de esta naturaleza se le ascendía o rebajaba, como se quiera, hasta ejercer las funciones de verdugo. Sin embargo, en honor a la verdad debemos decir que el ejercicio de estas funciones en nada menguaba el aprecio e incluso la amistad que le profesaban sus camaradas, los cuales estaban firmemente convencidos de que no era el corazón, sino el brazo de Iván el que tomaba parte en el azotamiento. Además, como el brazo del cochero, al igual que el resto de su cuerpo, era propiedad del general, a ninguno le extrañaba que éste le

empleara en tal ejercicio. Existía además otra razón para hacerle estimable a sus compañeros, por cuanto un castigo administrado por Iván era casi siempre más soportable que administrado por otro cualquiera, pues el cochero, que no por esto dejaba de ser un buen hombre, escamoteaba uno o dos latigazos por docena, o si acaso el presidente del castigo le hacía llevar las cuentas con más regularidad, siempre se las arreglaba de modo que el extremo del látigo fuera a chocar contra el banco sobre el cual estaba extendido el culpable, quitando de esta manera al golpe lo más doloroso de su percusión. Esto hacía que cuando le llegaba la vez a Iván de tenderse sobre el fatal lecho y recibir la corrección que de costumbre administraba a los demás, aquél de sus camaradas que se encargaba interinamente de desempeñar el papel de verdugo tenía con el paciente las mismas consideraciones que había tenido con él, acordándose de los latigazos escamoteados y no de los recibidos. Por último, este mutuo intercambio de buen proceder daba lugar a una envidiable buena amistad entre Iván y sus compañeros, amistad nunca más estrecha que en el momento en que debía ejecutar un nuevo castigo. Verdad es que la primera hora que seguía al suplicio era consagrada enteramente a las quejas que el dolor arrancaba, lo cual hacía que algunas veces el apaleado fuera injusto con el apaleador, pero era muy raro que la mala voluntad durara más de una noche, y lo normal era que cesara al primer vaso de aguardiente que el verdugo bebía a la salud de la víctima.

Aquél sobre quien Iván iba a ensayar su destreza en el momento en que comienza nuestra historia era un hombre de unos treinta y cinco o treinta y seis años, de cabellos rojos, así como su barba, de estatura más que regular, y de origen griego, según la expresión de su mirada, que aun revelando el temor de que se hallaba poseído, no estaba exenta de su carácter habitual, que expresa a un tiempo la sagacidad y la simulación. Cuando hubo llegado al sitio destinado para el suplicio, el paciente se detuvo, dirigió una mirada a la misma ventana que antes había llamado la atención al ayudante de campo, ventana que continuaba herméticamente cerrada, y luego, tendiendo la mirada al círculo formado por la muchedumbre que invadía la entrada de la calle, acabó por fijarla, no sin estremecerse, en la plancha fatal sobre la cual debía ser tendido en breve. Este movimiento de pavor no se ocultó a su amigo Iván, que aprovechándose de la ocasión que le proporcionaba el tener que quitarle la camisa de tela rayada que cubría el cuerpo del reo, le dijo a media voz:

—Ea, Gregorio, valor.

—Ya sabes lo que me tienes prometido —contestó el paciente con una expresión indefinible de súplica.

—Eso no reza con los primeros latigazos, Gregorio, pues al principio el ayudante de campo tendrá fija la mirada en nosotros. Después, cuando hayas recibido unos cuantos, queda tranquilo, que ya encontraremos algún medio para escamotear alguno. —Sobre todo ten cuidado con la punta del látigo.

—Déjalo a mi cargo, Gregorio, y todo se hará del mejor modo posible. ¿Es que no me conoces?

—¡Ay, sí! —respondió Gregorio.

—¿Y bien? ¿A qué esperáis? —preguntó desde su posición el ayudante de campo.

—Su nobleza ve que estamos dispuestos —contestó Iván.

—Aguardad, aguardad, vuestra alteza —exclamó el pobre Gregorio, halagando al capitán con el tratamiento que se da a los coroneles—: me parece que la ventana que da al cuarto de la señorita Vaninka se está abriendo.

El joven capitán dirigió la vista al punto que había llamado su atención varias veces, pero ni un solo pliegue de las cortinas de seda que se divisaban a través de los cristales se había movido siquiera.

—Miente el bellaco —dijo el ayudante de campo, apartando poco a poco la vista de la ventana, como si él también hubiera esperado verla abierta—, mientes, y además, ¿qué tiene que ver esa noble señora en todo esto?

—Perdone vuestra excelencia —prosiguió Gregorio, que hizo sonreír al ayudante de campo de un grado más—: pero es que, como es por su causa por la que voy a recibir... podría suceder que ella tuviera lástima de un pobre criado... y...

—Basta —dijo el capitán con extraño acento, como si él fuera de la misma opinión que el paciente y sintiera que Vaninka no perdonase—, basta y despachemos.

—Al momento, nobleza, al momento —dijo Iván. Después, volviéndose hacia Gregorio, continuó—: vamos, camarada, llegó el momento.

Gregorio exhaló un profundo suspiro y dirigió una última mirada a la ventana. Al comprobar que allí todo continuaba en el mismo estado, se decidió por fin a echarse sobre la tabla fatal. Al mismo tiempo, otros dos esclavos que Iván había elegido para que le ayudaran le agarraron los brazos y le sujetaron las muñecas a dos postes colocados a igual distancia de la plancha, de manera que quedó más o menos en cruz. En seguida lo sujetaron con una argolla por el cuello, y viendo que todo estaba ya dispuesto y que ningún signo que le fuera favorable aparecía en la ventana, que seguía cerrada, el joven ayudante de campo hizo seña con la mano y dijo:

—Vamos.

—Aguardad, nobleza, aguardad —contestó Iván, haciendo que se prolongase de este modo el tormento, con la esperanza de que de aquella inexorable ventana saldría alguna señal—, tengo en mi *Knout* un nudo, y si lo dejo así Gregorio tendría derecho a quejarse.

El instrumento al que se refería el ejecutor, y cuya forma desconocerán quizá nuestros lectores, es una especie de látigo que tiene un mango de poco más o menos medio metro de tamaño. A este mango va sujeta una correa plana de cuero de dos dedos de anchura y poco más de un metro de longitud. La correa termina con un anillo de metal al cual va unida como prolongación de la primera otra correya de medio metro de largo y un dedo de ancho que sigue en disminución hasta concluir en punta. Se moja en leche esta correa y después se deja que se seque al sol, de modo que gracias a esta preparación su extremidad llega a ponerse tan aguda y cortante como un cortaplumas. Además, según costumbre, a cada seis golpes, con el fin de

que no se humedezca con la sangre del paciente, se cambia dicha correa.

Por mala gana que tuviera y por torpeza que Iván quiso emplear en desatar el nudo, fue necesario por fin que acabara: ya los espectadores comenzaban a murmurar. Al haber despertado con el ruido al ayudante de campo del éxtasis en que parecía sumido, levantó el oficial la cabeza, que tenía inclinada sobre el pecho, miró por última vez hacia aquella ventana, y viendo que absolutamente nada anunciaba que la misericordia pudiera venir por aquel lado, se volvió de nuevo hacia el cochero, y con una señal más imperiosa y un acento cuya entonación no admitía réplica, le ordenó que comenzara la ejecución.

No había medio de retroceder. Iván tenía que obedecer, y no parecía oportuno buscar un nuevo pretexto. Se echó dos pasos hacia atrás para adquirir mayor ímpetu, volvió después al lugar que desde el principio había ocupado y, alzándose sobre las puntas de los pies, hizo girar el *Knout* por encima de su cabeza un instante, y lo descargó sobre Gregorio con tal destreza que la correa dio tres vueltas al cuerpo de la víctima, rodeándole como si fuera una serpiente, llegando el punzante extremo a tocar por debajo de la tabla en que estaba echado. Con todo, a pesar de esta precaución, Gregorio lanzó un grito e Iván contó: uno.

A este grito, el ayudante de campo se había vuelto hacia la ventana; pero la ventana seguía cerrada y, maquinalmente, dirigió su mirada sobre el paciente, y repitió: uno.

El *Knout* había dejado marcado en las espaldas de Gregorio un triple surco morado.

Iván volvió a tomar aire, y con igual acierto que la primera vez volvió a rodear el cuerpo del paciente con su correa, teniendo cuidado siempre de que la punta no le tocara: Gregorio lanzó un nuevo grito e Iván contó: dos.

Entonces la sangre comenzó a agolparse junto a la piel, pero sin llegar a brotar todavía.

Al tercer golpe aparecieron algunas gotas sobre el cuerpo de la víctima.

Al cuarto brotó libremente.

Al quinto saltó hasta la cara del joven oficial, que se echó hacia atrás y se enjugó con el pañuelo. Iván aprovechó esta circunstancia para contar siete en vez de seis. El capitán no hizo observación alguna.

Al noveno golpe se paró Iván para mudar de correa y, confiando en que una segunda mentira colaría tan felizmente como la primera, contó once en vez de diez. En ese momento una ventana situada enfrente de la de Vaninka se abrió. Un hombre de cuarenta y cinco a cuarenta y ocho años, vestido con el uniforme de general, se dejó ver en ella, y con el mismo tono de voz con que podría haber dicho: «Valor, adelante», dijo: «Basta, ya está bien», y volvió a cerrar la ventana.

Desde el momento en que se abrió la ventana, el joven oficial se volvió hacia su general con la mano izquierda colocada sobre la costura del pantalón y con la derecha tocando su sombrero, y así permaneció durante los cortos segundos que duró aquella

aparición, en cuanto se cerró la ventana repitió las mismas palabras que el general había pronunciado, de manera que el látigo, levantado ya, volvió a caer, pero sin tocar al paciente.

—Da las gracias a su excelencia, Gregorio —dijo entonces Iván enrollando la correa del *Knout* alrededor del mango—, porque te ha perdonado dos golpes, cosa que —añadió agachándose para desatarle la mano—, con dos que te he escamoteado hace un total de ocho golpes en vez de doce. Vamos, vosotros, desatadle la otra mano.

Pero el pobre Gregorio no se encontraba en situación de dar las gracias a nadie: casi desvanecido por el dolor, apenas podía sostenerse. Dos hombres le cogieron por debajo de los brazos y lo condujeron, seguidos siempre por Iván, al departamento de los esclavos. Sin embargo, al llegar a la puerta se detuvo, volvió la cabeza y distinguió al ayudante de campo que le seguía con la vista y en cuya mirada se pintaba la compasión.

—Señor Fedor —le gritó Gregorio—, dad las gracias de mi parte a su excelencia el general. En cuanto a la señorita Vaninka —añadió en voz baja—, yo me encargo de dárselas en persona.

—¿Qué murmuras entre dientes? —preguntó el joven oficial con expresión de enfado, porque creyó notar en la voz de Gregorio algo amenazador.

—Nada, nobleza, nada —dijo Iván—, el pobre muchacho os agradece, señor Fedor, que os hayáis tomado el trabajo de asistir a su castigo, y dice que ha sido mucho honor para él; eso es todo, nada más.

—Bueno, bueno —dijo el joven oficial, temiendo que Iván cambiara algo del texto original, pero sin querer saberlo positivamente—, y si Gregorio no quiere causanne otra vez la misma molestia, que beba menos aguardiente o que cuando esté borracho intente ser más respetuoso.

Iván hizo un profundo y humilde saludo y siguió a sus compañeros. Fedor volvió a entrar en el vestíbulo y la multitud se retiró muy enojada por la mala fe de Iván y por la generosidad del general, que le había evitado cuatro golpes de *Knout*, esto es, la tercera parte de lo que estaba anunciado que constituiría el castigo.

Y ahora que hemos hecho que nuestros lectores conozcan a algunos personajes de esta historia, nos permitirán que les pongamos en comunicación directa con los que, o no han hecho más que aparecer, o se han quedado ocultos detrás de la cortina.

El general conde Tchermayloff, que, como hemos dicho, después de haber desempeñado el gobierno de una de las villas más importantes de las cercanías de Pultava, había sido llamado a San Petersburgo por el emperador Pablo I, que le honraba con su particular amistad, era viudo y tenía una hija que había heredado la fortuna, la belleza y el orgullo de su madre, que pretendía descender directamente de uno de los capitanes de aquella raza de tártaros que bajo las órdenes de Gengis invadieron Rusia en el siglo trece. Por una fatal casualidad, estos instintos altivos y esta disposición altanera habían crecido en Vaninka con la educación que había recibido. No teniendo mujer y careciendo de tiempo para ocuparse por sí mismo de su

hija, el general Tchermayloff había elegido como aya a una inglesa que en vez de combatir las inclinaciones de su educanda, les había dado nuevo Vigor aumentando sus ideas aristocráticas, imbuyéndole los principios que hacen de la nobleza inglesa la más orgullosa de la tierra. Entre los diferentes estudios a que se había dedicado Vaninka, había uno al que se había entregado en especial, y era, si puede decirse así, el de la ciencia de su posición: por ello, conocía perfectamente el grado de nobleza y de poder de todas las familias nobles, tanto el de las que superaban a la suya, como el de las que eran inferiores. Podía, pues, sin equivocarse, cosa que sin embargo no es nada fácil en Rusia, dar a cada uno el título que por derecho correspondía a su rango. De ese modo, sentía un profundo desprecio por todo el que era menos *excelencia*. En cuanto a los siervos y esclavos, se comprende, dado el carácter de Vaninka, que para ella ni siquiera existían: no eran más que animales con barbas, y muy inferiores, a juzgar por el sentimiento que le inspiraban, a su caballo o a su perro, y ciertamente nunca puso ella en la misma balanza la vida de un esclavo y la de cualquiera de aquellos interesantes cuadrúpedos. Por lo demás, como todas las mujeres distinguidas de su país, era buena música y hablaba igualmente bien el francés, italiano, alemán e inglés.

En cuanto a las facciones de su rostro, diremos que estaban desarrolladas en armonía con su carácter. Resultaba de esto que Vaninka era bella, pero su belleza era quizás algo extraña. En efecto, su gran pupila negra, su nariz recta, sus labios levantados en sus extremos por la desdeñosa expresión de su fisonomía hacían sentir, desde luego, a todos los que se acercaban a ella una extraña impresión que no se desvanecía sino delante de sus iguales o superiores, para quienes volvía a ser una mujer como todas, mientras que para sus inferiores permanecía siempre altiva e inaccesible como una diosa.

Cuando Vaninka tuvo diecisiete años, una vez concluida su educación, su aya, para cuya salud era perjudicial el rudo clima de San Petersburgo, pidió su retiro. Se le concedió con ese fastuoso reconocimiento del que los señores rusos son hoy en Europa los últimos representantes. Entonces quedó sola Vaninka, sin otra norma que la dirigiera en el mundo que el ciego amor de su padre, del que como hemos dicho era hija única, y que en su ruda y salvaje admiración, la consideraba como un compuesto de todas las perfecciones humanas.

En esta situación las cosas, el general recibió una carta que le escribía desde el lecho de muerte uno de sus amigos de la infancia. Desterrado de su patria a consecuencia de algunas contiendas con Potemkin, el conde de Romayloff había perdido su carrera y, sin la posibilidad de reconquistar su perdido favor, se fue agobiado de tristeza a morir a cuatrocientas leguas de San Petersburgo. Pero si sentía doloroso y amargo su destierro y su desdicha no era tanto por si mismo, sino porque aquella desgracia influía en mal sentido en la suerte y porvenir de su hijo único, Fedor. El conde, sabiendo que le iba a dejar solo y sin apoyo en el mundo, recomendaba entonces al general, en nombre de su antigua amistad, a su joven hijo,

deseando que gracias al favor de que gozaba con Pablo I, obtuviese para aquél una tenencia en algún regimiento. El general respondió inmediatamente al conde que su hijo hallaría en él un segundo padre. Pero cuando llegó la agradable nueva, Romayloff ya no existía, y fue Fedor el que recibió la carta y se la llevó al general, al mismo tiempo que le anunciaba la pérdida que había sufrido y reclamaba la protección ofrecida. Sin embargo, el general ya se había adelantado a tales diligencias, y Pablo I, influido por él, había concedido al joven una subtenencia en el regimiento Semonovski, de modo que Fedor entró en el ejercicio de sus funciones al día siguiente de su llegada.

Aunque el joven no había hecho más que pasar, por decirlo así, por la casa del general para ir a los cuarteles situados en el costado de la Litenoy, había estado el tiempo suficiente para ver a Vaninka y conservar de ella un profundo recuerdo. Desde luego, llegando Fedor con el corazón henchido de pasiones vírgenes y generosas en reconocimiento hacia el protector que le abría paso en su carrera, todo cuanto a éste pertenecía le parecía que llevaba en sí un derecho a su gratitud. Quizá por esta razón exageró la belleza de la que se le presentó como a una hermana, y que sin considerar para nada este título, le recibió con la frialdad y orgullo de una reina. Por lo demás, por fría e indiferente que fuera esta aparición, no por eso dejó, como hemos dicho, menos huella en el corazón del joven, y su llegada a San Petersburgo quedó marcada por una impresión nueva y desconocida hasta entonces en su existencia.

En cuanto a Vaninka, apenas reparó en Fedor. Ciertamente, ¿qué era para ella un joven subteniente sin fortuna y sin porvenir? Lo que ella soñaba era unirse a un príncipe que hiciese de ella una de las más poderosas damas de Rusia, y a no ser que Fedor viera realizado en su favor uno de los cuentos de las mil y una noches; no podía prometerse de otro modo nada parecido.

Algunos días después de aquella primera entrevista, Fedor fue a despedirse del general: su regimiento formaba parte del contingente que se llevaba consigo a Italia el mariscal Suvarov, y Fedor iba a morir o a volver digno del noble protector que había respondido por él.

Aquella vez, ya sea porque el uniforme elegante con que iba vestido aumentara la natural belleza de Fedor, o porque el momento de su partida y la exaltación de la esperanza hubiera rodeado al joven de una aureola de poesía, Vaninka, asombrada del maravilloso cambio que había experimentado, se dignó, invitada por su padre, alargar su mano al que iba a dejarles. Esto era mucho más de lo que podía esperar Fedor. Hincó por lo tanto una rodilla en tierra, como lo habría hecho delante de una reina, y tomando la mano de Vaninka entre las suyas trémulas, apenas tuvo atrevimiento para acercar a ella sus labios. Mas, por ligero que fuera aquel beso, Vaninka tembló como si la hubiera tocado un hierro candente, porque sintió esparcirse por todo su cuerpo una inexplicable sensación y un calor sofocante subió hasta su rostro. Por ello, retiró tan vivamente su mano que Fedor, temiendo que este adiós tan respetuoso la hubiera ofendido, permaneció de rodillas, juntó sus manos y levantó sus ojos fijándolos en

ella con una expresión de temor tal que Vaninka olvidó su orgullo y le tranquilizó con una sonrisa. Fedor se levantó con el corazón rebosando de un placer indefinible y sin poder decir de qué provenía. Pero sí podía al menos darse perfecta cuenta de que, aunque estaba a punto de separarse de Vaninka, nunca había sido tan dichoso como en aquel momento.

El joven oficial partió con la mente llena de sueños dorados porque, ya fuese el horizonte de su porvenir sombrío o brillante, era en todo caso digno de envidia: si se abría una tumba sangrienta, había creído leer en los ojos de Vaninka que sería sentida su muerte por ella, y si alcanzaba a tocar la gloria, la gloria le devolvería triunfante a San Petersburgo, y la gloria es una reina que hace milagros en favor de sus protegidos.

El ejército del cual formaba parte el joven oficial atravesó Alemania, desembocó en Italia por las montañas del Tirol y entró en Verona el día 14 de abril de 1799. Inmediatamente se unió Suvarov con el general Melás, y tomó el mando de los dos ejércitos. Al día siguiente el general Chasteler le propuso hacer un reconocimiento; pero Suvarov, mirándolo con marcada expresión de asombro, contestó: no conozco otro medio de reconocer al enemigo que cargar sobre él y vencerlo.

En efecto, Suvarov estaba acostumbrado a aquella estrategia expeditiva: así era como había vencido a los turcos en Folkschany y en Ismailof; así era como había conquistado Polonia después de una campaña de pocos días, y tomado Praga en cuatro horas. Así era como Catalina, agradecida, había mandado al general vencedor una corona de encina entrelazada con piedras preciosas cuyo valor estaba tasado en seiscientos mil rublos, le había dado un bastón de mando todo de oro macizo y guarnecido de diamantes, y le hizo mariscal general, con la facultad de elegir un regimiento que llevaría siempre su nombre. Después, a su regreso, le dio permiso para ir a descansar a una tierra magnífica que le había donado, así como ocho mil siervos que la habitaban. ¡Qué asombroso ejemplo para Fedor! Suvarov, hijo de un simple oficial ruso, había sido educado en la escuela de cadetes y había salido como subteniente, como él: ¿por qué en un mismo siglo no habían de existir dos Suvarov?

Así pues, Suvarov llegaba precedido de una reputación inmensa: religioso, activo, infatigable, impasible, viviendo con la sencillez de un tártaro y peleando con la energía y prontitud de un cosaco, era el hombre que se necesitaba para continuar los triunfos del general Melás contra los soldados de la República, acobardados por las necias vacilaciones de Scherer. Además, el ejército austro-ruso, compuesto por cien mil hombres, no tenía delante más que a unos veintinueve o treinta mil franceses.

Suvarov comenzó, como tenía por costumbre, con un trueno espantoso. El 20 de abril se presentó delante de Brescia, que quiso en vano oponer resistencia. Después de un fuego de cañón que duró apenas media hora, la puerta de Peschiera fue derribada a hachazos y la división Korsakov, cuya vanguardia estaba formada por el regimiento de Fedor, entraba en la villa a paso de carga, acometiendo a la guarnición, que estaba compuesta sólo por mil doscientos hombres y que se refugió en la

ciudadela. Derrotada con una impetuosidad a la que los franceses no estaban acostumbrados, el jefe de la brigada, Boneset, pidió la capitulación. Pero su posición era demasiado precaria para que pudiera alcanzar tregua alguna de sus salvajes vencedores: Boneset y sus soldados fueron hechos prisioneros de guerra.

Suvarov era el hombre que mejor sabía en el mundo aprovechar una victoria: apenas se hizo dueño de Brescia —cuya rápida loma había producido un nuevo desaliento en el ejército francés—, ordenó al general Kray que emprendiera vigorosamente el sitio de Peschiera. Como resultado de esta orden, el general Kray había establecido su cuartel equidistante de Peschiera y de Mantua, extendiéndose desde el Po hasta el lago de Garda, sobre la ribera del Mincio, y amenazando de este modo a la vez a las dos ciudades. Al mismo tiempo, el general en jefe, que marchaba delante con el grueso del ejército, pasaba el Oglio en dos columnas, y extendía la una bajo las órdenes del general Rosenberg por el lado de Bérgamo y colocaba la otra al mando de Melás, de modo que llegara hasta el Serio. Mientras tanto, divisiones de siete u ocho mil hombres a las órdenes de los generales Kaim y Hohenzollern se dirigían hacia Plasencia y Cremona, costeano toda la ribera izquierda del Po. De esta manera el ejército austro-ruso se adelantaba desplegando ochenta mil hombres en un frente de dieciocho leguas.

Al ver las fuerzas que se acercaban, y que triplicaban a las suyas, Scherer se batió en retirada por toda la línea y derribó los puentes que había tendidos sobre el Adda. Como no tenía esperanzas de defenderse, trasladó su cuartel general a Milán, aguardando en esta villa respuesta a una cana que había dirigido al Directorio, en la que reconocía implícitamente su incapacidad y presentaba su dimisión. Pero como no llegaba respuesta y Suvarov avanzaba sin cesar, cada vez más asustado por la responsabilidad que pesaba sobre él, Scherer había entregado el mando a uno de sus más acreditados lugartenientes. El general elegido por el dimisionario fue Moreau, que iba a vencer una vez más a aquellos mismos rusos en cuyas filas debía morir más tarde.

Este nombramiento inesperado fue publicado en medio de las más vivas muestras de alegría por parte de los soldados: aquél a quien su gran campaña sobre el Rhin había hecho que se le conociera con el nombre de Fabio francés, recorrió toda la línea de su ejército saludado con entusiasmo por unas y otras divisiones con los gritos de ¡Viva Moreau! ¡Viva el salvador del ejército de Italia!

Pero, por grande que fuese aquel triunfo, no fue suficiente para cegar a Moreau e impedirle que conociera perfectamente la posición en que se hallaba: tenía que formar, so pena de ser embestido por sus dos extremos, una línea paralela a la del ejército ruso, de manera que para hacer frente a su enemigo le era preciso extenderse desde el lago Lecco a Pizzighitone, es decir, a lo largo de un espacio de veinte leguas. Es cierto que podía también retirarse hacia el Piamonte, concentrar sus tropas sobre Alejandría y esperar allí los refuerzos que el Directorio ofrecía mandarle; pero, si actuaba de esa manera, abandonaba al ejército de Nápoles y lo dejaba aislado y casi

en poder del enemigo. Decidió, pues, impedir el paso del Adda durante todo el tiempo que le fuera posible con el fin de ganar tiempo para que llegase la división Dessolles, que le debía mandar Massena, para proteger su flanco izquierdo, mientras que la división Gauhtier, que tenía orden de evacuar Toscana, llegaba a marchas forzadas para proteger su flanco derecho.

En cuanto a él, se colocó en el centro para defender en persona el puente fortificado de Cassano, cuya parte superior estaba cubierta por el canal Ritorto, que ocupaban con numerosa artillería las avanzadas que allí se habían atrincherado.

Además, siempre tan cauto como valiente, Moreau tomó sus medidas para asegurar en caso de derrota la retirada hacia los Apeninos y la costa de Genova.

Apenas estaban terminadas todas sus disposiciones cuando el infatigable Suvarov entró en Triveglia. Al mismo tiempo que llegaba el general ruso a esta villa, Moreau se enteró de la rendición de Bérgamo y su castillo, y el 25 de abril vio las columnas del ejército aliado.

Ese mismo día el general ruso dividió su ejército en tres columnas, de modo que cada una de ellas correspondiera a uno de los puntos más importantes de la línea francesa, si bien el número de soldados del ejército ruso era el doble que las fuerzas que tenían que derrotar. La columna de la derecha, al mando del general Vikassovitch, se adelantó hacia el extremo del lago de Lecco, donde esperaba el general Serrurier; la de la izquierda, al mando de Melás, fue a colocarse enfrente de las trincheras de Cassano; por último, las divisiones austriacas de los generales Zopf y Olt, que formaban el centro, se reunieron en Canonnia para encontrarse en situación, en un momento dado, de apoderarse de Vaprio. Las tropas rusas y austriacas acamparon a un tiro de cañón de las avanzadas francesas.

Fedor, que formaba parte con su regimiento de la división Chasteler, escribió aquella noche al general Tchennayloff:

«Por fin nos encontramos frente a los franceses. Mañana por la mañana debe darse una gran batalla. Mañana por la tarde seré teniente o habré muerto».

Al día siguiente, el 26 de abril, retumbaron los cañones desde el amanecer en los extremos de la línea. Por el izquierdo atacaban los granaderos del príncipe Bagration, y por el derecho, el general Sekendorff, procedente del campo de Triveglia, y que marchaba sobre Crema.

El resultado de ambos ataques fue muy desigual: los granaderos de Bagration fueron rechazados con grandes pérdidas por su parte, mientras que Sekendorff, por el contrario, arrojaba a los franceses de Crema y extendía sus tropas hasta el puente de Lodi.

La esperanza de Fedor quedó desvanecida: la parte del ejército en que él se encontraba no hizo nada aquel día, y su regimiento permaneció pasivo, aguardando órdenes que no llegaron.

Suvarov aún no había ideado todo su plan, y necesitaba aquella noche para disponerlo correctamente.

Aquella misma noche, habiéndose enterado Moreau de la ventaja que había obtenido Sekendorff en su extremo derecho, dio orden a Serrurier de dejar en Lecco, que era un puesto de fácil defensa, nada más que la mitad de la 18a brigada ligera y un destacamento de dragones, y que se replegara sobre el centro con el resto de las tropas. Serrurier recibió la orden a las dos de la mañana y la cumplió inmediatamente.

Los rusos, por su parte, no habían perdido el tiempo: aprovechando la oscuridad de la noche, el general Vukassovitch había hecho recomponer el puente destruido por los franceses en Brevio, mientras que el general Chasteler hacía construir uno nuevo a dos millas del castillo de Trezzo. Estos dos puentes fueron reconstruidos sin que las avanzadas francesas lo sospecharan siquiera. Sorprendidos a las cuatro de la mañana por las dos divisiones austríacas, que se habían ocultado en el pueblo de San Gervasio y habían ganado la orilla derecha de Adda sin ser vistos, los soldados encargados de defender el castillo de Trezzo lo abandonaron y se batieron en retirada. Los austríacos les persiguieron hasta Pozzo, pero allí los franceses se detuvieron de repente, dieron la vuelta, e hicieron frente. Esta maniobra se debía a que en Pozzo se encontraban el general Serrurier y las tropas que traía de Lecco. Al oír a su espalda los tiros de cañón, se detuvo un instante y, obedeciendo a la principal ley de la guerra, se había dirigido hacia el ruido y hacia donde salía el humo. Él era pues quien rehacía la guarnición de Trezzo y quien tomaba la defensiva, enviando uno de sus ayudantes de campo a Moreau para avisarle de la maniobra que había creído su deber hacer.

El combate se desató entonces entre las tropas francesas y austríacas con un encarnizamiento inaudito: porque los viejos soldados de Bonaparte habían adquirido en sus primeras campañas en Italia una costumbre a la que no podían renunciar y que consistía en combatir a los súbditos de su majestad imperial donde quiera que los hallasen. Sin embargo, la superioridad del número era tal que las tropas francesas empezaban a retroceder, cuando unas fuertes voces que se dejaron oír a retaguardia anunciaron un refuerzo: era el general Grenier, enviado por Moreau, que llegaba con su división en el momento en que su presencia era más necesaria.

Parte de la nueva división reforzó las columnas doblando las masas del centro, mientras que la otra se extendió sobre la izquierda para arrollar a los generales enemigos. Después resonó el tambor por toda la línea y los granaderos franceses comenzaron a reconquistar aquel campo de batalla tomado y vuelto a tomar dos veces. Pero en aquel momento les llegó un refuerzo también a los austríacos: era el marqués de Chasteler y su división. El número era otra vez ventajoso para el enemigo. Grenier replegó inmediatamente su ala para reforzar el centro, y Serrurier, disponiendo la retirada, se replegó sobre Pozzo, donde aguardó al enemigo. En este último punto fue donde tuvo lugar lo más reñido de la batalla. Tres veces fue tomado y otras tantas se recobró el pueblo de Pozzo, hasta que por fin, atacados por cuarta vez por fuerzas dobles a las suyas, los franceses tuvieron que evacuarlo. En este último ataque fue herido mortalmente un coronel austríaco. Sin embargo, el general Beker, que lideraba la retaguardia francesa, no había querido batirse en retirada y se

vio rodeado con algunos de sus hombres. Después de verles caer uno tras otro a su lado, se vio obligado a rendir su espada a un joven oficial ruso del regimiento de Semonovski, que entregó su prisionero a los soldados que le seguían y volvió inmediatamente al combate.

Los dos generales franceses habían tomado como punto de reunión para rehacerse el pueblo de Vaprio. Pero en los primeros momentos del desorden que causó en las tropas francesas la salida de Pozzo, la caballería austriaca llevó a cabo una carga tan terrible que Serrurier tuvo que separarse de su colega, y se vio en la necesidad de retirarse con dos mil quinientos hombres sobre Verderio, mientras Grenier llegaba solo al punto convenido y se detenía en Vaprio para hacer de nuevo frente al enemigo.

Al mismo tiempo un combate espantoso tenía lugar en el centro. Melás, con dieciocho o veinte mil hombres, había atacado los puestos fortificados que se hallaban, como hemos dicho, a la cabeza del puente de Cassano y de Ritorto-canale. A las siete de la mañana, y cuando Moreau acababa de desprenderse de la división Grenier, Melás, a la cabeza de tres batallones de granaderos austríacos, atacó los puestos avanzados. Allí, por espacio de dos horas tuvo lugar una carnicería horrorosa: fueron rechazados tres veces, dejando más de mil quinientos hombres muertos al pie de las fortificaciones, y habían vuelto otras tantas veces a la carga, reforzados siempre por tropas de refresco, y alentados por Melás, que tenía antiguas derrotas que vengar. Por último, atacados por cuarta vez y acosados en sus trincheras, los franceses disputaron el terreno palmo a palmo, y fueron a resguardarse en su segundo parapeto, que defendía la cabeza del mismo puente y que mandaba Moreau en persona. Allí se luchó todavía durante dos horas hombre a hombre, mientras el fuego horroroso de la artillería cambiaba entre sí la muerte, disparando sus cañones casi a bocajarro. Finalmente, rehechos los austríacos una vez más, avanzaron a la bayoneta, y, a falta de escalas o de brecha, llegaron a escalar el parapeto amontonando contra las fortificaciones los cuerpos de sus camaradas muertos. No había un instante que perder: Moreau ordenó la retirada, y mientras los franceses volvían a pasar el Adda, él mismo en persona protegió su paso con un solo batallón de granaderos, del cual, al cabo de una media hora, no le quedaban más que ciento veinte hombres. Además, tres de sus ayudantes de campo habían caído muertos a su lado. Pero la retirada se hizo con orden. Después, él mismo se retiró también, haciendo siempre frente al enemigo, que ponía el pie sobre el puente en el mismo momento en que Moreau alcanzaba la otra orilla. Al instante los austríacos se lanzaron a su persecución. Pero, de repente, un ruido terrible se dejó oír dominando al de la artillería: el segundo arco del puente acababa de volar haciendo saltar por los aires a todos los que en ese momento se encontraban en el lugar fatal. Ambos bandos retrocedieron, y en el espacio que quedó vacío se vio caer como una lluvia de despojos de hombres y de piedras.

Pero, en el momento en que Moreau acababa de interponer un obstáculo momentáneo entre él y Melás, vio llegar en desorden el cuerpo del ejército que estaba

a las órdenes del general Grenier, y que como hemos dicho antes había sido obligado a evacuar a Vaprio, y que huía ahora perseguido por el ejército austríaco-ruso de Zopf, de Oll y de Chasteler. Moreau ordenó un cambio de frente y, combatiendo al nuevo enemigo que se le venía encima cuando y por donde menos lo esperaba, consiguió rehacer las tropas de Grenier y restablecer el equilibrio de la batalla. Pero, mientras Moreau se volvía hacia Grenier, Melás reconstruía el puente y ganaba a su vez la otra orilla del río. Moreau se encontró entonces atacado de frente y por los dos flancos por fuerzas tres veces superiores a las suyas. Fue en aquel momento cuando todos los oficiales que le rodeaban le suplicaron que considerase su retirada, porque de la salvación de su persona dependía la conservación de Italia. Moreau se resistió largo tiempo porque comprendía las terribles consecuencias de la batalla que acababa de perder y a la cual no quería sobrevivir si le era imposible ganarla, pero un pelotón de tropa de lo más escogido le rodeó y retrocedió formando un cuadro a su alrededor, mientras el resto del ejército se hacía matar por defender la retirada de aquel cuyo genio era juzgado como la única esperanza que le quedaba.

El combate duró todavía cerca de tres horas, durante las cuales la retaguardia del ejército hizo prodigios. Por fin, viendo Melás que su enemigo se le había escapado, y considerando que sus tropas, cansadas de una lucha tan obstinada, tenían necesidad de reposo, ordenó que cesara el combate y se detuvo en la orilla izquierda del Adda, escalonándose en los pueblos de Imago, Gorgonzola y Cassano, y quedando de este modo dueño del campo de batalla sobre el que dejaron los franceses dos mil quinientos cadáveres, cien cañones y veinte obuses.

Aquella noche Suvarov invitó a Beker a cenar con él y le preguntó quién era el que le había hecho prisionero. Beker contestó que era un joven oficial del regimiento que entró primero en Pozzo. Suvarov preguntó entonces cuál era aquel regimiento, y se le respondió que era el de Semonosvki. El general en jefe ordenó que se hicieran averiguaciones a fin de saber el nombre de aquel joven. Un instante después se anunciaba al subteniente Fedor Romaylof. Venía a traer a Suvarov la espada del general Beker. Suvarov le retuvo para que cenara con él y con su prisionero.

Al día siguiente Fedor escribía a su protector:

«He cumplido mi palabra: soy teniente y el mariscal Suvarov ha pedido para mí a su majestad Pablo I la orden de San Vladimiro».

El 28 de abril entraba Suvarov en Milán, que Moreau acababa de dejar para retirarse detrás del Tessino, y ordenaba poner en todas las tapias de esta capital la proclama siguiente, que pinta a las mil maravillas la imaginación del héroe moscovita:

«El ejército victorioso del emperador apostólico y romano está aquí: combate únicamente por el restablecimiento de la santa religión, del clero, de la nobleza y del antiguo gobierno de Italia.

»Pueblos, uníos a nosotros en nombre de Dios y de la fe: pues hemos llegado con un ejército a Milán y a Plasencia para socorreros».

Las victorias de Trubia y Novi, alcanzadas con tanto esfuerzo, sucedieron a la de Cassano y dejaron a Suvarov tan debilitado que no pudo sacar provecho de sus ventajas. Además, en el momento en que el general ruso iba a ponerse en marcha, se le comunicó un nuevo plan para el consejo áulico de Viena. Las potencias aliadas habían decretado la invasión de Francia y, asignando a cada general la senda que había de seguir para llevar a cabo dicho plan, decidieron que Suvarov entrase en Francia por Suiza, que el archiduque le cediera sus posiciones y que se desviara sobre el bajo Rin. Las tropas con que Suvarov (dejando a Moreau y Macdonald frente a los austriacos), debía operar en adelante contra Massena, eran treinta mil rusos que llevaba consigo; otros treinta mil procedentes del ejército de reserva que el conde de Tolstoy mandaba en Gallicie y que debían ser conducidos a Suiza por el general Korsakov; veinticinco a treinta mil austriacos mandados por el general Hotte, y, por último, cinco o seis mil emigrados franceses bajo el mando del príncipe de Conde. En resumen, de noventa a noventa y cinco mil hombres.

Fedor había sido herido al entrar en Novi, pero Suvarov había cubierto su herida con una segunda cruz, y el grado de capitán aceleró su convalecencia. De modo que el joven oficial, más dichoso que envanecido con el nuevo ascenso que acababa de obtener, estaba ya en disposición de seguir al ejército cuando el 13 de setiembre se puso en movimiento hacia Salvedra y empezó a entrar con su general en el valle de Tessino.

Hasta entonces todo había marchado bien, y mientras Suvarov habitó en las ricas y hermosas llanuras de Italia sólo tuvo motivos para alegrarse del valor y decisión de sus soldados. Pero cuando vieron sucederse los fértiles campos de Lombardia, bañados por ríos de tan dulces nombres, y levantarse ante su vista cubiertas de eterna nieve las escarpadas cimas del Saint-Gothard, entonces el entusiasmo se extinguió, desapareció aquella energía que les era habitual y unos sombríos presentimientos se apoderaron del corazón de aquellos salvajes hijos del Norte. Corrieron habladurías inesperadas y un rumor vago se extendió por toda la línea. Después, de repente, la vanguardia se detuvo, manifestando que no quería avanzar ni un paso. Fedor, que mandaba una compañía, rogó y suplicó en vano a sus soldados que se separaran de sus compañeros y dieran ejemplo siguiendo adelante. Los soldados arrojaron sus armas y se acostaron al lado de ellas. En el mismo instante en que acababan de dar aquella prueba de insubordinación, un nuevo murmullo se levantó en las últimas filas del ejército, aumentando progresivamente como una horrible tempestad: era Suvarov, que iba de retaguardia a vanguardia, y que llegaba acompañado de aquella espantosa insubordinación que crecía y se difundía por toda la línea a medida que avanzaba. Cuando llegó a la cabeza de la columna, los murmullos se habían convertido ya en imprecaciones.

Entonces Suvarov dirigió la palabra a sus soldados, con aquella salvaje elocuencia a la cual debía lodos los milagros que había operado siempre en su ánimo. Pero los gritos de *¡retirada!* *¡retirada!* sofocaron su voz. Entonces hizo prender a los

más rebeldes y les mandó dar de palos hasta dejarlos casi muertos por tan vergonzoso castigo. Pero los castigos no tuvieron más efecto que las exhortaciones, y los gritos continuaron. Suvarov consideró que todo estaba perdido si no ponía en práctica algún medio poderoso e inesperado para reunir a los amotinados. Se adelantó hacia Fedor:

—Capitán —le dijo—, deje allí a esos cobardes. Escoja a ocho sargentos y abra un hoyo en la tierra.

Fedor, asombrado, miró a su general como para pedirle una explicación a tan extraña orden.

—Haced lo que os ordeno —repuso Suvarov.

Fedor obedeció y los ocho sargentos pusieron manos a la obra. Diez minutos después el hoyo estaba abierto, con gran admiración de todo el ejército, que estaba colocado en semicírculo y escalonado sobre las dos montañas que limitaban el camino, como sobre las gradas de un vasto anfiteatro.

Entonces Suvarov bajó del caballo, rompió su espada y la arrojó al hoyo. Se quitó una tras otra sus dos charreteras y las arrojó también con el sable. Después se arrancó las condecoraciones que cubrían su pecho y las metió en el hoyo del mismo modo que el sable y las charreteras, y por último, tras desnudarse del todo, se arrojó él mismo, exclamando en alta voz:

—¡Cubridme con tierra, dejad aquí a vuestro general! Vosotros no sois mis hijos, yo no soy ya vuestro padre: sólo me resta morir.

A tan extrañas palabras, que fueron pronunciadas con tan robusta voz que todo el ejército las oyó distintamente, los granaderos rusos se arrojaron a la fosa llorando y sacaron en brazos a su general pidiéndole perdón y suplicándole que les condujera hasta donde estaba el enemigo.

—¡Enhorabuena! —gritó Suvarov—. Reconozco a mis hijos. ¡Al enemigo! ¡Al enemigo!

Entonces no fueron ya gritos, sino hurras de contento los que respondieron a sus palabras. Suvarov volvió a vestirse y, mientras lo hacía, los más obstinados, arrastrándose por el suelo, llegaron a besarle los pies. Después, cuando tuvo puestas las charreteras y las cruces brillaron de nuevo sobre su pecho, volvió a montar a caballo, seguido de todo el ejército, que juraba al unísono dejarse matar antes que abandonar a su verdadero padre.

Aquel mismo día Suvarov atacó Aérolo. Pero los días aciagos habían comenzado a nacer, y el vencedor de Cassano, de la Trebia y de Novi había dejado su suerte en las llanuras de Italia. Durante doce horas, seiscientos franceses detuvieron e hicieron frente a tres mil granaderos rusos al pie de los muros de la villa, de modo que llegó la noche sin que Suvarov hubiese podido arrojarlos de allí. Al día siguiente ordenó que marcharan todas sus tropas para aplastar a aquel puñado de valientes, pero el cielo se encapotó y muy pronto el viento empezó a azotar con una lluvia fría y continua el rostro de los rusos. Los franceses aprovecharon esta circunstancia para batirse en retirada, dejaron el valle de Ursereu, pasaron la Reuss, y entraron en batalla sobre las

alturas de la Fourca y del Grisinsel. Sin embargo, parte del ejército ruso se había adelantado: el San Gothard era suyo. Cierto que en el momento en que se alejen algo los franceses lo tomarán y les cerrarán la retirada, pero ¿qué puede importarle a Suvarov? ¿No está él acostumbrado a seguir siempre hacia adelante?

Así pues, se va, sin inquietarle lo que deja tras sí, toma Audermalt, pasa el Ury y encuentra a Lecourbe ganando con mil quinientos hombres los desfiladeros del puente del Diablo.

Allí comienza de nuevo la encarnizada lucha. Durante tres días, mil quinientos franceses detienen a treinta mil rusos. Suvarov ruge como un león atrapado por el lazo, porque no alcanza a comprender que algo se resista a su loca suerte. Por último, el cuarto día, sabe que el general Korsakov, que le ha precedido, se ha dejado vencer por Molitor y que Massena ha recobrado Zurich y ocupa el cantón de Glaris. Entonces renuncia a seguir el valle de la Reuss y escribe a Korsakov y a Fallachich: «Corro a reparar vuestras faltas; sosteneos firmes como murallas: con vuestra cabeza responderéis si dais un solo paso atrás». El ayudante de campo, por otra parte, partía encargado de comunicar a los generales rusos y austríacos un plan de batalla verbal, que consistía en dar orden a los generales Linsken y Fallachich de atacar a las tropas cada uno por un lado distinto y reunirse en el valle de Glaris, donde Suvarov mismo debía bajar por el Klon-Thal, para encerrar a Molitor entre dos murallas de hierro.

Suvarov estaba tan seguro de que se realizaría su plan que al llegar a las orillas del lago Klon-Thal despachó a un parlamentario que sugería la rendición a Molitor, debido, según le dijo, a que estaba rodeado por todas partes. Entonces, Molitor ordenó que le informaran al mariscal de que la cita dada por él a sus generales no tendría lugar, puesto que él mismo les había derrotado uno tras otro y rechazado a los Grissons, y que, muy al contrario, como Massena avanzaba por Muetta, era él, Suvarov, el que se encontraba entre dos fuegos. Por consiguiente, Molitor le sugería a su vez que depusiera las armas.

Al oír aquella extraña respuesta, Suvarov creyó que soñaba, pero en seguida, volviendo en sí y comprendiendo el peligro que corría quedándose en aquellos desfiladeros, se precipitó de improviso sobre el general Molitor. Éste le recibió con las puntas de las bayonetas, y allí, cerrando el desfiladero, contuvo por espacio de ocho horas, contando tan sólo con mil doscientos hombres, a unos quince o dieciocho mil rusos. Por último, llegada la noche, Molitor dejó el Klon-Thal y se retiró sobre la Linth para defender los puentes de Noefels y de Mollis. El viejo mariscal se arrojó como un torrente sobre Glaris y Mitlodi, y allí supo que Molitor le había dicho la verdad: que Fallachich y Linsken habían sido derrotados y dispersados, que Massena avanzaba sobre Schwitz, y que el general Rosenberg, a quien había confiado él la defensa del puente de Muolta, se había visto obligado a replegarse. Así pues, el hecho es que él iba a encontrarse en la posición en que había creído poner a Molitor.

No había tiempo que perder para batirse en retirada. Suvarov se arrojó a los desfiladeros de Engi, de Schwanden y d'Elm, precipitando de tal manera su marcha

que abandonó a sus heridos y parte de su artillería. Los franceses se lanzaron inmediatamente en su persecución, tan pronto bajando los precipicios como ascendiendo hasta las nubes. Entonces se vio pasar ejércitos enteros por lugares donde los cazadores de gamuzas se quitaban los zapatos y caminaban con los pies desnudos ayudándose de las manos para no caerse. Tres pueblos llegados de tres puntos distintos se habían dado cita en la morada de las águilas, sin duda para acercarse más a Dios, juez supremo que habría de juzgar la legitimidad de su causa. Hubo momentos en que aquellas heladas montañas se convirtieron en volcanes; en que las cascadas bajaron teñidas de sangre hasta los valles, y donde rodaron hasta lo profundo de los precipicios aludes humanos. Hasta tal punto creció la cosecha de la muerte allí donde la vida jamás había tenido lugar, que los buitres se hicieron desdeñosos a causa de la abundancia y no se apoderaban, según cuenta la tradición que se conserva entre los habitantes de las montañas, más que de los ojos de los cadáveres, para llevárselos a sus hijos.

Por fin, Suvarov consiguió reunir a sus tropas en las cercanías de Lindeau y llamó a Korsakov, que ocupaba todavía el puesto de Bregeur. Pero, reunida toda la fuerza, sólo ascendía a treinta mil hombres, lo que quedaba de los ochenta mil que Pablo I había destinado como su contingente en la coalición. Así pues, en el espacio de quince días, tres cuerpos de ejército, cada uno de por sí más numeroso que todo el de Massena, habían sido batidos por este último ejército. Por lo tanto, furioso Suvarov por haber sido vencido por aquellos mismos republicanos cuyo exterminio había jurado de antemano, echó la culpa de su derrota a los austríacos y declaró que esperaría antes de intentar la coalición a recibir órdenes del emperador, a quien acababa de hacer comprender la traición de sus aliados.

La respuesta de Pablo I fue que se dispusiera para que sus soldados tomaran en seguida el camino de Rusia y que él mismo marchara en seguida a San Petersburgo, donde le esperaba una entrada triunfal. El mismo Ukase decía que Suvarov habitaría durante el resto de su vida en el palacio imperial, y, por último, que se le levantaría un monumento en una de las plazas públicas del mismo San Petersburgo.

Así pues, Fedor iba a volver a ver a Vaninka. Allí donde había existido un grave peligro que correr, en las llanuras de Italia, en las gargantas del Tessino, o sobre los hielos del monte Pragel, él se había precipitado a arrostrarlo antes que nadie, y en la lista de los individuos citados como dignos de recompensa su nombre apareció en primer lugar. Y Suvarov era demasiado valiente para prodigar tales distinciones si no hubieran sido merecidas. Volvía pues, como había prometido, digno del aprecio de su noble protector y, ¿quién sabe?, quizá también del amor de Vaninka. Desde luego, el mariscal le había cobrado afecto, y nadie era capaz de adivinar hasta dónde llegaba la amistad de Suvarov, a quien Pablo I honraba como si fuera un guerrero de la antigüedad.

Pero nadie podía fiarse de Pablo I, cuyo carácter era un compuesto de sentimientos extremados. Así pues, sin haber desmerecido en nada para con su señor,

y sin saber de dónde le venía aquella desgracia, Suvarov recibió al llegar a Riga una carta del consejero privado en la que se le comunicaba, en nombre del emperador, que habiendo consentido a sus soldados una infracción de la disciplina, el emperador mismo le desposeía de todos los honores de que se hallaba revestido y le prohibía que se presentara ante él.

Semejante noticia causó el efecto de un rayo en el viejo guerrero ya ulcerado y combatido por los reveses que acababa de experimentar, y que, como una imprevista tempestad, venía a nublar un magnífico y brillante día. Por tanto, reunió a todos sus oficiales en la plaza de Riga y se despidió de ellos llorando como un padre que se separa de su familia. Abrazó a los generales y coroneles, apretó la mano a los demás, y se despidió dejándoles en libertad para cumplir sin él su destino. Después se metió en un coche que avanzó sin descanso noche y día, y llegó de incógnito a aquella capital en la que debería haber entrado triunfante. Se hizo conducir a un barrio retirado y a casa de una de sus sobrinas, donde a los quince días murió con el corazón traspasado de dolor.

Fedor, por su parte, había avanzado casi tan deprisa como el mariscal, y, como él, había entrado en San Petersburgo sin que carta alguna le precediera anunciando su llegada. Como no tenía pariente alguno en la capital, y además su vida entera se había concentrado en una sola persona, se hizo conducir a la perspectiva Nevski, donde la casa del general hacía esquina, y que estaba situada a la orilla del canal de Catalina. Cuando llegó allí, saltó del carruaje y se lanzó al patio, subió la escalera precipitadamente, abrió la puerta de la antecámara y cayó de improviso en medio de los criados y de los dependientes de la casa, que prorrumpieron en gritos de sorpresa al verle. Preguntó dónde se hallaba el general, a lo que se le contestó, señalándole la puerta del comedor: «está allí, desayunando en compañía de su hija».

Entonces, por una reacción extraña, Fedor advirtió que le flaqueaban las piernas y se apoyó en la pared para no caerse. En el momento en que iba a volver a ver a Vaninka, alma de su alma por la que había hecho tanto, se estremeció al pensar si no la encontraría como la había dejado. Pero en aquel preciso instante se abrió la puerta del comedor y apareció Vaninka. Al ver al joven, lanzó un grito y, volviéndose hacia el general, dijo con esa expresión y ese acento que no permite dudar al que lo escucha qué clase de sentimiento lo produce:

—Padre mío, es Fedor.

—¡Fedor! —exclamó el general, adelantándose y tendiéndole jubilosamente los brazos.

Fedor vacilaba entre arrojarse a los pies de Vaninka o en brazos del general, pero comprendió que el primer momento debía consagrarse al respeto y a la gratitud y se precipitó a estrechar el corazón de su protector. Obrar de otro modo habría sido confesar su amor, y, ¿tenía derecho a declarar la existencia de un amor del que ignoraba aún si era correspondido? Fedor se volvió y, como cuando se marchó, hincó una rodilla en tierra delante de Vaninka. Pero un solo instante había bastado a la

altiva joven para hacer que refluyeran a lo íntimo de su corazón los sentimientos que había experimentado, y el rubor que había teñido su frente, semejante a una llama, se había extinguido y ella se había convertido de nuevo en la fría y altanera estatua de alabastro, obra de orgullo comenzada por la naturaleza y acabada por la educación. Fedor besó su mano: la mano estaba trémula, pero helada; Fedor sintió que su corazón se despedazaba y creyó morir.

—Vamos a ver Vaninka —dijo el general—, ¿cómo te muestras tan indiferente con un amigo que nos ha causado a la vez tanto miedo y tanta alegría? Vamos, Fedor, abraza a mi hija.

Fedor se levantó suplicante pero permaneció inmóvil, aguardando que un nuevo permiso confirmara el del general.

—¿No habéis oído a mi padre? —dijo sonriendo Vaninka, sin poder disimular la emoción que sentía su alma y que vibraba en su acento.

Fedor acercó sus labios a las mejillas de Vaninka y, como al mismo tiempo tenía una mano entre las suyas, le pareció que por un movimiento nervioso e involuntario esta mano había oprimido ligeramente la suya. Un débil grito de alegría iba a escaparse de su pecho cuando, fijando su vista en Vaninka, se quedó aterrado al observar su palidez; sus labios, sobre todo, estaban blancos como los de una muerta.

El general hizo sentar a Fedor a la mesa. Vaninka ocupó su asiento, y como por casualidad ella estaba de espaldas a la luz, el general no tuvo sospecha alguna y no se dio cuenta de nada.

El desayuno, como era de suponer, se pasó en escuchar el relato de aquella extraña campaña que había empezado bajo el sol ardiente de Italia y había ido a concluir en medio de los hielos de Suiza. Como en San Petersburgo los periódicos no dicen más que lo que el emperador desea que se sepa, se habían tenido noticias del triunfo de Suvarov, pero se ignoraban sus reveses: Fedor refirió los unos con modestia y los otros con franqueza.

No es preciso decir con qué interés escuchaba el general semejante descripción. Las charreteras de capitán y el pecho cubierto de cruces probaban que el joven cumplía un deber de humanidad, olvidándose de sí mismo en la narración que acababa de hacer, pero el general, demasiado generoso para temer tomar parte en la desgracia de Suvarov, había hecho ya una visita al mariscal ya moribundo, y por él supo con qué valor se había conducido su joven recomendado. Una vez que Fedor hubo concluido su relato, el general fue el que narró el notable comportamiento del joven oficial en el campo de batalla. Cuando terminó dijo que al día siguiente iba a pedir al emperador que le dejara tomar al capitán por ayudante de campo. Fedor, al oír esto, quiso echarse a los pies del general, pero éste le abrazó por segunda vez y, para darle una prueba de la seguridad que tenía en que conseguiría su objetivo, le asignó desde aquel mismo día una habitación en su propia casa.

En efecto, al día siguiente el general volvió del palacio de San Miguel anunciando la feliz noticia de que su petición había sido concedida.

Fedor estaba loco de alegría: desde aquel momento era comensal del general y esperaba formar parte de la familia. Vivir bajo el mismo techo que Vaninka, verla a todas horas, encontrarla a cada instante en una habitación, verla como una aparición al final de un corredor, y encontrarse con ella dos veces al día en la mesa, era más de lo que podía esperar; tanto, que creyó que con esto le bastaría.

Por su parte, Vaninka, por orgullosa que fuera, había sentido en el fondo de su corazón un vivo interés por Fedor. Desde que se marchó dejándola segura de que era amada, y mientras duró su ausencia, su vanidad de mujer se había nutrido con la gloria que el joven oficial adquiría, con la esperanza de estrechar la distancia que le separaba de ella; de modo que cuando le vio volver franqueando parte de aquella distancia, había sabido por los latidos de su corazón que su orgullo satisfecho acababa de convertirse en un sentimiento más tierno y que por su parte amaba a Fedor tanto como era posible amar; por eso no había dejado, como hemos visto, de ocultar bajo una apariencia glacial aquellos sentimientos. Porque Vaninka era así: quería decirle a Fedor algún día que le amaba, pero hasta que le agradara a ella que llegara aquel día, no quería que el joven adivinara que era amado.

Las cosas siguieron de este modo algunos meses, y aquel estado que le había parecido a Fedor la suprema dicha, bien pronto se convirtió en un espantoso suplicio. En efecto, amar y sentir que el corazón está dispuesto siempre a desbordarse de amor, estar por la mañana y por la tarde frente a la amada, en la mesa, tocar su mano, en un corredor estrecho rozar su vestido al pasar, al entrar en una sala o al salir de un baile sentir apoyarse su brazo en el nuestro, y estar siempre también obligado a contraer el semblante para que no demuestre ninguno de los sentimientos que encierra el alma, es una lucha que no puede resistir ninguna condición humana. Así fue como Vaninka, que vio que Fedor no guardarla mucho tiempo su secreto, resolvió dar un paso adelante en una confesión que ella veía que se iba a escapar del corazón.

Un día que estaban solos, viendo ella los inútiles esfuerzos que el joven hacía por ocultar lo que sentía, se fue derecha a él, y mirándole fijamente le dijo:

—¿Vos me amáis, Fedor?

—¡Oh, perdonadme! —exclamó el joven juntando las manos.

—¿Por qué, Fedor? ¿Por qué me pedís perdón? ¿Vuestro amor no es puro?

—¡Oh, sí, sí!, mi amor es puro, y tanto más puro cuanto que amo sin esperanza.

—Y, ¿por qué sin esperanza? —preguntó Vaninka—. ¿No os ama mi padre como a un hijo?

—¡Oh!, ¿qué decís? —exclamó Fedor. Si vuestro padre me otorgase vuestra mano, ¿accederíais vos...?

—¿No sois de noble corazón y noble de origen, Fedor? No tenéis fortuna, es cierto, pero yo poseo riquezas para los dos.

—Entonces, ¿quiere eso decir que no os soy indiferente?

—Os prefiero a todos cuantos he visto.

—¡Vaninka!

La joven hizo un movimiento que revelaba orgullo.

—Perdonadme —repuso Fedor, ¿qué debo hacer? Ordenad; no tengo voluntad porque, cuando me hallo en vuestra presencia, temo que mis ideas os disgusten; sed mi guía y yo os obedeceré.

—Lo que tenéis que hacer, Fedor, es pedir el consentimiento a mi padre.

—Es decir, que me autorizáis para dar ese paso.

—Sí, pero con una condición.

—¿Cuál? ¡Hablad, hablad!

—Que mi padre, cualquiera que sea su respuesta, no debe saber nunca que vos os presentáis a él autorizado por mí; que nadie sepa tampoco que vos seguís mis instrucciones; que todo el mundo ignore la confesión que os acabo de hacer y, por último, que no me pidáis nunca, suceda lo que suceda, que haga nada que sea contrario a mis juramentos.

—¡Todo lo que queráis! —exclamó Fedor—. ¡Oh, sí, haré cuanto me mandéis! ¿No me concedéis vos mil veces más de cuanto podía esperar? Y si vuestro padre rehusase otorgarme su beneplácito, ¿no podría yo al menos saber que vos tomabais parte en mi dolor?

—Sí, pero no será así, espero —dijo Vaninka tendiendo al oficial una mano que éste besó ardientemente—. Así pues, ¡valor y esperanza!

Y Vaninka salió dejando, a pesar de ser una mujer, al joven oficial más trémulo y conmovido que ella.

Aquel mismo día solicitó Fedor del general que le concediera una entrevista.

El general recibió a su ayudante de campo como acostumbraba, con rostro franco y risueño; pero a las primeras frases que pronunció Fedor, su semblante comenzó a nublarse. Sin embargo, al escuchar la descripción de aquel amor tan verdadero, tan constante y tan apasionado que el joven sentía por su hija, y después que le dijo que aquel amor era el móvil de aquellas acciones gloriosas en las cuales había figurado con tanta frecuencia, el general le tendió la mano y, casi tan conmovido como él, le dijo que durante su ausencia, y como ignoraba el amor que el joven sentía y del que no había adivinado nada por Vaninka, había, invitado por el emperador, empeñado su palabra con el hijo del consejero privado. La única cosa que había pedido el general era no separarse de su hija hasta que ésta hubiese cumplido dieciocho años; no restaban a Vaninka más que cinco meses de permanencia bajo el techo paterno.

No había nada que responder a esto: en Rusia, un deseo del emperador es una orden, y, desde el momento en que éste lo expresa, a nadie se le ocurre siquiera pensar en oponerse. Sin embargo, esta negativa había marcado en el semblante del joven una desesperación tal que, conmovido el general por aquella pena tan muda como resignada, le alargó los brazos: Fedor se precipitó en ellos sollozando. Entonces el general le interrogó respecto a su hija, pero Fedor le contestó, como había prometido, que Vaninka lo ignoraba todo y que aquel paso era decisión exclusivamente suya. Al oír esto el general se tranquilizó un poco: tenía miedo de

hacer desgraciados a dos seres.

A la hora de comer, Vaninka bajó y encontró solo a su padre. Fedor no se había sentido con valor para asistir a la comida y volverse a encontrar, cuando acababa de perder toda esperanza, cara a cara con el general y su hija, y había tomado un carruaje y se había marchado a pasear por los alrededores de la villa. Mientras duró la comida, el general y Vaninka no cambiaron apenas dos palabras; pero, por más elocuente y penoso que fuera aquel silencio, Vaninka dominó sus emociones con su poder habitual y sólo el general pareció triste y abatido.

Por la noche, a tiempo de bajar para tomar el té, Vaninka vio que se lo traían a su habitación, diciéndole que el general se sentía cansado y que se había retirado a su habitación. Vaninka hizo algunas preguntas relativas a aquella indisposición, y tan pronto como supo que no presentaba ningún síntoma alarmante, encargó al ayuda de cámara que le había dado la noticia que hiciera presente a su padre la expresión de su respeto, y que estaba a sus órdenes si acaso se le ofrecía alguna cosa. El general contestó a su hija que le agradecía en el alma aquella prueba de cariño, pero que no tenía necesidad de otra cosa que reposo y soledad. Vaninka, por su parte, dijo que iba a encerrarse en su habitación y el ayuda de cámara se retiró. Apenas hubo salido, cuando Vaninka dio orden a Annuska, su hermana de leche, que ejercía a su lado las funciones de sirviente, de que vigilara el regreso de Fedor y la avisará tan pronto como llegara.

A las once de la noche las puertas del palacio se abrieron. Fedor bajó del carruaje y subió precipitadamente a su habitación, donde se arrojó en un diván, abrumado por sus propias ideas. A media noche oyó que llamaban a su puerta. Lleno de asombro, se levantó y fue a abrir. Era Annuska, que venía a decirle de parte de su señora que pasara al momento a su cuarto. Por sorprendido que se quedara ante este mensaje y por inesperado que fuera, no se detuvo un instante: Fedor obedeció.

Encontró a Vaninka sentada y vestida con una bata blanca; y como estaba más pálida que de costumbre, se detuvo en la puerta, porque le pareció ver una estatua dispuesta para una tumba.

—Venid —dijo Vaninka con un acento en el que era imposible descubrir la más mínima emoción.

Fedor se acercó, atraído por aquella voz como el acero por el imán. Annuska cerró la puerta.

—Decidme —prosiguió Vaninka—, ¿qué os ha respondido mi padre?

Fedor le refirió todo lo que había pasado. La joven escuchó aquel relato con la vista tranquila e impasible. Sólo sus labios, que eran la única facción de su rostro en la que podía verse la presencia de la sangre, se tomaron blancos como el peinador que la envolvía. En cuanto a Fedor, por el contrario, estaba devorado por la fiebre y parecía que iba a perder el juicio.

—Y ahora, ¿cuál es vuestra intención? —dijo Vaninka con el mismo glacial acento con que había hecho las demás preguntas.

—¿Me preguntáis cuál es mi intención, Vaninka? ¿Qué queréis que haga, qué otra cosa puedo hacer, a no ser que pague las bondades de mi protector con alguna vergonzosa infamia, sino huir de San Petersburgo e ir a hacerme matar al primer rincón de Rusia en donde estalle la guerra?

—Sois un loco —dijo Vaninka con una sonrisa en la que podía leerse una mezcla de triunfo y de desprecio, porque desde aquel instante comprendía su superioridad sobre Fedor, y comprendía que iba a dominarle y dirigir, como reina de todos sus actos, su vida entera.

—Entonces —exclamó el joven oficial—, guiadme, ordenadme, ¿no soy vuestro esclavo?

—Es necesario que os quedéis aquí —dijo Vaninka.

—¡Quedarme aquí!

—Sí, es propio de mujeres o de niños declararse vencidos al primer golpe; el hombre que merece tal nombre lucha.

—Luchar... ¿contra quién? ¿Contra vuestro padre? ¡Jamás!...

—¿Quién os habla de luchar contra mi padre? Los acontecimientos son los que se han de combatir. Los hombres no saben dirigir las circunstancias: son ellas las que les arrastran. Aparentad delante de mi padre que tratáis de vencer vuestro amor, que llegue a creer que os habéis hecho superior a él. Como yo, según cree, ignoro el paso que habéis dado, no puedo inspirarle desconfianza, y así le pediré dos años de plazo y los obtendré. ¿Quién sabe lo que pueden cambiar los acontecimientos en estos dos años? El emperador puede morir, el que se me destina por esposo puede morir, mi padre mismo. ¡Dios le proteja! Mi padre mismo puede morir también.

—Pero ¿si os lo exigen?

—¡Sí se me exige! —interrumpió Vaninka, y un vivo carmín coloreó por un instante sus mejillas, que volvieron a recobrar su palidez habitual—. ¿Y quién es capaz de exigir nada de mí? Mi padre me ama demasiado para pensar en semejante cosa, el emperador tiene con su familia harta razón de disgustos e inquietudes para cuidarse de llevar la discordia al seno de las otras. Y además, siempre me quedara un último recurso, cuando todos hayan fracasado: el Neva corre a trescientos pasos de aquí y sus aguas son profundas.

Fedor dejó escapar un grito, porque en las arrugas de su frente y en los labios habitualmente mudos de la joven había marcado un carácter de resolución tal que comprendió en el acto que era posible aniquilar a aquella niña, pero imposible hacerle doblegarse a nada que no fuera su voluntad. Sin embargo, el corazón de Fedor estaba demasiado en armonía con el plan que le proponía Vaninka para que una vez destruidas sus objeciones procurase buscar otras nuevas. Desde luego, lo que le dio más valor fue la promesa que le hizo Vaninka de relevarle en privado del disimulo que debía guardar en público. Además, Vaninka, por su carácter resuelto y por su educación, tan conforme a su carácter, ejercía, preciso es confesarlo, sobre todo lo que la rodeaba, hasta sobre el propio general, una influencia a la que todos se

sometían. Fedor suscribió como un niño todo lo que se le exigía, y el amor de la joven creció a impulso de su voluntad contrariada y de su orgullo satisfecho.

Pocos días después de esta decisión nocturna, adoptada en la habitación de Vaninka, fue cuando tuvo lugar, por una pequeña falla, la ejecución del Castigo a que hemos hecho asistir a nuestros lectores, y fue la que Gregorio fue víctima, a consecuencia de una queja que dio de él Vaninka a su padre.

Fedor, que por su cualidad de ayudante de campo había tenido que presenciar el castigo de Gregorio, no había por otra parte hecho el más mínimo caso ni reparado en las frases amenazadoras que el esclavo pronunció al retirarse. Iván, el cochero, después de haber sido verdugo, se convirtió en médico, y había aplicado sobre las espaldas desgarradas del paciente las compresas de agua y sal que debían cicatrizar aquéllas. Gregorio había permanecido en la enfermería tres días, durante los cuales había dado vueltas en su imaginación a la idea que le pudiera proporcionar medios de vengarse. Al cabo de tres días, ya curado, volvió a sus faenas, y todos, excepto él, olvidaron pronto cuanto había pasado. Más aún: si Gregorio hubiera sido ruso, él también habría olvidado inmediatamente aquel castigo, demasiado común entre los rudos hijos de la Moscovia para que les permita guardar rencor ni memoria de él; pero Gregorio, como hemos dicho, tenía sangre griega en las venas: disimuló, pero no lo olvidó jamás.

Aunque Gregorio era un esclavo, las funciones que cumplía cerca del general le habían granjeado una familiaridad más grande que la de los demás servidores. Desde luego, en todos los países del mundo gozan de grandes privilegios que les conceden aquéllos a quienes afeitan; y esto puede tal vez provenir de que instintivamente es uno menos fiero con un hombre que todos los días tiene por espacio de diez minutos nuestra existencia en sus manos. Gregorio disfrutaba pues de todas las inmunidades de su profesión, y sucedía casi siempre que la sesión cotidiana que tenía con el general transcurría en una conversación de la cual él hacía el mayor gasto.

Un día que el general debía asistir a una revista, llamó a Gregorio antes del amanecer, y mientras este le pasaba la navaja por la mejilla lo más suavemente que le era posible, comenzó a hablar, y la conversación recayó, o mejor dicho, se hizo recaer en Fedor, de quien el barbero hizo un exagerado elogio; tanto, que su amo, recordando interiormente la corrección que le había suministrado el ayudante de campo, no pudo menos de preguntarle si en aquél que presentaba como modelo de perfecciones no hallaba algún defecto que oscureciera tan grandes y perfectas cualidades. Gregorio respondió que a excepción del orgullo, creía que Fedor era irreprochable.

—¿El orgullo? —dijo el general asombrado—, pues ése es el vicio del que yo le creía más libre.

—Habría debido decir ambición —respondió Gregorio.

—¿Cómo? ¿Ambición? —continuó el general—, pues me parece que no ha dado pruebas de ello ni aceptar entrar a mi servicio, porque después de haberse portado

como lo hizo durante la última campaña, podía fácilmente haber aspirado al honor de formar parte de la familia del emperador.

—¡Oh!, en eso demuestra ambición, y más que ambición. Unos tienen la de ocupar un puesto elevado, otros la de contraer una ilustre alianza; unos quieren debérselo todo a ellos mismos, y otros buscan un escalón en su mujer, y entonces levantan sus ojos y los fijan más allá de donde debieran.

—¿Qué quieres decir con eso? —exclamó el general, que empezaba a comprender adonde iba a parar Gregorio.

—Quería decir, excelencia —respondió éste—, que hay muchas gentes a quienes las bondades que se les dispensan les animan a olvidar su posición para aspirar a otra más elevada, aunque estén tan altos ya que la cabeza se les vaya.

—Gregorio —interrumpió el general—, créeme, te metes en mal negocio. Eso que estás diciendo constituye una acusación, y si la oigo como tal, te verás en el caso de presentar pruebas de cuanto dices.

—¡Por San Basilio, general! No hay negocio, por malo que sea, del que no pueda salirse, sobre todo cuando tenemos la razón de nuestra parte; además, yo no he dicho nada que no esté dispuesto a probar.

—¿Quieres decir con eso que persistes en sostener que Fedor ama a mi hija? —contestó el general.

—¡Ah! —dijo Gregorio con la doblez que le era propia—, yo no he dicho eso: habéis sido vos, excelencia, yo no he nombrado siquiera a la señorita Vaninka.

—Pero no por eso has dejado de quererlo decir, ¿no es así? Veamos, responde francamente por una vez, contra tu costumbre.

—Es cierto, excelencia, es lo que he querido decir.

—Y según tú, mi hija corresponde sin duda a ese amor...

—Tengo miedo de que así sea, por ella, y por vos, excelencia.

—¿Y qué es lo que te lleva a creer eso? Habla.

—Desde luego, os diré que Fedor no desperdicia ocasión de hablar a la señorita Vaninka.

—Vive en la misma casa, ¿quieres que huya de su vista?

—Cuando la señorita Vaninka vuelve tarde, y por casualidad Fedor no ha ido con vos, a cualquier hora que sea, está allí dispuesto y esperando para darle la mano cuando baje del carruaje.

—Fedor me espera, es su deber —dijo el general, que empezaba a creer que las sospechas del esclavo se fundaban solo en apariencias—. Me espera —continuó—, porque a cualquier hora del día o de la noche que yo regrese puedo muy bien tener que darle alguna orden.

—No pasa un día sin que Fedor vaya a la habitación de la señorita Vaninka, y eso que no es costumbre otorgar semejante favor a un joven en una casa como la de vuestra excelencia.

—La mayor parte de las veces le envió yo mismo —dijo el general.

—Sí —respondió Gregorio—, de día, lo creo... pero ¿y por la noche?

—¡Por la noche! —exclamó el general poniéndose de pie y palideciendo de tal manera que al cabo de un instante se vio obligado, para no caerse, a recostarse sobre una mesa.

—Sí, excelencia, por la noche —contestó tranquilamente Gregorio—. Y, toda vez que me he enfangado, como decíais, en un mal negocio, está bien, me enfangaré por completo. Además, aunque hubiera de sufrir de nuevo un castigo aún más doloroso y terrible que el que he sufrido, no por eso dejaría que por más tiempo se engañase a un amo tan bueno.

—Pon atención en lo que vas a decir, esclavo: conozco a los de tu clase, y ten mucho cuidado en que esa acusación, que es hija de la venganza, descanse y se apoye en pruebas visibles, palpables y positivas: si no, serás castigado como un infame calumniador.

—Consiento en ello —dijo Gregorio.

—¿Y dices que has visto a Fedor entrar de noche en la habitación de mi hija?

—Yo no he dicho nada de haberle visto entrar, excelencia: lo que digo es que le he visto salir.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Hace un cuarto de hora, al venir yo al cuarto de vuestra excelencia.

—Mientes —dijo el general amenazando con el puño cerrado al esclavo.

—Eso no es lo tratado, excelencia —dijo el esclavo retirándose—, no se me debe castigar sino en el caso de que no presente las pruebas.

—Pero ¿qué pruebas? ¿Cuáles son esas pruebas?

—Ya os lo he dicho.

—¿Y crees que me voy a fiar de tu palabra?

—No, pero espero que tendréis confianza en vuestros propios ojos.

—¿Cómo?

—En la primera ocasión en que Fedor se encuentre en la habitación de la señorita Vaninka después de haber sonado la media noche, vendré a buscar a vuestra excelencia, y entonces mirareis por vos mismo si miento o no. Pero, oídmeme: hasta ahora todas las condiciones que se han estipulado por el servicio que quiero haceros son en perjuicio mío.

—¿Cómo?

—Sí, señor: si no doy pruebas, debo ser tratado como un infame calumniador. Está bien, pero si las doy, ¿qué gano en ello?

—Mil rublos y la libertad.

—Trato hecho, excelencia —respondió tranquilamente Gregorio, colocando las navajas en el estuche del general—. Espero que antes de ocho días me haréis justicia y me trataréis mejor que hoy.

Dichas estas palabras, salió el esclavo, dejando al general convencido de que le amenazaba una gran desgracia.

A partir de aquel momento, como se infiere fácilmente, el general escuchó todas las palabras y observó cada una de las señas que en su presencia cambiaron Vaninka y Fedor. Pero ni por parte del ayudante de campo, ni por la de su hija, vio algo que le confirmara en sus sospechas; al contrario: Vaninka le pareció más fría y más reservada que nunca.

Transcurrieron así ocho días. Durante la noche del octavo al noveno, hacia las dos de la madrugada, llamaron a la puerta del cuarto del general: era Gregorio.

—Si vuestra excelencia quiere entrar en la habitación de su hija, en ella encontrará a Fedor.

El general se puso pálido, se vistió sin pronunciar ni una sola palabra, siguió al esclavo hasta la puerta del cuarto de Vaninka, y una vez allí despidió al calumniador por medio de una seña. Pero éste, en vez de retirarse, obedeciendo a aquella orden muda, se ocultó en un ángulo del corredor.

En cuanto el general se vio a solas, llamó por primera vez, pero todo permaneció en silencio a esta primera indicación. Sin embargo, el silencio nada significaba, porque Vaninka podía muy bien estar durmiendo. Llamó por segunda vez, y entonces se oyó la voz de la joven, que en un tono perfectamente tranquilo preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo —dijo el general con acento trémulo por la emoción.

—Annuska —dijo la joven dirigiéndose a su hermana de leche, que dormía en la alcoba contigua a la suya—, abre a mi padre. Perdonad, padre mío —continuó—, pero Annuska se está vistiendo y al momento abrirá.

El general esperó con calma, porque no había reconocido emoción alguna en la voz de su hija y esperaba que Gregorio se hubiera equivocado.

Al cabo de un instante la puerta se abrió y el general entró lanzando una mirada a su alrededor: nadie había en aquella primera habitación.

Vaninka estaba acostada, más pálida quizá que de costumbre, pero completamente tranquila, y en sus labios jugaba la sonrisa filial con que siempre recibía a su padre.

—¿A qué feliz circunstancia —preguntó la joven con el acento más dulce que pudo dar a su voz— debo la dicha de veros a una hora tan avanzada de la noche?

—Quería hablarte de un asunto importante —dijo el general—, y cualquiera que fuese la hora, he supuesto que me perdonarías por turbar tu reposo.

—Mi padre siempre vendrá a tiempo al cuarto de su hija, sea de día o de noche.

El general lanzó una ojeada a su alrededor, y todo le confirmó en la idea de que era imposible que estuviera oculto un hombre en la primera habitación; pero quedaba aún la segunda.

—Os estoy escuchando —dijo Vaninka después de un instante de silencio.

—Sí, pero no estamos solos —respondió el general—, y es de la mayor importancia que oídos extraños no escuchen lo que os tengo que decir.

—Annuska, bien lo sabéis, es mi hermana de leche —dijo Vaninka.

—No importa —repuso el general, adelantándose con una bujía en la mano hacia

la cámara inmediata, que era más reducida aún que la de su hija:

—Annuska —dijo—, cuidado de que en el corredor no haya alguien que pueda escucharnos.

Después, al acabar de pronunciar estas palabras, el general registró por si mismo con la vista toda la habitación; pero a excepción de la joven, a nadie se veía en aquel gabinete.

Obedeció Annuska, el general salió tras ella, y después de haber ojeado minuciosamente a su alrededor por tercera vez, fue a sentarse al pie de la cama de su hija. En cuanto a Annuska, a una señal que le hizo su señora, les dejó solos.

El general alargó la mano a su hija y Vaninka le dio, a su vez, la suya sin vacilar.

—Hija mía —dijo el general—, tengo que hablarte de un asunto muy importante.

—¿Cuál es, padre mío? —preguntó Vaninka.

—Vas a cumplir en breve dieciocho años —prosiguió el general—, y ésa es la edad en que comúnmente contraen matrimonio los hijos de la nobleza rusa.

El general se detuvo un momento para observar la impresión que aquellas palabras habían producido en Vaninka. Pero su mano permaneció inmóvil entre las de su padre—. Hace un año que he dispuesto de tu mano.

—¿Y puedo saber a quién se la habéis ofrecido? —preguntó tranquilamente Vaninka.

—Al hijo del actual consejero —respondió el general—. ¿Qué piensas tú acerca de él?

—Es un joven digno y noble, según se asegura —dijo Vaninka—, y yo no puedo tener de él otra opinión que la general. ¿No hace tres meses que está de guarnición en Moscú?

—Sí —contestó su padre—, pero dentro de otros tres debe volver. Vaninka continuó impasible.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó el general.

—No, padre mío, pero quisiera pedirnos una gracia.

—¿Cuál?

—No quisiera casarme antes de los veinte años.

—¿Y por qué?

—Porque he hecho un voto.

—Pero ¿y si las circunstancias exigieran que ese voto se quebrantase e hiciesen urgente la realización de ese matrimonio?

—¿Cuáles pueden ser ésas circunstancias? —preguntó Vaninka.

—Fedor te ama —dijo el general clavando un mirada en Vaninka.

—Ya lo sé —contestó la joven, con la misma impasibilidad que si se tratara de otra que no fuese ella.

—¿Lo sabes tú? —gritó el general.

—Sí, él mismo me lo ha dicho.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—Y tú le has contestado...

—Que era necesario que se alejase de este lugar.

—¿Y ha consentido en ello?

—Sí, padre mío.

—¿Cuándo se marcha?

—Ya se ha marchado.

—Pero —dijo el general—, si se ha separado de mí a las diez...

—Y de mí se ha separado a media noche.

—¡Ah! —exclamó el general, respirando con toda libertad—, eres digna hija mía; y te concedo todo lo que me pides, es decir, dos años de plazo. Piensa únicamente que el emperador es el que ha decidido este matrimonio.

—Mi padre me hará la justicia de creerme si le digo que me precio de ser una hija sumisa y obediente.

—Bien, Vaninka, muy bien —dijo el general—. Así que, ¿quiere eso decir que el pobre Fedor te lo ha contado todo?

—Sí —contestó Vaninka.

—¿Te ha dicho que se había dirigido a mí?

—Me lo ha dicho.

—¿Entonces ha sido por él por quien has sabido que tu mano estaba comprometida?

—Por él ha sido.

—¿Y ha consentido en partir? Es un excelente muchacho, a quien protegeré siempre y donde quiera que se encuentre. ¡Oh!, si no hubiese estado empeñada mi palabra —continuó el general—, y tú no hubieras sentido completa indiferencia hacia él... le quería tanto que no habría vacilado en concederle tu mano.

—¿Y no podéis retirar vuestra palabra? —preguntó Vaninka.

—Imposible —dijo el general.

—Entonces, que lo que ha de suceder, se cumpla —dijo Vaninka.

—Así es como debe hablar una hija mía prosiguió el general abrazándola—. Adiós, Vaninka. No te pregunto si le amabas. Habéis cumplido ambos vuestro deber, no puedo ni debo exigir más.

Al terminar estas palabras se levantó y salió del aposento. Annuska estaba en el corredor: el general le hizo una seña para que entrara en su habitación y continuó su camino. A la puerta de su gabinete encontró a Gregorio.

—Y bien, ¿excelencia?... —le preguntó éste.

—Pues bien dijo el general—, tenías y no tenías razón. Fedor ama a mi hija, pero mi hija no le ama a él. Fedor ha entrado en la alcoba de mi hija a las once, pero ha salido a las doce para no volver jamás. Pero no importa, puedes venir mañana: tendrás tres mil rublos y tu libertad.

Gregorio se retiró estupefacto.

Mientras esto sucedía. Annuska, según se le había indicado, había entrado en la habitación de su ama y cerrado tras sí la puerta con cuidado. En el mismo momento Vaninka había saltado fuera del lecho, acercándose a la puerta para escuchar si se alejaban los pasos del general. Cuando dejó de oírlos, se dirigió a la alcoba de Annuska y ambas mujeres se pusieron a quitar un montón de ropa que cubría la embocadura de las ventanas. Bajo esta ropa había una gran arca que se cerraba por medio de un resorte. Annuska aproximó el mueble y Vaninka levantó la tapa. Ambas lanzaron a un tiempo un indefinible grito de espanto: el arca se había convenido en un sepulcro, y el joven oficial había muerto ahogado.

Largo tiempo creyeron que sólo sería un desvanecimiento la causa de aquella inmovilidad. Annuska le roció con agua el rostro, Vaninka le hizo aspirar sales; pero todo fue inútil. Durante el largo coloquio del general y su hija, que había durado más de media hora, Fedor no pudo salir del arca, cuyo resorte se había cerrado sobre él, y había expirado por falta de aire para respirar.

La situación era horrible: aquellas dos niñas estaban encerradas con un cadáver. Annuska divisaba la perspectiva de Siberia; Vaninka, sin embargo, preciso es hacer justicia, no veía nada más que a Fedor.

La más cruel desesperación las dominaba.

No obstante, como la desesperación de la camarera era más egoísta que la de su ama, fue Annuska la que encontró el medio de salir de la situación en que se hallaban.

—¡Señorita —exclamó repentinamente—, nos hemos salvado!

Vaninka levantó la cabeza y fijó en su doncella sus hermosos ojos bañados en lágrimas.

—¡Nos hemos salvado! —dijo—, ¡nos hemos salvado! ¡Nosotras quizá, pero él...!

—Oídmeme señorita —dijo Annuska—, vuestra situación es terrible, sí, no tiene duda; vuestra desdicha es muy grande, lo confieso, pero vuestra desdicha puede ser todavía mayor y más terrible vuestra situación. Si el general llega a saber...

—¿Y qué importa? —respondió Vaninka—. Ahora lloraría por él delante del mundo entero.

—Sí, pero delante de ese mismo mundo apareceríais deshonrada. Mañana vuestros esclavos, pasado mañana San Petersburgo entero sabrían que un hombre había muerto encerrado en vuestra alcoba. Pensad en esto, señorita, vuestro honor es el honor de vuestro padre: es el de toda vuestra familia.

—Tienes razón —dijo Vaninka, moviendo la cabeza como para hacer que se desprendiesen de ella los tétricos pensamientos que la abrumaban—, tienes razón. ¿Qué es necesario hacer?

—¿Conocéis a mi hermano Iván?

—Sí.

—Es necesario decírselo todo.

—¿Eso piensas? —exclamó Vaninka—. ¡Confíarme a un hombre! ¡Qué digo a un hombre! ¡A un siervo! ¡A un esclavo!

—Cuanto más bajo sea el puesto de ese siervo o de ese esclavo —contestó la camarera—, tanto más seguro estará el secreto, puesto que él ganará guardándolo.

—Tu hermano se embriaga —dijo Vaninka con expresión de temor mezclada con disgusto.

—Es cierto —respondió Annuska—; pero ¿dónde hallaréis un esclavo que no haga otro tanto? Mi hermano no se emborracha tanto como los demás, al menos no tenemos que temer eso de él. Además, en la posición en que nos encontramos, debemos arriesgar.

—Tienes razón —repuso Vaninka, recobrando la decisión que le era habitual y que aumentaba a la medida del peligro—. Ve a buscar a tu hermano.

—Nada podemos hacer hoy —dijo Annuska descorriendo las cortinas—. Veis, ya es de día.

—¡Y qué hacer del cadáver de ese desdichado! —exclamó Vaninka.

—Permanecerá oculto donde está ahora todo el día, y esta noche, mientras que vos estáis en la fiesta de la corte, mi hermano lo sacará de aquí.

—Es verdad, es verdad —murmuró Vaninka con un acento extraño—; yo voy esta noche a la fiesta de la corte, no puedo faltar, mi ausencia haría concebir grandes sospechas. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Ayudadme, señorita —dijo Annuska—, yo sola no puedo.

Vaninka se puso espantosamente pálida, pero obligada por el peligro, se dirigió hacia el cadáver de su amante. Después, levantándole por los hombros mientras su doncella le sostenía los pies, le volvió a meter dentro del arca. Annuska bajó rápidamente la tapa, cerró y se guardó la llave en el pecho.

Después, entre las dos colocaron encima la ropa que le había ocultado a la vista del general.

Amaneció el día sin que, como es fácil presumir, el sueño hubiese cerrado los párpados de Vaninka. No por eso dejó de bajar a desayunara la hora de todos los días: no quería inspirar a su padre sospecha alguna. Únicamente se notaba en ella una palidez tal que habría podido creerse que salía de una tumba. El general atribuyó aquella palidez a que su visita la había desvelado.

La casualidad había servido a las mil maravillas a Vaninka, inspirándole la idea de decir que Fedor había partido, porque así, no sólo no se asombró el general de no verle aparecer, sino que como aquella ausencia era la prueba de lo que había dicho su hija, él la justificó, diciendo a todo el mundo que su ayudante de campo había salido encargado por él de una misión particular. En cuanto a Vaninka, diremos que no entró en su cuarto hasta que llegó la hora de vestirse. Ocho días antes aquella misma mujer había estado en la función de la corte con Fedor.

Vaninka habría podido, pretextando una leve indisposición, evadirse de acompañar a su padre, pero temía, si hacía esto, dos cosas: la primera, preocupar al

general, que entonces tal vez se habría quedado en casa también y habría hecho imposible la traslación del cadáver; y, la segunda, encontrarse cara a cara con Iván y tener así que avergonzarse delante de un esclavo. Prefirió pues hacer un esfuerzo sobrehumano y, subiendo a su cuarto con Annuska, empezó a adornarse con el mismo cuidado que si hubiera tenido el corazón rebosante de alegría.

Cuando aquel espantoso tocado hubo concluido, mandó a Annuska que cerrase la puerta de la habitación para volver a ver a Fedor y dar el último adiós al cuerpo del que había sido su amante. Obedeció Annuska, y Vaninka, con la frente coronada de flores, el cuello cargado de perlas y diamantes, y fría sin embargo como una estatua de mármol, se adelantó como un fantasma hacia la alcoba de la que la acompañaba. Cuando estuvo delante del arca, Annuska la abrió de nuevo. Entonces, Vaninka, sin derramar una lágrima, sin lanzar un solo suspiro, con esa calma profunda y grave de la desesperación, se inclinó hasta Fedor, cogió una sencillísima sortija que el joven tenía en uno de sus dedos, la colocó en uno de los suyos entre dos magníficos brillantes, y, estampando sobre aquella frente inanimada un beso, exclamó:

—Adiós, esposo mío.

En aquel momento oyó pasos: un ayuda de cámara iba a preguntar, de parte del general, si estaba ya dispuesta su hija. Annuska dejó caer la tapa del cofre y Vaninka misma abrió la puerta y siguió al criado, que marchaba delante alumbrando, mientras que, confiando en su hermana de leche, la dejaba cumplir el fúnebre y terrible deber del que estaba encargada.

Un instante después, Annuska vio salir por la puerta principal del palacio el carruaje que conducía al general y a su hija.

Dejó que transcurriera una media hora. Después bajó ella también y fue a buscar a Iván. Le encontró bebiendo con Gregorio, con quien el general había cumplido su palabra y que aquel mismo día había recibido mil rublos y su libertad. Por fortuna, los bebedores estaban al principio de la fiesta e Iván tenía, por consiguiente, la cabeza bastante firme aún para que no Vacilara su hermana en confiarle su secreto.

Iván siguió a Annuska hasta la habitación de su señora. Allí le recordó todo cuanto Vaninka, altiva pero generosa, había permitido que su hermana hiciera por él. Los Varios tragos de aguardiente que ya había bebido Iván le habían predispuesto al agradecimiento. Las borracheras de los rusos son esencialmente sensibles y tiernas. Iván describió su gratitud y su afecto en términos tan completos que Annuska no titubeó un momento más, y levantando la tapa del arca, le enseñó el cadáver de Fedor.

Al contemplar tan horrible aparición, Ivan se quedó un instante completamente inmóvil, pero en seguida calculó que sería mucho el dinero que podría valerle ser partícipe de un secreto semejante. Así pues, hizo los juramentos más sagrados y ofreció solemnemente no hacer traición a su ama, y según esperaba Annuska, se brindó a hacer que desapareciera el cadáver del ayudante de campo.

El asunto fue muy fácil: en lugar de volver y seguir bebiendo con Gregorio y sus camaradas, fue a preparar un trineo, lo cargó de paja, ocultó debajo una azada, lo

llevó a la puerta que comunicaba con las dependencias del palacio y, después de haberse asegurado de que nadie le espiaba, tomó en brazos el cuerpo del asfixiado, lo metió entre la paja, se sentó encima, abrió la puerta del palacio, siguió toda la perspectiva Nevski hasta la iglesia Zuamenia, pasó por en medio de las tiendas del barrio Rejstvenskoi, dirigió su trineo hacia el Neva, y se detuvo en medio de su helada ribera frente a la desierta iglesia de la Magdalena. Una vez allí, favorecido por la soledad, envuelto con el negro manto de las tinieblas y oculto tras la masa sombría que constituía su trineo, empezó a cavar en el hielo, que tenía tres dedos de espesor. Luego, cuando tuvo abierto ya un agujero bastante grande, después de haber registrado a Fedor, quedándose con todo el dinero que llevaba encima, le hizo penetrar de cabeza por el boquete practicado, y volvió a emprender el camino del palacio, mientras la canalizada corriente del Nova arrastraba el cadáver hacia el golfo de Finlandia.

Una hora después el viento había formado una nueva capa de hielo y ya no quedaba ni el menor vestigio de la abertura hecha por Iván.

Vaninka volvió a media noche con su padre. Una fiebre interior la había devorado toda la noche, de modo que jamás había parecido tan hermosa como aquel día, en tanto que no habían cesado un momento de obsequiarla los más nobles y galantes señores de la corte.

Al entrar encontró a Annuska en el vestíbulo, esperándola para quitarle el manto. Al dárselo, Vaninka la interrogó con una de esas miradas que encierran toda una historia.

—Todo está concluido —dijo la doncella en voz baja.

Vaninka respiró como si le hubiesen quitado una montaña de encima del corazón.

Por mucho que fuera el dominio que Vaninka tenía sobre si misma, no pudo aguantar por más tiempo la presencia de su padre, y se excusó con el cansancio que le había producido la fiesta para no acompañarle a cenar.

Vaninka subió a su cuarto, y allí, una vez cerrada la puerta, se arrancó las flores que adornaban su frente, el collar de su garganta, hizo cortar con las tijeras el corsé que la ahogaba y, arrojándose sobre la cama, comenzó a llorar libremente. Annuska daba gracias a Dios por aquella explosión de sentimiento: la calma de su señora la asustaba más que su desesperación.

Tan pronto como pasó aquella primera crisis, Vaninka se puso a orar.

Pasó una hora de rodillas hasta que, a instancias de su fiel doncella, se acostó. Annuska se sentó al pie de la cama. Ni una ni otra durmieron, pero al menos, cuando vino el día, las lágrimas que Vaninka había vertido la habían consolado y tranquilizado un poco.

Annuska recibió el encargo de recompensar a su hermano. Una suma demasiado considerable dada de una vez a un esclavo podría haber llamado la atención. Así pues, Annuska se contentó con decir a Iván que cuando tuviera necesidad de dinero, no tenía más que pedirlo.

Gregorio, aprovechándose de su libertad y queriendo hacer negocio con sus mil rublos, compró fuera de la villa una taberna donde, gracias a su habilidad y a las relaciones que tenía con los criados de las mejores casas de San Petersburgo, empezó a hacer excelentes negocios, tanto que, en poco tiempo, la taberna Encarnada (éste era el nombre y el color del establecimiento de Gregorio) adquirió una gran fama.

Otro siervo ejerció las funciones de barbero del general y, a excepción de la ausencia de Fedor, todo volvió a su primitiva marcha en casa del conde de Tchermayloff.

Dos meses habían trascurrido así, sin que nadie sospechase ni remotamente nada de cuanto había ocurrido, cuando una mañana, antes de la hora del desayuno, el general mandó que dijeran a su hija que le suplicaba que bajase a su habitación. Vaninka se estremeció, porque después de aquella fatal noche todo era para ella un motivo de terror. No por eso dejó de obedecer a su padre y, reuniendo todas sus fuerzas, se encaminó hacia su gabinete. El conde estaba solo, pero al primer golpe de vista, Vaninka comprendió que no tenía nada que temer de aquella entrevista. El general la esperaba con aquella expresión de cariño paternal que siempre que se hallaba delante de su hija constituía el rasgo más característico de su fisonomía. Ella se acercó con su calma habitual e, inclinándose delante del general, le presentó su frente para que la besara. Éste le hizo seña de que se sentara y le presentó una carta abierta. Vaninka, asombrada, miró un instante a su padre y después bajó la vista y la fijó en la carta: encerraba la noticia de la muerte del hombre a quien había sido ofrecida su mano, y que acababa de ser muerto en un duelo.

El general seguía con la vista todos los movimientos de su hija para juzgar el efecto que en ella hacía aquella lectura y, por mucho, como hemos dicho, que fuese el dominio que sobre sí ejercía Vaninka, fueron tantos los diversos pensamientos, tantos los dolorosos recuerdos, tantos los roedores remordimientos que la asaltaron al pensar que ya era libre, que no pudo disimular por completo su emoción. El general se percató de ello y lo atribuyó al amor que ya hacía tiempo sospechaba que sentía su hija por el joven ayudante.

—Vamos —dijo sonriendo—, veo que todo sale a pedir de boca.

—¿Cómo, padre mío? —preguntó Vaninka.

—Sin duda alguna —continuó el general—, ¿no se marchó Fedor porque te amaba?

—Sí —murmuró la joven.

—Pues bien, ahora —dijo el general—, ya puede volver. Vaninka permaneció muda, fija la mirada y lívido el semblante.

—Volver... —dijo al cabo de un instante.

—¡Sin duda, sí, volver! ¡Oh! Hemos de tener muy mala suerte —prosiguió el general sonriendo, o daremos pronto con la casa en que se oculta, sea cual fuere. Infórmate Vaninka, dime el lugar de su destierro y yo me encargo de lo demás.

—Nadie sabe dónde está Fedor —murmuró Vaninka con sordo acento—, ¡nadie

más que Dios! ¡Nadie!

—¡Qué! exclamó el general—, ¿no os ha dado noticias tuyas desde el día en que desapareció?

Vaninka movió la cabeza en sentido negativo: tenía el corazón tan oprimido que no podía pronunciar ni una sola palabra.

El general, a su vez, se quedó triste y pensativo.

—¿Temes quizás alguna desgracia? —preguntó a Vaninka.

—Temo que no existe para mi dicha sobre la tierra —exclamó Vaninka cediendo a la fuerza de su dolor, y después, repentinamente—. Permitidme que me retire, padre mío —continuó—, me avergüenzo de lo que he dicho.

El general, que no vio en esta exclamación de Vaninka nada más que el pesar de haber dejado traslucir la confesión de su amor, besó a su hija en la frente y le dio permiso para retirarse, abrigando la esperanza de encontrar a Fedor, a pesar del tono sombrío con que Vaninka había hablado de él.

En efecto, aquel mismo día fue a ver al emperador y le dio cuenta del amor de Fedor hacia su hija, y le pidió, puesto que la muerte había roto el compromiso que tenía contraído anteriormente, que le permitiera disponer de su mano en favor de éste. El emperador accedió a ello, y entonces el general solicitó un nuevo favor. Pablo estaba en uno de sus días buenos y se manifestó dispuesto a concedérselo. El general le dijo que hacía dos meses que Fedor había desaparecido, que todo el mundo, y hasta su misma hija, ignoraban dónde podía estar, y que le rogaba, por lo tanto, que dispusiera que se le buscara. El emperador llamó en el acto al jefe superior de la policía y le dio las órdenes oportunas.

Pasaron seis semanas sin que se obtuviera resultado alguno. Vaninka, desde el día de la cana, estaba más triste y cabizbaja que nunca. En vano, de vez en cuando el general intentaba darle alguna esperanza: Vaninka movía entonces la cabeza y se retiraba. El general dejó ya de hablar de Fedor.

Pero no sucedió lo mismo en toda la casa: el joven ayudante de campo era muy querido por los criados, y, a excepción de Gregorio, no había en ella ni uno solo que le quisiera mal. Por eso, desde que se supo que no había sido enviado a misión alguna por el general, sino que había desaparecido, aquella desaparición era el eterno objeto de la conversación de la antesala, de la cocina y de la caballería.

Había además otro lugar en donde se ocupaban de él con mucho afán: la taberna Encarnada.

Desde el día en que supo aquella misteriosa marcha, Gregorio había vuelto a sus sospechas, estaba seguro de haber visto a Fedor entrar en la habitación de Vaninka y, a menos que hubiera salido mientras él fue a buscar al general, no comprendía cómo éste no se lo había encontrado en la alcoba de su hija. Una cosa también le preocupaba, porque le parecía que tal vez tendría alguna relación con aquel suceso: era el caso que desde aquella época hacía Iván un gasto bastante extraordinario para un esclavo. Pero este esclavo era hermano de la hermana de leche de Vaninka; de

manera que, sin estar del todo seguro, Gregorio sospechaba el origen de aquel dinero. Una cosa también le confirmaba más y más en sus sospechas, y era que Iván, que se había convertido no sólo en su mejor amigo, sino también en su mejor parroquiano, no hablaba nunca de Fedor, se callaba cuando se hablaba de él en su presencia, y si se le preguntaba, contestaba a todas las preguntas, por muy apremiantes que fuesen, con esta frase lacónica y terminante: hablemos de otra cosa.

Entretanto, llegó el día de los Reyes, día grande en San Petersburgo por ser al mismo tiempo el señalado para la bendición de las aguas. Como Vaninka había asistido a la ceremonia y estaba rendida por haber permanecido dos horas de pie a orillas del Neva, el general no salió por la noche y dio permiso a Iván para disponer de ella. Éste aprovechó el permiso para ir a la taberna Encarnada.

Había gran concurrencia en casa de Gregorio, e Iván fue bien recibido en la *honorable* sociedad, porque se sabía que siempre traía los bolsillos repletos. Aquella vez no faltó a sus costumbres y, apenas llegó, hizo sonar las monedas, excitando así la envidia de los asistentes a aquella reunión. A este sonido tan elocuente, Gregorio, con una botella de aguardiente en cada mano, acudió con tanta más prisa cuanto que sabía que, siendo Iván el anfitrión, ganaba doblemente, como mercader y como consumidor. Iván no defraudó su doble esperanza y Gregorio fue invitado a tomar parte en la consumición.

La conversación recayó sobre la esclavitud, y algunos de aquellos desdichados que apenas podían contar con cuatro días al año para reposar de sus eternos trabajos, se regocijaron en alta voz por la dicha de que gozaba Gregorio desde que había conseguido su libertad.

—¡Bueno, bueno! —dijo Iván, a quien el aguardiente comenzaba a trastornar—, hay esclavos que son más libres que sus amos.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Gregorio llenándole de aguardiente el vaso.

—He querido decir más felices —repuso vivamente Iván.

—Eso es difícil de probar —dijo Gregorio en tono de duda.

—¿Por qué ha de ser más difícil? Mira: nuestros amos apenas han nacido cuando se les pone bajo la custodia de dos o tres maestros, uno francés, otro alemán y el tercero inglés; que los quieran o no los quieran es igual, tienen que vivir con ellos hasta que tienen diecisiete años, y de buena o mala gana tienen que aprender tres lenguas bárbaras a expensas de nuestro hermoso idioma ruso, que casi siempre olvidan del todo cuando sabe los otros. Entonces, si quieren ser algo, es preciso que se hagan soldados: si son alférez, son esclavos del teniente; si tenientes, esclavos del capitán; si capitanes, del mayor, y así sucesivamente llega esta escala hasta el emperador, que no es esclavo de nadie, pero a quien el mejor día se le sorprende en la mesa, en el paseo o en la cama, y se le envenena, se le clava un puñal o se le estrangula. Si adoptan la vida puramente doméstica, entonces la vida varía de aspecto: se casan con una mujer a quien no aman; tienen hijos que le vienen no se

sabe de dónde, pero de los que han de cuidar; tienen que sostener una lucha eterna; si son pobres para dar de comer a la familia; si son ricos, para no ser robados por su mayordomo y engañados por sus arrendadores. ¿Es eso vivir? Mientras que nosotros, ¡voto a bríos!, nosotros nacemos, y éste es el único dolor que causamos a nuestra madre; después todo corre por cuenta del amo. Él es quien nos alimenta, él es quien nos busca ocupación, y ocupación fácil de aprender, a menos que sea uno completamente bruto. ¿Estamos enfermos? Bien: su médico nos asiste gratis, porque para él sería una gran pérdida el perdernos. ¿Estamos sanos? Entonces tenemos aseguradas cuatro comidas al día y un buen jergón para descansar por la noche. ¿Nos enamoramos de alguna? Pues nunca se oponen a nuestro casamiento con tal de que nos ame la novia; si nos ama, el amo mismo nos hace apresurar el matrimonio, porque él desea que tengamos el mayor número de hijos posible. ¿Vienen los hijos? Entonces se hace por ellos lo que antes se hizo por nosotros. Buscad a ver si encontraréis muchos señores tan dichosos como sus esclavos.

—Sí, sí —murmuró Gregorio llenándole de nuevo el vaso con aguardiente—, pero, a pesar de todo ello, tú no eres libre.

—Libre, ¿para qué? —preguntó Iván.

—Libre para ir donde quieras y como quieras.

—¿Yo? Libre como el aire —contestó Iván.

—¡Baladronadas y nada más! —dijo Gregorio.

—¡Libre como el aire!, le digo, porque tengo buenos amos y sobre todo una buena ama continuó Iván con extraña sonrisa—, y no tengo más que pedir, y todo es cosa hecha...

—¿Cómo? Si después de emborracharte hoy en mi casa pides volver mañana a hacer lo mismo —repuso Gregorio, que al desafiar de aquel modo a Iván no descuidaba sus intereses—, si pidieras eso...

—Volvería aquí —dijo Iván.

—¿Volverías mañana aquí? —dijo Gregorio.

—Mañana y pasado mañana, y todos los días si se me antoja.

—El hecho es que Iván es el favorito de la señorita —dijo otro esclavo del conde que se hallaba allí y que sacaba fruto de la generosidad de su camarada Iván.

—Bueno, me es igual —repuso Gregorio—, aun suponiendo que se te concedieran semejantes premios, el dinero faltaría bien pronto.

—¡Nunca! —dijo Iván vaciando un nuevo vaso de aguardiente—. Jamás le faltará a Iván dinero mientras haya un *kopeck* en el bolsillo de la señorita.

—No sabía yo que fuese tan generosa —dijo Gregorio con aspereza.

—Eso quiere decir que no tienes memoria, porque demasiado sabéis que con sus amigos no se detiene; testigos si no, los golpes del látigo.

—No quiero decir eso, harto sé que para mandar dar golpes es bastante pródiga, pero en cuanto a dar dinero, es cosa muy distinta, yo por lo menos no sé de que color es.

—¡Pues bien! ¿Quieres ver el color del mío? —dijo Iván casi del todo embriagado—, pues míralo: *kopecks*, *sorok-kopeck*, billetes azules que valen cinco rublos; billetes de color rosa que valen veinticinco, y mañana, si quisiera, os enseñaría billetes blancos que valen cincuenta. ¡A la salud de la señorita!

Y alargó Iván el vaso que llenó Gregorio hasta el borde.

—Pero dime, el dinero —continuó Gregorio apremiando cada vez más a Iván—, ¿el dinero compensa el desprecio?

—¡El desprecio! —dijo Iván—. ¡El desprecio! ¿Quién me desprecia? ¿Tú, por ventura, porque eres libre? ¡La hermosa libertad! Yo prefiero ser esclavo bien comido y bien bebido que hombre libre si me muero de hambre.

—Hablo del desprecio con que nos tratan los amos —dijo Gregorio.

—¿El desprecio de los amos? Pregunta a Alexis, pregunta a Daniel, que aquí están los dos, ¿me desprecia la señorita?

—El hecho es —dijeron los dos esclavos nombrados, ambos habitantes de la casa del general, que es necesario que Iván posea algún hechizo, porque a él no se le habla nunca sino como a un señor.

—Porque es hermano de Annuska, y Annuska es hermana de leche de la señorita.

—Es muy posible —dijeron los dos esclavos.

—Por eso o por otra cosa —repuso Iván—, pero el caso es que así es, y nada más.

—Sí, pero si muriese tu hermana —dijo Gregorio—, entonces...

—Si muriese mi hermana —continuó Iván—, sería una lástima porque es una buena muchacha. ¡A la salud de mi hermana! Pero si muriera, no cambiaría por eso en nada mi posición. Me respeta por mí mismo y se me respeta porque se me teme. ¡Eso es todo!

—¡Se teme al señor Iván! —dijo Gregorio riendo a carcajadas—. De modo que si el señor Iván dejase de recibir órdenes, y a su vez fuese él quien las diera, ¿se obedecería al señor Iván?

—Tal vez sí —dijo Iván.

—Ha dicho: tal vez sí —repitió Gregorio riendo siempre—, ha dicho: tal vez sí. ¿Lo habéis oído vosotros?

—Sí —dijeron los esclavos, que habían bebido tanto que únicamente podían responder con monosílabos.

—Pues bien, ya no diré «tal vez sí», ahora digo «seguro».

—Quisiera verlo —dijo Gregorio—, daría algo por verlo.

—Bueno, despide a todos estos tunantes que beben y se emborrachan como unos puercos, y lo verás de balde.

—¡De balde! —dijo Gregorio—, tú te burlas, sin duda. ¿Crees que yo les doy de beber gratis?

—Está bien, vamos a hacer cuentas: ¿cuánto aguardiente pueden consumir desde ahora hasta media noche, que es cuando tienes que cerrar la taberna?

—Por valor de unos veinte rublos, poco más o menos.

—Ahí tienes treinta: ponlos a la puerta de la calle y quedémonos en familia.

—Amigos —dijo Gregorio, sacando el reloj como para consultar la hora—, van a dar las doce, y ya conocéis las órdenes del gobernador, por lo tanto podéis retiraros.

Los rusos, acostumbrados a la obediencia pasiva, se marcharon sin decir palabra, y Gregorio se quedó únicamente con Iván y los dos esclavos del general.

—Ya estamos solos —dijo Gregorio—, ¿qué es lo que piensas hacer?

—¿Qué diríais —repuso Iván—, si a pesar de lo avanzado de la hora, del frío y de ser esclavos, la señorita abandonase el palacio de su padre y viniera aquí a echar un brindis a vuestra salud?

—Yo digo que deberías aprovechar esta ocasión —respondió Gregorio encogiéndose de hombros—, para decirle que trajese al mismo tiempo una botella de aguardiente: probablemente tendrá en su cueva mejor que el que yo tengo en la mía.

—Lo tiene mucho mejor —contestó Iván como hombre que de ello está bien enterado—, y la señorita traerá una botella.

—¿Tú estás loco? —dijo Gregorio.

—¡Está loco! —repitieron maquinalmente los otros dos esclavos.

—¡Que estoy loco! —dijo Iván—, pues bien, ¿queréis hacer una apuesta?

—¿Qué apuestas tú?

—Un billete de doscientos rublos contra la concesión de beber un año en tu casa a discreción.

—Apostado —contestó Gregorio.

—¿Y los compañeros no entran? —preguntaron los esclavos.

—También —repitió Iván—, y en consideración a esto, reduciremos el plazo a seis meses. ¿Está convenido?

—Convenido —dijo Gregorio. Los que apostaban se estrecharon las manos y quedó hecho el trato. Entonces, con ademán tranquilo, como para confundir a los testigos de aquella extraña escena, Iván cogió su gabán forrado, que como hombre precavido tenía extendido sobre la estufa, se envolvió en él, y salió. Al cabo de media hora volvió a entrar.

—¿Y qué hay? —gritaron a una voz Gregorio y los otros dos esclavos.

—Detrás de mí viene —dijo Iván.

Los tres bebedores se miraron asombrados, pero Iván volvió a ocupar su puesto en medio de ellos, llenó de nuevo el vaso, y poniéndose de pie dijo:

—A la salud de la señorita. Es lo menos que podemos hacer para recompensar su amabilidad al venir a reunirse con nosotros en una noche tan fría y cuando la nieve cae con tanta abundancia.

—Annuska —dijo desde fuera una voz—, llama a esa puerta y pregunta a Gregorio si hay en su casa alguno de los de la nuestra.

Gregorio y los esclavos se quedaron estupefactos: habían reconocido la voz de Vaninka. Iván, por su parte, se contoneaba en su silla con aire impertinente y lleno de fatuidad.

Annuska abrió la puerta y dejó ver que, como había dicho Iván, la nieve caía a grandes copos.

—Sí, señora —dijo la doncella—, están mi hermano, Alexis y Daniel.

Vaninka entró en la taberna.

—Amigos míos —dijo con sonrisa extraña—, se me ha dicho que bebíais a mi salud y vengo a traeros con qué poder cambiar brindis por brindis; aquí tenéis una botella de añejo aguardiente de Francia que he escogido para vosotros de la bodega de mi padre. Alargad vuestros vasos.

Gregorio y los esclavos obedecieron con la cortedad y la duda, hijas del más profundo asombro, mientras que Iván acercó su vaso con el más profundo descaro. Vaninka les llenó a todos el vaso completamente y, como vacilasen en beber, dijo:

—Vamos, a mi salud, amigos míos.

—¡Hurra! —exclamaron los bebedores, tranquilizados por el tono dulce y familiar de la noble huésped, y vaciaron sus vasos de un solo trago.

Vaninka les llenó en seguida un segundo vaso y después, dejando sobre la mesa la botella, dijo:

—Vaciad esta botella, amigos míos, y no estéis inquietos a causa de mi presencia aquí: nosotras vamos, con permiso del dueño de la casa, a esperar junto a la chimenea a que pase esta tempestad.

Gregorio quiso levantarse para colocar unos cascabeles junto a la estufa, pero, ya sea porque estuviera completamente ebrio, o porque el aguardiente estuviese mezclado con algún narcótico, el caso es que no pudo hacerlo y volvió a caer sobre el asiento, intentando balbucear una excusa.

—Está bien, está bien —dijo Vaninka—, que nadie se incomode por mí; bebed, amigos, bebed.

Los bebedores se aprovecharon del permiso, y todos y cada uno apuraron el contenido de sus respectivos vasos. Apenas concluyó Gregorio de beber el suyo, dejó caer su cabeza sobre la mesa.

—Bien —dijo Vaninka a su acompañante—, el opio hace su efecto.

—Pero ¿cuál es nuestra intención? —preguntó Annuska.

—En breve lo verás.

Los dos esclavos no tardaron en seguir el ejemplo del amo de la casa y en caer, de ese modo, cada uno por su lado. Iván había quedado el último, luchando con el sueño y ensayando entonces una canción báquica, pero bien pronto se negó su lengua a interpretar sus pensamientos, los ojos se le cerraron a su pesar, y buscando el aire que le faltaba y balbuceando frases inconexas, cayó, privado de sentido, al lado de sus compañeros.

Enseguida se levantó Vaninka y clavó sobre aquellos hombres su ardiente mirada. Después, no pudiendo contenerse, les llamó a todos, uno a uno, por su nombre: pero ninguno respondió.

Entonces se frotó las manos y exclamó con alegría febril: «Éste es el momento»,

y, dirigiéndose al fondo de la habitación, cogió un puñado de paja y lo llevó a un rincón de la habitación. Hizo otro tanto en los otros tres ángulos del cuarto, y sacando un tizón de la chimenea, prendió fuego sucesivamente a los cuatro costados de la taberna.

—¿Qué hacéis? —exclamó Annuska aterrada y procurando contenerla.

—Sepulto nuestro secreto debajo de estas cenizas —respondió Vaninka.

—Pero ¡y mi hermano! ¡Mi pobre hermano! —gritó la doncella.

—Tu hermano es un infame que nos ha traicionado, estamos perdidas si no le perdemos a él.

—¡Ah, hermano mío! ¡Pobre hermano mío!

—Puedes, si quieres, morir con él —dijo Vaninka acompañando su proposición con una sonrisa que indicaba que no le habría disgustado que Annuska hubiese llevado hasta aquel punto el amor fraternal.

—¡Pero ved cómo cunde el fuego! ¡Vedlo, señora!

—Salgamos pues —gritó Vaninka; y, arrastrando tras sí a la inconsolable camarera, cerró la puerta y arrojó la llave, que fue a hundirse en la nieve.

—En nombre del cielo, marchémonos —exclamó Annuska—. ¡Oh, no puedo presenciar este horrible espectáculo!

—Al contrario, quedémonos —dijo Vaninka deteniendo por la muñeca a su acompañante con una fuerza varonil—; quedémonos hasta que la casa caiga sobre ellos, hasta que estemos seguras de que no ha escapado ninguno.

—¡Ah, Dios mío! ¡Dios de bondad! —exclamó Annuska cayendo de rodillas—, tened piedad de mi pobre hermano, porque la muerte va a conducirlo a vuestra presencia antes de que él haya tenido tiempo de prepararse.

—Sí, sí, reza; eso está bien —dijo Vaninka—, porque lo que yo quiero destruir son sus cuerpos, no sus almas. Reza, le lo permito.

Y Vaninka permaneció de pie, con los brazos cruzados y alumbrada toda su figura por la ardiente luz del incendio, mientras su doncella rezaba.

No duró mucho el fuego. La casa era de madera unida con estopa, como todas las de los campesinos rusos, de modo que, al comenzar el incendio por los cuatro extremos a la vez, bien pronto se dejó ver por fuera, donde, alimentado por la tormenta, formó al cabo de algunos instantes una inmensa hoguera. La mirada penetrante de Vaninka seguía la marcha destructora del incendio, temiendo aún ver salir de entre las llamas algún espectro a medio quemar. Por último, el techo se vino abajo, y Vaninka, libre de todo temor, tomó de nuevo el camino que conducía al palacio del general, donde, gracias al derecho que tenía Annuska de salir a cualquier hora del día o de la noche, entraron sin ser vistas ambas mujeres.

Al día siguiente no se hablaba en San Petersburgo de otra cosa que del incendio de la taberna Encarnada. De entre las ruinas se sacaron cuatro cadáveres medio consumidos por las llamas, y como faltaban tres esclavos del general, éste no dudó un momento que aquellos cadáveres eran los de Iván, Daniel y Alexis. En cuanto al

cuarto, se sabía positivamente que era el de Gregorio.

La causa del incendio quedó en el misterio para todo el mundo. La casa estaba aislada y la nevada fue tan violenta que nadie había podido ver por aquella senda desierta a las dos mujeres. Vaninka estaba segura de su doncella. Su secreto, por lo tanto, había muerto con Iván.

Pero desde entonces el remordimiento ocupó el lugar que antes tenía el miedo. La joven que había sido tan inflexible frente a aquel suceso espantoso se hallaba sin fuerzas para soportar su recuerdo. Le pareció que depositando el secreto de su crimen en el seno de un sacerdote se quitaría el peso de aquella horrible carga. Fue, pues, a buscar a uno, conocido por su alta caridad cristiana, y le reveló en confesión todo cuanto había sucedido.

El sacerdote se quedó asombrado al escuchar aquel relato. La misericordia divina no tiene límites, pero el perdón que concede la humanidad, sí: el cura negó a Vaninka la absolución.

Aquella negativa era terrible: con ella se alejaba a Vaninka del santo banquete. Esto se notaría y no se atribuiría sino a algún pecado horrible o a algún crimen desconocido.

Vaninka se arrojó a los pies del sacerdote y en nombre de su padre, a quien deshonoraría la vergüenza que en ella recayese, le suplico que disminuyera su rigor.

El padre de almas lo reflexionó con detenimiento. Al cabo de un rato creyó que había hallado un medio conciliatorio, que consistía en que Vaninka se acercase al altar con las demás jóvenes; el sacerdote se detendría al pasar por delante de ella lo mismo que al pasar delante de las otras, pero sería únicamente para decirle: «Rezad y llorad». Los concurrentes, engañados por las apariencias, creerían que como sus compañeras había recibido ella también el cuerpo de Cristo. Esto fue todo cuanto Vaninka pudo conseguir.

Aquella confesión tuvo lugar sobre las siete de la tarde. La soledad y el silencio de la iglesia, unidos a la oscuridad de la noche, le habían prestado un carácter y coloridos más espantosos todavía. El cura entró en su casa trémulo y falto de color. Isabel, su esposa, que era la única que le estaba esperando, acababa entonces de acostarse en la alcoba contigua a su hija Arina, que contaba ocho años de edad.

Al ver a su marido, la mujer lanzó un grito de asombro, tan desfigurado y pálido le halló. El sacerdote intentó tranquilizarla, pero su misma voz trémula contribuyó a aumentar su miedo. La mujer quiso averiguar de dónde procedía aquella emoción que notaba en su esposo. El cura se resistió a decírselo. Isabel sabía desde el día anterior que su madre estaba enferma, y creyó que su marido había recibido alguna triste noticia. Aquel día era lunes, día fatal para los rusos. Al salir de su casa había visto Isabel un muerto al que conducían a enterrar: todos juntos eran aquellos sucesos presagios que le anunciaban alguna desdicha.

Isabel comenzó entonces a llorar, gritando:

—¡Mi madre ha muerto!

En vano el sacerdote intentó tranquilizarla asegurándole que su turbación no nacía de semejante cosa. La pobre mujer, preocupada con aquella sola idea, respondía a todas sus protestas con el grito eterno de: «¡Mi madre ha muerto!». Entonces, para combatir aquella especie de vértigo, el cura le confesó que su emoción tenía por causa la relación de un crimen que acababa de oír en el confesionario. Pero Isabel movía la cabeza con incredulidad. Aquel era un medio artificioso, según ella, para ocultarle la desgracia que le acababa de ocurrir. La crisis, en vez de calmarse, se hizo más violenta, las lágrimas cesaron y comenzó una horrible convulsión. El sacerdote entonces le hizo jurar que guardaría el secreto de lo que iba a oír... y el sagrado misterio de la confesión fue violado.

Arina se había despertado a las primeras voces de Isabel y, curiosa e inquieta a la vez por saber lo que pasaba entre su padre y su madre, se levantó, fue a escuchar junto a la puerta, y lo oyó todo.

De esta manera, el secreto del pecado desapareció, y se dio a conocer el secreto del crimen.

Llegó el día de la comunión. Estaba la iglesia de San Simón llena de fieles. Vaninka fue a arrodillarse ante la balaustrada del coro. Detrás de ella estaban su padre y sus ayudantes de campo, y detrás de éstos sus criados.

Arina también estaba en la iglesia con su madre. La curiosa niña quiso ver a Vaninka, cuyo nombre oyó pronunciar aquella terrible noche en la que su padre faltó al primero y más santo de todos los deberes impuestos a un sacerdote. Mientras su madre reza, se levanta de su silla y, escurriéndose por entre los fieles, llega casi junto a la balaustrada. Cuando llegó allí se vio detenida por el grupo que formaban los criados del general. Pero Arina no había ido desde tan lejos para detenerse en el camino y pretende por lo tanto pasar entre ellos. Éstos se oponen, ella insiste; uno de ellos la empuja con brutalidad y la niña va a caer junto a un banco en donde se hiere la cabeza. Se levanta en seguida llena de sangre y grita:

—¡Eres demasiado orgulloso para ser esclavo! ¿Es tal vez porque sirves a la gran señora que ha quemado la taberna Encarnada?

Estas palabras, pronunciadas en voz alta en medio del silencio que presidía la sagrada ceremonia, llegaron a oídos de todo el mundo. Un solo grito contestó: Vaninka acababa de desmayarse.

Al día siguiente, el general estaba a los pies de Pablo I refiriéndole, como emperador y como juez, toda aquella larga y terrible historia que Vaninka, abrumada por la penosa lucha que había sostenido hasta entonces, le había contado durante la noche que siguió a la escena de la iglesia.

El emperador, al oír tan extraña confesión, quedó pensativo un momento. Luego, levantándose del sillón en que había permanecido sentado todo el tiempo que duró la narración del desdichado padre, se dirigió a un confidente y sobre una hoja suelta de papel escribió lo siguiente:

«Habiendo violado el cura lo que siempre debe permanecer inviolable, es decir, el

secreto de la confesión, saldrá desterrado para Siberia y destituido del cargo de sacerdote. Su mujer le acompañará, ella es culpable también por no haber respetado el carácter de un ministro del altar. La niña irá siempre con sus padres.

»Annuska, la camarera, irá también a Siberia por no haber dado parte a su amo de la conducta que observaba su hija.

»Continúo estimando como siempre al general, le compadezco y siento en el alma el golpe que acaba de herirle mortalmente.

»En cuanto a Vaninka, no conozco castigo que pueda aplicarle, y sólo veo en ella a la hija de un valiente militar que ha consagrado su vida entera a la defensa del país. Además, las extraordinarias circunstancias que han concurrido para poder descubrir este crimen parece que colocan a la culpable fuera de los límites de mi severidad. A ella misma le encargo su castigo. Si no me engaño, y como creo que conozco bien su carácter, si le resta algún sentimiento de dignidad, su corazón y sus remordimientos le marcarán la senda que debe seguir.»^[13]

Pablo I entregó al general aquel papel abierto, ordenándole que se lo llevara al conde de Pahlen, gobernador de San Petersburgo.

Al día siguiente quedaron cumplidas las órdenes del emperador.

Vaninka entró en un convento, donde, antes de concluir aquel año, murió de vergüenza y de dolor.

El general se dejó matar en Austerlitz.



ALEXANDRE DUMAS (Villers-Cotterêts, 1802 - Puys, cerca de Dieppe, 1870), fue uno de los autores más famosos de la Francia del siglo XIX, y que acabó convirtiéndose en un clásico de la literatura gracias a obras como *Los tres mosqueteros* (1844) o *El conde de Montecristo* (1845).

Dumas nació en Villers-Cotterêts en 1802, de padre militar —que murió al poco de nacer el escritor— y madre esclava. De formación autodidacta, Dumas luchó para poder estrenar sus obras de teatro. No fue hasta que logró producir *Enrique III* (1830) que consiguió el suficiente éxito como para dedicarse a la escritura.

Fue con sus novelas y folletines, aunque siguió escribiendo y produciendo teatro, con lo que consiguió convertirse en un auténtico fenómeno literario. Autor prolífico, se le atribuyen más de 1.200 obras, aunque muchas de ellas, al parecer, fueron escritas con supuestos colaboradores.

Dumas amasó una gran fortuna y llegó a construirse un castillo en las afueras de París. Por desgracia, su carácter hedonista le llevó a despilfarrar todo su dinero y hasta verse obligado a huir de París para escapar de sus acreedores.

Notas

[1] Los casos en que según las leyes romanas puede un padre matar a su hijo son trece, a saber:

1. Cuando un hijo levanta la mano contra su padre.
2. Cuando el hijo hace una injuria atroz a su padre.
3. Cuando el hijo acusa a su padre de un crimen capital, a excepción del crimen de lesa majestad o de traición contra la patria.
4. Cuando el hijo se asocia a gentes de mal vivir.
5. Cuando el hijo pone asechanzas a la vida de su padre.
6. Cuando el hijo comete incesto con la mujer en segundas nupcias o con la concubina de su padre.
7. Cuando el hijo rehúsa afianzar a su padre preso por deudas.
8. Cuando el hijo impide o violenta a su padre a testar.
9. Cuando el hijo se asocia contra la voluntad de su padre a gladiadores o comediantes.
10. Cuando la hija, después de haber rehusado casarse, se entrega a una vida licenciosa.
11. Cuando los hijos se niegan a prestar los socorros necesarios a su padre enfermo.
12. Cuando los hijos descuidan rescatar a sus padres cautivos de los infieles.
13. Cuando el hijo abjura de la religión católica.

<<

[2] Reunión de varias personas para regalar y divertirse comiendo y bebiendo, en general en exceso. <<

[3] Declaración de Francisca Roussel. <<

[4] Existe una segunda versión sobre el fatal desenlace de Saint Croix. El abogado Vaulhier y el procurador Garanger afirman que le envenenador murió después de una larga enfermedad contraída por los vapores de los venenos. El proceso contra la marquesa fue tal y como se narra en el libro, con lo que si Saint Croix hubiera permanecido vivo durante esos cinco meses seguro que habría destruido las pruebas que comprometieron a sus amigos. De todas formas, la superstición popular vio en esa muerte un castigo divino. <<

[5] Se llama así cierto tribunales civil de París (N. del T.) <<

[6] El tipo de tormento preparatorio consistía en torturar al reo antes del juicio. El tormento confirmatorio solía aplicarse después del juicio. En el primero el acusado oponía una mayor resistencia con la esperanza de salvar su vida. En el segundo, ya condenado, confesaba para no sufrir los dolores del tormento. <<

[7] Venenos. <<

[8] Así se llama en París la plaza pública donde se ejecutan los suplicios (N. del T.) <<

[9] Acumulación patológica de líquidos en el organismo. <<

[10] *auditus*: errata por *auditur* (es escuchado). El axioma significa, pues, que «no es escuchado (por los jueces) quien obra movido sólo por el deseo de ser condenado».

<<

[11] No hemos encontrado más que unos de estos pactos, continuando en la *Historia de los diablos de Loudun*, impresa en Ámsterdam en 1726; pero es probable que los demás estén hechos en el mismo estilo. «Señor y dueño Lucifer, »Os reconozco como dios y prometo serviros toda la vida; renuncio a otro Dios, a Jesucristo, a todos los santos y santas, a la Iglesia apostólica y romana con todos sus sacramentos, a todas las oraciones y plegarias que para mí se hicieren, y prometo hacer cuanto daño pueda, hacer caer en el mal a todas las personas que sea posible; renunciando al bautismo y crisma, a todos los méritos de Jesucristo y de los santos: y en caso de faltar en serviros y adoraros tres veces al día, os doy mi vida como pertenencia vuestra. «La minuta está en el infierno, en un rincón de tierra del gabinete de Lucifer, firmada con sangre del mago». Es fácil comprender por qué el diablo no llevaba el mismo original: esta copia lo ponía a cubierto de error; y Asmodeo sabía su código criminal.

<<

[12] No es esta palabra la única que nos vemos obligados a dejar en blanco; porque las religiosas, para probar su posesión, afectaban unas palabras y acciones tan libres que no podemos continuar. Podíamos haber hecho varias citas semejantes a las siguientes; pero siempre nos hemos detenido, como lo hacemos también ahora: VII. Y la hermana Clara tuvo tales tentativas de... con su amigo, que según ella era Grandier, que un día estando para dar la comunión, se levantó repentinamente y subió a su cuarto, en donde algunas hermanas que la habían seguido la vieron con un crucifijo en la mano, con que... (*Historia de los diablos de Loudun*, pág. 182. Sacado de las pruebas que están en el proceso de Grandier). IX. En cuanto a las seculares, la deposición de Isabel Blanchard, seguida y confirmada por la de Susana Hammon, no es de las menos considerables: pues declara haber tenido comercio carnal con el acusado, quien un día después de haber... con ella, le dijo que si quería ir al sábado, la haría princesa de los magos. He aquí otras pruebas que por casualidad hemos adquirido y que no dejan de ser curiosas: III. Entre los testigos de esta acusación hay cinco muy considerables, a saber: tres mujeres, la primera de las cuales dijo que un día después de recibida la comunión del acusado, que la estuvo mirando fijamente durante el tiempo de tomarla, se sintió sobrecogida de un amor tan violento que todos sus miembros se estremecían. La otra declaró que habiéndola detenido él en la calle, le apretó la mano, y que al momento sintió una fuerte pasión hacia él. Por fin, la tercera dijo que después de haberle mirado en la puerta de la iglesia de los carmelitas, a donde entraba con la procesión, sintió tan vivos deseos y conmociones que de buena gana hubiera... con él, a pesar de que hasta entonces no le tenía inclinación ninguna, siendo además muy virtuosa y bien reputada. IV. Los otros dos son un abogado y un albañil: el primero le acusa de haberle visto leer los libros de Agripa; el otro, de que, recomponiendo su gabinete, vio un libro sobre la mesa, abierto en un capítulo que trataba de los medios de hacerse amar por las mujeres: es verdad que el primero no se ha explicado de ningún modo en la confrontación y ha dicho que creía que los libros de Agripa de que había oído hablar en la deposición son de *vanitate scienciarum*. Pero esta explicación es sospechosa, puesto que el abogado se retiró de Loudun y no quiso confrontarse sino a la fuerza. V. El segundo informe contiene la deposición de catorce religiosas, ocho de las cuales estaban poseídas, y diez seculares, que también decían estarlo. Imposible resulta extractar el contado de estas declaraciones, pues no hay palabra que no merezca ser considerada: sólo hay que notar que todas estas, tanto religiosas como seculares, libres o poseídas, todas han sentido un amor desarreglado por el acusado, le han visto noche y día en el convento solicitándolas, etc. <<

[13] Hemos tomado los pormenores de la trágica historia que acabamos de poner en conocimiento de nuestros lectores, así como el fallo *textual* dado por Pablo I, de la magnífica obra publicada hace catorce o quince años por el Señor Dupré de Saint Mause y que lleva por título *El Ermitaño de Rusia*.

Para él toda nuestra gratitud. Y quédese para nosotros el temor de haber debilitado el interés de este relato, al sustituir su narración por la nuestra. <<